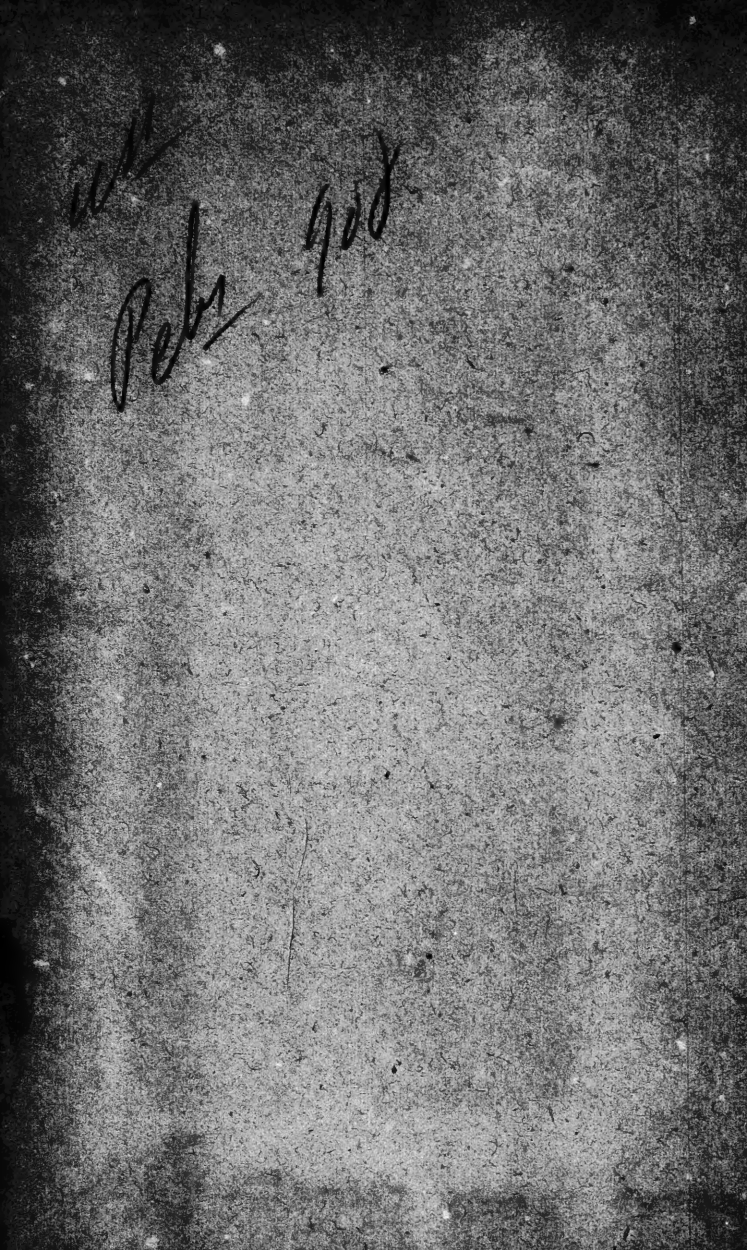

GARCIA SANTOS
LIBRERIA
BUENOS AIRES



RESEÑAS Y CRÍTICAS

PUBLICACIONES DEL MISMO AUTOR

(EN COLABORACIÓN CON EL Dr NICOLAS MASSA)

Memoria de la Biblioteca Pública, correspondiente al año 1876. Buenos Aires, 1877. 1 vol. en 8º, de 222 pàginas.
Memoria de la Biblioteca Pública de la Provincia, correspondiente al año 1877. Buenos Aires, 1878. 1 vol. en 8º, de 389 pàginas.
Informe sobre las colecciones de obras argentinas que se envian á la Exposición Universal de Paris. 1878. 1 vol. en 4º, de XIX-77 pàginas.

(EN COLABORACIÓN CON EL Dr ADOLFO MITRE)

Derecho internacional privado. 1878. 2 vol. en 8º, de 111 pàginas.

DEL AUTOR

La Sociedad Romana en el primer siglo de nuestra era. Estudio crítico sobre Persio y Juvenal. 1878. 1 vol. en 8º, de XII-280 pàginas.
L'imprimerie et les livres dans l'Amérique Espagnole aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles. Discours prononcé au Congrès International des Américanistes. Bruxelles, 1879. 1 vol. en 8º, de 30 pàginas.
La recepción de Henri Martin en la Academia francesa. Buenos Aires, 1880. 1 vol. en 8º, de 39 pàginas.
Gœthe : sus amores. — De la influencia de la mujer en sus obras literarias. Buenos Aires, 1881. 1 vol. en 8º, de 66 pàginas.
Disraeli : su última novela. — De la influencia de la política en sus obras literarias. Buenos Aires, 1881. 1 vol. en 8º, de 33 pàginas.
La quiebra de las sociedades anónimas en el derecho argentino y extranjero. Buenos Aires, 1882. 1 vol. en 8º, de 63 pàginas.
La abogacia en la República. Discurso pronunciado en la colación de grados de 1882. Buenos Aires, 1882. 1 vol. en 8º.
Contribución al estudio del libro IV del Código de Comercio. Buenos Aires, 1882. 1 vol. en 8º, de 374 pàginas.
Estudios sobre quiebras. Con un prefacio del Dr Amancio Alcorta. Buenos Aires. 1 vol. en 8º, de XXXII-374 pàginas.
Las reformas del Código Civil. Buenos Aires, 1883. 1 vol. en 8º.
Discurso pronunciado con motivo de fundarse la "Asociación de hombres de letras del Brasil". Rio de Janeiro, 1883. 1 vol. en 8º.
La política americana y las tendencias yankees. Buenos Aires, 1887. 1 vol. en 8º, de 34 pàginas.
Un invierno en Rusia. Buenos Aires, 1888. 2 vol. en 8º.
Dos novelas sociológicas. Buenos Aires, 1892. 1 vol. en 8º, de 283 pàginas.
La Nueva Revista de Buenos Aires (Director de la). Publicación mensual. 1881-85. 13 vol. en 8º.

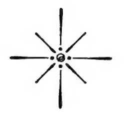
ERNESTO QUESADA

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

RESEÑAS

Y

CRÍTICAS



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

79 — PERÚ — 89

1893

De esta obra han sido impresos quince ejemplares
en papel de Holanda, numerados por el autor

Imprenta de Pablo E. Coni é hijos, Perú, 680

ADVERTENCIA

Un escritor argentino, en una obra publicada hace algún tiempo, ha dicho: "Es verdaderamente deplorable que la indiferencia general que existe entre nosotros para todo lo que se refiere á las letras, haya impedido á Quesada reunir sus escritos dispersos en multitud de diarios y revistas. Ellos hubieran dado varios tomos de sabrosa y buena lectura, como la de Un invierno en Rusia, *que publicó últimamente, obra interesante bajo todos los aspectos, llena de observaciones sagaces, de reflexiones nuevas y personales, y de estudios históricos y políticos expuestos en un*

estilo fácil, corriente y verboso como lo es la palabra de su autor. Director durante mucho tiempo de la Nueva Revista de Buenos Aires, *donde al principio estuvo acompañado por su ilustre padre, las letras argentinas deben á Ernesto Quesada largos y fieles servicios, y nuestra generación tiene en él uno de sus miembros más ardientemente trabajador y erudito, llamado á producir obras notables y siempre dignas de su inteligencia y su contracción*" (1).

Tan caballerezca manera de decir galantería inmerecida á una persona, al mismo tiempo que obliga la gratitud de esta, parecería deber ponerla en el compromiso de justificar amabilidad tamaña. Pero desgraciadamente, en la vida poco ordenada á que nos condena la existencia americana, no he podido conservar los diarios y revistas á que aludía el escritor, y de ahí que el esfuerzo ó las aspiraciones de tantos años de labor

(1) Martín García Mérou: *Recuerdos literarios.* Buenos Aires, 1891.

literaria estén condenados á yacer "en el fondo de esos vastos cementerios que se llaman periódicos, *donde las producciones reposan casi sin epitafio". Quizá, y aún sin quizá, es mejor que así sea.*

Pero las mismas razones que me indujeron á consentir en la publicación de Un invierno en Rusia, *me obligan hoy á dar este volumen, en el que no he reunido sino uno que otro artículo, de épocas diferentes, si bien se refieren todos á cosas nacionales. De los capítulos de este libro podría decirse, con verdad, que* sint ut sunt vel non sint, *parodiando el dicho célebre.*

No he querido intencionalmente hacer selección ni obedecer á orden cronológico ó sistemático: los " varios tomos " que pronosticaba el autor de los Recuerdos literarios, *arredrarían al editor más audaz, en una tierra en que aún es asunto problemático el saber si no se publican libros porque no hay lectores, ó si no hay lectores porque no se publican libros, según la frase conocida.*

No he querido tampoco rever los diversos artículos que forman este libro. Rever lo publicado años atrás, es tarea ingrata é infecunda: el criterio se modifica, la edad misma nos hace ver las cosas con distinto color, y hay hasta cierto punto una falta de respeto por la sinceridad del juicio de antes, al querer someterlo á la calma, quizá á la ecuanimidad rayana en indiferencia, que suele traer consigo el transcurso de la vida. Por eso es una verdadera debilidad consentir en esta clase de exhumaciones literarias.

En Europa las producciones del espíritu se conservan, se pulen, se revisan, se completan y concluyen por publicarse más tarde con cariño extremo: en América consideramos como un accidente el escribir, lo hacemos, sí, siempre que podemos, con il lungo studio ed il grand' amore *de que hablaba el poeta, pero no conservamos vanidad ni quizá el recuerdo de lo hecho. La vida nos arrastra á la acción en sentido á veces*

tan singular que no es posible preverlo de antemano : es preciso que nos conformemos al medio en que actuamos y á la atmósfera que respiramos. De ahí la diversidad de criterio para juzgar un volumen de esta índole.

E. Q.

San Rodolfo, 1893.

RESEÑAS Y CRÍTICAS

I

EL CONGRESO LITERARIO LATINO-AMERICANO Y EL "AMERICANISMO"

Con motivo de la Exposición Continental de Buenos Aires, se proyecta celebrar un Congreso literario latino-americano (1). Si puede lograrse que

(1) En mi calidad de director de la Nueva Revista, fui llamado para formar parte de la *Comisión* que se proponía organizar un "certamen literario" con motivo de la Exposición Continental Sud-Americana que se celebrará en Buenos Aires del 1° de Marzo al 1° de Junio de 1882. Aunque opuesto á la idea del certamen, por cuanto la historia enseña el poco resultado práctico que esa clase de torneos ha producido, estando aún frescos los recuerdos de los *Juegos florales* celebrados aquí en el año próximo pasado, creí deber aceptar, pero con el propósito de proponer la realización de un "Congreso literario", idea que me parecía

tenga éxito feliz, se habrá realizado un progreso incalculable.

Es increíble el extraordinario aislamiento intelectual de los paises latino-americanos entre sí: vivi-

más provechosa y factible. Lo hice, en efecto, y después de algunas discusiones de detalle, fué aprobado completamente el referido proyecto, que es como sigue:

CONGRESO LITERARIO LATINO-AMERICANO

Sesión de Buenos Aires (Del 27 al 29 de Mayo 1882)

BAJO EL PATROCINIO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES Y EN OCASIÓN DE LA EXPOSICIÓN CONTINENTAL SUD-AMERICANA

(*Buenos Aires, 1º Marzo-1º Junio*)

INVITACIÓN

Con motivo de la Exposición Continental que tendrá lugar en Buenos Aires, del 1º de Marzo al 1º de Junio de 1882, se ha decidido convocar una reunión de personas que se ocupan del estudio de la literatura, historia y ciencias de la América Latina.

El objeto principal de este Congreso es proporcionar á los hombres de letras que concurran á la Exposición, un medio fácil de formar ó de estrechar relaciones literarias, á fin de hacer cesar, en lo posible, el lamentable aislamiento de las naciones latino-americanas en lo que á su desenvolvimiento intelectual se refiere. Se trata de poner en contacto á los hombres de letras latino-americanos, procurando que den á conocer el estado actual de la literatura, historia y ciencias en sus respectivos países. Será una reunión de verdadera confraternidad literaria, de la que se reportarán incalculables beneficios.

En Europa, los congresos internacionales se repiten cada vez con mayor frecuencia, y se aprovecha la celebración de las Exposiciones para facilitar tan provechosas reuniones. Los *Anales* en que se publican los trabajos presentados á dichos congresos, vienen así á ser el *compendio* del estado actual de tal ó cual ramo de los conocimientos humanos; inútil es, pues, encarecer la importancia de estas reuniones, que para

mos como si nos encontráramos en los polos opuestos de la tierra, ignorando el estado de los conocimientos en uno y otro país, y sin conocer ni lo que se publica, ni lo que se trabaja, ni lo que entre

los latino-americanos son tanto más preciosas, cuanto que viven más en contacto con la Europa, cuyos libros màs recientes conocen, que con cualquiera de sus vecinos, cuyos trabajos màs notables sólo por casualidad recibe alguno que otro especialista.

Toda persona que se interese en esta reunión, puede ser inscrito como miembro del Congreso, dirigiéndose á la Secretaría general, y enviando : 1° su nombre, apellido y profesión ; 2° su dirección exacta ; 3° la suma de *dos* pesos fuertes como monto de la suscrición. Recibirá, á vuelta de correo, la *tarjeta de miembro*, que da el derecho de participar de todos los trabajos de la reunión, y de reclamar el volumen que contenga los *Anales* de dichos trabajos.

ESTATUTOS DEL CONGRESO

I

El Congreso literario sud-americano tiene por objeto fomentar las relaciones de los hombres de estudio latino-americanos, contribuyendo al progreso de las letras de este continente, por medio de comunicaciones relativas à la literatura, historia y ciencias de las naciones americanas.

II

Harán parte del Congreso, y tendrán derecho à todas sus publicaciones, las personas que pidan una *tarjeta de miembro* al secretario general. Se ruega à las personas que hagan este pedido, envíen con exactitud la dirección de sus nombres, apellidos, profesión y dirección, adjuntando *dos* pesos fuertes como monto de la suscrición. Esta cantidad podrà ser abonada hasta dos dias antes de reunirse el Congreso en Buenos Aires.

III

Los trabajos cuya lectura exija màs de *veinte* minutos, serán entregados à la Secretaria general, la cual presentará al Congreso un resu-

nosotros se estudia. Entre los hombres de letras latino-americanos no hay casi intercambio de ideas, como no hay recíproco comercio de librería, ni se ha logrado hasta ahora establecer mutua colaboración

men, sea escrito ú oral, que haga conocer el objeto del trabajo, sus puntos culminantes y sus deducciones: los autores que envíen esta clase de *memorias* deberàn adjuntar al mismo tiempo un resumen substancial.

Los trabajos de los miembros que no pueden concurrir personalmente al Congreso, deberàn dirijirse à la Secretaría general, hasta el 20 de Mayo.

A los autores que tomen personalmente parte en la reunión, se les suplica sustituyan una exposición oral à la lectura.

IV

Los libros, manuscritos ú otros objetos presentados al Congreso, seràn entregados à la terminación de este, sea à la Biblioteca Pública, sea à uno de los Museos Nacionales.

V

Toda discusión extraña al objeto del Congreso queda terminantemente prohibida. El Comité decidirà qué trabajos han de ser publicados en los *Anales*.

Los miembros tienen el derecho de presentar, con un día de anticipación, cuestiones que no estén incluidas en el programa; con este objeto haràn su petición al Comité, el cual juzgarà si pueden ser admitidas.

VI

El Congreso se compone: 1º de un Comité de honor; 2º de un Comité de organización; 3º de miembros protectores; 4º de miembros adherentes.

El Comité de honor se compondrá de altos funcionarios argentinos, de los diplomàticos latino-americanos, y de los delegados de las naciones americanas à la Exposición.

El Comité de organización estarà compuesto de literatos y periodistas argentinos.

en revistas ó periódicos. Cuando se quiere estudiar algo relativo á un país latino-americano, no se tiene dónde recurrir para saber qué hay hecho sobre el particular, ni con qué criterio debe elegirse entre los

Son miembros protectores los que hagan donación de *cuarenta* pesos fuertes como *minimum*.

Son miembros adherentes los que llenen las condiciones del artículo 2.

VII

Las sesiones del Congreso durarán tres días, el 27, 28 y 29 de Mayo, y tendrán lugar en la *Sála de fiestas* del Palacio de la Exposición. Cada día se celebrarán dos reuniones, por la mañana y á la tarde. El primer día estará dedicado á la literatura latino-americana; el segundo á la historia, y el tercero á las ciencias.

VIII

El Comité de organización publicará oportunamente la orden del día y programa de las fiestas que serán dadas al Congreso, cuyas sesiones terminarán por un banquete.

PROGRAMA

(*Reunión del 27 de Mayo*)

LITERATURA

I. ¿ Cuál es el estado actual del movimiento literario en los paises latino-americanos ?

II. Causas del aislamiento literario recíproco. Falta de venta del libro americano. Remedios propuestos á este mal.

III. Cuadro del desenvolvimiento intelectual en cada pais latino-americano. Influencias extrañas á que ha obedecido. Escuelas literarias. Tendencias dominantes. Relaciones mútuas.

IV. Los escritores americanos y sus editores. Carencia de estos.

V. La bibliografía latino-americana. Libros publicados. Primeras impresiones.

libros que se han publicado. Este estado de cosas es vergonzoso, y es deber de patriotismo el hacerlo cesar.

Por eso es benéfica la tentativa de celebrar un Con-

VI. La literatura dramática americana y los teatros.

VII. El periodismo latino-americano. Importancia del diarismo : el diario anónimo y el diario firmado. Tendencias predominantes en la prensa nacional y continental.

VIII. Las bibliotecas americanas. Su estado actual. Intercambios literarios. Riquezas que contienen.

IX. Sociedades literarias. Su estado actual. Relaciones entre sí.

(*Reunión del 28 de Mayo*)

HISTORIA

I. Estado actual de los estudios históricos americanos. Principales obras publicadas. Carácter de ellas.

II. Publicaciones extranjeras sobre la historia de América. Criterio con que deben juzgarse.

III. Historiadores americanos. Historiadores de la época revolucionaria. Influencia de los grandes partidos en los escritores contemporáneos. Materiales de que se dispone.

IV. El patriotismo en la historia. Polémicas internacionales. Las grandes figuras históricas. Criterio con que deben estudiarse imparcialmente.

V. Problemas históricos fundamentales, internacionales, nacionales y locales. Elementos para su estudio.

VI. Valor histórico de la prensa americana. Las monografías. Los documentos oficiales publicados ó inéditos.

(*Reunión del 29 de Mayo*)

CIENCIAS

I. Estudio de las ciencias antes de la Independencia. Los principales escritores y sus trabajos de mayor importancia en las diversas ciencias; qué influencia ejercieron en el desenvolvimiento científico.

greso latino-americano, si bien es probable que no tenga todo el éxito que sería de desear. Aunque no sea sino un ensayo, se habrá adelantado con popularizar la idea y facilitar el camino para la celebración de otro con preparación más detenida, y sobre todo, con mayores elementos.

La situación actual de la América Latina es poco propicia para esta tentativa. La idea ha surgido demasiado tarde, pues en los tres meses que faltan para la reunión del Congreso, no hay verdaderamente tiempo de esperar cooperación decidida de las Antillas, de México, de Colombia, Venezuela, Ecuador y repúblicas centro-americanas. Y sin embargo, es sabido que en ninguna parte de América hay vida

II. Progreso de las ciencias desde la independencia hasta ahora. Análisis de las obras publicadas.

III. Análisis de las asociaciones científicas: beneficio que producen.

IV. Estudio físico de los países americanos, trabajos geológicos, geognósticos, etc. La hidrografía y la orografía. La fauna y la flora. Trabajos publicados; exploraciones realizadas y resultados obtenidos.

V. La etnografía y la antropología americanas; problemas discutidos en los *Congresos de americanistas* de 1875, 1877, 1879 y 1881.

VI. ¿El *americanismo* es una ciencia? Publicaciones y sociedades americanistas. Sábios americanistas.

VII. Las lenguas indígenas de América. Filología comparada. Lingüistas y libros publicados. Estado actual de estos estudios.

VIII. La ciencia jurídica americana. Estado actual de la codificación. Escritores más notables. Comparación de las diversas legislaciones latino-americanas. Sistema penitenciario latino-americano. Problemas á resolver.

intelectual tan intensa como en Colombia, nación inteligente y culta si las hay, donde existe una verdadera generación de literatos, de poetas y de hablistas de tan singular mérito y de tan sólidos estudios, que la R. Academia Española ha encontrado preparado el terreno para establecer una hija suya, conocida hoy en el mundo de las letras por la "Academia Colombiana".

La malhadada guerra del Pacífico hace imposible el concurso de los literatos peruanos y bolivianos, y aun en gran parte de los chilenos.

Pero en el Brasil hay elementos poderosos para concurrir con brillo á un Congreso Literario. Recientemente se ha celebrado una *Exposición histórica* en Rio de Janeiro, donde se han discutido muchas cuestiones análogas á las del programa. En la República Oriental, el Ateneo del Urugay es un nucleo importantísimo donde convergen las inteligencias más privilegiadas de aquel hermoso país. En Chile hay vida intelectual activísima y sus fecundos literatos necesitan sólo días para producir voluminosos libros.

En la República Argentina la vida intelectual es sumamente irregular: ni se conocen todos los que cultivan las letras residiendo en la misma localidad, ni tampoco tienen correspondencia los que viven en

distintas ciudades. En Buenos Aires hay considerable cantidad de hombres de estudio, de publicistas y de amantes de las letras : la política ó la vida social los separa y desune, esterilizando muchos trabajos, alentando pocos é impidiendo una fecunda cooperación. En Córdoba hay vida literaria activa, hay un nucleo de jóvenes que en sociedades y periódicos trabajan con ardor : — sus nombres son apenas conocidos en la Capital. Y así sucesivamente podría ir analizando pueblo por pueblo.

En estas circunstancias un Congreso literario latino-americano, por sus tendencias más que por sus miembros, es un terreno neutral donde, desapareciendo las diferencias políticas, sociales y religiosas, pueden confraternizar los eruditos, los publicistas y los estudiosos, formando ó estrechando relaciones que han de ser sumamente fructíferas para el porvenir. El programa, por otra parte, está concebido en un sentido tan general, que cualquiera puede presentar una monografía más ó menos extensa sobre muchos de sus puntos.

Si el Congreso Literario se realiza con brillo y deja tras sí benéficos resultados, será un timbre de honor para Buenos Aires ; si no queda de él sino el proyecto, habrá cumplido su deber quien lo propuso creyendo con eso llenar una necesidad sentida.

Hoy día todo el mundo se preocupa del *americanismo* y de *ciencia americanista ;* se hacen increíbles trabajos sobre la América, produciendo un extraordinario movimiento intelectual, al que quedamos extraños nosotros los americanos ; del que sólo se dán cuenta muy pocos, y es lamentable y vergonzoso que no contribuyamos á él. Para esto es preciso antes que todo, conocernos mutuamente, entrar en fructífera relación literaria, darnos cuenta del estado de la literatura, historia y ciencias en nuestros respectivos países, hacer el inventario de lo que hemos logrado realizar y señalar lo que debemos emprender. Y para llegar á este resultado no hay otro medio sino la celebración de un Congreso literario latino-americano, con tendencias generales, como el que se proyecta para Buenos Aires, es decir, en el sentido de la " literatura de la ciencia " ; ó sea para dar un balance del estado presente del movimiento intelectual en la América Latina.

Pero se levantan objeciones de todas partes ; se pretende que los Congresos internacionales no son fructíferos, ni por su índole, ni por sus tendencias; que aún es prematuro hablar de *ciencia americanista,* y se llega hasta desconocer la existencia ó la legitimidad del *americanismo.* Conviene, pues, demostrar que en el estado actual de la civilización, los Con-

gresos internacionales son el único medio provechoso para facilitar un rápido progreso ; y que para los americanos es esto tanto más indispensable cuanto que debemos incorporarnos al movimiento americanista, con cuyo motivo se hace necesario una vez por todas legitimar la existencia del *americanismo* como ciencia.

A estos dos objetos tiende el presente artículo, creyendo que de ese modo contribuye en algo al mejor éxito del Congreso proyectado, sin considerar necesario fundar un programa que se justifica por sí mismo.

I

La multiplicidad abrumadora de las ciencias, la increíble diversidad de los estudios, la dificultad grandísima de uniformar los trabajos de los estudiosos en todos los puntos del globo, han hecho hasta hace poco que el progreso fuera más lento, porque había menos ayuda mutua ; que las indagaciones no fueran tan provechosas, porque no es dado á un solo hombre estar al corriente del movimiento intelectual del mundo entero, no en las ciencias todas, pero ni aún en su propia especialidad. De ahí resultaba

que espíritus superiores gastaban una vida entera en resolver problemas que ya habían sido resueltos, ó en buscar soluciones que hacía tiempo ya habían sido encontradas. Para obviar á estas dificultades innegables, forzoso era hacer posible el conocimiento recíproco de estudios y conocimientos, y para eso perfeccionar, completar y enriquecer esos arsenales indispensables de labor intelectual: las bibliotecas públicas. Pero esto no fué aún suficiente, pues ni todos tenían cerca esos tesoros, ni les era posible disponer del tiempo requerido en consultas penosas y largas: entonces se fundaron en todos los países una serie increible de publicaciones, periódicas las unas, irregulares las otras, abarcando primero varios ramos del humano saber, obligadas después á circunscribirse á determinadas especialidades, y que llevaban al conocimiento del trabajador aislado, el resultado de los estudios y las ideas de tanto sabio, de tanto laborioso investigador.

Era ya mucho, pero aún no era suficiente. La vida febriciente, agitada, rápida, imposible de seguir en sus múltiples evoluciones, la vida del siglo XIX, necesitaba algo más poderoso, más estimulante, más decisivo: — y surgió fecunda y brillante la idea de esas reuniones internacionales, donde se conocen y se juzgan los estudiosos todos de todo el universo,

donde se dá, por decirlo así, balance á los conocimientos existentes, se deciden cuestiones controvertidas, y se indican las rutas futuras en que se lanzan ardorosos los adeptos para contribuir triunfantes al progreso común.

Los Congresos científicos caracterizan nuestra época, se repiten hoy día con febril actividad y es indisputable el beneficio incalculable que producen, los resultados prácticos que alcanzan.

Sé muy bien que se dice que no debe esperarse demasiado de los trabajos de asambleas reunidas casualmente por algunos días, porque las obras del hombre para ser duraderas exigen más reflexión, más estudios preparatorios, discusiones más profundas. No basta golpear ligeramente con el pie cuando se quiere destruir preocupaciones inveteradas, injusticias, costumbres ó tradiciones que tienen medio siglo de existencia, sino más: para ello es necesario armarse más vigorosamente, combatir con más tenacidad, y si el triunfo no es inmediato, perseverar en la lucha hasta salir vencedores.

Es preciso ser demasiado escéptico para creer que en nuestra época las cosas van tan ligero, que se carece de tiempo para profundizarlas. Es verdad que hoy el diario ha reemplazado al libro, los Congresos de días á los concilios de meses, y que en todo lo que

emprendemos de más serio hay por desgracia algo de *dilettantismo.*

Pero es inexacto é injusto tachar de estériles á esos Congresos, á los cuales se viene con sólida preparación, cada uno en su especialidad, trayendo de todos los paises las pruebas del estado de adelanto en que se encuentran las ciencias, dando á conocer tantísimo trabajo, tantísima investigación, que, por más meritoria que intrínsecamente sea, habría sin esa circunstancia pasado desapercibida.

Allí, en presencia de las primeras notabilidades en la materia, los sábios avezados y los noveles aspirantes exponen sus ideas, dan á conocer sus estudios, seguros en la ilustración del tribunal, y con la plena convicción del triunfo, si están en la verdad, de la sana crítica, si están en el error.

Cuántos trabajos de largo aliento, que reposaban quizá sobre frágil base, han salido de esos Congresos con sólidos fundamentos! Cuántas reputaciones adquiridas por obscuros trabajadores, debido á su talento y su labor! Y cuántas personalidades, rodeadas de falsa aureola de gloria, han sido desacreditadas, anuladas para siempre!

No son, pues, los Congresos reuniones simplemente empedradas de buenas intenciones, para usar la expresión bíblica, ni son estas hijas de la circuns-

tancia, y si es verdad que se separan después de un banquete en que se bebe calurosamente á los futuros Congresos, es porque dejan tras si luminosa huella, y algo como un faro para los estudiosos todos.

Muchos curiosos, algunos *dilettantes*, se encuentran en esas reuniones, pero se ven también sabios ya conocidos los unos, que se revelan recién los otros.

Y es indubitable que ese choque de ideas, ese intercambio de opiniones, esas disputas científicas, esos trabajos valiosos, esos descubrimientos ignorados, caracterizan nuestra era moderna: poco á poco, en las cuestiones más árduas se forma una gran corriente, compuesta de ideas á veces discordantes, tumultuosas otras, y que finalmente obtiene como resultado el unir más estrechamente las inteligencias y el precisar más científicamente los conocimientos. Ninguna asamblea, ninguna discusión es absolutamente estéril. Desde el momento en que los hombres se reunen para tratar de cosas humanas, debe resultar una ventaja, próxima ó lejana, particular ó general. Es, por lo tanto, bueno que las costumbres protejan los Congresos: que la moda — si se quiere — llame de todos los puntos del mundo á los hombres inteligentes que ponen su labor y sus conocimientos al servicio de una idea: sólo los que siem-

bran concluyen por recojer—es una verdad bíblica de incontestable importancia.

Una vez reunido un Congreso, los sabios, los estudiosos y aun los curiosos que han logrado poder asistir, entran en mutua relación, estableciéndose una amable cordialidad que facilita el intercambio de ideas y de trabajos, resultando, por este solo hecho, un enorme beneficio para la ciencia, porque sus adeptos, puestos en contacto, aprenden á apreciarse y á conocerse mutuamente. Como esos Congresos se componen de hombres de todas las naciones, el tribunal es augusto, pues allí están reunidas las mejores notabilidades de la ciencia, de manera que los autores de trabajos ó de *Memorias*, se esfuerzan en sabresalir lo más posible, pues saben que serán apreciados inmediatamente sus méritos, y conocidos al instante los resultados de sus largas vigilias.

Los libros publicados por particulares, por más sabios y notables que sean, tienen siempre una circulación más ó menos limitada, debido á mil causas diversas, mientras que un trabajo serio comunicado á estas Asambleas científicas, hace conocer inmediatamente á su autor, y apreciar sus estudios. La publicación posterior en los anales del Congreso les asegura, por este solo hecho, un lugar en la biblioteca de los hombres más notables, quienes pueden

entonces criticarlos ó hacerles merecida justicia.

Los Congresos internacionales son, pues, uno de los medios más seguros del progreso: hacen conocer entre sí á los hombres y apreciar sus trabajos ; hacen además, algo como el inventario del estado actual de la ciencia, y rechazando lo malo preconizan al mismo tiempo lo bueno; de manera que son sus *Anales* una especie de *Manual* indispensable de los estudiosos, para garantirles contra errores y para señalarles las verdades. Son un producto de la moderna civilización, cuya más acabada manifestación forman. En esas Asambleas los hombres de todas las razas, clases ó creencias, discuten con la mayor libertad, y sólo impera la ciencia, augusta é inflexible, distinguiendo lo verdadero de lo falso y señalando nuevas rutas ú otras más adecuadas : la igualdad más absoluta reina en esos Congresos, y si algún privilegio hay, es sólo el del talento y el del saber. Muy pronto se conoce el grado de conocimientos de los miembros, ó el carácter científico de los tra bajos, y es esta una de las mayores ventajas. Por cierto que el solo contacto de tanto sabio, de tanto hombre distinguido, contribuye también al perfeccionamiento de unos y de otros.

II

Pues bien, para nosotros los americanos, la cuestión es doblemente más interesante. El mundo científico hace tiempo se agita con eso que ha dado en llamarse *americanismo* y ha constituído sociedades especiales y celebrado numerosos Congresos para ocuparse exclusivamente de "*ciencia americanista*". ¿Qué se entiende, pues, por *americanismo?* Conviene darse cuenta exacta del origen é índole de esa ciencia de ayer, pero que ya es una ciencia.

La América asombra hoy día al mundo por sus progresos increíbles, por los milagros que realiza. Un mundo entero dotado prodigiosamente por la naturaleza, cubierto de bosques, cruzado de ríos, sembrado de montañas, lleno de minas; clima ardoroso, suave ó terrible; continente poblado por hombres de todas las razas y de todas las naciones, de todas las creencias y de todas las clases, donde los desiertos se convierten como por encanto en pobladas campiñas; ciudades monstruosas se levantan de la noche á la mañana; ferrocarriles en todas direcciones, telégrafos hasta en sus confines, rutas, canales, líneas de vapo-

res ; gobiernos que se suceden unos á otros, á veces con incomprensible rapidez ; ejércitos que pelean, armadas que se destrozan, indios que invaden; inmigrantes pobres enriquecidos al otro día, colonias florecientes por doquier, fábricas increíbles ; exposiciones industriales, rurales y científicas ; — en una palabra, un Proteo que cambia á cada instante de forma, un camaleón que muestra á cada momento distinta coloración ; una mezcla monstruosa, tremenda, que se agita, se revuelca, se destroza allí, florece acullá, cambia de aspecto, asume cuantas formas es dable imaginar, y constituye en definitiva un conjunto indefinible é incomprensible : algo como la ebullición de nuevas eras. Y en efecto, la América es el mundo del porvenir, pero de un porvenir, cuya grandiosidad no nos es dado ni siquiera concebir, de un porvenir cuya sola idea deslumbra, fascina.

La atención de los hombres pensadores del mundo entero está fija en la América, porque en ella se elaboran actualmente los destinos futuros de la humanidad. Por eso se nota una especie de fiebre por conocer hasta en sus menores detalles, por apreciar hasta en sus minuciosidades, esa entidad que aún no es posible caracterizar con entera certeza.

¿ La América, como continente, es coetánea de la Europa ? Sus razas numerosas, diversas, civilizadas

hasta lo maravilloso unas, bárbaras hasta lo increíble otras, de costumbres, de ideas y de creencias tan distintas; hablando lenguas misteriosas, sin conexión alguna entre sí; revelando orígenes distintos, con fabulosas tradiciones que envuelven su pasado en el enigma; débiles ó cobardes las unas, valerosas ó indomables las otras: desapareciendo unas al empuje de razas superiores, mezclándose altivas otras con razas que sólo como á iguales consideran: — ¿son esos pueblos primitivos, indígenas de la América, auchtochtonos ó no auchtochtonos, es su origen asiático, polinésico ó europeo? Y en esta sola cuestión están ya comprometidos los problemas más fundamentales, más interesantes de la moderna ciencia: la teoría bíblica de la descendencia de una sola pareja, la teoría darwiniana del desarrollo orgánico de las especies. La historia antigua de las razas asiáticas, la etnografía, todo se encuentra allí envuelto.

Pero no es esto sólo. ¿Sus lenguas múltiples y variadas derivan de otras ó son simplemente auchtochtonas? ¿Son reductibles á una raíz común? La filología comparada tiene aquí una serie inmensa de problemas que estudiar.

¿Sus civilizaciones maravillosas y deslumbradoras, sus razas superiores del Perú, de Yucatán, de

Bolivia, de México, cómo eran, qué constitución político-social tenían, á qué principios obedecían, cuál, en una palabra, su origen, su desenvolviento, su importancia?...

¿Qué antigüedad alcanza el hombre en América? ¿Es de origen terciario ó cuaternario? Y á esta sola cuestión se une toda una serie interminable de problemas sobre la constitución geológica y geognóstica del continente americano, sobre los restos que aún nos quedan de la fauna y flora de épocas ya desaparecidas. La antropología, esa ciencia que brilla hoy con tan inusitado esplendor, tiene ahí todo un vasto campo de estudios y de exploraciones aún virgen casi.

La paleontología, la craneología, y tantas otras ciencias especiales encontrarán allí fecundísima fuente de serias observaciones.

¿Qué influencia ejerció el medio americano sobre la raza americana? ¿Por qué tan grande y radical diferencia entre las razas americanas?

La América prehistórica, es decir, ante-colombiana, se presenta, pues, al estudio de los hombres inteligentes preñada de misterios, envuelta en el manto impenetrable de un pasado desconocido, dejando tras de sí un largo rastro de templos y de ciudades, de inscripciones y de libros, de instituciones y de ritos,

de tradiciones y de progresos, de razas y de ruinas, que son hasta hoy día un misterio indescifrable, un enigma insoluble para los sabios del mundo entero.

Hace años que el mundo científico se conmueve profundamente y estudia con ardor esos múltiples problemas. Años hace que numerosos sabios se dedican exclusivamente á descifrar esos misterios, y que diversas sociedades se ocupan especialmente de su estudio. Y hace años que la ciencia ha ido esparciendo tal reguero de luz sobre esos velos impenetrables, que hoy día se sabe en parte lo que era ese mundo desconocido.

El movimiento científico, gracias al impulso de semejantes sabios, es hoy día tal, que las inteligencias más ilustradas se reunen periódicamente en Congresos internacionales para comunicarse sus trabajos, para someterlos al saludable criterio de mutua crítica, y completarlos con las recíprocas investigaciones, á fin de resolver con admirable paciencia, uno á uno, el misterio de los innumerables factores de aquella época, desdeñados con injusticia hasta ahora y reivindicadas hoy con esplendor sus glorias.

Pero al lado de esas civilizaciones, de esas razas, de esas lenguas exclusivamente americanas ¿qué influencia han tenido sobre ese mundo los pueblos del continente europeo?

La historia de la humanidad nos señala en casi todas sus épocas, páginas misteriosas de sus grandes pensadores, alusiones sibilíticas á otros mundos, pasajes, en fin, que dan á sospechar esa influencia aún hoy no conocida. Colón, ese genio admirable, ese espíritu sublime que descubriera la América, ignoraba que acababa de descubrir un mundo ya descubierto; y que siglos atrás la raza escandinava mantenía relaciones y colonias con la parte del nuevo continente, relaciones y colonias interesantes, curiosas, pero envueltas también en nebulosas leyendas y cuya historia aún hoy día no está restablecida.

Después de Colón, la raza española, soberana á la sazón del Universo, se precipitó sobre la América; y los aventureros, los buscadores de oro, los soldados y los frailes, se mezclaron en confusa turbulencia con los indios y sus ídolos, con las razas indómitas cuyas conquistas le costara raudales de sangre, ó con las tribus débiles que se sometieron mansamente á su tiránico yugo. Y poco después, sacrificados los indios, los ávidos conquistadores principiaron á disputarse entre sí el oro y las riquezas de un mundo que no les pertenecía. Y después de la raza española, las otras razas de la Europa á su vez se desbordaron sobre la tierra virgen, y rivalizaron todas en crueldad y avidez, destruyendo y arrasando todo cuanto se opo-

nía á su paso, para fundar sobre aquellas ruínas, una civilización más poderosa, más irresistible, más deslumbradora!

En seguida, tres siglos enteros de época colonial — régimen español, inglés, holandés, portugués y francés — todos rivalizando entre sí en la práctica de la más atroz, de la más bárbara, de la más impolítica de las políticas: el sacrificio continuado de las colonias en aras del mal entendido egoísmo de la metrópoli. Tres siglos gimió la América bajo ese yugo tremendo, hasta que al fin principiaron sus diversas razas á sacudir las cadenas, que cayeron destrozadas en medio del estrépito y del fracaso de guerras espantosas y de luchas titánicas.

Una década después, las razas americanas libres de aquellos grillos que hacían imposibles sus adelantos, se constituyen y forman sociedades que se desarrollan y progresan con increíble rapidez. Pero tres siglos de esclavitud no desaparecen en diez años de eombates, — y fuera tal el esfuerzo de los oprimidos, tal el desorden que aquella contienda homérica produjera, que varias décadas después aún se conmueven con lastimosa frecuencia las jóvenes repúblicas: los fuegos del volcán que fuera necesario encender para su independencia, hacen erupciones cada vez más débiles, cada vez más raras, que van desapare-

ciendo poco á poco, no quedando de la ardiente lava sino casi apagadas cenizas.

Y en medio de esas convulsiones lógicas, irremediables, el desarrollo ha sido tal, el progreso ha alcanzado un desenvolvimiento tal, que hoy día la América es el país de las maravillas, el país del cosmopolitismo, la fragua del porvenir !...

Se vé, pues, qué increible multiplicidad de problemas solicitan imperiosamente ser estudiados, ser profundizados ; se comprende qué interés tan vivo tienen las viejas sociedades en conocer á fondo este mundo nuevo, se alcanza la razón de ser del movimiento americanista, y se comprende que cerniéndose en las regiones elevadas de la ciencia, haya pasado algo desapercibido para nosotros los americanos, á quienes más que á nadie interesa.

Ahora bien, ¿cuál ha sido el movimiento *americanista* en Europa? ¿qué resultado ha producido? ¿qué repercusión ha tenido en América?

Hace 24 años, un grupo de sabios distinguidos se reunía en París con el objeto de formar una sociedad de arqueólogos, geógrafos, historiadores y viajeros que bajo el nombre de *Sociedad Americana* de Francia, contribuyera al progreso de la etnografía, de la lingüística, de la geografía, y de la historia civil y natural del Nuevo Mundo.

¿Qué se proponía una sociedad fundada por sabios y cuyo círculo de acción parecía tan limitado? Aunar los esfuerzos aislados de tantísimo estudioso, para llegar á un conocimiento más perfecto de la historia y de las razas de América, tan poco explorada bajo esa faz hasta entonces; para después publicar una colección de gramáticas y de diccionarios de las lenguas indígenas de América, por cuanto la extremada rareza y elevado costo de la mayor parte de esas obras, habían sido los principales obstáculos para los estudios americanos. La sociedad se proponía poner esos libros en manos de todos los estudiosos, vendiéndolos á precios módicos ó donándolos en caso necesario, á fin de aumentar así el número de los adeptos de la ciencia americana.

No contenta con ello se propuso fundar varias cátedras de historia, de arqueología y de lengüística americana, á fin de abrir nuevo campo de acción á los sabios que se consagraban especialmente al estudio de América, y de facilitar á los indagadores los medios de iniciarse en tan árduos trabajos.

Además dirigió sus esfuerzos á fundar cuatro Museos fuera de París, á semejanza del Museo de Saint-Germain, y que serían: 1° Museo mexicano; 2° Peruano y de la América del Sud; 3° Etnográfico de la América del Norte; 4° de las Antillas.

Los propósitos de la asociación, no podían, pues, ser más laudables; más vastos y más completos.

En 1867 la *Sociedad Americana* propuso en Lóndres la idea de una conferencia internacional de americanistas, bajo la presidencia de M. Martin de Moussy y del sabio inglés W. Bollaert.

La guerra franco-alemana de 1870-71 casi destruyó tan floreciente asociación, dispersando sus miembros en todas direcciones. Pero en 1873 el esfuerzo enérgico de unos cuantos sabios distinguidos la volvió á levantar de su postración.

El primer Congreso Internacional de orientalistas que se reuniera en septiembre de 1873 en París, citándose para Lóndres en 1875, obtuvo un éxito extraordinario en relación á la naturaleza especial de sus estudios, y reunió una gran cantidad de documentos científicos de primer orden, que se publicaron en sus *Anales*. Esa gran reunión internacional tuvo además, como consecuencia, el hacer conocer á numerosos sabios hasta entonces obscuros.

De ahí nació la idea fecunda de organizar un Congreso Internacional de todos los sabios y estudiosos que se ocupan de la arqueología y de la etnografía del Nuevo Mundo. El impulso, la idea y su realización fueron la obra exclusiva de la *Sociedad Americana de Francia*, secundada en tan gloriosa empresa

por hombres como el barón de Dumast y Lucien Adam.

Desde el primer Congreso Internacional de Americanistas celebrado en Nancy en 1875 (1), han tenido lugar el de Luxemburgo en 1877, el de Bruselas en 1879 (2) y el de Madrid en 1881. En todos ellos se han discutido cuestiones importantísimas, y es recién ahora que el *americanismo*, ó sea la rama de los conocimientos humanos que se ocupa del estudio de todo lo que se refiere á América (especialmente su arqueología y etnografía) ha recibido verdaderamente su carácter científico. Los trabajos fructíferos pero aislados de la *Sociedad Americana* de Francia, no habían logrado dar una forma estrictamente científica á investigaciones tan laboriosas,

(1) He historiado detenidamente los trabajos del "americanismo", sobre todo de los Congresos de 1875-1877, en la *Revista de Ciencias, Artes y Letras* (t. I, nos 2 y 3, p. 126-148 y p. 202-219), Buenos Aires, abril 15 y mayo 15 de 1879, por cuya razón no volveré sobre lo mismo. Además, es sabido que cada Congreso ha publicado el *Compte-rendu* de sus sesiones, en lujosas ediciones bibliográficas, por la casa Maisonneuve de París, tan conocida de todos los aficionados á libros sobre América.

(2) Tuve el honor de tomar personalmente parte en este Congreso, donde presenté una *memoria* de mi padre, sobre *las primeras impresiones de la América Latina*. Véase: *L'imprimerie et les livres dans l'Amérique Espagnole au XVIe, XVIIe et XVIIIe siècle. Discours prononcé au Congrès International des Américanistes* (3me *session*), *séance du 24 septembre 1879, au Palais des Académies, à Bruxelles,* par Ernesto Quesada (Bruxelles, 1 v. in 8o de 34 páginas).

á estudios tan pacientes, á tareas tan minuciosas. La gloria de haber creado, de haber cimentado sólidamente los estudios americanistas, corresponde á los sabios decididos que acometieron la empresa de reunir un Congreso de adeptos á una ciencia que aun no existía.

La América debe tener por esos hombres profunda estimación y particular distinción ; pues dedican sus vigilias á explorar detenidamente su historia tan desconocida todavía. Por eso los estudiosos americanos deberían concurrir á esos torneos internacionales y celebrarlos en sus propios países, pues se trata de su patria, á cuyo conocimiento debieran contribuir con un contingente más ó menos grande.

Hé ahí, pues, la razón de ser del *americanismo* científico y del movimiento americanista europeo. ¿ Qué elementos tenemos para incorporarnos á él ? ¿ Con qué sabios ó estudiosos contamos para contribuir á su adelanto ? ¿ Cuál es el estado actual de los estudios que á ellos se refieren, tanto entre nosotros como en el otro continente ? En una palabra, están estudiando la tierra en que vivimos, las razas de que descendemos, los monumentos que nos rodean, todo lo que encierra el continente americano, cuyo perfecto conocimiento tiende á resolver las más arduas cuestiones de la ciencia humana, trazando

la filiación del hombre sobre la tierra y solucionando así esos problemas misteriosos de que hasta hace poco las religiones sólo se ocupaban—y nosotros, los hijos de este suelo, los más interesados en su estudio, en saber nuestra historia, nosotros, á quienes toca el deber de descollar en semejantes investigaciones... y bien ! permanecemos indiferentes, aislados, sin aunar ni siquiera conocer nuestros respectivos esfuerzos !

A modificar este estado de cosas tiende el proyectado Congreso literario latino-americano, germen que será fecundo, pues si no es posible su realización para la Exposición Continental de Buenos Aires, queda la esperanza de que lo sea más ó menos próximamente en alguna capital sud-americana.

Marzo de 1882.

II

LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS

SU CONSTITUCIÓN ORGÁNICA

Memoria presentada al Congreso Nacional de 1881 por el Ministro de Justicia, Culto é Instrucción Pública, doctor don Manuel D. Pizarro. — Buenos Aires, 1881, en 8º, de 51 pàginas.

La vorágine de las producciones intelectuales es realmente aterradora. Un día que pasa acumula de tal manera la labor, que al cabo de un cierto tiempo es ya imposible observar un método ó una regla equitativa. Lo que apasiona la curiosidad durante una semana, está ya olvidado pocos días después, por manera que siempre parece que se refiere uno á cosas ha tiempo acaecidas. Y sin embargo, si es exacto lo que ha dicho Goldsmith : " una mujer que es preciso guardar, no merece ser guardada ", no es menos verdadero que un libro del cual es preciso hablar in-

mediatamente, que es indispensable juzgar en el minuto, — porque un instante después nadie se acuerda de él, — no merece en realidad el honor de ser juzgado. Los buenos escritores, se ha dicho con razón, son pacientes porque conocen que son, sino eternos, por lo menos duraderos.

Algo de esto pasa con la *Memoria* del Ministro Pizarro. Tiempo hace que se han apagado los ecos del ruido que en la prensa y en la pública opinión hiciera este documento oficial — notable á la verdad, siquiera por su ruda, pero agradable franqueza — que ha sido por unos tachado de ultramontano, acusado por otros de radicalismo centralista; alabado sin reserva por estos, en parte censurado por aquellos. Y, con todo, estimo que esta producción no es de aquellas que se contentan con esos empalagosos aplausos de las crónicas de diario, que se apresuran á concederles todos los méritos posibles, "sin haber tenido aún el tiempo de hojearlas", como con involuntaria ironía suelen decir los burlones noticieros.

El momento, debe confesarse con lealtad, hace que aquel documento tenga quizá mayor actualidad que la que por lo general gozan los escritos de ese género, destinados por lo común á ilustrar la opinión de legisladores que bien se cuidan de leerlos, y merecien-

do sólo la atención de alguno que otro raro aficionado á rastrear la pobre verdad, las más de las veces disfrazada con un vistoso oropel de cifras y palabras engañadoras. La *Memoria* del doctor Pizzarro tiene ese mérito indudable: desdeñando el sistemático método de la mentira oficial, siempre optimista, sempiternamente color de rosa — campea en ella una franqueza que no trepido en calificar de brusca, pero benéfica. Quizá alguien encuentre en ella demasiados vestigios de una retórica que se pretende declamatoria, mas yo sólo observo que toma por norma el decir la verdad, aunque lastime ese falso patriotismo que consiste en cerrar los ojos á la realidad, y creer que todo entre nosotros ha alcanzado la más hiperbólica perfección entre todas las perfecciones posibles.

El tener el coraje de decir verdades amargas desde las cumbres del poder, y en presencia de un partidismo ciego ó de una oposición sistemática, es realmente un raro valor en nuestros hombres públicos, porque no es el carácter ciertamente lo que más distingue á los que ansian los favores de la multitud ó el aplauso de los partidos.

Propóngome solamente examinar á la luz de tan inusitadas revelaciones el estado de la enseñanza superior en la República, siquiera en mérito del interés que ofrece la cuestión universitaria argentina,

en vista de la próxima organización definitiva de las dos grandes Universidades nacionales. La de Córdoba ha presentado, en efecto, un proyecto de Estatuto orgánico, y para la de Buenos Aires acaba también de hacerse otro tanto; pronto, pues, se resolverá para muchísimo tiempo ese gravísimo problema, por lo que conviene conocer el estado de la cuestión que va á debatirse.

Pero la enseñanza superior está tan íntimamente ligada con la secundaria y ésta á su vez con la primaria, que se encadenan y confunden de manera que se hace necesario englobarlas á todas en la misma consideración. No quiere esto decir que preconize el absoluto centralismo que bajo la irregular denominación de "Universidad de Francia" abraza en aquel país las tres ramas de la pública instrucción; quiero por el contrario que estén claramente separadas las unas de las otras, pero sin negar por ello que son tan correlativas que es imposible el progreso de la una sin el de las demás.

Acertado está el Ministro, por desgracia nuestra, en deplorar el relativo abandono de la enseñanza primaria — acerca de la cual siempre han habido palabras y teorías, pero pocos hechos — y de la secundaria, en busca del oropel brillante que ofrece generalmente el lustre de la instrucción superior.

Sólo se ha atendido hasta ahora á las carreras liberales — abogacía y medicina — y en los últimos tiempos á la ingeniería, puesto que las ciencias físico-naturales florecen mísera y precariamente, manteniendo pomposas Academias Nacionales y deslumbradoras Facultades de Ciencias, casi sin estudiantes y aún sin oyentes! Se ha hecho mucho por el ruído, se han gastado ingentes sumas para merecer encomiásticos editoriales, y se ha empleado la reputación europea de un especialista, para cantar en elevadísimos tonos los milagros transformistas que ha operado en este paciente pueblo el maravilloso desarrollo de la pública instrucción, á juzgar por el llamamiento de sabios extranjeros, retenidos en el país gracias á sueldos colosales —... para no tener discípulos á quienes enseñar! — y de establecimientos lujosamente científicos, como el notabilísimo Observatorio Nacional de Córdoba —... donde no hay un solo argentino ni siquiera de portero — y de altas Escuelas técnicas, como la de Ingeniería en San Juan —... donde, como lo revela el Ministro (pág. 20), los profesores para mantener el *único* alumno que tienen, se ven forzados á cederle la mitad de sus sueldos! Y sin embargo las cifras oficiales son abultadísimas, los informes oficiales elocuentísimos, — ¿no habría algo de estrategia electoral

en ello? — todo, en una palabra, se expresa en el más subido tono del más abusivo uso del superlativo. M. Hippeau compulsa esos datos, y los cree — ¿cómo había de suponer su exageración, siendo *oficiales*? — y escribe un libro tan laudatorio, que al menos prevenido se le viene á las mientes que allí debe haber alguna mistificación.

El Ministro actual reacciona contra ese fatal sistema de los falsos mirajes, pero quizá en razón misma de la fuerza de la acción que ha debido resistir, retrocede demasiado, y se expresa con un pesimismo, quizá no del todo justificado.

Está bien que concluya este eterno y desconsolador sistema de la farsa pública, creyendo engañar á la Nación y á la opinión extranjera con frases más ó menos huecas; pero no es necesario por ello arrojarse en el extremo opuesto.

Debe decirse con lealtad que hasta ahora se han fomentado sólo las carreras universitarias, considerando erradamente que la educación secundaria debía ser únicamente de preparación para ingresar en aquellos altos institutos. De ahí que los Colegios nacionales — repartidos con una profusión exagerada, pues se han esterilizado ingentes sumas por satisfacer preocupaciones locales — sean únicamente establecimientos de cursos preparatorios, y de ense-

ñanza, por lo tanto, clásica : es decir, algo análogo á lo que en Alemania se conoce bajo el nombre de " gimnasios ", pero no lo es menos que ambos ramos de la instrucción deben estar proporcionados los unos á los otros.

En un país —nuevo, feraz, privilegiado y casi inexplotado como el nuestro—era imprescindible fomentar esas admirables Escuelas técnicas que tanto florecen en Alemania, y que están dedicadas á la ingeniería, otras á la minería, y así en seguida. Pero estas Escuelas técnicas necesitan igualmente una preparación especial, y á eso tienden las *real schulen* alemanas, donde la educación secundaria prescinde por completo del clasicismo, y se apoya en las ciencias naturales y en los idiomas vivos. Pues bien, esto— que es el a, b, c, en todas partes — no ha sido comprendido entre nosotros: entró el furor por las Escuelas técnicas, yse fundaron de Agronomía en varias provincias, comprando magníficas " quintas normales " — que, como la de Tucuman, abandonada hoy, casi no puede alquilarse! —y se plantearon escuelas de Minería y de Ingeniería, sin preocuparse en lo más mínimo de las "escuelas reales ", ó preparatorias especiales, creyendo que los alumnos iban á reclutarse por obra y gracia de Aladín — el chiquillo de la maravillosa

lámpara, - ó más bien dicho, sin imaginarse la posible necesidad de semejantes establecimientos. Claro está : al poco andar, sin saber por qué, hubo que cerrar varias de esas Escuelas; que dejar tirados por el suelo costosísimos instrumentos técnicos —que habían costado un dineral —abandonado á su triste hado, lujosos edificios y bien organizadas quintas, para que, con el andar del tiempo, se señalaran esas ruinas como convincente prueba de la existencia de poca prudencia administrativa. Y las raras Escuelas técnicas que aún subsisten llevan una vida tan enfermiza y tan precaria, que pronto morirán de inanición, en medio de la indiferencia del públicó, para el cuál podrá quizá desacreditarse tan benéficas instituciones. ¿ No es acaso lamentable que todo un Ministro diga al Congreso que hay Escuelas técnicas que tienen 6 asignaturas, 3 profesores y 2 alumnos ?... ¡ Dos alumnos, en toda una Escuela de Ingeniería ! Eso se llama malgastar el dinero del pueblo, despilfarrar el tesoro común ! Con lealtad debe, sinembargo, confesarse que estos tristes resultados no son la culpa de los que de la materia se han ocupado anteriormente entre nosotros, pues más bien provienen del exceso de celo y del enceguecimiento de patriotismo. No hay tampoco que olvidar que nada es tan fácil como criticar, cuando la

experiencia ha fallado ya de una manera inexorable.

Grande será, pues, siempre el honor de los que crearon ó innovaron, pero esto no implica que no sea imprescindible corregir.

¿Cómo pueden prosperar las escuelas técnicas, si no hay establecimientos de enseñanza secundaria adecuados? O se crée que de los colegios nacionales en que se les enseña latín, literatura é historia, con tinturas superficiales de ciencia, pueden salir alumnos con preparación suficiente para seguir cursos de cálculo diferencial é integral, de álgebra superior, mecánica ó construcciones? Esto es tan evidente que no necesita demostración. Se buscará en vano, con todo, que lo indique la "Memoria".

Quéjase la "Memoria", y con sobradísima razón, de que los colegios nacionales sean poco frecuentados, ó de que su nivel intelectual sea relativamente bajo. Triste es confesarlo, pero desgraciadamente así es. La culpa, dice el Ministro, la tiene la instrucción primaria, demasiado deficiente. Convenido.

Causa asombro presenciar el reclutamiento de alumnos en los colegios nacionales. Preséntanse chiquillos, inteligentes los unos, más limitados los otros, que no tienen aún ese ligerísimo desarrollo necesario para comprender una sencilla explicación. Deben examinarse en escritura, lectura y cuentas. Los más es-

criben pésimamente, con esa letra grande é irregular del principiante; leen sin puntuación alguna y por lo tanto sin comprender lo que leen, y suman y restan á duras penas, multiplicando y dividiendo en virtud de extraordinario esfuerzo, pero aún asimismo, sin conseguir leer una cantidad crecida cualquiera. Las mesas examinadoras son demasiado bondadosas, los rectores están interesados en que se abulte el número de educandos — abreviando, se les admite... ¿Qué van á comprender los pobrecillos de aritmética, de historia, de geografía física — que esto se enseña en primer año — de gramática castellana, de francés y de tantísima otra asignatura con que se llena á esas cabezas infantiles, sin preparación, sin solidez y sin criterio? Los mejores, no comprendiendo, se apresuran á aprender todo de memoria, — y resulta que la enseñanza verdadera es en esas condiciones punto menos que imposible. La paciencia del profesor se gasta en lucha tan desigual, y concluye por reemplazarla un cierto indiferentismo, que sin querer se contenta con fomentar unos cuantos memoristas, para que en la época de exámenes repitan como papagayos las palabras sacrosantas del texto! De ahí que, por regla general, sólo una cuarta parte de los alumnos que ingresan á los colegios nacionales logran pasar á las Universidades, y de tan reducido

número sólo una tercera parte termina sus cursos superiores! Y aquellos pocos que ingresan á las Universidades lo hacen con la base de sus primeros estudios mal hechos, y con la fatiga indiferente que causa la inmensa variedad de materias de las que no es á la verdad posible conocer sino la superficie, para brillar en unos pocos minutos de examen, simulando poseer serios y sólidos conocimientos. Todo esto es, pues, un falso miraje.

Resulta, además, otro grave inconveniente. Los que con amor se dedican á la ruda pero fecunda tarea de la enseñanza, necesitan armarse de extraordinario coraje para afrontar esta situación: verdad es que el profesorado es una vocación, y que si en esa carrera erizada de dificultades el desaliento suele ser frecuente, también es grande el legítimo orgullo de haber podido contribuir á formar la ilustración de las generaciones siguientes: — ahí está la ambición del verdadero profesor, ahí también su recompensa. Pero estos son la excepción y no hay sino leer los *informes* de los rectores de los colegios nacionales, para ver repetida en todos los tonos la sempiterna queja de que el cuerpo de profesores está mal compuesto, causa que influye en el decaimiento del nivel intelectual del colegio. Y como la instrucción superior no ofrece restricción alguna de edad, — cosa que sucede,

sin embargo, en todas partes, — los mal preparados alumnos de los colegios nacionales, en mérito de simples certificados, se incorporan á aquella.

Desgraciadamente de ahí resulta que nuestras Universidades estén próximas á ofrecer el desconsolador espectáculo con que la Universidad de Madrid hizo decir á don Manuel de la Revilla, hablando de los estudiantes madrileños: "Son en su mayoría chiquillos desprovistos de juicio, de educación y de hábitos universitarios, cuyo mayor empeño se cifra en convertir la clase en una plaza de toros" (1). La alta enseñanza científica es imposible con semejante auditorio, y éste, falto de la necesaria preparación para comprender á sus profesores, concluye por cansarlos y obligarlos á que bajen el nivel de la enseñanza, convirtiendo el curso universitario en una clase de preparación para el examen. Triste es decirlo, pero es la verdad: la mayor parte de nuestros profesores, salvo honrosas excepciones, se han visto contra su voluntad reducidos á desempeñar el papel de los *repetidores* franceses, maestros que sólo tratan de adiestrar al alumno en las respuestas á las preguntas del programa.

(1) Véase *La Instrucción Pública* del 15 de octubre de 1875, Madrid.

Como se vé, sucede con la instrucción superior relativamente á la secundaria, análoga cosa á lo que acontece á esta última con respecto á la primaria.

Los eslabones de la cadena forman, pues, un completo engrenaje. Pero el resultado definitivo es que el nivel intelectual baja, y en proporciones desconsoladoramente aterradoras. Luego, pues, el mal hay que curarlo en su misma raíz, reformando la instrucción primaria en toda la República. — ¿No es acaso vergonzoso que en Montevideo, un país tan entregado á la crónica anarquía, las escuelas primarias sean un verdadero modelo por su organización y por su método, y que los niños que concluyen allí su iniciación, sean más reflexivos é instruídos que la mayoría de los alumnos de nuestros colegios nacionales?

Pero aquí se presenta una grave cuestión: ¿qué puede hacer el Gobierno Nacional en la instrucción primaria, desde que ésta depende de las autonomías provinciales? El doctor Pizarro estima que el artículo 5° de la Constitución no implica la prescindencia del Gobierno General, y que, por el contrario, combinando aquella disposición con el artículo 67 y la ley de 25 de septiembre de 1871, resultaría que contrariamente á lo que se piensa, corresponde al Gobierno Federal una superintendencia diligente sobre el estado de la instrucción primaria en cada provincia,

debiendo uniformarla en toda la Nación, por medio de reglamentos y planes de estudio generales. No necesito decir que no todos piensan, por cierto, del mismo modo; ni yo me atrevería á declarar tanto, porque parece que en la armonía del sistema representativo federal, las autonomías locales están directamente encargadas de satisfacer sus necesidades inmediatas, — ¿y cuál mayor que la educación común? — por manera que cuando más, la intervención del poder general sería subsidiaria y á título de fiscalización del empleo que se da á los auxilios pecuniarios con que favorece su desarrollo.

Nadie ignora cuánto se ha perorado, escrito y gritado entre nosotros en favor de la educación común obligatoria y gratuita; ni puede tampoco negarse que se han formulado bellísimos planes y lógicos reglamentos, desplegando gran lujo de teórica erudición.

No quiero que se me tache de exajerado (1). En 1869 — época del *único* censo nacional — concurrían á las escuelas 82,689 niños, quedando sin ellas 330,770. En 1878 asistían 114,780, quedando en la ignorancia 438,620 y habiendo, por lo tanto, 107,850 niños sin escuela más que en 1869. Y como

(1) Las cifras que cito en el texto son oficiales. Véase el *Informe de la Comisión Nacional de Educación al Ministerio de Instrucción Pública*. Buenos Aires, 1879.

la población de la República se calcula en 2.457.455 habitantes, resulta que hay un niño en la escuela por cada 21,41 almas. Según el censo escolar de 1876, había en las 14 provincias argentinas 1769 escuelas, de las cuales 237 tenían edificio propio y 1229 estaban funcionando en casas particulares, merced á fuertes alquileres. En la capital de la República — con más de 250,000 almas — sólo hay una escuela con edificio propio y adecuado!... He ahí, pues, el *quid:* el Ministro revela que "estamos recién por saber si deberemos ó no tener edificios adecuados para escuelas de primera enseñanza, ó si éstas habrán de vegetar eternamente en nuestras casas de vecindad, ó en el rancho de nuestras campañas, siendo objeto de terror y de muerte para el niño que frecuenta aquellos lugares sombríos y malsanos" (página XII). Cómo! ¿recién se está ahí?... Bien pobre resultado para veinte años de fantasmagóricos discursos, y de bien redondas sumas de dinero empleadas en...?!

Y sin embargo, cunde entre nosotros una escuela política — sofística enhorabuena — que sostiene que el Estado no tiene derecho para sufragar la educación, sino hasta el límite necesario para hacer comprender los deberes de ciudadanos en un país libre, gobernado por el sufragio popular: la educación común es,

por lo tanto, suficiente. Además, la enseñanza secundaria — y con mayor razón la superior — no aprovecha sino á un pequeño número de individuos y la mayoría no saca de ella beneficio alguno: es, pues, injusto emplear en ella el impuesto de todos.

Paréceme inútil demostrar lo errado de semejante sofisma — del que están imbuídos muchos de nuestros hombres públicos — pues la enseñanza primaria depende absolutamente de la secundaria y superior, de la que saca su personal docente y un constante estímulo; además de que gracias á ellas, el Estado y la sociedad adquieren representantes capaces en todas las clases.

Obedece á esa doctrina la poca benevolencia con que algunos miran á las Universidades, considerándolas como instrumentos de privilegio que los estudiantes mismos debían costear. Este es un error que ha de llegar la ocasión de discutir, porque parece pugnar por influir en la próxima reorganización universitaria argentina. Si la argumentación en que se basa fuera sólida, lógicamente habría que suprimir los hospitales y los hospicios, puesto que no aprovechándolos la mayoría del pueblo, no sería justo fueran mantenidos con sus impuestos!...

Por manera que se querría que el Estado mezquine su protección á las Universidades — que entre noso-

tros no tienen recursos propios, fuera de los relativamente insignificantes de matrículas y diplomas — en mérito de una educación común, para la cual — ¡ vergonzoso es confesarlo! — no hay hasta ahora edificios adecuados, y que adolece de tantísimo vicio, que el Ministro se ha visto obligado á decir: "nosotros no tenemos que reformar, sino que crearlo todo en este ramo"! (página xv).

Los partidarios de tan funesta doctrina señalan á los Estados-Unidos, pero nadie ignora que si allí casi todo el mundo sabe leer y escribir, el nivel intelectual de la Nación es por lo general bajo, causa á la cual atribuyen los críticos su relativa esterilidad en grandes hombres que descuellen en las letras ó en las ciencias. Reina allí demasiado el *humbug* en todas las esferas sociales, para que no se haya contaminado también la enseñanza; efectivamente, la mayor parte de las tituladas Universidades son tal vez empresas mercantiles para conceder diplomas y certificados al que mejor los pague, — deplorable estado que los norte-americanos no niegan en manera alguna (1).

Es un deber imprescindible del Estado el fomento de la instrucción superior, y los dineros de todos

(1) *Statement respecting american Colleges.* Washington, 1879 (documento oficial).

deben contribuir á la educación de los menos, porque esto redunda en beneficio del país entero, cuyo nivel intelectual se eleva, cuyas instituciones se perfeccionan, cuyas industrias adelantan, cuyas ciudades se salubrifican, cuyos caminos se ven cruzados por ferro-carriles y telégrafos, cuyas leyes se ven mejor interpretadas y cuya salud está á salvo, por lo menos, de los charlatanes y de los empíricos. La instrucción superior, dice Carr, contribuye á la producción y á la acumulación de la riqueza, es un medio de remediar el proletariado y de prevenir el crimen, lo que también es un capital. En los mismísimos Estados-Unidos se nota de algunos años á esta parte una poderosa reacción en este sentido, á juzgar por sus documentos oficiales (1).

Pero antes de entrar á examinar la cuestión universitaria puramente en sí, es necesario repetir una vez más que su resolución es imposible si no se reforma antes la educación secundaria, infundiendo vida fructífera á los colegios nacionales, algunos de los cuales, como el de la Capital — tiene plétora de alumnos, y otros — como el de Santiago — tiene apenas 34 nominales! Y aún hay que descartar otra cues-

(1) *Report of the Commissioner of Education for the year 1877*, I, LXXXI. Washington, 1879.

tión incidente: las Facultades aisladas de provincia son una creación enfermiza y maléfica, porque no tienen vida propia, y porque el nivel de la enseñanza y la estrictez de la disciplina van poco á poco descendiendo. Apenas tienen alumnos para arrastrar una vida lánguida é imposible, pues está hoy demostrado que las Facultades aisladas no prosperan ni adelantan: la Francia, en estos momentos, está ocupada en refundir sus 16 Facultades aisladas en varios centros universitarios, pues ha reconocido que el decaimiento de su enseñanza superior provenía en gran parte de eso.

La cuestión universitaria puede encararse bajo dos aspectos, que derivan de este fundamental: ¿dependen del Estados ó son libres? Ambos extremos son perniciosos, por manera que queda el término medio ¿son autonómicas, y cuál es su situación para con el Estado? Resuelto este punto, todo lo demás es consecuencia lógica.

He dicho que las dos primeras premisas eran falsas. En efecto, si la Universidad depende exclusivamente del Estado, resulta que el gobierno tiene el derecho de modificar los planes de estudio, nombrar y remover profesores, reformar ó restringir la organización interna, y me parece escusado entrar á demostrar los considerabilísimos males que tan ilimi-

tada ingerencia ocasionaría—la Universidad quedaría convertida en Colegio, y la ciencia sería así imposible. Y si se las admite libres, sin ingerencia alguna del gobierno, resulta que, como sucede en los Estados-Unidos, pudieran formarse empresas mercantiles para explotar á los padres ó para vender diplomas de mentida capacidad, improvisando médicos, abogados é ingenieros, mediante regular propina; el peligro no puede ser mayor, si se considera que el pueblo entero queda así entregado indefenso en mano de explotadores sin conciencia, que juegan con sus fortunas, su salud y su honra. Jamás el Estado debe renunciar á su legítimo derecho de expedir diplomas de capacidad, que permitan ejercer profesiones públicas.

Luego, pues, las Universidades deben ser autonómicas, y sólo pueden serlo cuando, siendo personas jurídicas, pueden adquirir y administrar bienes, debidos á la generosidad del Estado ó de los particulares. Contando con propios elementos de vida, su gobierno interno le pertenece, pues la nación académica es una república *sui-generis*. Puede suceder que carezca de rentas, ó que estas no le sean suficientes y requiera la ayuda del Estado, á pesar de gozar de organización autonómica. Cuál debe ser el papel del Estado en estos casos? Ciertamente que en

la segunda de las hipótesis sentadas, la cuestión se simplifica, pero conviene encarar las dificultades en su máxima expresión.

Dada una persona jurídica con rentas suficientísimas y perfecta organización, ¿qué ingerencia debe tener en ella el gobierno?

Hé ahí una cuestión importante. Los intereses que afecta la enseñanza superior son tan vitales, que es no sólo un derecho sino un deber del Estado ejercer una saludable vigilancia.

En ningún país del mundo la enseñanza universitaria ha alcanzado mayor desarrollo y vigor más lozano que en la clásica Alemania, el país, según un dicho célebre, de los poetas y de los filósofos. Pues bien, allí las Universidades son verdaderas corporaciones privilegiadas, formando una república aparte, y gobernando exclusivamente la intensísima vida académica que en su alrededor se desarrolla; poseen cuantiosos bienes, y conservan aún innumerables privilegios, restos de la Edad Media, que les dan un carácter tan especial y tan único, que son célebres en el mundo entero. Y sin embargo, su organización interior, los derechos del senado académico, y todas las cuestiones que se refieren á la gestión de negocios comunes, están reglamentadas por estatutos aprobados por el Estado; todos los profesores y los

empleados universitarios son funcionarios públicos. Allí funciona admirablemente el "sistema curatorial", que consiste en hacer representar los intereses del Estado, bajo la dependencia del Ministro de I. P., por un *Curator*, que "sin inmiscuirse en la organización interior de la Universidad, debe velar por la ejecución de los estatutos y señalar al Ministro las irregularidades que se produzcan", para usar las palabras de la nota ministerial prusiana de 8 de julio de 1819. El curador interviene en la administración de las rentas de la Universidad, provee á todo lo que hace falta, de acuerdo con el senado académico y las Facultades, y es verdaderamente el intermediario entre el gobierno y el cuerpo universitario. Los diversos gobiernos de Alemania han considerado siempre como un grandísimo honor el cooperar al brillo de sus Universidades, por cuya razón jamás los curadores han servido de opresión, sino que, siendo casi siempre antiguos estudiantes de la misma Universidad, han propendido á la profusión maravillosa con que hasta la más insignificante Universidad alemana está dotada de bibliotecas, museos, gabinetes, institutos, instrumentos, etc. En una palabra, el "sistema curatorial" implica la reserva que hace el Estado de la fijación del presupuesto, nombramiento de profesores, y la decisión suprema de todas las

altas cuestiones de interés general ó político. "Es debido á esta organización, como lo dijo en ocasión solemne el ilustre Helmholtz, que las Universidades alemanas han salvado un núcleo mayor de libertad interna y de esta sus más preciosas prerogativas, que sus hermanas en la conservadora Inglaterra, ó en esa Francia, tan turbulentamente ansiosa de libertades" (1).

Hé ahí, pues, una organización que sería conveniente implantar entre nosotros, para impedir que suceda lo que ha pasado con la Universidad de esta Capital, que sin rentas propias, dependiendo del presupuesto legislativo, es tan completamente independiente, que ni siquiera da cuenta de la inversión de los derechos de matrícula y de diplomas, los cuales, en alguna Facultad, son empleados en ser repartidos entre los señores profesores, por el trabajo que se toman dignándose asistir á los exámenes!... No es á la verdad esto lo que más asombre, sino que haya habido gobiernos que permitiesen semejante absurdo : dar fondos para Universidades que por su origen y constitución eran pura y simplemente del Estado, y no merecer siquiera por fórmula que

(1) *Rede beim Antritt des Rectorats an der Friedrich-Wilhelms-Universität zu Berlin, am 15 october 1877, gehalten von* doctor H. Helmholtz.

se le dé cuenta de la inversión de recursos. Y esto se ha repetido tantas veces, que últimamente el Ministro Pizarro, con motivo de la nota del rector Avellaneda acompañando el presupuesto, se ha visto obligado á preguntarle oficialmente qué carácter era el que la Universidad se asignaba. Quiero, como el que más, las autonomías, pero estimo que los abusos deben cortarse de raíz.

Si nuestras Universidades fuesen tan fabulosamente ricas como las de Oxford y Cambridge, que derivan su fortuna de concesiones medievales — ó como la de Harvard, que debe á la generosidad del pueblo norte-americano una fortuna de 8.000,000 de dollars — se comprendería todavía que, prescindiendo por absoluto del Estado, se gobernaran á su antojo y buen placer; y aún asimismo, si bien el Estado carecería de derecho para intervenir en el empleo de las rentas, conservaría siempre el deber de vigilar la marcha de la enseñanza y la concesión de grados académicos. La Universidad, que en el clásico lenguaje de las tradiciones escolásticas se llama el *Alma mater*, es á la verdad una institución tan importante é influyente en la vida de los pueblos, reviste en tantísimos actos un carácter exclusivamente oficial, que el Estado no puede abandonar su dirección á cuerpos sin control, exponiéndose á que

alguna vez — y la sola posibilidad constituye ya un gravísimo peligro — caiga en manos inexpertas ó venales, como sucede alguna vez, por desgracia, en la gran república norte-americana.

Preciso es adoptar un sistema medio. La intervención absoluta del Estado, como la ejercía el gobierno de Buenos Aires en su Universidad, es perniciosa; como también lo fué la excesiva que se permitió el gobierno de la Confederación cuando en 1861, con motivo de la elección de rector de la Universidad de Córdoba, derogó y modificó gran número de los artículos del reglamento orgánico universitario. De ahí que la autonomía universitaria sea también imprescindible. Y en este terreno puede decirse que se ha hecho ya mucho entre nosotros.

La Universidad de Buenos Aires, como la de Córdoba, llevaban ambas una vida en extremo precaria.

La Universidad Mayor de San Carlos, hoy nacional de Córdoba, era la más antigua del Río de la Plata, y si se exceptúa la de Lima, fundada en 1551, podría decirse que de la América del Sud. Fundada por los jesuitas en 1613, confirmada por el papa Gregorio XV, en su bula de 8 de agosto de 1621, reorganizada en 1664, recién en 1800 recibió la

constitución real que cumplida en 1807, hasta hace poco la ha regido, teniendo como reglamento interno el de la de Lima (1735), y como plan de estudios el de la de Salamanca (1791). Durante la época de Rosas había caído en una decadencia sensible, y en tiempo de la Confederación, cuando el Ministro Olmos la visitara (1861), sólo tenía una Facultad de Derecho y Teología. Los esfuerzos hechos posteriormente para dotar al país de una distinguida instrucción superior, la llegada de los sábios alemanes que formaron la Academia Nacional de Ciencias, contribuyó á que en 1876 se incorporara á la Facultad de Derecho, que con el Colegio de Monserrat constituía entonces la Universidad, la Facultad de Ciencias fisico-naturales. De ahí que en 21 de noviembre de 1878, se nombrara una comisión para proyectar una reorganización completa de la Universidad, creando las Facultades que aún no existían, como la de Medicina. Esa comisión, después de integrada varias veces (1), se expidió recién en 1880, aconsejando la sanción del "Estatuto orgánico" que, derogando á la "Constitución provisoria" aprobada

(1) Su composición definitiva fué: doctor Alejo C. Guzmán, Presidente, José Diaz Rodriguez, Secretario, doctores O. Doering, F. Posse, H. Weyembergh, S. Cáceres, L. Vélez, C. R. Lozano, F. Latzina, J. B. Gil y T. Luque.

el 26 de enero de 1858, respondiera á la nueva reorganización de la Universidad, dividida en cuatro Facultades: Derecho y Ciencias sociales, Ciencias físico-matemáticas, Medicina, Filosofía y Humanidades. El gobierno, por decreto de 4 de octubre de 1880, aprobó provisoriamente aquel proyecto, que es el que ahora rige interín se sancione la ley general orgánica universitaria.

La Universidad de Buenos Aires tiene una larga y variada historia. Cuando Cárlos III llevó á cabo la expulsión de los jesuitas (noche del 24 de julio de 1787) decidió que los bienes de *temporalidades* sirvieran para el fomento de la instrucción: el patriota americano virey Vértiz solicitó de los cabildos eclesiástico y secular (el 16 de noviembre de 1771), informes acerca de la fundación de una Universidad, y estos patrocinaron con calor la idea. El rey, guiado por el ilustre conde de Aranda, por cédula real de 31 de diciembre de 1779, reiterada en 16 de enero de 1784 y en 22 de mayo de 1789, ordenó la erección de dicha Universidad, pero los vireyes fueron dilatando dar cumplimiento á esos deseos, hasta que el marqués de Avilés indirectamente encarpetó el asunto. Y sin embargo, las clases ilustradas de esta ciudad, por el órgano de sus Cabildos, se mostraban afanosas en que aquello se

realizara (1). Los gobiernos patrios, después de la independencia, penetrados de aquella máxima tan sabia como elegante del emperador Justiniano: " que convenía que la autoridad imperial no sólo estuviese ilustrada con las armas, sino también armada con las letras ", tomó de nuevo con empeño aquel asunto. El Director Pueyrredón, después de varias medidas, solicitó del Congreso (18 de mayo de 1819) aquella reforma. Y á pesar de la luctuosa crisis que en la historia patria se conoce por " año veinte ", el efímero gobierno de Sarratea (25 de abril de 1820) decidió la ansiada creación; pero debido á los esfuerzos del ilustrado salteño don Manuel Antonio Castro (15 de febrero de 1821), el gobierno progresista del general Rodríguez comisionó á don Antonio Sáenz para la instalación de la Universidad, ceremonia solemnísima que tuvo lugar en la iglesia del Colegio (que era el lugar tradicional de las grandes fiestas de la inteligencia) el 12 de agosto de 1821. Rivadavia no era aún Ministro. La Universidad, según el decreto de 8 de febrero de 1822, se componía de los siguientes "departamentos" (léase facultades): Estu-

(1) *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, por Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, 1868, in folio.

dios preparatorios, Ciencias exactas, Medicina, Jurisprudencia y Ciencias sagradas. Muchos de estos departamentos tenían ya una existencia antigua: el de Medicina data de 1801 (aunque el Tribunal del Proto-medicato fué erijido el 18 de setiembre de 1799).

Difícil sería seguir las fluctuaciones de la Universidad de Buenos Aires durante la época de la tiranía de Rosas, porque su ilustre historiador se detiene casi después de la erección, siendo á la verdad lástima grande que no haya podido realizar el propósito que abrigaba, de seguir aquella historia hasta los días presentes.

La Universidad de Buenos Aires se componía, pues, hasta estos últimos tiempos sólo de la Facultad de Derecho y del departamento de estudios preparatorios, bajo la exclusiva dependencia del Gobierno provincial. Los desgraciados acontecimientos del 13 de diciembre de 1871 — el suicidio tristemente doloroso de Sánchez y la tremenda manifestación estudiantil — hicieron que el Gobierno pidiera al rector doctor Gutiérrez un proyecto de ley orgánica, que presentado el 9 de enero de 1872, fué sometido á una comisión. El P. E. en 3 de septiembre de 1872 presentó á la H. Legislatura un proyecto provisorio, pero nada se hizo, hasta que el 22 de enero de 1874

se nombró una nueva comisión (1) que propuso las bases que sirvieron para el decreto orgánico de 26 de marzo de 1874, que reorganiza la Universidad, dividiéndola en 5 Facultades: Humanidades y Filosofía, Ciencias médicas, Derecho y Ciencias sociales, Matemáticas, Ciencias físico-naturales. Y ese es el estatuto que rige actualmente á la Universidad.

Ambos estatutos universitarios encierran en gérmen todas las principales reformas que la experiencia internacional ha aconsejado.

La Universidad constituida como persona jurídica y por lo tanto con las prerogativas de tal; su división en varias Facultades, con autonomía propia, — representada por su cuerpo académico, su decano, su cuerpo de profesores — pero unidas entre sí por un Senado, al que entre nosotros se ha llamado Consejo Superior; presidido el cuerpo universitario por un rector, elegido por la asamblea de académicos ó, como se llama en Córdoba, por el cláustro, incluyendo los doctores; nombramiento de los profesores por las Facultades, etc., etc. Ambas Universidades, tanto la de Buenos Aires como la de Córdoba, están

(1) Compuesta del rector don J. M. Gutiérrez, de don J. M. Moreno y don P. Goyena.

en esto conformes, pero la de la Capital va más lejos, y ahí reside en mi opinión el mal.

La organización de la Universidad de Buenos Aires es, quizá, demasiado autonómica. El decreto de 26 de marzo de 1874, fué un progreso inmenso verificado sin ruído ni ostentación, pero que transformó radicalmente nuestra instrucción superior, inoculándola los más sanos principios que la ciencia aconseja. El error, pues la experiencia parece haber demostrado que hubo error, consistió en exagerar la autonomía universitaria.

Así, las atribuciones que corresponden á las Facultades y al Consejo Superior son tan omnímodas, que más no puede ser. Libertad sin control ni responsabilidad en el manejo de sus fondos, sean rentas propias, cuando las haya, ó asignaciones del presupuesto; ilimitada facultad de elegir sus funcionarios desde el cuaternario rector y decanos, pasando por el cuerpo académico de profesores, hasta sus bedeles y porteros; dirimir soberanamente las cuestiones referentes á colación de grados académicos y á la enseñanza; independencia absoluta en su actitud frente á los más vitales intereses ó reclamos más justificados del país. ¿Y el Estado? Ni por casualidad se le confiere esa intervención oficiosa que es más bien cortesía que otra cosa. Y sin embargo, el Estado antes

manejaba á la Universidad como á una oficina administrativa; y él mismo se ha atado voluntariamente las manos! Verdaderamente que no es de extrañar que hayan tenido lugar los abusos de todos conocidos, que más de una vez han amenazado provocar un conflicto, sobre todo en cuestiones de rendición de cuentas. El autor de la constitución de la Universidad de esta ciudad, ha sido uno de mis profesores más queridos de la Facultad de Derecho, pero como en los actuales tiempos pasó ya de moda el jurar *in verba magistri*, no tengo inconveniente en criticar aquella organización.

¿Cuál ha sido, por otra parte, el resultado práctico que ha producido? Hasta 1877 el Presupuesto incluyó los gastos de la Universidad, y desde entonces se le acordó una suma fija como subvención, pero aun cuando por el decreto orgánico el presupuesto de los gastos universitarios debía ser aprobado por las Cámaras, y las Facultades rendir cuentas de sus fondos, nada de esto se ha hecho. El Consejo Superior no informa jamás sobre la marcha de la enseñanza ni sobre la situación ó empleo de las rentas que le están confiadas. Verdad es que el Consejo Superior no ha dado casi señales de vida. — ¿Cuándo se reune? ¿qué medidas ha tomado?... Puede decirse que la causa principal del falseamiento del decreto orgá-

nico de 26 de marzo de 1874, proviene de la incalificable inercia del Consejo Superior (1). Es, pues, una especie de poder independiente sin control alguno del Estado.

La Universidad de Buenos Aires, con motivo de la federalización del municipio, debe ser próximamente reorganizada por una comisión especial nombrada el 7 de febrero último (2) encargada de armonizar su constitución con la de Córdoba. Forzoso es esperar que se conozca el proyecto que se anuncia ya como terminado, para entrar entonces de lleno al examen detenido de los detalles de la cuestión.

Únicamente entonces podrá precisarse la discusión, á fin de que sea fructífera. Y á fe que hay todo un semillero de interesantísimas cuestiones que estudiar: en cuanto á la composición de la Universidad, ¿qué se entiende por asamblea universitaria y por cláustro (3)? Este último está hoy día condenado por la experiencia. ¿Qué es lo que corresponde al Consejo Superior y á las Facultades, y cuál es su composi-

(1) Debe exceptuarse á la Facultad de Ciencias Médicas, cuyo decano ha observado la costumbre de publicar sus Memorias anuales.

(2) Compuesta de los doctores don Nicolás Avellaneda, don Juan B. Alberdi, don Vicente G. Quesada, don Manuel Porcel de Peralta y don Eduardo Wilde.

(3) La Universidad de Córdoba adopta el sistema del "cláustro"; la de la Capital el de la "asamblea universitaria".

ción? ¿Qué poderes tienen el rector y los decanos; cómo son elegidos; es necesaria la confirmación del gobierno, como sucede en Alemania, para ratificar la elección académica?

¿Cómo se forma el cuerpo docente con su lógica división en profesores titulares, extraordinarios y libres? Son inamovibles; ¿qué diferencias hay entre una y otra categoría; tienen sueldo fijo ú honorarios académicos; hay diferencias entre las diversas cátedras según sus asignaciones; dónde se buscan, entre los especialistas particulares, los agregados, suplentes ó profesores libres; su nombramiento por elección directa, por concurso; diferencias entre la agregación y la "habilitación"; pueden enseñar privadamente ó ejercer funciones públicas; cuáles son sus obligaciones: deben solamente dictar cursos, dar lecciones ó regentear institutos?

¿Cuáles son las relaciones de las Facultades entre sí y para con el Consejo Superior; los diversos planes de estudio deben complementarse mútuamente; relaciones con corporaciones extranjeras ó con el gobierno?

Vida académica: ¿en qué consiste? funcionarios univeritarios; institutos especiales; museos y colecciones, prerogativas y deberes de los estudiantes oficiales, libres y oyentes; condiciones de ingreso, de asiduidad; exámenes parciales, horario, libreta uni-

versitaria, derecho de matrículas, "dineros académicos", cursos facultativos ú obligatorios, exámenes finales y de doctorado; exámenes de Estado para el ejercicio de la medicina, etc.?

Hay además otra grave cuestión: la Universidad no puede expedir sino títulos académicos, que denoten suficiencia científica. Ahora bien, es sabido que un sabio eminente que haya obtenido con brillo el grado académico de doctor en medicina, y citaré al acaso el conocido ejemplo de Claudio Bernard ó de Littré, puede en la práctica ser pésimo médico; de ahí que el título profesional tenga un alcance distinto y deba reposar sobre pruebas diferentes. Para que el público tenga fe en los que poseen títulos profesionales, es preciso que el Estado tome garantías especiales; por eso en Alemania, después del título académico, existe el llamado "examen de Estado", para obtener el título profesional. ¿De qué manera deben reglamentarse entre nosotros estas categorías de exámenes y qué diferencias tienen ambos títulos?

Se ve, pues, que las cuestiones que se imponen al estudio son numerosas y variadas; exigiendo muchas de ellas reformas radicales, y otras simplemente una juiciosa reglamentación, pero dependiendo de la manera cómo serán resueltas, el porvenir más ó

menos floreciente de nuestro régimen universitario.

La ley orgánica universitaria deberá ser, sin duda, discutida en breve por el Honorable Congreso, y es de esperarse que muchos congresales, cuya especial competencia es reconocida, por ejercer ó haber ejercido el profesorado universitario, diluciden luminosamente esas mil pequeñeces que son, sin embargo, de capital importancia.

Cúmpleme observar, entretanto, que por el momento la organización universitaria está lamentablemente falseada en la práctica. Las ventajas del sistema universitario sobre las Facultades aisladas consiste, justamente, en el contacto íntimo é influencia recíproca de éstas : es indispensable, por ejemplo, que el jurista conozca la medicina legal que se enseña en la Facultad de Medicina, y que el médico sea versado en las ciencias químicas y naturales que se cultivan en la Facultad de Ciencias ; y ni la enseñanza filosófica puede prescindir de una base científica, como la instrucción científica debe apoyarse en sólidas bases filosóficas. Por eso los profesores de París se han pronunciado abiertamente contra el aislamiento de las Facultades, diciendo : "... las ramas todas del saber humano se tocan y cruzan como los radios de un círculo, que tienden al cen-

tro desde los diversos puntos de la periferia ; hay acciones y reacciones continuas de una ciencia á otra, y cada progreso realizado en una de ellas, repercute fuertemente en las demás... Los filósofos, los médicos, los juristas, viviendo aislados y confinados en su enseñanza especial, no aprenden, pues, sino una parte de lo que deberían saber ; sus estudios quedan truncos, incompletos é insuficientes ; y el horizonte limitado, como sus aptitudes y sus medios de acción" (1). Pues bien, entre nosotros, el sistema universitario existe sólo en el nombre : cada Facultad vive totalmente aislada de las demás, como si una estuviera en Pekin y la otra en Lisboa, sin contacto recíproco alguno, sin conexión en sus cursos, sin que ni siquiera se conozcan entre si los estudiantes de las distintas Facultades, ni sepan á veces dónde están situados sus respectivos edificios !...

Nótese que prescindo de una multitud de irregularidades, ¿ á qué responde la Facultad de Matemáticas que expide los títulos de Ingeniero y Agrimensor ? Eso no debe ser Facultad universitaria, es pura y simplemente un instituto de enseñanza superior especial, un Politécnico, si se quiere. Hay ahí, pues,

(1) *Société pour l'étude des questions d'enseignement supérieur.* (Bulletin de juillet 1879. Paris).

algo que se asemeja mucho á una confusión lamentable.

¿Y qué significan Universidades sin local propio, á veces, ó diseminadas sus Facultades en los cuatro extremos de la ciudad, sin bibliotecas, pues es sabido que la titulada "universitaria" es deficientísima, sin colecciones especiales, sin museos, sin nada, en fin, que denote que se trata de cultivar las ciencias? Yo no pido que se construyan *Paranimfos* como el de Madrid, ni palacios como los de Leipzig, Berlin y Viena, pero sí que se las dote de local apropiado, y que se las provea de los instrumentos indispensables de cultura intelectual. ¿Qué significa una Facultad de Ciencias físico-naturales sin museos y sin colecciones; qué se entiende por una Facultad de Derecho, en la que los estudiantes no encuentran ni un mísero libro que consultar? ¿Qué debe decirse de una Facultad de Medicina cuyos hospitales están de tal manera saturados, que es inevitable la *infección purulenta*, de modo que de antemano se sabe, á *ciencia cierta,* que cada operación es peligrosísima, pues el operado muere con frecuencia de gangrena?

Los cursos universitarios argentinos inspiran asombro cuando se comparan con los europeos. En Alemania no hay mayor desdén en la vida universi-

taria, que el de cultivar el *Brodstudium*, ó sea simplemente contraerse á lo indispensable para ganar la vida. Las Universidades están destinadas al cultivo de las ciencias y á propender á su adelanto: allí los profesores absorben su vida en la enseñanza y en el estudio, y los estudiantes beben de sus labios la ciencia misma, según se va perfeccionando. La enseñanza versa sobre todos los ramos de los conocimientos humanos, y los cursos son puramente científicos: cada materia es enseñada á la vez por varios profesores ordinarios, profesores extraordinarios, y *privat-docenten*, encarando la cuestión bajo múltiples aspectos. La libertad de estudios, tan alabada en nuestro lenguaje constitucionalista, reina allí completísima bajo el nombre de "libertad académica"; se considera á los estudiantes como jóvenes responsables y serios, que por propio amor buscan la ciencia, y á los cuales se les deja independientes en la elección de sus cursos, como lo consideren conveniente, pues apenas en las carreras profesionales, y sólo en mérito de los "exámenes de Estado", se les imponen algunos cursos obligatorios (*zwangscollegien*), pero sino todos son facultativos, pudiendo elegir el que mejor les convenga, sea dado por un profesor ordinario ó extraordinario, ó por un *privat-docent*.

De ahí que los cursos universitarios europeos, me refiero especialmente á los de Berlín y París, que son los que he podido conocer, sean una verdadera enseñanza en toda la acepción de la palabra, en que al estudiante se le inicia en todos los problemas del saber humano, guiándolo de tal modo, que pueda formarse una propia convicción. Prescindo por ahora de discutir el método de enseñanza, aunque prefiero mil veces el de los profesores alemanes que dictan ó leen sus apuntes, por manera que sus conferencias son pesadas, secas, pero nutridas de hechos y de observaciones propias y perfectamente científicas; mientras que los profesores franceses, salvo raras excepciones, son oradores elocuentes, expositores hábiles, de palabra fácil y clara, por cuya razón el menos preparado comprende la materia en su conjunto y en sus detalles, y la abarca de un golpe de vista, pero el fondo se sacrifica así frecuentemente á la retórica, y en definitiva sólo se obtiene una exposición generalizadora.

En nuestros cursos ni una ni otra cosa se vé. He empleado la palabra *cursos,* y he debido decir *clases.* La enseñanza está sujeta á textos, seguidos demasiado servilmente, y se contenta con lo estrictamente indispensable para responder á las preguntas del programa, según cuyas bolillas el profesor *toma la lección*

á sus alumnos... Aquéllo en vez de Universidad, parece un colegio superior en que los maestros encargados de preparar al examen, interrogan á los discípulos para ver si han aprendido bien tantas páginas del texto! Vuelvo á repetir que hay excepciones honrosas, pero tomo el término medio, y por más que trato de convencerme de lo contrario, la realidad se impone irresistible. Y creo que esto no es culpa de los profesores, por lo general, distinguidísimos, sino de la desorganización universitaria.

Más aún: no hay en nuestra llamada "Universidad" sino profesores ordinarios, encargados de una ó varias cátedras, con sueldos fijados en el presupuesto. Luego no habiendo emulación ni competencia, no hay estímulo. Los estudiantes no tienen elección posible, cuando no hay sino una sola clase de un solo profesor en cada materia, buena ó mala, á ella tienen que asistir, porque no hay otra y porque el mismo profesor será examinador más tarde, y porque si no van, un imperturbable bedel los apunta como si fueran chiquillos de escuela, no ya por sus nombres, sino por el número de la silla que se les ha asignado!... Causa pena tener que referir semejantes cosas.

Pero no es esto todo: un mismo profesor regentea á veces varias cátedras, por manera que no pudiendo

desempeñarlas todas á la vez, suprime un año unas para enseñar otras, y cuando — como sucede en el Derecho Civil — hay varios cursos (4 años distintos), resulta que el desgraciado estudiante que ingresa á la Facultad de Derecho en un año que se enseña el 4° libro del Código, que trata de las sucesiones, debe iniciarse en el Derecho por donde debiera lógicamente concluir, estudiando las herencias sin saber nada de lo que son cosas, relaciones de familia ó contratos! Esto evidentemente es absurdo. La culpa no es por cierto del profesor — justamente el doctor Moreno es uno de los más distinguidos — sino porque es ridículo que no haya sino *un solo* profesor para los *cuatro* cursos de Derecho Civil! Y éste no es más que uno de tantos ejemplos.

El que conozca las Universidades europeas, no puede sino convenir en que las nuestras se hallan aún en estado primitivo.

El Ministro Pizarro, apoyándose en una frase de Cousin, parece atribuir gran parte de estos males á la gratuidad de los cursos (p. XVII), pero paréceme que este es un concepto inexacto.

Hay que distinguir : en el sistema francés, los cursos son todos gratuitos, y aun — desde la nueva ley sobre la libertad de la enseñanza superior — lo son las matrículas mismas; en el sistema alemán, la regla

es que los cursos son públicos ó privados, según el carácter de ellos, debiendo los estudiantes abonar los *collegien gelder* para asistir á los que eligen; pero abundan también los cursos gratuitos, sobre todo, entre los dados por los *privat-docenten*.

Sé muy bien que el que haya frecuentado los cursos franceses, no se olvidará jamás del extraño espectáculo que ofrece la invasora afluencia de señoras — como en el curso de M. Caro en la *Salle Gerson;* — ó de ese público mezclado, donde se ven viejos, mujeres y niños, pacíficos burgueses y desocupados — como en el curso de M. Paul Albert en la *salle numero 7* en el *Collège de France;* — y más de una vez me ha sucedido no encontrar lugar vacío minutos después de abierto el anfiteatro; pero al lado de ese público especial, hay estudiantes afanosos que siguen con interés la palabra de maestros ilustrados, de los que forman la mayor parte de las veces sus únicos oyentes — como sucede generalmente en la Facultad de Derecho y en *l'Ecole des hautes études*. En cambio todos los que tienen buena voluntad pueden instruirse, como lo pueden hacer los que apenas posean lo suficiente para la vida material. Y luego hay que notar que sólo ciertos cursos especiales — como los de filosofía ó historia, — son los que atraen aqúel público original, que obliga quizá á los profesores en boga á

vulgarizar un poco su enseñanza, lo que ha merecido el calificativo de "cursos de aparato, especie de enseñanza secundaria disfrazada bajo el nombre de instrucción superior (1)".

Pero en países como el nuestro, dadas las costumbres de nuestra vida nacional, no es de temerse en muchos, muchísimos años, que las damas ó tranquilos ciudadanos desalojen á los estudiantes de las bancas de los... futuros anfiteatros, ni que por lo tanto obliguen á los profesores á vulgarizar su enseñanza. La cuestión que toca el Ministro, agita ya desde algún tiempo al mundo universitario de Alemania: el excelente periódico estudiantil *Alma Mater*, de Viena, la ha tratado calurosamente, y la opinión se agita con ardor. El célebre Du Bois-Reymond, en su discurso del rectorado de la Universidad de Berlín (1869) háse declarado partidario de conservar los "dineros académicos", trazando elocuentemente sus ventajas, pero el Parlamento austriaco se decide por la opinión contraria, que parece ganar terreno cada día. Lorenzo von Stein le ha dedicado un estudio importante (2), y parece que bien pesadas todas las circunstancias y teniendo en cuenta los antecedentes

(1) *Revue internationale de l'enseignement* (15 février 1881. Paris).
(2) *Lehrfréiheit, Wissenschaft und Collegiengeld,* von Dr. Lorenz von Stein. Wien, 1875.

patrios y la tendencia igualitaria de este país, la gratuidad debe ser preferida.

Y no se tome esto por una *oratio pro domo sua*, pues los estudiantes pagan ya demasiado elevados derechos de matrículas y de diploma, por manera que aún en el estado actual de la cuestión, la enseñanza superior no es entre nosotros gratuita, sino bien pagada por los mismos estudiantes. Un solo ejemplo bastará: la Facultad de Derecho percibe, por término medio, 63,900 pesos moneda corriente por matrículas y 162,500 por diplomas, lo que hace un total de 225,400 pesos moneda corriente (1). La Facultad de Ciencias Médicas—tomo al acaso el año 1875-1876—tiene una entrada que excede á 509,945 pesos moneda corriente, de los cuales 200,000 provienen del presupuesto y más de 206,000 pesos de derechos de matrículas y revalidación y exámenes: se ve, pues, que los estudiantes pagan, y que pagan bien (2).

Pero son tantas y tantas las cuestiones que surgen al examinar el régimen universitario argentino, que me veo forzado, bien á mi pesar, á omitir un gran número. Pero no querría concluir sin hablar de los estudiantes.

(1) *Memoria del Ministro de Gobierno, 1878.*
(2) *Memoria del Decano de la Facultad de Ciencias Médicas*, 1876.

Las Universidades argentinas carecen de vida académica; fuera de las Facultades, de los profesores y de los empleados, los estudiantes son apenas considerados: el estatuto provisorio de la Universidad Nacional de Córdoba ni siquiera fija la edad de su admisión! Los estudiantes argentinos no son estudiantes, sino que, ó son empleados, ó viven de la vida común del resto de la juventud. No hay entre ellos vínculo de unión alguna, y apenas se conocen. Debo exceptuar á los de Medicina que, debido á circunstancias puramente locales, hacen más la vida de estudiante y tienen sus sociedades — el *Circulo Médico Argentino* – perfectamente organizadas; y aún podría mencionar á los de Ingeniería — estudiantes *universitarios!* — que tienen una sociedad, aunque no muy floreciente. Pero los de Derecho viven en el indiferentismo más completo. Los de Humanidades y Filosofía son chiquillos que aprenden... latin, historia antigua y demás ramos de preparatorios!...

¿No se podría acaso hacer algo para fomentar la vida académica, para hacer que los estudiantes sean verdaderos estudiantes?

Pero téngase presente que si se reglamenta la jurisdicción académica y se imponen deberes á los estudiantes, es preciso é indispensable reconocerles

derechos, el no menor de los cuales es "la libertad académica" ó sea la elección entre los cursos de los profesores titulares y libres: negarles este derecho, que es el a, b, c, en la organización universitaria alemana y francesa, es cometer un error fundamental, que demuestra que se tiene en los lábios la palabra "libertad", pero que en realidad sólo se trata de asegurar monopolios autoritarios de profesores oficiales! Demasiado se ha hablado ya en todos los tonos de "libertad de estudios", para que sea posible dejar burlada una vez más tan legítima aspiración, y es de esperarse que esto no suceda.

Todo ello debe reglamentarse, porque la Universidad se compone: 1° de las Facultades y Consejo Universitario, rector y decanos, ó sea los cuerpos académicos; de los profesores titulares, extraordinarios, suplentes, agregados ó *privat-docenten*; 3° de los institutos científicos que dependen de ella (como ser los *seminarios* de las Universidades alemanas); 4° de los estudiantes matriculados y hasta cierto punto, de los libres y oyentes; 5° de todos los empleados superiores é inferiores.

Poco tiempo tardará el país en saber cuál es la marcha que seguirá la enseñanza superior y, sobre todo, la universitaria, cuya ley orgánica, dados los trabajos que se hacen, no puede tardar en votarse.

Entonces habrá llegado la ocasión de examinar si la organización definitiva responde ó no á las exigencias de la ciencia, y á las necesidades nacionales, pues el porvenir de nuestra enseñanza superior depende de ello. No habrá entonces inconveniente en emitir sobre esa reorganización sus apreciaciones, con la misma leal franqueza con que se acaba de examinar — rapidísimamente por cierto, — algunos de los defectos del actual sistema universitario.

Julio de 1881.

III

ESCUELAS Y TEORÍAS LITERARIAS

EL CLASICISMO Y EL ROMANTICISMO

La eterna querella de los antiguos y modernos, de los clásicos y los románticos, renace siempre bajo formas nuevas, produciendo el mismo ardoroso efecto, y entusiasmando valientes campeones que libran verdaderas batallas por el triunfo de sus respectivos ideales. Pero cada uno de los aspectos que presenta en épocas determinadas, varía inmediatamente, y desaparece de nuevo para encarnarse en formas diversas.

La lucha entre el clasicismo y el romanticismo, cuya crísis aguda tuvo lugar en la revolución literaria de 1830, pertenece ya á la historia. No quedan de aquellas batallas sino el recuerdo del ardor de los adeptos de una ú otra escuela, y el mundo literario

se ha apasionado después por nuevas teorías y por nuevos ideales. El movimiento de 1830 es, pues, casi una reliquia histórica. Se le estudia con el criterio de una posteridad, cercana es cierto, pero que tiene bastante sangre fría para remover sin peligro las cenizas, tibias aún, de aquella lucha memorable.

Sin embargo, entre nosotros aquella época despierta aún juveniles entusiasmos, apasiona los ánimos y enardece los espíritus, como si en nuestra evolución intelectual nos halláramos todavía en 1830, sin tener en cuenta las transformaciones sucesivas que, desde entonces acá, ha experimentado la literatura universal. Este fenómeno no deja de ser curioso, y como tal atrae la atención del observador imparcial.

Nuestra juventud lee con pasión á los adalides de 1830, de los que Musset es el ídolo y Victor Hugo el pontífice; Gautier, para muchos un modelo, y el recuerdo de Gerardo de Nerval y del Cenáculo, un objeto de sincero culto literario. Puede decirse casi á ciencia cierta que tal es la tendencia de una gran parte de nuestra juventud más inteligente. Se lee mucho, pero casi exclusivamente libros franceses. Se adora, pues, á dioses y á ídolos que fueron. De ahí que los socios del extinguido "Círculo Científico Literario" recuerden aún las memorables sesiones de

agosto de 1878, en las que se discutió con acaloradísimo entusiasmo la famosa cuestión del romanticismo de 1830.

Otra parte de la joven generación argentina tiende más bien á cultivar la literatura bajo formas más originales, es decir, no sólo americanizándola sino, en lo posible, argentinizándola. Se quiere prescindir de los ideales europeos, contaminados casi siempre por tradiciones impuras, y se levantan en su lugar las divinidades indígenas de esta América maravillosa, cantando sus ríos inmensos, sus pampas inconmensurables, su esplendorosa vegetación, sus costumbres locales. Esta tendencia predominaba en la antigua "Academia Argentina", y sus adeptos reconocían por jefe al venerable Echeverría.

Y, por fin, una tercer fracción, indisciplinada, repartida en mil pequeñas agrupaciones, frecuentemente rivales, casi siempre aisladas unas de otras, cultivan el naturalismo, otras el evolucionismo, la mayor parte, empero, tan sólo *l'ecole buissonière*. Del clasicismo puede decirse, que sólo poquísimos adoradores cuenta.

Dos jóvenes poetas argentinos, cultores ambos de Musas diferentes — discípulo de Echeverría el uno, adorador de los griegos el otro — acaban de renovar la vieja controversia de clásicos y románticos. En ele-

gantes y sonoros tercetos han roto ambos innumerables lanzas en torneo de buena ley. Solicitado por ambos contendores, el dulce y venerable bardo, el inmortal cantor del *Lambaré*, el clásico adorador de *Erina*, ha dirimido la contienda, colocando la simbólica corona de laurel en la frente de los dos vates (1).

La cuestión no es indiferente. Se trata de saber cuál es la escuela literaria que ha ejercido y que deberá ejercer decisiva influencia en el movimiento intelectual argentino. Se pretende que el clasicismo ha muerto entre nosotros, y que desde el traductor de Virgilio, el rival de Iriarte y de Velazco, hasta ahora, apenas se han oído algunas débiles notas, arrancadas al estro poético de los viejos bardos á guisa de despedida. Se ha llegado á sostener que, "desde la revolución literaria que había presentido el ingenio de Thénier, inmensa y formidable como que llegó hasta las estepas de la Rusia, donde cantó Pouschkine; desde la aparición de las armonías celestes de Burns, el escocés, de Klopstock, el alemán, hasta las divinas y cadenciosas notas de Byron, Hugo, Espronceda y Echeverría, el inmortal cantor de la *pampa*, en ese

(1) R. Oligado-C. Oyuela. *Justa literaria, con una carta-prólogo de* Carlos Guido y Spano. Buenos Aires, 1883. 1 volumen de xvi y 63 pàginas. La polémica poética había tenido por órgano la *Ilustración Argentina*.

bello poema de la *Cautiva*, rival vencedora del *Inami* de Sanfuentes y el *Marquetá* de Samper; desde entonces, la musa clásica desapareció de América como por encanto: negro celaje que el pampero del romanticismo ha barrido de nuestra constelación poética!"

He ahí, pues, la cuestión. Para saber hasta qué punto sea errada ó verdadera la afirmación precedente, es preciso resolver el problema en sí mismo: examinar las dos tendencias; la del "Círculo Científico Literario", inscribiendo en su bandera en letras de oro el nombre de Musset; la de la "Academia Argentina", abroquelándose tras la fama de Echeverría. Es preciso aducir hechos y analizar con frialdad. Las consecuencias que se desprendan se impondrán entonces con lógica rigurosa.

I

La cuestión debatida en el "Círculo Científico Literario" estaba concentrada en la influencia poética de Alfredo de Musset.

Unos sostenían que Musset era la genuina expresión del romanticismo moderno, por cuanto Víctor Hugo tuvo otros orígenes y ha seguido más tarde

otras sendas. Proclamaban á Musset como "poeta de la juventud", y sus ideas, como sus figuras poéticas, eran consideradas como el más excelso modelo posible.

Ahora bien, es siempre difícil hablar de poetas y juzgar poetas, porque "la poesía no muere: tiene sus primaveras, sus generaciones diversas que nacen, se suceden, y esparcen cada una sus flores, sus armonías, sus cantos". El crítico es, por otra parte, un vigía y su primer grito debe ser siempre de emoción y de gozo: pertenece ya á otra época "esa crítica envidiosa y mezquina de los defectos, y hoy debe reinar sólo la grande y fecunda crítica de las bellezas". De ahí que se "saluden con vivo placer esos nuevos luminares, que se levantan sobre el horizonte y que están destinados á apagar los antiguos".

Pues bien, á pesar de esto, no puede aprobarse la tendencia á traducir y á imitar al cantor de *Namouna* y de *Rolla*. Se explica la admiración que tiene la posteridad al leer á *Don Juan* y al *Corsario*, pero sólo genios como Byron pueden iluminar los abismos que ellos mismos cavan.

Byron y Gœthe acababan de morir. La Inglaterra y la Alemania parecían reposar tranquilamente en los laureles del siglo de Ana y del período de Weimar. En Francia, Chénier y Nodier, con su poesía

melancólica y sentimental, entretenían á los espíritus atónitos aún por el derrumbamiento del imperio napoleónico, y al calor de las ideas religiosas y monárquicas de la restauración borbónica, se notaba ya "ese conjunto de preludios, donde domina una vaga malancolía, un acento caballerezco y una gracia esquisita de detalles". Esa era la poesía de Lamartine, y en ella se inspiró Victor Hugo.

Los genios nunca son pacientes. Hugo rompió pronto las vallas que lo contenían, é hizo flamear audazmente la bandera revolucionaria del *Prefacio* de su "*Cromwell*". Pero al repudiar la antigüedad, se convirtió en ciego adorador de la Edad Media. Hugo es un genio — y los genios pueden haber sido un momento revolucionarios, pueden parecerlo aún, pero en realidad no lo son: no atacan, no derriban más que lo que pone trabas á su desarrollo, pero es para restablecer en seguida un equilibrio mejor y más estable.

Musset se arrojó de lleno en aquel movimiento: en 1830, sus *Cuentos de España y de Italia* concentraron en él la pública atención. Pero Musset, como él mismo lo ha dicho en su *Confession d'un enfant du siècle*, era un espíritu desequilibrado, casi fatalmente destinado á ser presa de la voracidad insaciable de la corrupción. *Portia* y *Parisina* son cuadros

admirables, pero que revelan demasiado su tendencia sensual y voluptuosa: el ideal no lo busca ya en el espíritu — lo encuentra en la carne. Su historia es conocida. La famosa *Belcora* y la heroina de *Rolla* son el producto de un espíritu calenturiento, extraviado y perdido ya para el Bien, que en definitiva es lo Bello.

Ya Musset vivía entregado al más horrendo desenfreno, y su libertinaje era notable en las orgías de la moderna Babilonia. Todo estaba, pues, perdido; él mismo lo ha dicho:

Le cœur d'un homme vierge est un vase profond
Lorsque la première eau qu'on y verse est impure
La mer y passerait sans laver la souillure
Car l'abîme est immense, et la tache est au fond.

No se puede, pues, proponer á Musset como un modelo á la juventud que abre recién su corazón á las primeras impresiones de la vida. Leerlo, imitarlo en esa edad crítica, no sólo es pernicioso sino criminal: se deposita por ese medio un terrible fermento malsano en el alma, y la existencia entera se encuetra contaminada por el virus.

Musset no es Hugo, ni su romanticismo es el mismo de 1830. Es mucho más horrible, porque corrompe el alma, marchita el corazón, seca la inteli-

gencia y hastía los sentidos. En la plenitud de la vida, cuando bullen en el pecho las más entusiastas aspiraciones, los planes más generosos, y que la inteligencia fresca y lozana se crée capaz de conquistar el mundo, es un verdadero sacrilegio inspirarse en el poeta que ha dicho :

Le doute ! il est partout, et le courant l'entraîne
Ce linceul transparent, que l'incredulité
Sur le bord de la tombe a laissé par pitié
Au cadavre flétri de l'espérance humaine !

Los versos son admirables. La ironía es amarga, y desconsoladoras sus ideas. Se desespera del espíritu y se reniega del alma, y los sentidos tratan de acallar las inquietudes de la conciencia, buscando la felicidad en báquicas orgías, en medio de las mentidas caricias de mujeres hermosas, espumosa la copa, velada casi la mirada, con la frente calenturienta, cubierta de flores ya marchitas... *Namouna* y *Rolla* han producido mayores males que el horripilante *Gamiani*. El falaz filosofismo que dora aquella corrupción, repugnante en el fondo, puede ciertamente seducir con sus paradojas á las imaginaciones juveniles, pero jamás constituirá un ideal, jamás podrá ser preconizado como modelo.

Rolla es la historia de una meretriz, ó de algo

peor. Hay perlas en el fango, y qué perlas! —pero el fango es terrible.

Namouna es el himno de gloria de ese tipo eterno de Don Juan. El poeta ha agotado todas las galas de su imaginación desenfrenada para pintar á su héroe, bello como Satán, frío como un reptil, altivo, audaz, en cuyo yerto corazón no palpita más que la apariencia humana, y que convierte á la pasión en simple manto dorado de su mísera ambición! *Namouna* es el monumento levantado por el delirio humano á ese héroe fantástico, á quien dice Musset:

Plus vaste que le ciel, et plus grand que ta vie
Tu perdis ta beauté, ta gloire et ton génie
Pour un être impossible et qui n'existait pas!...

Pero esa poesía no es, ni puede ser el ideal, el modelo de una juventud sana de cuerpo y de espíritu. Para gustar de esa poesía es preciso haber sufrido, y el dolor no llegará nunca á ser más sublime que en la elegía de Manfredo, en la burla amarga de Don Juan, ó en los ensueños de Childe Harold... Esa poesía es tan fugitiva, que si bien marchita pronto el alma, no basta para llenar la vida, pues pronto se exclama con Espronceda:

Y encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo:
Palpé la realidad y odiè la vida...

Esa poesía conduce pronto al extremo en que el espíritu más atrevido como el cuerpo más robusto, concluyen por decir :

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas
Con danza y algazara en confusión ;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmover ni herir mi corazón !

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festín
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin...

Abreviando estas reminiscencias de la memorable discusión del *Círculo Científico Literario*, diré que el que esto escribe fué de los que combatieron á Musset como poeta modelo de la juventud, y de los que protestaron contra una escuela literaria cuyo ideal empequeñecía de tal modo las aspiraciones nobles y los sentimientos generosos. Hoy el tiempo ha pasado. Cinco años hace que tuvo lugar aquella polémica. El *Círculo* no existe ya, y sus socios se encuentran esparcidos á los cuatro vientos : el huracán de la vida ha roto muchas amistades que parecían indisolubles entonces, y ha variado muchas convicciones que se creían firmes como la roca. Pero si se renovaran nuevamente aquella discusión, creería aún hoy como entonces, que lejos de ser Musset el mo-

delo de la juventud, es un poeta pernicioso en cierta época de la vida, porque sus obras, como él mismo lo dijo:

> *... noirciront un large bréviaire*
> *Qui brûlera les mains et les cœurs de vingt ans.*

¿Quiere eso decir que se desconozcan los méritos especialísimos de Musset?

No, en manera alguna, y casi se tomará por una herejía del que esto escribe la declaración de que prefiere Musset á Hugo. Este último ha abusado de la retórica y de la exageración hasta un grado inconcebible: su hinchazón, su *gongorismo*, no pueden ocultarse á un lector desapasionado. Indudable es que en los millares de versos que ha producido y produce hay páginas inmortales, pero es preciso buscarlas, y el *rari nantes in gurgite vasto* del mantuano, sólo será un hecho cuando hayan pasado algunas generaciones.

Mientras tanto, hay en la obra reducida de Musset joyas primorosas, páginas sublimes que son joyas engarzadas de una manera maravillosamente artística; por eso los delicados, los refinados, los artistas verdaderos, admirarán más esas perlas preciosas que los diamantes más colosales.

En las batallas literarias del *Círculo* hubo que ata-

car rudamente á Musset, porque se le hacía servir como bandera de combate, tratando de revivir aquellas figuras del *Cenáculo* parisiense que, magnificadas entonces como sombras chinescas, han desaparecido tiempo hace sin dejar tras de sí el menor rastro, si se exceptúa el recuerdo de sus extravagancias.

Gautier, aquel polígrafo admirable, columna que fué de la bohemia de la *rue du Doyenné*, es la única figura que subsiste y que pasará á la historia como estilista primoroso. Convengo que los contemporáneos se entusiasmaran por aquel fantástico Petrus Borel, por el simpático Gerardo de Nerval, y por los demás "grandes hombres" del *Cenáculo,* pero esa fantasmagoría había pasado hacía medio siglo, cuando quiso hacerla revivir el grupo del *Circulo literario.* Y puso todo su empeño en hacerla revivir con todas las exageraciones del primer momento, que si bien eran toleradas, explicadas por el ardor de la primitiva lucha, verdaderamente eran falsas y un tantico ridículas en el intentado *pastiche.* De ahí que en el *Circulo* no se discutieran las obras verdaderas de Musset y otros autores: se quería sólo ver en Musset al autor de la *balada á la luna,* y el fastidioso *point sur un i* era el oriflama de combate.

Adolfo Mitre no encontró nada mejor que traducir

para revelar su fe literaria, que el *Albertus* de Gautier, porque en toda la obra admirable de aquel escritor fue lo único que encontró de "un romanticismo violento y premeditado, ultra-revolucionario y que trataba de imaginar todo lo que hubiera de más abacadabrante, macabro y frenético". Es la obra de la juventud del autor, pero de la primera juventud, la del chaleco rojo y la contra-seña *Hierro* de la representación de *Hernani*, la del *Cenáculo*, de la edad en que sólo se soñaba en audacias, escalamientos y otras cosas por el estilo.

Pero todo ello leído á medio siglo de distancia!... No acertaba á comprender aquel entusiasmo en frío.

Todo ello me hizo ser indudablemente exagerado en la réplica sobre Musset, el tierno poeta de las *Noches*, del *Sauce* y de aquellas admirables stanzas á la Malibrán!

II

El romanticismo de 1830 fué una revolución local, exclusivamente francesa, hija de las circunstancias anormales que la produjeron. No tiene hoy razón de ser, ni menos de ser imitada entre nosotros, donde

no existen las causas especiales que la provocaron allí. Y sin embargo, ha tenido una verdadera repercusión directa en la República Argentina, debido á la casualidad de hallarse en aquella época en Paris uno de los más grandes poetas del Plata : Echeverría no sólo asistió á las batallas de *Hernani*, y se entusiasmó por el *Prefacio* del "*Cromwell*", sino que de vuelta á su país, fué ardoroso propagandista de las nuevas teorías.

Preciso es, pues, entrar de lleno al examen de esta cuestión, encarándola del punto de vista de la literatura argentina.

Las doctrinas literarias de 1830 son, á mi entender, no del todo exactas, y nos conducirían al enervamiento de la energía varonil, al culto servil de la belleza halagadora de la forma. Apesar de la aparente repulsión hacia el clasicismo, se adopta como modelo á Horacio y Ovidio, pareciendo desdeñar á Persio y Juvenal.

En la literatura argentina se siente una tendencia latente hacia el *gusto antiguo*, que tan acérbamente es atacado por los discípulos de Echeverría. Para convencerse de la verdad de este aserto, no hay más que leer á Carlos Guido y Spano, el poeta artístico, clásico por excelencia, en nuestra literatura contemporánea. El entusiasmo ardiente con que se léen

las bellísimas composiciones del egregio vate, demuestra claramente que, sin quererlo, se tributa un merecido culto al clasicismo. Nuestros críticos mismos lo confiesan, cuando dicen: "es griega, es antigua, aunque fresca y juvenil, la musa predilecta de Guido... sus versos reflejan al cielo, los paisajes, las mujeres de Grecia: Myrta, Corina, la blanca Arsinoë, que no han nacido por cierto á las márgenes del Plata..." Nadie como Guido ha poseído hasta ahora el secreto del acierto en las cosas del arte, y sin embargo, Guido es eminentemente clásico, pertenece á esa escuela que ha llegado á considerarse "como un cadáver, á quien se le hizo la autopsia... y que fué despedazado entre nosotros por Echeverría... eran formas aristotélicas decoradas por Boileau y algún otro de sus costumbres, que, encerrando á nuestros ingenios en estrechos carriles, detuvieron el vuelo del genio americano..." Pero, sin duda, no podría negarse que á pesar de respirar Guido el clasicismo en sus más bellas composiciones, su *genio americano* no ha sido *detenido* por él, pues ahí está *Nenia*, *En el monte*, *Patagonia* y tantas otras!

Ya se vé, pues, que el desprecio por el clasicismo es más bien aparente que real. Y no podía ser de otro modo, porque sino ¿con qué regla de criterio,

de *buen gusto*, se podría juzgar y apreciar á los poetas?

Se ha asegurado entre otras cosas, "que el romanticismo es la libre protesta contra el espíritu cortesano y tradicional de la literatura borbónica, llamada clásica..."

Tengo para mí que si algún poeta clásico hubo entre nosotros fué el doctor Gutiérrez, y de él se ha dicho: "El doctor Gutiérrez es un poeta clásico, aun cuando se nota en sus composiciones el espíritu de ese *algo*, de que se vanagloriaba Chénier". Es indudable que "las poesías de este vate son quizá de las más correctas, tanto en el estilo como en la forma de que revisten, diciendo á voz en grito que son composiciones hijas de una musa extranjera".

Pues bien, el doctor Gutiérrez, ese poeta distinguidísimo que pertenece á la escuela clásica, ó como se ha dicho "á esa literatura cortesana, tradicional y... borbónica" merece á los más encarnizados enemigos del clasicismo los más calurosos y extremados elogios, llamándole "el primer literato de la América española, el Fénix de la literatura del Plata, el decano de los poetas de la nueva Atenas..." y aun señalándolo como modelo á los jóvenes adoradores de las musas, le clasifican de maestro del *buen gusto* etc. Debe alabarse muy de veras esa justa admiración

hacia el doctor Gutiérrez, y ella confirma una vez más, la aserción de que los vehementes ataques al clasicismo son más aparentes que reales.

Balcarce es una figura poética interesante: con razón se alaban las bellísimas estrofas de la *Despedida*, inspiración brillante, profética, al separarse para siempre de su amada patria. *El cigarro*, del mismo bardo, uno de nuestros más sentimentales poetas, es una composición delicada, sencilla y profundamente filosófica. Esos versos respiran un melancólico escepticismo, y al leerlos no se puede menos de estimar al autor. El malogrado Berro, á quien se compara con Balcarce, en lo que más se asemeja á este, es en que, como ha dicho un crítico, ambos "leían en los antiguos, se inspiraban en la más clara fuente de toda poesía...", agregando con innegable razón, que "la inspiración sola no basta para alcanzar la palma de poeta en las sociedades cultas y artificiales, se necesita la intervención del arte, sin el cual la espontaneidad misma marcha tímida como si le faltase luz y aplomo".

Se compara frecuentemente á Magariños Cervantes (Alej.) con Guido y Spano. Pero si es verdad que son contemporáneos, y quizá coetáneos en su primera aparición literaria, no se puede menos de confesar que mucho se diferencian en la índole poética, pues

Guido es eminentemente clásico, mientras que Magariños por su *Plegaria* se inclina más al romanticismo puro, y por su *Mburucuyá*, reviste un carácter americano, uruguayo.

Pero examínese á Echeverría. Aquí los adversarios del clasicismo parecen pisar en terreno firme, porque se apoyan en las páginas elocuentes en que aquel gran poeta defiende con lamentable parcialidad al romanticismo, y ataca con bastante injusticia al clasicismo. A la manera del *Prefacio* de Cromwell, las páginas de Echeverría estaban destinadas á producir una verdadera revolución literaria entre nosotros, proscribiendo, anatematizando al clasicismo, y entronizando un romanticismo especial, original, grande, como todo lo que produjo Echeverría.

El calor inusitado, el ardoroso entusiasmo con que están escritas esas páginas, deslumbran al lector y le conducen engañosamente de conclusión en conclusión, á proclamar el advenimiento de una poesía rara, tremenda, exótica, que cual desbocado corcel, sin obedecer á freno alguno, sin sujetarse á la más mínima regla, "pueble el aire de silfos, el fuego de salamandras, el agua de ondinas, y el cielo y el espacio de gerarquías de entes incorpóreos, de genios, espíritus, ángeles, anillos invisibles que ligan la tierra al cielo, ó el hombre á Dios..."

La imaginación más cuerda, la fantasía más sensata concluye por desbocarse junto con el autor, y pasando, con pasmosa elocuencia, por todos los grados del furor sibilino, recorren en desesperada carrera las modernas literaturas: y por último, fatigadas, exhaustas, estenuadas, á la manera de las antiguas Pitonisas de Delfos, vienen á caer vencidas y jadeantes, á causa de tan loca peregrinación!

Así Echeverría dice al concluir, que la literatura romántica "es un maravilloso instrumento, cuyas cuerdas sólo tañe la mano del genio, que reune la inspiración á la reflexión, y cuyas sublimes é inagotables armonías expresan lo humano y lo divino".

¿Qué otra cosa ha sido el clasicismo en su origen? La literatura, como el arte antiguo, alcanzaron un grado tan elevado de perfeccionamiento, que han tenido la misión histórica de servir de modelo, siempre fecundo, á las generaciones sucesivas, contribuyendo á mantener siempre vivo el culto de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno.

El clasicismo ha sido y tiene que ser la más pura fuente del *buen gusto* estético, por eso se le llama clasicismo, porque sus obras son tan acabadas, tan perfectas, que sirven de modelo.

Esto no quiere decir que haya que sujetarse á la imitación servil de la forma y del fondo, sino que no

debe prescindirse de estos grandes modelos, pues sin ello no hubiera sido ni sería posible el progreso literario. Así como las generaciones se apoyan las unas sobre las otras, para dar un paso adelante, así las literaturas modernas deben forzosamente apoyarse en las antiguas, para alcanzar mayor grado de perfección.

El progreso no es posible sino con el concurso de todos, de todas las generaciones; querer aislarse, es retroceder, porque es una ley histórica inexorable que el adelanto sólo es posible con la ayuda de los demás.

Es, pues, no sólo quimérico, sino en cierto punto peligroso predicar esa independencia salvaje del aislamiento individual, porque es renegar del progreso humano querer prescindir de la experiencia de los siglos, y marchar al acaso, sin guía ni rumbo. Es anti-liberal esa doctrina, porque es anti-progresista, porque la pública ni la privada felicidad puede alcanzarse preconizando el reinado de la loca fantasía.

¿A qué nos ha conducido el romanticismo? A esas poesías que nos inundan y que son cuando más "el fruto sencillo y espontáneo del corazón, ó la expresión armoniosa de los caprichos de la fantasía".

El melancólico llanto, el lacerado amor, el mutilado corazón, la fantástica divagación... ¿es acaso ésta la poesía que deba preconizarse en nuestro siglo, en

pueblos viriles, jóvenes y enérgicos, como el argentino?... ¡Y sin embargo, á ese precipicio nos conducirían sus teorías!

Pero felizmente no se puede prohijar semejante principio sino aparentemente; no se puede pretender que nuestra literatura sea esa planta exótica, rara, extraordinaria, nueva, especial, que preconizan los que adoran demasiado ciegamente á Echeverría.

Los que forman esta escuela quieren ser á todo trance *americanos*, con prescindencia de las tradiciones antiguas y modernas de otros países del mundo. Alaban sólo los ingenios y las producciones americanas. Pero ¿quién es el primer escritor de la América Latina y cuyo mérito indisputado é indisputable, ni la envidia siquiera se ha atrevido á manchar con su hálito impuro? El primer escritor americano ha sido Andrés Bello, y Andrés Bello es un escritor clásico en toda la extensión de la palabra.

III

Andrés Chénier ha resuelto hace tiempo esta controversia, cuando dijo:

Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques.

Se pretende que resucitar los estudios clásicos, muertos entre nosotros desde Juan Cruz Varela y Echeverría, equivale á un retroceso evidente en el progreso literario.

Se sostiene que la verdadera escuela es la romántica, y se crée que el porvenir pertenece al romanticismo, así como el pasado es el patrimonio exclusivo del clasicismo. Se ataca con vehemencia al clasicismo y se pretende con alguna injusticia, que sólo nos ha enseñado "pura fraseología, mucha poesía, poco de estudio práctico, nada de apostólico, nada de propagandista (1)".

Arrastrados por una excusable sed de *libertad*, váse hasta exigir que nuestra literatura deba ser *nueva*, independiente y diversa de todas las que han existido, excepcional, espontánea, sin escuela... El propósito es utópico, pero valerosa la empresa!

Un crítico distinguido ha dicho que estimular el gusto por los clásicos, es poner el dedo en la llaga de nuestra literatura naciente. No es el talento ni aun el trabajo lo que más falta, agrega, sino el gusto: y

(1) Véase *La Argentina*, por Benigno T. Martínez (*Ensayos literarios sobre los vates contemporáneos de ambas márgenes*). Concepción del Uruguay, 1878. 1 v. de 225 páginas. Seguiré à este autor en la discusión de este pàrrafo, de manera que las citas que se hacen en este artículo se refieren à esta obra.

nada hay como el *gusto antiguo*, que sea capaz de formar entre nosotros autores y críticos.

Sin embargo, la literatura, como el arte, tiene sus tradiciones, su historia, y para comprender el progreso moderno, es indispensable apreciar y conocer todas las escuelas: la clásica como la romántica, las obras del pasado como las contemporáneas.

Los frutos espontáneos son á veces meritorios, pero es un hecho comprobado que las plantas mejoran por el cultivo; así también con el estudio de los grandes modelos, la inteligencia se disciplina, se aquilata y llega á conocer mejor lo bello, una vez que ha hecho fecundos por el trabajo, los dones que se reciben de Dios.

El hombre culto y progresista no es ni puede ser el que da vuelta inconsciente la espalda al pasado, como tampoco puede ser ni en realidad lo es, el que crée que la humanidad no marcha, no adelanta, y que, en medio del movimiento universal, queda parado, estático con la mirada fija en lo que fué!

Se pretende que la enseñanza de los clásicos es contraria á las formas populares y espontáneas que debe revestir la inteligencia en una democracia, pero esos estudios, cuando menos, enriquecen nuestro bagaje literario, mejoran y educan el *buen gusto*, sin el cual

— forzoso es confesarlo — no hay ni puede haber literatura posible.

Los grandes maestros son los grandes modelos en la literatura como en el arte, y la experiencia fecunda de la historia ha demostrado que allí donde han sido cultivados y estudiados con mayor afán, han ejercido una notable influencia en el desarrollo del sentido estético.

El que no sabe, es como el que no vé: y así como no vé el que desdeña los grandes modelos artísticos que los siglos nos han trasmitido, así tampoco no sabe el que rompe bruscamente con el clasicismo, y adopta esa escuela libre de toda traba, sin más elemento que las apreciaciones inseguras del libre albedrío de cada uno.

Parece, pues, que un justo término medio es lo más aparente para el franco y libre desarrollo intelectual: no desdeñar el romanticismo, pero sin repudiar tampoco el clasicismo.

Suprimir del todo los estudios clásicos, es renunciar completamente al precioso legado que la antigüedad nos ha trasmitido, y se sabe cuán fugaz es la existencia para que cada hombre, por sí solo, abraze el vastísimo campo que ofrece la literatura.

La observación ha demostrado que los estudios clásicos influyen poderosamente en la cultura de las

formas, sin que esto importe en lo más mínimo un ataque á la libertad, siempre fecunda, de que es susceptible el fondo de todo trabajo intelectual.

Hay entre el hombre que ha seguido sucesivamente y con empeño todos los estudios que preparan para la lucha intelectual, y aquel que sólo cuenta con su propio esfuerzo y con futuras indagaciones, la misma diferencia del soldado veterano y del bisoño recluta: el que tiene un fondo seguro de conocimientos clásicos, siempre se distinguirá más que el que sólo ha cultivado lo contemporáneo, así como entre un soldado y un recluta, ambos igualmente valerosos y decididos, siempre habrá un algo que los diferencie. Los conocimientos clásicos de un literato son como la disciplina de un veterano: al bisoño le falta algo, y ese algo es la disciplina. El que está armado del clasicismo y conoce la escuela romántica, se asemeja al veterano que usa armas de precisión: el que desdeña aquellos estudios, es, en mi humilde opinión, el recluta mal armado, que, por valeroso que sea, no puede luchar con ventaja contra el veterano.

El clasicismo no ha muerto, ni puede morir, porque el pasado es un hecho y los hechos no se borran jamás.

No es de este lugar, con todo, sostener una discusión sobre el mérito relativo de estas escuelas; pero

paréceme que ellas no dañan al desarrollo intelectual de la juventud argentina: y, por el contrario, que contribuyen á sazonar los frutos de la inteligencia en una nación tan favorecida bajo este aspecto.

En alguna de las obras de Gœthe, á quien el eminente Sainte-Beuve llamaba *el rey de la crítica*, se lée que las obras del día no son románticas porque son nuevas, sino porque son débiles, enfermizas, y sin vida: y que, por el contrario, las producciones antiguas no son clásicas porque son viejas, sino porque son enérgicas, profundas y eternamente juveniles.

Y en efecto, los escritores clásicos no sólo son maestros en estos tiempos en que se escribe como se vive, esto es, de carrera, sino que sus obras son el modelo para cultivar el *gusto antiguo*, hermanándolo con las exigencias estéticas de la edad moderna.

Un notable escritor contemporáneo, algo escéptico quizá, ha dicho que la poesía romántica, donde sólo vagan melancólicas imágenes de inteligencias ardorosas, pero demasiado exaltadas, es un lirismo que tiene eco únicamente en los corazones juveniles, más en la mujer que en el hombre. "Los idilios tristes y sentimentales se adaptan más, añade, á la naturaleza tierna y delicada del corazón femenil, pero no cuadran al carácter duro y viril de la inteligencia vigorosa del hombre."

Esa tierna y fantástica divagación, ese lánguido y sollozante romanticismo, es el patrimonio exclusivo de "esa legión *cuasi vaporosa* que sueña sempiternamente con el paraíso de la gloria, siempre escondido en una región de nieblas, á cuya entrada está la Esperanza, con la cara risueña y el ropaje espléndido".

Pero las estrofas varoniles de caracteres bien templados, de corazones fuertes, no pueden menos de interesar á todo hombre noble, y apasionar el espíritu del pensador despreocupado.

La democracia misma nace enfermiza, si no levanta el carácter, en vez de sollozar eternamente en melancólicos versos!

Ese género poético, ese númen irritado y vigoroso, ha producido obras cuya duración es eterna, y que trasmitidas de generación en generación, influencian á la posteridad más remota, inoculando sin cesar á la humanidad el amor á la virtud y el ódio al vicio.

Persio y Juvenal no sólo sirven de modelo como poetas, sino que serán siempre leídos con creciente interés, porque analizan costumbres que en el transcurso de los siglos han cambiado sólo de forma y de fecha, pero no de esencia; porque estigmatizan vicios que renacen siempre con bríos cada vez mayo-

res, cuando el digno desprecio de la pública moralidad no los mantiene en una saludable dependencia.

Han descrito, estudiado y ridiculizado una sociedad escepcional por sus hechos, por sus virtudes como por sus vicios: — pero las sociedades modernas son, en cierto modo, escepcionales, y muchas de las virtudes ensalzadas, como muchos de los vicios estigmatizados por aquellos satíricos, se enseñorean hoy triunfantes en el escenario complicado, pero deslumbrador, del mundo contemporáneo.

Al recorrer aquellas producciones, escritas con un calor y una elocuencia incomparables, no puede menos de admirarse en esos clásicos el carácter, — esa cualidad tan desmedrada por las bastardas ambiciones y por el hábito cobarde de adular las muchedumbres, — sus preocupaciones y hasta sus mismas pasiones asombran !...

No es, pues, únicamente cuestión de clasicismo y de romanticismo, escuelas literarias que tienen ya sus adalides y sus mártires...

Junio de 1883.

VI

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL ARGENTINO

REVISTAS Y PERIÓDICOS

La *Nueva Revista* se ha ocupado de una interesantísima cuestión, con motivo de la reciente desaparición de la *Revista de Chile*, que no ha hecho sinó seguir las huellas fatalmente trazadas por la notable *Revista Brazileira*. El mal que allí se señala es más grave de lo que á primera vista parece, pues no sólo es local, sino antes por el contrario se diría que es endémico en la América Latina. En los países de origen latino en el Nuevo Mundo, es imposible aclimatar las publicaciones periódicas del carácter de *Revistas*: — hay apenas suscritores suficientes, pero ni hay libreros-editores que tomen con calor empresa semejante, ni se encuentra otro eco en el público que el de una indiferencia realmente criminal.

Todos los esfuerzos que en el sentido de remediar este mal se hacen, son infructuosos y consiguen sólo desalentar á los más perseverantes, sin lograr convertir uno solo de los positivistas empedernidos que componen el mundo moderno, al cual tan fielmente se aplica el dicho del viejo Horacio: *quœrit opes*, pues todos se afanan tras la riqueza, absorbiendo en dicha tarea su actividad y su inteligencia.

Un escritor distinguidísimo atribuía recientemente la decadencia de la crítica contemporánea á la prensa diaria, que tan omnipotente influencia ejerce en la gran masa del público. " La política ha sido transportada del todo, con sus injusticias y sus preocupaciones, á la literatura, cuyo carácter hospitalario y bienhechor altera profundamente. Tal obra encantadora y fuerte, aun una novela, por más apasionada y sincera que sea, no encontrará por parte de cierta opinión más que el silencio y el más frío desdén. Imagínese un libro de buena fe, maduramente elaborado, sobre una cuestión importante, de esos que se publican sólo de tiempo en tiempo; imagínese que ese libro cae de improviso en un medio preparado de semejante manera. Lo que denota la intención formada previamente de antemano y la completa ausencia de sinceridad en la crítica, es que se puede de antemano prever el resultado, según el color polí-

tico de los diarios, que — mal que pese — son todavía los dispensadores del éxito del momento. Puede decirse que los diarios se dividirán infaliblemente en tres grupos: aquellos en que el libro será aclamado ó denigrado en mérito del solo título y antes de ser leído; aquellos donde se omitirá sistemáticamente el mencionar el libro, como si fuera peligroso hacer conocer el nombre de un autor que representa un cierto caudal de ideas contrarias á tal grupo ó partido; y en fin, aquellos donde la acogida será más ó menos fría, el favor ó el desdén más ó menos mitigado. Pero este sistema mixto es raro— añade con amargura este escritor — y el caso más comun es el de la opinión preconcebida y de la inflexible excomunión recíproca, lo que dispensa de leer, facilita la tarea y simplifica la crítica!... "

Ignoro hasta qué punto sean aplicables esas reflexiones á lo que en la República Argentina pasa. Lo que sí es evidente — y no hay mérito en confesarlo— es que el público en general es de una indiferencia curiosa, y que si bien lee, lo hace sólo respecto de producciones extranjeras, bastando que el libro sea nacional, de un autor argentino, para desmerecer en la estimación general. Entre nosotros se lée enormemente los diarios, pero estos — salvo honrosas escepciones — buscan más bien el lucro que la propa-

ganda : sacrifican todo á las noticias más ó menos picantes, que les es preciso desenterrar ó inventar en caso necesario. Las gentes fatigadas quizá del duro batallar de una existencia que se torna día á día más difícil, quieren reposar la preocupada imaginación, con lectura fácil, corta, juguetona, chispeante, sin desdeñar la noticia escandalosa si está brillantemente redactada : — cuando más lee los telegramas y la sección de la Bolsa — ¿ qué lugar queda para la crítica inteligente de los hombres y de los libros ?

Por otra parte, aquí no hay — con excepción de rarísimos ejemplos — editores que puedan llamarse propiamente así, es decir, que conciban tal ó cual empresa, encarguen á tal ó cual escritor haga un libro ó artículo en determinado sentido, le paguen su trabajo, lo impriman, lo hagan circular y lo coloquen ventajosamente. Sólo así recibiría verdadero impulso la literatura nacional, pues el trabajo intelectual, trabajo difícil si lo hay y que requiere considerable capital de conocimientos anteriores, — sólo así, repito, ese trabajo sería remunerado y estimulado, y recién entonces podría existir entre nosotros la profesión del " hombre de letras ", que vive de su pluma y de su saber. En otros países, los escritores hacen vida de tales, estudiando contínuamente, y escribiendo con ardor : porque ganan por ese medio ho-

norable su vida y conquistan una posición espectable en sociedad. Entre nosotros, cada autor debe pagar la impresión de sus propios libros, que se apolillan en los estantes de los almacenes-librerías, si la casualidad no hace que las gentes vayan especialmente á comprarlos allí mismo: nadie vive, pues, de su inteligencia y de su pluma, si se esceptúa á los diaristas. Y sin embargo hay escritores! pero sólo perseveran los que á una vocación indomable unen cualquier medio de vivir, pues las letras son un lujo y un lujo caro que sólo proporciona satisfacciones egoístas, desde que ni siquiera regalando los libros se logra que sean leídos! Preciso es convencerse, con todo, que mientras no exista la profesión de "hombres de letras", no habrá verdadera literatura nacional.

Se podría decir de la República Argentina lo que un reputado crítico ha dicho de la Bélgica: — que se imprime, en efecto mucho: obras de derecho, libros de ciencia, tratados de filosofía; panfletos políticos llenan las oficinas, y no se pasa un día sin traer nuevo alimento á la predilección del país por los estudios serios, pero "la vida política, profesional é industrial absorbe desde temprano las inteligencias: para un reducido núcleo que sigue de cerca el movimiento literario de las otras naciones, y, en las letras nacionales, trata de no permanecer demasiado

atrás de los esfuerzos realizados en otras partes, la mayor parte se encierra en el círculo estrecho de las preocupaciones inherentes á su carrera. La competencia por los puestos públicos, las posiciones sociales, las canongías administrativas, es tan viva, que cada cual se esfuerza en adquirir lo más pronto posible la suma de conocimientos que le permitirán llegar á la deseada meta". Verdad es que eso sucede siempre en los países nuevos, cuyo pasado reciente no les ha permitido constituirse aún de una manera definitiva.

También se ha dicho con razón examinando análoga situación en Holanda, que ninguna publicación puede sostenerse sin los subsidios que el Estado acuerda generosamente: sin ello, ningún libro vería impresa su última página, ni revista alguna llegaría á su duodécima entrega. "Es triste, profundamente triste, el deber confesar la existencia de situación semejante: es desesperante el no poder prever el momento en que esta situación pueda mejorarse!"

Nada, efectivamente, es más desconsolador que ese estado de cosas. Hay urgencia, hay verdadero patriotismo, en tratar de buscar remedio al mal. Y el remedio consiste únicamente en la sana crítica, y en inculcar en el público el aprecio por las letras. El famoso dicho de Larra: "no se lee porque no hay

quien escriba, y no se escribe porque no hay quien lea", es evidentemente paradoja peligrosa. Es preciso fomentar el que se lea, y sólo se obtendrá esto por medio de una crítica inteligente.

La prensa diaria, por su naturaleza misma, por su pronunciadísima tendencia actual, es más bien el receptáculo de las noticias del momento, de la vida fugitiva del instante. No se le puede exigir que lleve á cabo una empresa que no entra evidentemente en sus fines.

Un eminente profesor ha dicho con razón que estudiar un libro, es cuestión larga y con frecuencia difícil; juzgarlo, es cosa complicada y en extremo delicada. "Un libro provoca un mundo de ideas, todo está encadenado en este universo de las inteligencias, por analogías ó por contrastes. Nada más que la lectura material de un in-8° de 500 páginas absorbe tres ó cuatro días á un espíritu atento. ¿Y quiénes son los privilegiados que pueden permitirse semejante lujo de tiempo? Raros son entre la gente desocupada; no los hay entre los improvisadores de la imprenta diaria. Pero leer una obra de esa talla y de ese peso, no es más que una parte — y la más fácil — de la tarea del crítico. Es preciso juzgarlo, y para esto, es necesario compararlo. Indispensable es conocer las fuentes y los antecedentes; es necesario descubrir los nue-

vos puntos de vista, la inspiración, la inteligencia, discernir las conclusiones manifiestas y deducir las consecuencias posibles. Para juzgar un libro, es necesario conocer veinte otros con los cuales aquel tiene puntos de contacto... " Es evidente que la prensa diaria no puede imponerse esa tarea, pues ni el diario ni el público apurado que lo lee, tienen paciencia suficiente para apadrinar una elucubración seria. De ahí que esa sea la misión de la prensa periódica, de las "revistas", sean semanales, quincenales, mensuales, etc. Lograr que el público se aficione á este género de lectura, es hacer penetrar la crítica, establecer el estímulo, fomentar los buenos escritores, corregir los malos, encaminar, en una palabra, el gusto literario.

Las "revistas" son obras colectivas en que pueden colaborar todos, cuyo mérito pertenece á muchos, y que podrían procurar incalculables beneficios si tuvieran la circulación que debieran. Sea quien fuere el que dirija una "revista", su personalidad no hace al caso, desde que el acceso á sus páginas sea fácil á cualquier escritor, con prescindencia del grupo literario ó político á que está afiliado. En el estado actual de cosas, una "revista" no sólo no es una empresa de lucro, sino que frecuentemente acarrea pérdidas, hasta que es preciso hacerla cesar: lo más

á que se aspira es á que la suscrición cubra los gastos. Protejer empresas de esa naturaleza es obra de patriotismo, pues redunda en beneficio común y en honra de las letras nacionales. Preciso es convencerse que si los precios usuales para la suscrición de semejantes publicaciones son en la América latina más elevados que los que se conocen en Europa, la culpa la tiene el reducido número de abonados: — si este aumentara, no sólo disminuiría el precio y mejoraría la publicación, sino que permitiría hacer lo que las "revistas" europeas: pagar debidamente los artículos que se publiquen. De esa manera se habría llegado á crear la deseada profesión de "hombres de letras", hasta hoy desconocida entre nosotros.

En la República Argentina, debe decirse con orgullo, se ha batallado con ardor por tan noble propósito desde el comienzo de este siglo. Aún antes de existir esta República, cuando estas comarcas formaban el Vireinato del Río de la Plata, se logró sostener durante un año, el *Telégrafo mercantil, rural, político, económico é historiógrafo del Rio de la Plata* (1) primer periódico que se publicó en este

(1) Buenos Aires, 1801-02. El número 1, tomo 1°, corresponde al 1° de Abril de 1801. El número 3, tomo 5°, al 15 de Octubre de 1802. Este periódico es sumamente escaso y de gran precio.

país. y que ha perpetuado el nombre de su fundador: el coronel don Francisco Antonio Cabello y Mesa. Siguióle el *Seminario de Agricultura, industria y comercio* que llegó hasta 1806 (1), *El Diario del Comercio*, etc.

Proclamada la revolución de Mayo, se fundó la famosa *Gaceta de Buenos Aires* que ha sido uno de los periódicos más interesantes que esta capital recuerde (2).

Imposible sería seguir paso á paso, dentro de los límites de este simple artículo, el desenvolvimiento de la prensa bonaerense. Recordaré sólo las "revistas" más notables, sin detenerme á caracterizarlas.

De 1844 á 1851 subsistió el conocido *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo,* que por encargo del dictador Rosas, redactara don Pedro de Angelis (3). Después de la caída de Rosas, vino *El*

(1) Buenos Aires, 1802-06. El número 1, tomo 1°, corresponde al 1° de Setiembre de 1802; y el 197, al 25 de Junio de 1806. Fué el tercer periódico publicado en esta ciudad.

(2) Buenos Aires, 1810-21. Forman su colección ocho volúmenes y es importantísima porque todo el movimiento de la época puede seguirse en sus páginas.

(3) Buenos Aires, 1843 à 1851, alcanzó 10 volúmenes. Publicación irregular: consta de 32 números la primera serie; y de 29 la segunda; principió el 12 de Junio de 1843 y dejó de aparecer el 24 de Diciembre de 1851. Con la *Gaceta Mercantil* fué el órgano oficial del gobierno de Rosas.

Plata científico y literario, dirigido por el doctor don Miguel Navarro Viola (1); la *Revista Farmacéutica*, que aún existe (2); la *Revista del Nuevo Mundo*, que dirigió don Francisco Bilbao (3); la *Revista del Paraná*, bajo la dirección del doctor don Vicente G. Quesada (4); el *Correo del Domingo* (5); el *Labrador Argentino* (6); la revista filosófica *El Progreso*, redactada por don Luis R. Fors (7); la *Revista Médico-Quirúrgica*, que aún subsiste (8); la *Revista Argentina* dirigida por don José M. Estrada, y cuya segunda

(1) Buenos Aires 1854 á 1855. Fué bimestral, y alcanzó siete tomos. Se titulaba: *Revista de los Estados del Plata sobre Legislación, Jurisprudencia, Economía Política, Ciencias Naturales y Literatura.*

(2) Es el órgano de la "Sociedad de Farmacia Argentina". Principió en Octubre 1° de 1858; primero era trimestral, ahora es mensual.

(3) Duró desde el 11 de Julio al 29 de Diciembre de 1857.

(4) Periódico mensual que duró desde el 28 de Febrero al 30 de Septiembre de 1861, publicado en la ciudad del Paranà, capital entonces de la Confederación Argentina. Està hoy agotado. Su título era: *Periódico de historia, literatura, legislación y economía política.*

(5) Periódico literario ilustrado, semanal, que duró desde el 1° de Enero de 1864 al 5 de Enero de 1867. Forma 8 volúmenes.

(6) Era una *Revista de agricultura, pastoreo, economía rural y domèstica, artes y oficios*, que se publicó en 1867.

(7) Periódico semanal, que duró desde el 1° de Abril al 27 de Junio de 1869. Se titulaba: *Revista filosófica, social, contra las sociedades jesuíticas y vicentinas, y propagandista de las doctrinas del racionalismo y de la franc-masonería.*

(8) Publicación quincenal, órgano de los intereses médicos argentinos. Fundada el 8 de Abril de 1864.

época acaba de cesar (1); la *Revista del Archivo* (2), continuada hoy por la *Revista de la Biblioteca;* la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por los doctores Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola (3) y cuya colección se encuentra en las principales bibliotecas públicas de Europa, siendo citada por cuantos se ocupan de estos países; la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* que fundó el doctor Monguillot (4), y la que bajo el mismo nombre dirigieron los doctores José M. Moreno, Ceferino Araujo, Antonio E. Malaver, J. J. Montes de Oca (5), y cuya segunda época apareció hace poco, pero parece haber cesado; los *Anales de la Sociedad Rural Argentina* que aún se publican con general aceptación (6); la

(1) La primera época duró desde 1861 à 1872, alcanzando 13 volúmenes. La segunda época fué fundada en 1879.

(2) Su título es *Revista del Archivo General de Buenos Aires, fundada bajo la protección del Gobierno de la Provincia, por Manuel R. Trelles.* Duró desde 1869 à 1879. Alcanzó 4 volúmenes.

(3) El título añadia: *Historia americana, Literatura y Derecho. Periódico destinado á la República Argentina, la Oriental del Uruguay y la del Paraguay.* Era mensual. El número 1, tomo 1°, corresponde à Mayo de 1863; y concluye con el número 96, tomo 24, año VIII, en Abril de 1871. El tomo 25, se tituló: *Biblioteca de la Revista de Buenos Aires. — Memorias y noticias para servir á la historia antigua de la República Argentina.*

(4) Se publicó solo un volumen en 1864.

(5) Apareció en 1869, concluyendo la primera serie con el tomo 9°, en 1873.

(6) Apareció el 30 de Septiembre de 1866; publicación mensual.

Revista de Policia, que dirigió don Daniel Flores Belfort (1); la *Revista Criminal*, dirigida por don P. Bourel (2); los *Anales de Agricultura de la República Argentina*, dirigidos por don Ernesto Oldendorff (3); la *Revista del Rio de la Plata*, dirigida por los doctores Andrés Lamas, Vicente F. López y Juan M. Gutiérrez (4); la *Revista Masónica Americana*, bajo la dirección de D. B. Victory y Suarez (5); el *Ateneo Argentino*, dirigido por don Luis T. Pintos y José J. Ballerini (6); *El Constitucional*, semanario de Antonio Balleto (7); *El Monitor*, de D. A. Sar-

El título añade: *Revista destinada á la defensa de los intereses rurales del país, y á la propagación de conocimientos útiles á la agricultura en todos sus ramos*. Está actualmente en el tomo XVI.

(1) Desde Septiembre 1º de 1871 hasta Mayo 1º de 1872. Tiene dos volúmenes con retratos.

(2) Alcanzó à 2 volúmenes. Duró desde Enero 1º à Octubre 1º de 1873. Era mensual.

(3) Publicación bimensual, desde Enero de 1873 hasta Diciembre 15 de 1876, publicó 4 volúmenes. Continuó refundida en *El Plata Industrial y Agrícola*.

(4) *Periódico mensual de historia y literatura de América*. Principió en 1871, concluyó en 1878.

(5) *Publicación quincenal que trata de cuanto atañe á la masonería; principios, doctrinas, historia, legislación, derecho, administración, noticias extranjeras y locales*. Tuvo 3 volúmenes, desde Noviembre 15 de 1872 à Febrero 28 de 1876.

(6) *Periódico mensual de historia, ciencias, literatura y variedades*. Principió en Abril de 1872; concluyó con el número 8, año II, en Octubre 1º de 1873.

(7) *Semanario de política, literatura y ciencias*. Principió el 16 de Noviembre de 1873; concluye con el número 10, en Enero 18 de 1874.

rat (1); *El Plata Ilustrado*, dirigido por Cárlos Jansen (2); la *Revista Universitaria* (3); la *Revista de Derecho* (4); *La Alborada del Plata* (5); *La Ondina del Plata;* dirigida por Luis T. Pintos (6); la *Revista del Domingo* (7); los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* que aún se publican (8). Por cierto que esta enumeración es sumamente deficiente, pues he mencionado sólo las más á la mano, sin pretender agotar este curioso detalle bibliográfico, incluyendo muchos efímeros é insignificantes, al par que omitiendo algunos famosos como *La Abeja Argentina*, *El Museo Americano*, la *Revista del Plata* y muchos otros. Pero lo dicho basta y sobra á mi objeto (9),

(1) *Periódico mensual de educación y enseñanza primaria.* Principió en Enero 1° de 1873; concluye el 1° de Junio de 1878. Tuvo 5 años.

(2) *Semanario de literatura, artes, modas y ciencias.* El número 1° corresponde al 15 de Octubre de 1871; concluye con el número 3, del 13 de Julio de 1873.

(3) *Publicación quincenal, dirigida por una sociedad de estudiantes.* Duró desde Mayo 23 á Septiembre 15 de 1873.

(4) *Dirigida por una sociedad de estudiantes.* Era quincenal, y duró desde Agosto 1° de 1875 á Noviembre 1° de 1876.

(5) Desde Noviembre 16 de 1877 á Mayo 1° de 1878.

(6) *Revista semanal de literatura y moda.* Desde Febrero 7 de 1875; duró varios años.

(7) Desde Septiembre 16 de 1876 hasta Octubre 1° de 1877.

(8) Desde Enero 1° de 1876.

(9) El que desee más detalles puede consultar las *Memorias de la Biblioteca Pública* de 1876 (1 vol. en 8° de 222 pág.); y de 1877

pues prueba elocuentemente la tesis sostenida, de que si bien constantemente háse notado preocupación por fomentar este género de publicaciones, las más importantes, las rodeadas de mayores garantías han tenido que sucumbir, aunque apoyadas por los gobiernos: tal ha sido la indiferencia, la falta de suscripción, el desaliento de los escritores! A pesar de todos los esfuerzos, de la mayor perseverancia, no ha sido posible hasta ahora aclimatar definitivamente las "revistas" entre nosotros: — ese es el hecho elocuente que resulta de los datos anteriores.

¿Qué sucede en los momentos actuales?

Pueden dividirse las "revistas" que se publican en Buenos Aires (1) en dos grandes grupos: las que son órganos de sociedades técnicas, y cuyos lectores se recrutan entre los socios; las que son empresas particulares, destinadas á satisfacer las necesidades de un gremio.

(1 vol, en 8º de 600 pág.) como también el folleto (gr. en 8º de LX-70 p.) publicado bajo el título de *La Biblioteca Pública de Buenos Aires en la Exposición Universal de Paris de 1878*. Esos trabajos fueron confeccionados y publicados por el que ésto escribe y el doctor don Nicolàs Massa, cuando les cupo la honra de dirigir la Biblioteca Pública. De ahí que datos citados en las notas anteriores sean sacados de esos libros.

(1) Prescindo del resto de la República, porque si se exceptúa á Córdoba, que tiene varios semanarios como *El Progreso* y otros; y á Entre Rios, que cuenta con su *Revista de los Tribunales*, las demás provincias argentinas carecen de este género de publicaciones periódicas.

En el primer grupo, debe contarse en primera línea á la "Sociedad Nacional de Farmacia", cuya quincenal *Revista Farmacéutica*, fundada el 1° de octubre de 1858, es una publicación tan floreciente como autorizada, que ha llegado á su año XXIV, tomo XX. Destinada á un gremio especial, ha insertado en sus páginas trabajos originales de innegable valor para la ciencia, y al mismo tiempo que llena cumplidamente su objeto, es una gloria para la prensa argentina.

La importante "Sociedad Rural Argentina" que cuenta entre sus miembros á los más acaudalados hacendados del país, costea igualmente con sostenido brillo sus *Anales*, revista quincenal que desde el 30 de septiembre de 1866, en 16 volúmenes que lleva publicados, ha dilucidado las cuestiones más importantes relativas á la ganadería y agricultura.

La "Sociedad Científica Argentina" publica también sus conocidos *Anales* desde el 1° de enero de 1876, insertando en ellos los más interesantes trabajos relativos á investigaciones originales hechas en el país por hombres de ciencia. Aunque por su mismo carácter, esta revista tiene una circulación limitada, sin embargo su mérito y su importancia son tales, que hace verdaderamente honor á la República.

El floreciente "Círculo Médico" tiene igualmente

sus *Anales*, desde el 20 de agosto de 1877, que quincenalmente dan á conocer los trabajos de sus socios y publican las conferencias que frecuentemente se dan en su local.

El "Instituto Geográfico Argentino" publica quincenalmente su *Boletin*, que se encuentra ya en su tomo IV, habiendo dado á conocer no sólo el resultado de viajes y exploraciones hechas en el territorio argentino, sino también mapas y planos originales.

Las sociedades literarias que antes existían, y que publicaban interesantes revistas, como la *Revista Literaria* del "Círculo Científico Literario", parece que han enmudecido de algún tiempo á esta parte.

El "Club Industrial", al que tanto debe la reciente Exposición Continental de Buenos Aires (marzo 15-julio 16 próximo pasado), publica *El Industrial*, desde el 1° de octubre de 1875, ocupándose de todo lo que á la industria nacional se refiere.

En cuanto á las publicaciones destinadas á servir las necesidades de un gremio determinado, son también algunas.

El foro, que no ha podido mantener ninguna sociedad jurídica después del antiguo "Colegio de Abogados", tampoco mantiene órgano especial, como *El Foro*, *El Judicial*. Si bien no proviene directamente de una asociación, la importante *Revis*

ta de los tribunales, fundada en noviembre de 1880, ahora en el tomo II de su segunda serie; conteniendo no sólo artículos originales de subido mérito, sino extractos de los fallos más importantes de las cortes y tribunales nacionales y provinciales, y las concordancias del Código Civil argentino: puede decirse que es una revista indispensable para todo el que directa ó indirectamente se ocupe del foro en nuestro país. Además, pueden contarse entre estas publicaciones los *Fallos de la Suprema Corte Nacional* (1), los *Fallos de las Cámaras de Apelaciones* y los *Acuerdos y Sentencias de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires.*

Los médicos tienen además la antigua y reputada *Revista médico-quirúrgica*, publicación quincenal, que desde abril 8 de 1864 viene insertando trabajos notables.

El gremio de telegrafistas mantiene ahora la importante *Revista Científica Ilustrada*, que, fundada el 1° de junio próximo pasado, va adquiriendo un desenvolvimiento en extremo halagüeño.

Los estudiantes que tan infructuosamente han tra-

(1) La primera serie comprende de 1864 á 1870; la segunda serie de 1871 hasta ahora.

tado siempre de dar vida á publicaciones, parecen querer mantener con brillo el interesante semanario *El Estudiante*, que si bien sólo cuenta pocos meses de existencia, ha producido ya sensibles beneficios.

La masonería tiene también *La Acacia;* y los libres pensadores, el interesante *Libre Pensador.*

El público musical sostiene igualmente varias publicaciones semanales, como ser *El Mefistófeles*, *El Mundo Artístico* y la *Gaceta Musical*, que, fundada el 3 de mayo de 1874, aparece periódicamente con motivo de la temporada lírica.

El gremio de agricultores y ganaderos, no sólo sostiene el *Boletín del Departamento Nacional de Agricultura*, sino otras publicaciones como la *Revista argentina de ganadería y agricultura*, el *Periódico del estanciero* y otros.

El comercio tiene una serie de revistas especiales, como la *Revista Comercial*, la *Revista del mercado de Buenos Aires* y otras.

La pedagogía que tan importantes publicaciones ha sostenido en este país, como los *Anales de la Educación común en la República Argentina*, dirigidos por doña Juana Manso (1), mantiene ahora la *Revista de Educación*, importante periódico mensual diri-

(1) Buenos Aires, 1858-1872. Forman 10 volúmenes.

gido por el Consejo de Educación de la provincia de Buenos Aires.

Algunas publicaciones, como la *Revista de la Escuela Normal de Varones*, tienen un público reducido por su índole misma; otras, como la *Revista Militar y Naval*, se dirije al Ejército y Armada, y es sostenida por el Ministerio de la Guerra.

En cuanto á las revistas que se dedican á la cultura en general, unas son puramente literarias, como *El Album del hogar*, dirigido por el desgraciado poeta Gervasio Méndez; otras abarcan la literatura y la historia, como la *Ilustración Argentina*, fundada en junio de 1881 por don Pedro Bourel, y que publica grabados hechos en el país, y la *Nueva Revista de Buenos Aires*, que abarca la literatura, historia, derecho, ciencias y bibliografía americana.

Propóngome en otro artículo examinar en detalle la marcha de cada una de las publicaciones que acabo de mencionar, y aun de aquellas que involuntariamente he omitido. Por el momento lo dicho basta á mi objeto: no hay verdaderamente publicaciones destinadas á fomentar las letras argentinas.

Las "revistas" que se sostienen son aquellas que responden á intereses de gremio, siendo órganos de sociedades técnicas. Las otras, de carácter general,

tienen, por desgracia, vida efímera. ¿Dónde se encuentra la crítica?

Entre nosotros, salvo raras excepciones, la crítica bibliográfica del diarismo es sumamente ligera, lo que se explica suficientemente por las razones aducidas al comenzar este artículo. En las publicaciones periódicas no se ha dado hasta ahora grande importancia á este aspecto de la cuestión: la *Nueva Revista* se esfuerza, sin embargo, por reaccionar.

Verdad es que, gracias al doctor Navarro Viola, se tiene un interesante *Anuario Bibliográfico*, donde se dan noticias de las publicaciones del año anterior, criticándolas al mismo tiempo. Pero siendo el *Anuario* un verdadero libro, que aparece cada doce meses, no puede llenar la misión de las Revistas.

Y sin embargo, la resolución de este problema es de excepcional importancia para la República Argentina. No sólo ignoramos hasta lo que se publica en la localidad, sin tener criterio para apreciar la opinión acerca del mérito de las obras, sino que ni conocemos los periódicos que se imprimen en el interior del país. Ignoramos hasta los nombres de los que, fuera del lugar en que vivimos, se dedican al cultivo de las letras! Ni las sociedades literarias ó científicas de las provincias mediterráneas son bien conocidas. Entre nosotros se vive en un aislamiento in-

comprensible; no hay vida intelectual nacional, los escritores conocidos son, ó de Buenos Aires ó viven aquí. Muy pocos de los que en las otras provincias escriben, llegan á hacer conocer sus producciones. Obra de patriotismo es, pues, hacer cesar este estado de cosas.

Si esto es deplorable con respecto á la República misma, es peor todavía cuando se considera á la América en general. Sólo por una gran casualidad se sabe que en los otros países americanos se ha publicado tal ó cual obra, ó que ve la luz pública tal ó cual revista. Pocos son los privilegiados que conocen la *Revista del Plata* y los *Anales del Ateneo*, de Montevideo; la *Revista Paraguaya*, de la Asunción; *La Patria* y el *Repertorio Colombiano*, de Bogotá; la *Revista Literaria*, de Quito; *La Juventud*, de San Salvador; la *Revista Mexicana*, de México; la *Revista literaria*, de la Habana; puesto que el Brasil ha dejado sucumbir la *Revista Brazileira* y Chile su *Revista de Chile*; Bolivia y el Perú no pueden preocuparse por el momento de ésto. En cuanto á los libros, la *Nueva Revista* lo ha hecho ya notar con amargura, ni los títulos se conocen sino por intermedio de los libreros de Europa!

He ahí, pues, la misión patriótica de las "revistas" argentinas: estrechar los vínculos de solidaridad

nacional, creando una verdadera vida intelectual en toda la República; hacer cesar el aislamiento pernicioso conque, respecto á los otros países de América vivimos. La tarea es demasiado árdua y demasiado difícil, para que la competencia entre las "revistas" sea posible: las pocas que hay deberían aunar sus esfuerzos para lograr ese resultado, actuando cada una en su esfera, en su especialidad, y en su público. Ninguna se estorba: todas están llamadas á prestarse mutuo apoyo: la rivalidad es imposible.

Octubre de 1882.

V

LOS JUEGOS FLORALES EN BUENOS AIRES

Es profundamente consolador asistir en medio de la atmósfera pesada del prosaico mercantilismo que caracteriza la edad contemporánea, á espectáculos que levantan el espíritu á esas regiones serenas, donde sólo respiran las almas nobles y los corazones generosos.

Grande ha sido, á la verdad, el mérito del reducido núcleo de hombres de buena voluntad que han logrado hacer revivir en la presente época la caballerezca costumbre de los "Juegos Florales", de esos torneos poéticos que parecían poder existir tan sólo en aquellas épocas legendarias en que los caballeros tenían por divisa este noble lema: *patria*, *fe*, *amor;* y en que á la par de sangrientas batallas dadas á veces por el honor de la "dama de los pensamientos",

se luchaba en los torneos por merecer una mirada de la amada, ó se sometían obedientes los más rudos guerreros á los galantes fallos de las jamás bastantes ponderadas "Cortes de amor". La Edad Media, efectivamente, si bien es una época histórica que se caracteriza por la transición de la barbarie á la civilización, es también la edad de la caballería, de esa sublime institución á que tanto debe la humanidad, porque hizo una religión del honor, un culto de los sentimientos nobles, y una adoración de la mujer. Era aquella una época bárbara, si se quiere, pero en cambio las gentes de las primeras clases tenían preocupaciones y propósitos que provocan involuntariamente sonrisas de amarga ironía en los hombres del siglo XIX — no se pensaba entonces en sacrificar todo, nombre, reposo, creencias, dignidad, por correr presurosos y anhelantes á engrosar la *turba multa* de los míseros adoradores del bíblico becerro; el oro no era el señor exclusivo de los pensamientos; la baja sed de la riqueza no ahogaba los sentimientos del alma; el éxito no era el dios omnipotente que hoy adora frenética la humanidad para mancilla eterna de su honra. No; en aquellas épocas lejanas los hombres se armaban en defensa del suelo que les vió nacer, de las creencias de sus antepasados, de la amada del alma: había patriotismo verdadero, porque el sen-

timiento de la patria estaba como inoculado en la sangre; había creyentes, porque los espíritus eran rectos y les repugnaba cubrir con oropeles de falsa independencia sus vicios ó su orgullo; había todavía amantes, porque los corazones latían al calor de sentimientos puros y levantados, y porque cuando amaban, celebraban sólo la comunión de dos almas, y no la original combinación moderna de dos patrimonios! Hoy todo esto ha desaparecido casi: la patria... ¿quién se preocupa de ella mientras no sea atacado el propio bolsillo?... *ubi bene, ibi patria*, es el lema moderno; la fe... pero el ser creyente es casi sinónimo de ignorante ó de hipócrita, pues parece no concebirse la ilustración sin la independencia de la religión, "ha quedado el culto para viejos ó mujeres... sólo es posible *la fe del carbonero*!"; ¡el amor...! pero éste se anida en algunas pocas almas escogidas, que son consideradas por los otros como ilusas y platónicas; hoy el amor es simplemente una seducción para los unos, un manto que encubre una especulación para los otros!

De ahí que las almas purísimas que reciben el fuego del ardor divino, lleguen hasta exclamar desesperadas en versos inmortales:

...Arcano è tutto
Fuor che il nostro dolor. Negletta prole

Nascemmo al pianto, e la ragione in grembo
De' celesti si posa. Oh cure, oh speme
De' più verd' anni! Alle sembianze il Padre,
Alle amene sembianze eterno regno
Diè nelle genti; e per virile imprese,
Per dotta lira o canto,
Virtù non luce in disadorno ammanto!

Sí, Leopardi tiene razón: esas almas nobles han nacido sólo para el dolor; han conocido únicamente la felicidad en la inocente edad de la primera juventud! Apenas lanzadas en el rudo torbellino de la diaria batalla de la vida, han perdido sus más caras ilusiones; marchitas las unas ante el espectáculo lastimoso de un mundo en que reina sólo la sed de la riqueza y del placer, arrancadas violentamente las otras por esos crueles desengaños, que al dejar el espíritu vacío y miserable, lo obligan á contemplar á pesar suyo el abismo repugnante en que se hunden la lealtad, la amistad, los sentimientos nobles, en una palabra, que se cree resisten á los embates del mundo cuando se nace recién á la vida! Oh! cómo queda desesperada el alma al ver sangrar esas heridas, que la propia dignidad obliga á sufrir en silencio, para llorar en silencio la miseria horrible de una vida en que los hombres son los unos para los otros peor que lobos: — *homo homini lupus.* Cuando se sufren esos desgarradores desengaños, el alma acongojada resis-

te apenas al egoista excepticismo; los más prefieren acorazarse con la fácil y acomodaticia virtud del tartufo, y sólo los menos, incapaces de vivir en el lodo, sucumben lentamente, como esas flores que se marchitan una vez que les falta el calor vivificante del sol. Entonces, recién entonces, se comprende el alcance inmenso de esos versos tristísimos y amargos que han dejado escapar las cuerdas gemebundas de un Leopardi:

... Ogni più lieto
Giorno di nostra età primo s' invola,
Sottentra il morbo, e la vecchiezza, e l' ombra
Della gellida morte. Ecco di tante
Sperate palme i dilettosi errori,
Il Tartaro m' avanza; e il podre ingegno
Han la tenaria Diva,
E l' atra notte, e la silente riva...!

...Y bien! en semejante estado de espíritu, obligados á pelear incansables en la lucha por la vida, no existe para huir de aquel amargo desconsuelo otro remedio que aturdirse con las mil preocupaciones y los mil cuidados de esta difícil existencia, y, cerrando los oídos á las quejas del alma, hacer que la enérgica voluntad se mueva sólo á impulsos de la ambición, único sentimiento bastante poderoso para ser capaz de hacer latir un corazón cruelmente desilusionado. De ahí que sea un bálsamo saludable, en medio de

una existencia tan mísera, vivir por algunas horas de la vida noble y generosa de la inteligencia, cantando en trovas que recuerdan otros tiempos, á esa trinidad augusta: *patria*, *fe*, *amor*, que debiera ser el lema de todo espíritu levantado y de todo caballerezco corazón.

¿Quién creyera, sin embargo, que hubiera sido posible en una ciudad como Buenos Aires, inmensa hostelería de gentes de todas las naciones, de todas las creencias y de todas las virtudes, como de todos los vicios, interesar de tal manera la adormecida curiosidad de un público indiferente para poder celebrar esas fiestas de la inteligencia que creára la Edad Media, con el nombre de "Juegos Florales"? La empresa era, á la verdad, ardua en extremo. Pero nada hay imposible para corazones nobles y voluntades enérgicas. Una asociación extranjera, — el "Centro Gallego", á instigación de su digno presidente don Joaquín Castro Arias — se propuso realizar aquella idea, y con tenaz perseverancia, luchando contra toda clase de obstáculos, logró el año pasado celebrar los primeros "Juegos Florales" con un éxito que sobrepasó las más legítimas esperanzas. Y este año, en la misma fecha — 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América — hánse celebrado en el Teatro Nacional de esta ciudad, con inusitado esplendor

y ante distinguidísima concurrencia, los segundos "Juegos Florales". La prensa diaria se ha ocupado de tan fausto acontecimiento con una prodigalidad de detalles, que haría sobre inútil, fastidiosa cualquiera repetición.

El poeta laureado, el que mereció el gran premio de honor, siendo su composición aclamada por el Jurado como la "mejor entre las mejores", fué el señor Calixto Oyuela. A nadie por cierto sorprendió aquel nuevo merecido lauro. Oyuela había sido ya laureado en los anteriores "Juegos Florales". Su composición es tan noble, pura y delicada, que es difícil pedir en su género nada más elevado, más correctamente clásico, más profundamente inspirado. Su triunfo fué tan espléndido, — mereciendo no sólo el premio del tema á que concurrió, sino el gran premio de honor del certamen, designando él la reina del torneo, de cuyas manos recibió la simbólica rosa natural y banda, — que esa noche será para Oyuela y para los que lo aplaudieron, realmente memorable. *Hœc olim meminisse juvavit*, como dijo el cisne de Mantua.

Inútil es analizar críticamente esa composición. El que la ha leído se contenta con admirarla. Tal ha sido el veredicto unánime de la pública opinión. He aquí, por otra parte, el premiado canto:

EROS

...l' amorosa idea.
Che gran parte d'Olimpo in se reacchiude...
(LEOPARDI).

Hoy vengo, dulce dueño,
A arrojar á tus plantas
Flores del corazón. Si aroma esparcen
Es porque al riego de tu amor brotaron.
¿Cómo no amarte con amor del alma,
Si tú eres para mí la fuente viva
De donde manan en raudal perenne
Las dulces ondas de sin par ventura?
¿Cómo no amarte, si al sentir concordes
Tu espíritu y el mío,
Algo de eterno dentro el alma siento,
Y aún me parece, en solitarias horas,
Recibir en la frente
Tenues caricias de impalpables alas?

No soy de aquellos que al surgir al mundo
Las dulces musas con amor besaron,
Difundiendo en su sér esa armonía,
Esa oculta virtud que doma y rinde
Lo intangible y lo real, y en aureo lazo
Lo liga, alzando la creada imagen
Coronada de luz y de hermosura;
Mas lo que no hizo la deidad sagrada
Que holló del Pindo la radiante cima,
Lo realizó tu amor, la eterna Musa
Que derrama en mis cantos
El suave aroma que en tu sér se encierra.
Lo hiciste tú con tu mirar sereno,
Limpio reflejo de la luz que alumbra
Tu corazón de virgen;
Con tus palabras, para mí más gratas
Que esa vaga armonía, con que el aura
Suena en las ramas, al morir la tarde.

Entonces escuché brotar sonora
La voz, antes no oída,
De la inmortal Naturaleza ; entonces
De la alta estrella y de la errátil nube,
Y del clamor con que en el ancho Plata
Suelen las olas avanzar rugiendo
Su ira á estrellar en mi natal ribera,
Un mundo desprendióse de armonías,
Donde línea y color y ritmo, unidos
A férvido sentir, á excelsa idea,
En hermandad sublime
La presencia de un Dios me revelaban.

Tu dulce amor cual generosa y amplia
Onda de luz se derramó en mi mente,
Y fué mi corazón acorde lira
Donde éco y forma halló el eterno ritmo.
¡ Inefable emoción, engendradora
De briosa virtud y alto deseo !
Rica de savia nueva
El hombre siente rebullir la vida,
Y, lleno el pecho de viril constancia,
Al mundanal combate se apercibe,
Y ni rudo revés, ni árduos afanes,
Ni sirtes mil su intrepidez doblegan,
Que, vencedor, una mirada ardiente
De su amada felîz le aguarda en premio.

¡ Cómo anhelé que tu adorada planta
El lauro hollara á mi laud ceñido !
Y ¡ oh cuántas, cuántas veces
Vino, mi oído á acariciar suave,
En ondas vibradoras
De alto loor y de ruidoso aplauso,
Tu dulce nombre entrelazado al mío !
¡ Engañosa ilusión ! Al ave humilde
De corto y débil vuelo,
Nunca el cóndor audaz prestó sus alas,
Ni alcanzó á la orgullosa
Copa del roble el vacilante junco.

Mas si dado no me es los ricos dones
Aumentar, que Fortuna
Con mano avara y desigual reparte,
Amor es vena irrestañable, y siempre
Rueda sonoro derramando aromas.
¡ Feliz si puedo de tu amante labio
Verle perenne desprenderse, y lejos
De cuanto el mundo en su delirio ensalza,
Mi corona tejer con tus sonrisas!

Todo me habla de tí. La flor que entreabre
Su vívida corola; el aura leve
Que en torno gira ; la onda rumorosa
Que entre menudos céspedes resbala.
Y aquella de la tarde
Voz íntima y profunda,
Que embarga el corazón é hincha la mente,
Cuando el último beso
Naturaleza de la luz recibe,
Tráenme, envuelto en delicado aroma,
Tu nombre y tu recuerdo.
En la alta noche,
Cuando, huésped benigno,
Sobre el mundo infeliz vela el silencio,
Y cual mudo lenguaje al alma embriaga
El límpido brillar de las estrellas,
Yo siento que tu imagen
Llena todo mi sér; viva y radiante
Ella aparece en cuanto objeto hermoso
Mis ojos ven, y en ondas de ternura
Inundándome el alma, en ella ierguen
Fresco y lozano el árbol de la vida.

Otros en pos de fútiles quimeras
A la arena del mundo
Enderecen sus férvidos corceles ;
Sorprender quieren con tenaz porfía
La verdad insondable,
Que de ellos huye cual las frescas aguas
De la boca de Tántalo sediento;

Ó, en ansia ardiente de ligeros goces,
Viles arrojen su mejor corona
A las plantas de estólido magnate:
Yo anhelo ver la generosa lumbre
Del sol, que el mundo y tus cabellos dora.
Y aquella, aún màs pura,
De tu amante mirar à cuyo influjo
Mi espíritu se impregna
De olor de rosas y armoniosos cantos.

¡ Todo està en tí mi corazón, que al ritmo
Late ¡ oh amada ! que tu mente rige !
Y cuando lejos de tu vista vago,
Tus recuerdos en él vivos fulguran,
Como al hundirse el sol, bordan los astros
El manto obscuro del tendido cielo.
¡ Tuya mi lira es ! Tuyo su ingénuo,
Aunque modesto són, y cuando envuelta
En fúnebres crespones
Orne en silencio mi olvidada tumba,
Aún al herirla gemebundo el viento
Entre sus cuerdas vagarà tu nombre !

Imposible sería insertar en este lugar todas las composiciones premiadas, por su extraordinaria extensión, y por ser ellas en el momento en que estas líneas se publiquen, muy bien conocidas del público entero. Inútil, también, hacer otra vez la crónica de aquella hermosa fiesta : todos saben que después de una ligera alocución del señor Antonio Gómez, presidente del " Centro Gallego ", pronunció un elegante discurso el doctor Rafael Calzada, presidente del Jurado, procediendo en seguida el señor Eduardo Caamaño, secretario del Jurado, á leer una ligera alo-

cución y el veredicto del Jurado; procedióse entonces á repartir los premios, y á leer las composiciones laureadas, en este orden: gran premio de honor, el canto *Eros*, del poeta argentino Calixto Oyuela; mención honorífica con inserción en el Album, la composición titulada *La Venganza de Narvaez*, de la señora María de la Purificación C. Llanzó, natural de Cataluña, donde reside; premio de la sociedad "La Marina", el *Canto de la raza*, del poeta español Cárlos M. Egózcue; mención honorífica, el soneto *La República Argentina á España*, del poeta argentino Juan Lussich; premio de la "Sociedad de Beneficencia", el *Canto á Rivadavia*, del poeta oriental Aurelio Berro; mención honorífica, la composición *A Rivadavia*, del poeta oriental Estanislao Pérez Nieto; premio del "Club Español", el soneto *A España*, del poeta argentino Juan Lussich; premio de las sociedades españolas de Socorros Mutuos, el canto *A la Madre patria*, del poeta oriental Pérez Nieto; mención honorífica, el *Canto* del poeta argentino Horacio C. Varela; premio de la Municipalidad, la composición *Al descubrimiento de América*, del poeta argentino Enrique E. Rivarola; mención honorífica, los *Cantos* del presbítero Eloy Valero, de Sevilla, y de los señores Melitón Alfonso, y S. J. Villafañe; mención honorífica al tema al *Canto Amato-*

rio, las *Trovas á la reina del torneo*, de Cárlos M. de Egózcue; la composición *Huyamos al bosque*, del poeta argentino Juan A. Argerich; y un *Canto* del señor C. M. Lárez, del Paraná; premio del gobierno de Tucumán, el canto *A Tucumán*, del poeta argentino don Ramón Oliver; mención honorífica, una composición del señor Vallejo; premio del tema "Elcano", una composición *A Juan Sebastián Elcano*, del señor S. J. Villafañe ; y concluída de esta suerte la distribución de premios, el doctor Bonifacio Lastra pronunció un discurso de clausura. Tal es el breve resumen de tan simpática fiesta.

Sin duda, esta fiesta es una esperanza. Ojalá dé frutos en el porvenir ! Sólo con el transcurso del tiempo podrá juzgarse si realmente ha ejercido influencia decisiva en la cultura intelectual de esta sociedad, y si ha contribuído á levantar su nivel intelectual, disipando en algo el mercantilismo, el afán bursátil, las querellas políticas, que por doquier nos circundan y nos abruman.

Ciertamente los "Juegos Florales" producirán innegables beneficios, y las letras patrias conservarán profunda gratitud por aquellos que han sabido aclimatarlas.

Se cree generalmente que la poesía decae en la época contemporánea, y los más discretos repiten

con tristeza el escéptico dicho de Salomón, pues parece á la verdad que los sentimientos recónditos del alma, las aspiraciones del espíritu ó las impresiones de la inteligencia no puedan encontrar intérpretes más fieles, cantores más entusiastas, amantes más decididos, que esos grandes é inmortales espíritus que se cuentan tan fácilmente desde Homero hasta Leopardi. Pero esto no es exacto. La poesía no muere, florece por el contrario eternamente. Son pocos los que en realidad sienten en sí el *fuego sagrado*, y la mayor parte cree sólo sincera pero equivocadamente en su existencia. La mayoría de los versificadores pasa desapercibida, ó no deja tras sí sino el recuerdo de uno de esos ruidosos pero efímeros triunfos del momento, que se asemejan á las ondas fugitivas que produce al caer en las aguas tranquilas una piedrecilla cualquiera. Los verdaderos poetas son pocos: la humanidad los cuenta por unidades, y su influencia sobre los hombres es fatal, aún cuando en vida hayan pasado desapercibidos.

La sociedad contemporánea desdeña, con injusticia sin duda, la poesía. No es que crea que las cuerdas de la lira eterna de los poetas han producido todas las melodías posibles, sino porque en medio del positivismo intransigente de una época en que la lucha por la existencia se torna cada vez más atroz y cruel,

no se concibe cómo haya gentes que dispongan del reposo que exige imperiosamente el manejo del plectro. Un hombre absorbido por los mil afanes de una existencia agitadísima, preocupada su inteligencia en buscar contínuamente la solución á los problemas de la vida, no puede materialmente dejar que su alma vague por esas regiones infinitas que son el patrimonio exclusivo del estro de los poetas. De ahí que la poesía sea practicada en la primera juventud, para abandonarla completamente una vez que el hombre se lanza de lleno al torbellino del mundo. De ahí que la poesía, considerada como ejercicio retórico, haya perdido algo en la consideración de la sociedad actual.

Pero esto no es, no puede ser así. Los espíritus privilegiados que sienten dentro de sí la *llama del arte*, no lo olvidan jamás. "Hay, decía Anacreonte, una pequeña señal en el corazón, por la que se reconocen los amantes". Los que han nacido con el *quid divinum*, tarde ó temprano tienen que rendirle culto. ¡Honor á los poetas!

He ahí, por de pronto, uno de los resultados prácticos de los "Juegos Florales": el público se ha preocupado de poesía, ha hecho gustoso un paréntesis á la afanosa tarea diaria, y se ha complacido en oír cantar los sentimientos nobles con pureza ejemplarmente

delicada. Hay poetas de buena ley entre nosotros... ese solo convencimiento es tan importante, que se ha podido decir de aquella fiesta, que era "realmente auspiciosa".

Para hablar de poesía y sobre todo para juzgarla, es necesario amarla, pero amarla "con amor del alma". Aún asimismo, esto es sumamente difícil. El poeta infiltra en sus versos una parte de sí mismo, su secreta quimera, su ideal preferido. "Se penetra en lo que pertenece al gusto personal y particular, en lo que la "loca de la casa" se ha puesto á adorar y á vestir amorosamente á su manera. Juzgar los versos de los poetas, es casi como disputar con un amante sobre su querida, con esta diferencia sin embargo: que si no nos es permitido decir de aquélla el menor mal, se lleva la benevolencia hasta autorizarnos á que nos enamoremos de ella á nuestro turno".

No es mi propósito entrar, pues, por el momento en tan escabrosa senda. Pero sí creo poder observar que los "Juegos Florales" señalan un curioso fenómeno: ha concurrido principalmente una parte de la joven generación poética. Oyuela, Rivarola, Varela, Oliver, están todavía en esa edad feliz en que la historia del hombre no tiene aún su pasado. No quiere esto decir que algunos de ellos no fueran ya ventajosamente conocidos, y que sus frentes no ostentaran

lauros legítimamente ganados en las lides anteriores, ó que sus nombres no gocen ya de una reputación tan justa como merecida: Oyuela con su *Canto al Arte*, Rivarola con sus *Primaverales*, no son por cierto nombres de la última hora. Pero en esa misma generación, exceptuando á Martín García Mérou, cuyos dos volumenes de *Poesías* demuestran suficientemente que es de los verdaderamente privilegiados; Adolfo Mitre, cuyas *Poesías* recientemente publicadas hacen sentir con mayor razón que dolorosas desgracias de familia le hayan impedido ocupar en el torneo el puesto que le correspondía; se ve á Saenz, Monsalve y muchos otros, permanecer alejados de la lid. A esta misma generación podría unirse Alberto Navarro Viola, cuyos *Versos* hacen gemir tan violentamente algunas de las más recónditas fibras del alma. La generación inmediatamente anterior, Rafael Obligado, Martín Coronado, Adolfo Lamarque y otros, no ha querido tampoco tomar parte en la lucha, sin que por eso haya enmudecido, pues la *Ilustración Argentina* lo demuestra con elocuencia: no han hecho bien, por cierto, porque desertan una obligación que moralmente se han impuesto: representar la poesía nacional, *criolla* (si es posible emplear esa expresión) enorgulleciéndose de ser los discípulos de Echeverría. En cuanto á la otra generación anterior, en que bri-

llan Carlos Guido Spano, Olegario V. Andrade y Ricardo Gutiérrez, parece que la pérdida reciente de Encina los hubiera paralizado; pero Guido escribe y publica en 24 horas su bello y reciente canto á *América*, y Andrade, el poeta laureado de los "Juegos Florales" anteriores, continúa siempre firme ante el altar de la Musa. Pero de todas maneras ninguna de esas generaciones ha logrado ejercer, ni ejerce, la influencia poética que en la sociedad de su época ejercieron Varela, Echeverría, Mármol y Gutiérrez.

No es posible ni acertado entrar á analizar comparativa ni aisladamente todas las composiciones premiadas en el reciente certamen. "Difícil es hablar de uno solo y omitir varios: la elección de uno se convierte en injusticia para todos los otros. No es menos delicado reunir á la vez varios en una misma corona; pues los bellos talentos son como las hermosas: la alabanza dividida pierde á sus ojos lo más precioso de su valor".

Los torneos poéticos anuales, siempre que el Jurado sea estrictamente imparcial, y no se cometa la lamentable ligereza de revelar con anticipación á los cuatro vientos el secreto del nombre de cada poeta que concurre, serán sumamente benéficos, y marcarán una fecha en la historia literaria argentina.

En una sociedad tan extremadamente cosmopolita

como la nuestra, en la que no hay rasgos típicos ni carácter nacional, sino un confuso conglomerado de hombres y de nacionalidades, la poesía tiene una sagrada misión que cumplir: mostrar que, en medio del revuelto torbellino del momento, subsiste el espíritu argentino, y que se sabe honrar como se debe á la *patria*, la *fe* y al *amor*. Sólo á ese precio se conocerá que existe aún una nación argentina, pues de lo contrario un espectador imparcial cree más bien que lo que así se llama no es más que una inmensa factoria ultramarina, donde acuden los hombres de todos los puntos del globo, con el propósito único de enriquecerse... y de enriquecerse pronto.

Noviembre de 1882.

VI

EL LIBRO DE MONSALVE

(*Juvenilia*, por Carlos Monsalve, 1 volumen en 8º, de 300 páginas)

Concordes están todos los autores en colocar á la novela en el primer rango entre las variadas producciones de la literatura moderna. Desdeñada hasta ahora por los mismos mentores del arte literario, vista de reojo por mucho tiempo en las familias honestas, la novela, sin embargo, es actualmente el más perfecto y acabado de los géneros de la literatura.

Por esa razón, quizá, sólo se ufanan de tener grandes novelistas los pueblos que poséen literatura gloriosa ya, y cuya civilización ha alcanzado extraordinario desenvolvimiento.

La literatura argentina, salvo raras excepciones, ha

ofrecido el curioso fenómeno de carecer casi por completo de novelistas. El doctor don Vicente F. López con su *Novia del Hereje*, y don José Mármol con su *Amalia*, puede decirse que son los dos principales.

La primera de esas novelas parece obedecer, aunque lejanamente, á la influencia walterscotiana, siendo al par que histórica por su pronunciado sabor arqueológico, también interesante por el análisis de los caracteres y la pintura de las pasiones. La segunda es principalmente descriptiva, pero subordinada á la demostración de una tesis, lo que sin embargo no aminora en nada las cualidades excepcionales que para el género revelaba su autor. Éste dedicóse más á la poesía y su nombre será imperecedero bajo este punto de vista. El otro, sumido hoy en trabajos profundos sobre la historia patria, parece haberse desviado completamente del género que cultivó con tan brillante éxito.

Ambas novelas son americanas en toda la extensión de la palabra. La una se circunscribe al Perú durante la fastuosa época colonial, deleitándose en la "ciudad de los reyes", y esmerándose en la pintura de aquel famoso Drake, cuyas correrías marítimas tanto mal hicieron á la metrópoli. La otra es argentina, y pinta las costumbres de Buenos Aires durante la tiranía de Rosas, con una viveza de colorido y

un tinte dramático tan pronunciado, que obliga al lector á no abandonar el libro cuando ya lo ha empezado á leer.

No pretendo decir, con todo, que esas dos novelas sean las únicas que presenta nuestra literatura. Fuera injusta y erradísima semejante aseveración. Prescindiendo de una serie de novelas-romances y de novelas crónicas, cuya lista es en realidad larga, no puede dejar de mencionarse al *Médico de San Luis*, cuya talentosa autora semi-oculta bajo el sencillo pseudónimo de "Daniel", ha logrado trazar un bello y tranquilo cuadro de la vida de provincia, tan regular en sus oscilaciones y tan igual en sus fenómenos. Doña Juana Manuela Gorriti, cuyos *Sueños y Realidades* son populares, ha producido más bien ligeros cuentos que novelas propiamente dichas, si bien algunas narraciones, como *Un año en California*, presentan todos los caracteres del género. Si á estas obras se agregan la *Margarita*, de la señora Josefina P. de Sagasta, las producciones de don Angel J. Blanco y otras, se tendrá casi completo el catálogo de las novelas argentinas.

En la joven generación literaria, nótase igual fenómeno. Hay carencia y á la vez necesidad de novelistas. Pero éste como el poeta del autor clásico, *nace, pero no se hace*. El distinguido naturalista doctor E.

L. Holmberg, es, con todo, una excepción, porque ha cultivado el género y sus *Dos partidos en lucha*, para no mencionar sino una sola de sus novelas, ha tenido verdadero éxito. Carlos Monsalve ha escrito más bien cuentos que novelas, pero muchos de sus folletines revelan que para producir aquéllas sólo le falta *querer...*

La prueba de este acerto está justamente en el volumen que, con el título de *Juvenilia*, acaba de publicar.

A primera vista el libro de Monsalve parece un volumen recientemente llegado de París, tal ha sido el esmero con que se han imitado todos los detalles que caracterizan los conocidos volumenes de Charpentier ú otro editor en voga. Su aspecto externo, color de las tapas y gusto tipográfico, engañan completamente en ese sentido.

El contenido del libro es también un poco parisiense, por lo menos en cuanto á su índole, pues son artículos literarios de diversa naturaleza, publicados en los diarios en diferentes épocas, y que reunidos forman uno de esos volumenes de misceláneas, tan frecuentes en la moderna literatura francesa.

El autor justifica el título y contenido de su libro con estas palabras: "el título de estas páginas de veinte años es su explicación y mi disculpa". Divíde-

se el libro en dos secciones desiguales por su contenido y aún por su mérito: en prosa y en verso. La primera la componen los siguientes artículos: 1° *Gris*, 2° *Mosquito*, 3° *Moon-light*, 4° *Cómo viven*, 5° *El ave de Zeus*, 6° *Estela*, 7° *El hombre de piedra*, 8° *De un mundo á otro*, 9° *La botella de champagne*, 10° *El gnomo*, 11° *Historia de un paraguas*, 12° *Ibraim*, 13° *Última escena*, 14° *La tentación*, 15° *El viejo Hullos*. La segunda sólo contiene: 1° *Canto á Eduardo*, 2° *En tramway*, 3° *Sin título*.

Prescindiré de la segunda parte, pues si bien el señor Monsalve maneja con facilidad la rima, y emplea con desenvoltura la antigua fabla de nuestros antepasados, sin embargo, no será seguramente como poeta que ha de conquistar en la literatura argentina un nombre espectable, pues sus cualidades de prosista son infinitamente superiores.

Sus artículos son en su totalidad cuentos, pequeñas narraciones, que por la sencillez de la trama y su rápido desarrollo se asemejan á la *nouvelle* francesa, ese amable género literario que los escritores contemporáneos tratan de resucitar con éxito. Las más de las veces sus cuentos revelan una difícil facilidad, se entrevé el estudio previo que han necesitado, y la constante preocupación del modelo que da al fondo y á la forma una cierta tendencia á los efectos de lo ex-

traño, inverosímil, fantástico ó antitético. Poë y Hawthorne han sido probablemente autores favoritos del que ha escrito *El hombre de piedra*, *La botella de champagne*, *De un mundo á otro* y la *Historia de un paraguas*. Baudelaire ciertamente es también un poeta favorito del autor de *Gris*, *El gnomo*, y de la conclusión de *La tentación*. A veces parece que la sombra de Gautier ó Paul de Saint-Victor hubiera impulsado al autor á escribir artículos como *El ave de Zeus*. Otras veces se revela el observador joven y alegre, como en *Mosquito;* y tratando de ridiculizar, aunque algo exageradamente, las costumbres de ciertos barrios bonaerenses, como en *Cómo viven*, *La tentación* y en *Estela*. Otras, ha sabido emocionar al lector, como en las páginas de la *Ultima escena*; ha dejado vagar su imaginación, como en *Ibraim* y *El viejo Hullos;* ó se ha complacido en escribir sencillamente una página literaria, como en *Moon-light*.

En todos estos diversos artículos, el señor Monsalve se revela estilista verdadero y demuestra que hay en él tela para un futuro novelista. La mayor parte de sus cuentos son, es cierto, algo artificiales, pues el tema ha sido rebuscado, como en *El hombre de piedra* y *De un mundo á otro*. Pero en aquéllos en que ha observado á su alrededor y tratado de describir

escenas de la vida diaria y costumbres locales, revela que puede ser, si él lo quiere, un excelente escritor de costumbres — como cuando describe con naturalidad y acierto las aventuras de *Mosquito*.

Uno de sus artículos más aplaudidos, y con suma razón, ha sido *El ave de Zeus*. Escrito con gracia, facilidad y alardeando no frecuente conocimiento de la vida griega en la grande época, su conclusión, si bien algo entrevista, es de un puro gusto clásico. Su *Ultima escena* es verdaderamente interesante, si bien débil su trama, pero la muerte del viejo cosaco y de su fiel perro es dramática y conmovedora.

Tiene el señor Monsalve una decidida tendencia á filosofar — pero á filosofar con ese escepticismo y esa precoz experiencia de los veinte años, que caracterizan el romántico mal tan bien descrito por el autor de *La confession d'un enfant du siècle*. Las notas amargas del que llamó á sus versos, *Flores del mal*, se hacen sentir también en muchas páginas de este libro. En *Gris* la antítesis es completa: al lado del soñador Augusto, lleno de ilusiones y con el santo entusiasmo de la juventud, está Julio, hastiado de la vida, aburrido de los hombres, seco el corazón, marchita ya la flor de la esperanza. Es *Gris* uno de los mejores capítulos del libro, y el autor, tanto en la pintura de ambos caracteres, como en la conversación

de los dos amigos, ha puesto especialísimo esmero. Augusto, sin embargo, es demasiado soñador, para tener "el contrapeso de su razón clara y severa"; Julio, más que original, es un egoísta perezoso.

Analícese por un momento á *Gris*. La amistad de caracteres tan opuestos es un fenómeno común; Augusto y Julio tenían que ser amigos tan sólo de la manera como el autor los pinta. El primero se vé que á pesar de sus defectos era un leal y gran carácter, difícil para abordarlo pero decidido en sus afectos; arrebatado á veces, pero hombre poco común en el fondo. El segundo es correcto, está bien con todos, y su escepticismo es más bien una indiferente apatía que raya en egoísmo, y que hace entrever que en el fondo poco le importa su amigo. Augusto — al decir del autor — "era apasionado, tenaz en sus propósitos, amigo de la acción y dominante; su imaginación exaltada tenía el contrapeso de su razón clara y severa; y la vehemencia de su carácter le hacía injusto en sus arrebatos, pero pasados los primeros ímpetus se apresuraba á reconocer la falta y trataba de repararla". Hé ahí un carácter bien definido; los colores son vigorosos, las sombras y las luces se destacan. Pero al final del cuento, los desengaños lo hieren profundamente, amargan su existencia, lo hacen reconcentrado y altivo; entónces la *turba*

multa lo tachará de egoísta, de orgulloso; en suma, no pudiendo hacer de él lo que se les antoja, prefieren combatirlo con armas vedadas. Julio desde el comienzo hasta el fin del cuento, se conserva lo mismo: un hombre frío, apático, egoísta en el fondo de su alma, indiferente, pero cortés y leal "como algo de pasivo y matemático", con arranques infantiles á veces, escéptico *pour la pose*, y que, conservando siempre la apariencia correcta, poco le importa de las cosas y de los hombres, en tanto no le perturban su tranquila vida diaria.

Tal sería la deducción final de *Gris*, dado el desenvolvimiento que su autor desde un principio ha observado. Es cierto que tal no es la conclusión expresa del cuento, pero no es menos exacto que es la que lógicamente se desprende de la acción que en él se desarrolla. Se vé, pues, cómo llevando hasta las últimas consecuencias las premisas del cuento, se obtiene un resultado que no trepido en clasificar de inverosímil, y que estoy seguro no ha tenido en vista el autor. La complacencia con que se ocupa de Julio bastaría para demostrarlo. Ni Julio es en el fondo tan egoísta, ni tan indiferente como resultaría serlo, ni parece posible encontrar carácter de ese temple. El análisis está demasiado concretado á las apariencias, pues Julio por el hecho de ser joven, de ser instruido,

y de poseer las cualidades que le atribuye el autor de *Gris*, tiene forzosamente que ser un hombre sano de espíritu y leal de carácter : el Julio de *Gris* es más bien un Julio de convención, que respira momentáneamente la atmósfera del *Adolphe* de B. Constant, del *René* de Chateaubriand ó del *Rolla* de Musset.

Gris es, sin embargo, un cuento sencillo, pues evidentemente el autor no ha querido sacar de su tema todo el partido posible y sin embargo, la tela es tan rica !...

El señor Monsalve aborda, pues, la novela por su género más difícil que es el psicológico, poniendo en juego sólo las pasiones y la inteligencia de sus personajes, y tratando de profundizar lo más posible el análisis de sus caracteres. Pero esto requiere una experiencia variada, que sólo se obtiene con los años y, necesario es decirlo, con los sufrimientos. La novela psicológica es sumamente difícil, pues el novelista no tiene allí nada que le ayude ni que pueda aminorar las flaquezas posibles de algunos pasajes; la imaginación del lector no se distrae en accesorio alguno, se concentra en el fondo del asunto y sigue minuciosamente la marcha de la trama, sus factores, su desenvolvimiento. No se le escapa, pues, defecto alguno. El novelista se encuentra en el durísimo trance de descollar por sus pinceladas certeras y brillantes,

ó de caer en la banalidad de repetir superficialmente los fenómenos de la vida diaria. En una palabra, la novela psicológica requiere un Balzac ó un Stendhal, por lo profundo de su observación, ó más bien un Valera, por lo dueño de sí y lo impecable en la forma; pero un Valera realista, y que, como el eximio literato español, enamore, como se ha llegado á decir, á los sibaritas de las letras juntando la flor y nata de tres ideales de belleza literaria: el pagano, el del hispano siglo de oro y el de la refinada cultura moderna, junto con su inimitable vena dicharachera y jocosa. Estas juiciosas observaciones repetidas recientemente por la distinguida señora Pardo Bazán, demuestran que no podía exigirse del señor Monsalve que de un golpe alcanzara á ponerse al mismo nivel: su edad por lo menos lo escuda suficientemente contra semejante exigencia. Ha preferido, sin embargo, iniciarse por el más difícil de los géneros, pues para descollar en la novela psicológica se verá obligado no sólo á adquirir una elegante, castiza y pura dicción, sino á emplear el mayor esmero y atención en escrutar y sondear los arcanos misteriosos del alma, para explicarlos — parodiando un dicho célebre — en frases de oro y párrafos de marfil.

Casi todos los artículos del señor Monsalve son, si es permitido expresarse así, subjetivos, porque, con-

cluída su lectura, y dejado ya el libro, el pensamiento se lanza en un dédalo de meditaciones, llegando quizá hasta el extremo de la ruta que el autor, con malicia sin duda, se contenta con dejar adivinar.

Se ha repetido con frecuencia, que á un novelista argentino sólo le quedan dos caminos para adquirir verdaderos méritos en nuestra literatura nacional: dedicarse á la novela histórica, exhumando nuestro pasado, ó consagrarse á la novela social, describiendo nuestras costumbres. Me parece demasiado exclusiva esta opinión.

Para descollar en lo primero habría que seguir las huellas de Mesonero Romanos ó de Pérez Galdós, y ¿cómo igualar las *Memorias de un setentón*, ó los *Episodios nacionales?* En las *Memorias* "vemos los retratos en miniatura, los inmensos cuadros al óleo, los grabados de la época, autógrafos y manuscritos, una reliquia simbolizando una preocupación, una alhaja representando el pasado lujo, una casaca descolorida... cuanto contuvo, reflejó y conserva tradición ó memorias pasadas y puede ayudarnos á reconstituir con la imaginación una familia y adivinar una época, pero sin que escuchemos más voz que la de un respetable superviviente, al cual oímos referir, con cierta tristeza, pausada y severamente, cómo pa-

saron ante él dinastías, eminencias, intrigantes, genios y malvados y cómo presenció, lejos de toda lucha y toda preocupación, triunfos artísticos, catástrofes políticas, luchas fratricidas, revoluciones y restauraciones". El modelo es, como se ve, difícil no digo de superar, sino de imitar. Quizá para ello estuviera el señor Monsalve en una verdadera imposibilidad, pues para esas verdaderas exhumaciones arqueológicas se necesita haber vivido de la vida de la época pasada que se describe, y pertenecer por lo tanto al número de los que se encuentran en el último tercio de la vida. No se puede, en efecto, hablar de las cosas pasadas con los detalles y el colorido de Mesonero Romanos, sino cuando se ha visto ó se ha oído lo que se refiere. Ahora bien, el señor Monsalve se encuentra recién en la primavera de la vida, y para desempeñar el papel que se le quiere imponer, ya que le falta la edad, sería forzoso haber llevado la vida portentosa del erudito Menéndez Pelayo, ó realizar la mistificación de Paul Lacroix, quien en sus mocedades logró hacer pasar á su pseudónimo "Bibliophile Jacob", como si perteneciera á un sexagenario. Y para esto mismo faltaríale al señor Monsalve fuentes fidedignas donde beber los datos y la erudición necesaria, porque sólo en estos últimos años el doctor José A. Wilde, con su *Buenos Aires setenta años atrás*, y Victor Gálvez,

con sus famosas *Memorias de un viejo*, han demostrado que comienza á haber alguna inclinación á esa clase de estudios.

Por las razones anteriores, paréceme obvio dejar de lado los *Episodios nacionales*, que como se ha dicho, es trabajo excepcional por la hermosa verdad con que está escrito, por la frescura de sus cuadros, lo humano de sus innumerables actores de aquel hermoso teatro, que hablan, se visten, conspiran, se agitan, aman y viven en un escenario real, que sólo pudo detallar un escritor de las condiciones de Galdós.

Parecería, pues, que no le queda al novelista argentino sino la novela social ó de costumbres. Pero, en este género, cuán vasto campo y cuán variados modelos se presentan! Concretándose simplemente á nuestra madre patria en su época novísima, puede elegir ser realista, á la manera del eminente Pereda, pero circunscribiéndose entonces á cantar sempiternamente al inagotable *Sabor de la tierruca*, ó como el alegre Galdós, sobrepasando á *Doña Perfecta*, *Gloria*, y la *Familia de León Roch*; ó ser idealista, como el ilustre Valera, para tener siempre presentes á *Pepita Jiménez y Doña Luz*, ó como Alarcón, el romántico autor de *El final de Norma*, pero también del soberbio *Sombrero de tres picos*. Prescindo por lo especial de sus tendencias, de Fernán Caballero, cuyos

labriegos, curas y pastores, se mueven en la poética Andalucía, iluminados por el sol del mediodía, que Fortuny, para usar una expresión popular, condensó en sus cuadros. ¿Y si la *Gaviota* no podía presentarse como modelo, lo serían acaso los *Cuentos* de Trueba? Ciertamente que no, porque con verdad se ha dicho que si algunas escenas rurales de Trueba agradan, es como agrada contemplar el curso de un riachuelo poco profundo y de márgenes amenas. Selgas, por otra parte, aunque describe, — y quizá demasiado — las costumbres actuales, es más bien *humorista*, abusando de la paradoja sútil envuelta en delicadísimos arabescos.

A pesar, con todo, de las dificultades del género, paréceme, sin embargo, que la novela social es el campo de acción más propicio para el novelista argentino; campo de acción variadísimo, sea estudiando la múltiple vida de nuestras grandes y cosmopolitas ciudades, las pintorescas costumbres de los gauchos y de los que habitan las campañas ó las serranías, sea penetrando en la singular vida de las colonias, ó describiendo la existencia patriarcal y los rasgos característicos de la vida de las provincias mediterráneas.

Una novela de esas tendencias sería verdaderamente argentina, tendría lugar imperecedero en la lite-

ratura nacional, y despertaría la adormecida curiosidad de nuestro público por esa clase de producciones. Una novela de ese género sería ensalzada y deprimida demasiado y á la vez, pero como sólo las obras discutidas viven y valen, resultaría siempre que para el novelista quedaría la posibilidad de imponer á la larga su opinión al público. Se activaría entonces el movimiento intelectual argentino, y despertada la curiosidad, vendría el estímulo, y se revelarían quizá muchos novelistas posibles que actualmente por pereza intelectual no se resuelven á utilizar las dotes que poseen. Además, una novela de ese orden sería un verdadero documento histórico para la posteridad y sería una arma terrible en manos de un escritor de chispa y de talento. En una palabra, como las pequeñas cosas producen los grandes resultados, quizá la novela social, cultivada con éxito, daría por resultado una verdadera revolución en nuestra vida intelectual.

El señor Monsalve, si lo quiere, será un notable novelista argentino. En la generación joven, prescindiendo de banderías y de aplausos de cenáculo, ocupa distinguidísimo lugar. Es observador penetrante, no sólo describe lo que vé y lo que pasa, sino que analiza las causas, y penetra en el resorte íntimo de las pasiones con mano firme y certera.

Tiempo es ya que deje de concretar su productividad á ligeros artículos, más ó menos interesantes: está en la edad en que la sangre bulle generosamente, la inteligencia es clara y se encuentran en apogeo sus facultades -- dedíquese á la novela, ese género literario que cada día se enseñorea más del mundo, y aprovechando la riquísima tela que le ofrece la curiosa y carasterística vida de nuestro país, llegue á conquistarse en vida envidiable fama, deje en la literatura argentina nombre imperecedero, y ejerza sobre su época y sus contemporáneos la justa influencia de los que, como dice el verso antiguo, pertenecen á los *pauci, quos equus Jupiter amavit.*

Marzo de 1884.

VII

UN LIBRO DE CANÉ

(*En viaje, 1881-1882.* París, 1884. 1 v. en 8º de XXIV-423 pág.)

TARDE parece para hablar del libro del Sr. Miguel Cané, resultado de su escursión á Colombia y Venezuela en el carácter de Ministro Residente de la República Argentina. Hoy el autor se encuentra en Viena, de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de nuestro país cerca del gobierno austro húngaro. Habrá quizá extrañado que la *Nueva Revista de Buenos Aires* haya guardado silencio sobre su último libro, tanto más cuanto que — ¡rara casualidad! — á pesar de ser el Sr. Cané conocidísimo entre nosotros, jamás lo ha sido, puede decirse, sino de vista por el que ésto escribe. Y eso que

siempre he tenido los mayores deseos de tratarle personalmente, por las simpatías ardientes que su carácter, sus prendas y — sobre todo — sus escritos me merecían. De ahí, pues, que estuviera obligado á hablar de este libro. Digo ésto para demostrar que la demora en hacerlo ha sido del todo ajena á mis deseos. El Sr. Cané, periodista de raza, sabe por experiencia cuán absorbente es el periodismo, máxime cuando es preciso hacerlo todo personalmente, como sucede en empresas del género de la *Nueva Revista.*

Había leído el espiritual artículo que sobre este mismo libro publicó en *El Diario,* tiempo ha, M. Groussac — otro escritor á quien todavía no me ha sido dado tratar. El sabor francés disfrazado de chispa castellana, me encantó en ese artículo, en el cual se decían al Sr. Cané verdades de á puño, terminando á la postre con un merecido elogio. Posteriormente, y en el mismo diario, publicóse una carta del criticado autor, en la que se defendía con gracia infinita, y con finísimo desparpajo reproducía el bíblico precepto del "ojo por ojo, diente por diente".

Oida la acusación y la defensa, puede, pues, abrirse juicio sobre el valor del libro. Crítico y criticado parecen estar de acuerdo acerca de algunos defectillos,

disienten en otros, y parecen no haber querido recordar el verso clásico :

Ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.

Cané es un estilista consumado. Dice en su carta que D. Pedro Goyena se intrigaba buscando su filiación literaria, y M. Groussac formalmente declara haberla encontrado en Taine. Error completo en mi concepto. Si de alguien parece derivar directamente Cané, es de Merimée, y elautor de *Colomba* comparte su influencia en esto con lo que ha dado en llamarse el *beylismo*. No diré que tuviera la altiva escrupulosidad de Merimée en limar hasta diez y siete veces un mismo trabajo, para no chocar con su concepto artístico, sin importársele mucho de la popularidad ; pero sí que está impregnado de la desdeñosa filosofía del autor del *Rouge et noir*. Pero el autor de los *Ensayos*, como de *En Viaje*, es más bien de la raza de Th. Gautier, de P. de Saint-Victor, y — ¿ por qué no decirlo ? — del escritor italiano á quien tanto festéjase ahora en Buenos Aires : De Amicis. Es ante todo y sobre todo, estilista. No diré que para él la naturaleza, las cosas, y los acontecimientos son simplemente temas para desplegar una difícil *virtuosité* (para echar mano del idioma que tanto prefiere el autor de *En Viaje*). Nó ! se ha dicho de De Amicis

que es el ingenio más equilibrado de la moderna literatura italiana: su pensamiento es variado y de un colorido potente; pero atraído por su índole generosa y cortés, prefiere las descripciones que se amoldan mayormente con su carácter: se conmueve y admira. Creo que hay mucho de eso en Cané, pero por cierto no es el sentimentalismo lo que campea en su libro, sino que hay mucha — ¿ demasiada ? — grima en juzgar lo que vé y hasta lo que hace. Cané lo confiesa en su carta. Pero en cambio, ¡ qué facilidad ! ¡ cómo brotan de su pluma las descripciones brillantes, los cuadros elegantes ! El lector nota que se encuentra en presencia de un artista del estilo, y, arrullado por el encanto que le produce la magia de la frase, se deja llevar por donde quiere el autor, y prefiere ver por sus ojos y oír por sus oídos.

He oído decir que el carácter del Sr. Cané es tan jovial como bondadoso y franco : en su libro ha querido sin duda hacer gala de escepticismo, y deja entrever con mucha — ¿ demasiada ? — frecuencia, la nota siempre igual del eterno fastidio. Y sin embargo, qué amargo contrasentido encierra ese original deseo de aparecer fastidiado ! Fastidiado el Sr. Cané, cuando, en la flor de la edad, ha recorrido las más altas posiciones de su país, no encontrando por do quier sino sonrisas, no pisando sino sobre flores,

niño mimado de la diosa Fortuna! ¿No será quizá ese aparente fastidio un verdadero lujo de felicidad?...

*
* *

Estamos en presencia de un libro de viajes escrito por una persona que, á pesar de haber viajado mucho, no es verdaderamente un viajero. El autor no siente la pasión de los viajes: soporta á su pesar las incomodidades materiales, se traslada de un punto á otro, pero maldice los fastidios del viaje de mar, el cambio de trenes, los pésimos hoteles, etc., etc. Habla de sus viajes con una frialdad que hiela: adopta cierto estilo semi-escéptico, semi-burlón, para reirse de los que pretenden tener esa pasión tan horripilante.

"Cuántas veces — dice — en un salón, brillante de luz, ó en una mesa elegante y delicada, he oído decir á un hombre, culto, fino, bien puesto: tengo pasión por los viajes, y tomar su rostro la expresión vaga de un espíritu que flota en la perspectiva de horizontes lejanos; me ha venido á la memoria el camarote, el compañero, el órdago, la pipa, las miserias todas de la vida de mar y he deseado ver al poético viajero entregado á los encantos que sueña!"

Ah! el placer de los viajes por los viajes mismos, sin preocupación alguna, buscando contentar la curio-

sidad intelectual siempre aguzada, jamás satisfecha! No hay nada en el mundo que pueda compararse á la satisfacción de la necesidad de ver y conocer: la impresión es de una nitidez, de una sinceridad, de una fuerza tal, que la descripción que la encarna involuntariamente trasmite al lector aquella sensación, y al leer esas páginas parece verdaderamente que se recorren las comarcas en ellas descriptas.

Esa vivacidad de la emoción, ese placer extraordinario que se experimenta, lo comprende sólo el viajero verdadero, el que siente nostalgia de los viajes cuando se encuentra en su rincón, el que vive con la vida retrospectiva é intensa de los años en que recorriera el mundo. Y para un espíritu culto, para una inteligencia despierta y con una curiosidad inquieta, qué maldición es ese dón de la pasión de los viajes! El horizonte le parece estrecho cuando tiene que renunciar á satisfacer aquella amiga tiránica; la atmósfera de la existencia rutinaria, tranquila, de esos mil encantos de la vida burguesa, lo sofoca: sueña despierto con países exóticos, con líneas, con colores locales, con costumbres que desaparecen, con ciudades que se transforman, con el placer de recorrer el mundo observando, analizando y comparando! Y el maldito cosmopolitismo contemporáneo, con su furia igualadora, por doquier invade con su sempiterno

cant, su horrible vestimenta, la superficialidad de costumbres incoloras—haciendo desaparecer, merced al adelanto de las vías de comunicación, el encanto de lo natural, de lo local, el hombre con su historia y sus costumbres según la latitud en que se encuentra.

El placer de los viajes es un dón divino: requiere en sus adeptos un conjunto de condiciones que no se encuentran en cada boca-calle, y de ahí que el criterio común ó la platitud burguesa no alcanzen á comprender que pueda haber en los viajes y en las emigraciones goce alguno: sólo ven en la traslación de un punto á otro la interrupción de la vida diaria y rutinera, las incomodidades materiales; tienen que encontrarse con cosas desconocidas, y eso los irrita, los incomoda, porque tienen el intelecto perezoso y acostumbrado ya á su trabajo mecánico y conocido.

Pero los pocos que saben apreciar y comprender lo que significan los viajes, viven de una doble vida, pues les basta cerrar un instante los ojos, evocar un paisaje contemplado, y éste revive con una intensidad de vida, con un vigor de colorido, con una precisión de los detalles que parece transportarnos al momento mismo en que lo contemplamos por vez primera, y borrar así la noción del tiempo transcurrido desde entonces.

La vida es tan fugaz que no es posible repetir las

impresiones; más bien dicho, que no conviene repetirlas. En la existencia del viajero, el recuerdo de una localidad determinada reviste el colorido que le trasmite la edad y el criterio del observador: sí, con el correr del tiempo, regresa y quiere hacer revivir *in natura* la impresión de antaño, sólo cosechará desilusiones, porque pasan los años, se modifica el criterio y las cosas cambian. Mejor es no volver á ver: conservar la ilusión del recuerdo, que fué una realidad. Así se vive doblemente.

El señor Cané parece tener pocas simpatías por esa vida, quizá porque la encuentra contemplativa, y considera que restringe la acción y la lucha. Error! El viajero, cuyo temperamento lo lleve á la lucha, se servirá de sus viajes para combatir en su puesto, y lo hará quizá con mejor criterio, con armas de mejor precisión que el que jamás abandonó su tertulia sempiterna!

Es lastima que el autor de *En Viaje* no tenga el "fuego sagrado" del viajero, porque habría podido llegar al máximum de intensidad en la observación y en la descripción de sus viajes.

No puedo resistir al placer de trancribir algunos párrafos, verdadera excepción en el tono general del libro, y en los que describe á *Fort-de-France*, en la Martinica:

" Las fantasías más atrevidas de Goya, las audacias coloristas de Fortuny ó de Díaz, no podrían dar idea de aquel curiosísimo cuadro. El joven pintor venezolano que iba conmigo, se cubría con frecuencia los ojos y me sostenía que no podría recuperar por mucho tiempo la percepción *dei rapporti*, esto es, de las medias tintas y las gradaciones insensibles de la luz, por el deslumbramiento de aquella brutal crudeza. Había en la plaza unas 500 negras, casi todas jóvenes, vestidas con trajes de percal de los colores más chillones, rojos, rosados, blancos. Todas escotadas, y con los robustos brazos al aire ; los talles fijados debajo del áxila y oprimiendo el saliente pecho, recordaban el aspecto de las *merveilleuses* del Directorio. — La cabeza cubierta con un pañuelo de seda, cuyas dos puntas, traidas sobre la frente, formaban como dos pequeños cuernos. Esos pañuelos eran precisamente los que herían los ojos ; todos eran de diversos colores, pero predominando siempre aquel rojo lacre, ardiente, más intenso aún que ese llamado en Europa *lava del Vesuvio;* luego un amarillo rugiente, un violeta tornasolado, qué sé yo ! En las orejas, unas gruesas arracadas de oro, en forma de tubos de órgano, que caen hasta la mitad de la mejilla. Los vestidos de larga cola y cortos por delante, dejando ver los piés... siempre desnudos.

Puedo asegurar que, á pesar de la distancia que separa ese tipo de nuestro ideal estético, no podía menos de detenerme por momentos á contemplar la elegancia nativa, el andar gracioso y salvaje de las negras martiniqueñas.

"Pero cuando esas condiciones sobresalen realmente, es cuando se las vé, despojadas de sus lujos y cubiertas con el corto y sucio traje del trabajo, balancearse sobre la tabla que une al buque con la tierra, bajo el peso de la enorme canasta de carbón que traen en la cabeza... Al pie del buque y sobre la ribera, hormigueaba una muchedumbre confusa y negra, iluminada por las ondas del fanal eléctrico. Eran mujeres que traían carbón á bordo, trepando sobre una plancha inclinada las que venían cargadas, mientras las que habían depositado su carga descendían por otra tabla contigua, haciendo el efecto de esas interminables filas de hormigas que se cruzan en silencio. — Pero aquí todas cantaban el mismo canto plañidero, áspero, de melodía entrecortada. En tierra, sentado sobre un trozo de carbón, un negro viejo, sobre cuyo rostro en éxtasis caía un rayo de luz, movía la cabeza con un deleite indecible, mientras batía con ambas manos y de una manera vertiginosa, el parche de un tambor que oprimía entre las piernas, colocadas horizontalmente. Era un redoble perma-

nente, monótono, idéntico, á cuyo compás se trabajaba. Aquel hombre, retorciéndose de placer, insensible al cansancio, me pareció loco" ...

Y termina el Sr. Cané su descripción de *Fort-de-France* con estas líneas en que trasmite la impresión que le causó un *bamboula*:

"...Me será difícil olvidar el cuadro característico de aquel montón informe de negros cubiertos de carbón, harapientos, sudorosos, bailando con un entusiasmo febril bajo los rayos de la luz eléctrica. El tambor ha cambiado ligeramente el ritmo y bajo él, los presentes que no bailan entonan una melopea lasciva. Las mujeres se colocan frente á los hombres y cada pareja empieza á hacer contorsiones lúbricas, movimientos ondeantes, en los que la cabeza queda inmóvil, mientras las caderas, casi dislocadas, culebrean sin cesar. La música y la propia imaginación las embriaga; el negro del tambor se agita como bajo un paroxismo más intenso aún, y las mujeres, enloquecidas, pierden todo pudor. Cada oscilación es una invitación á la sensualidad, que aparece allí bajo la forma más brutal que he visto en mi vida; se acercan al compañero, se estrechan, se refriegan contra él, y el negro, como los animales enardecidos, levanta la cabeza al aire y echándola en la espalda, muestra su doble fila de dientes blancos y agudos.

No hay cansancio: parece increible que esas mujeres lleven diez horas de un rudo trabajo. La *bamboula* las ha transfigurado. Gritan, gruñen, se estremecen, y por momentos se cree que esas fieras van á tomarse á mordiscos. Es la bacanal más bestial que es posible idear, porque falta aquel elemento que purificaba hasta las más inmundas orgías de las fiestas griegas: la belleza ..."

*
* *

El libro del Sr. Cané es, en apariencia, una sencilla relación de viaje. Dedica sucesivamente seis capítulos á la travesía de Buenos Aires á Burdeos, á su estadía en París y en Londres, y á la navegación desde Saint-Nazaire á La Guayra. Entonces en un capítulo — cuya demasiada brevedad se deplora — habla de Venezuela, pero más de su pasado que de su presente.

En seguida, en seis nutridos y chispeantes capítulos, describe su pintoresco viaje de Caracas á Bogotá; su paso por el mar Caribe, el viaje en el río Magdalena, y las últimas jornadas hasta llegar á la capital de Colombia. A esta simpática República presta preferentísima atención el autor: no sólo se ocupa de su historia, describe á su capital, sino que pinta á

la sociedad bogotana, sin olvidar — como lo ha dicho M. Groussac — el obligado párrafo sobre el Tequendama. Detiénese el autor en estudiar la vida intelectual colombiana en el capítulo, en mi concepto, más interesante de su libro, y sobre el cual volveré más adelante. El regreso le da tema para varios capítulcs en que se ocupa de Colón, el canal de Panamá, y sobre todo de Nueva-York. Y aquí vuelve de nuevo la clásica descripción del Niágara.

Tal es en esqueleto el libro de Cané. Prescindo de los primeros capítulos, á pesar de que insistiré sobre el de París, porque si bien su lectura es fácil, las aventuras á bordo del *Ville de Brest* no ofrecen extraordinario interés. Poco tema da el autor sobre Venezuela : más bien dicho, deja al lector con su curiosidad íntegra, sobrexcitada, pero no satisfecha. Sus pinceladas son vagas : parece como si quisiera concluir pronto, como si tuviera entre manos brasas ardientes. ¿ Por qué ?

En cambio sus pinturas de Bogotá, de la sociedad y de los literatos colombianos, es realmente seductora : nos hace penetrar en un recinto hasta ahora casi desconocido por la generalidad, especie de *gyneceo* original causado por el relativo aislamiento de la vida de Colombia. No me cansaré de ponderar esta parte del libro de Cané. Pocas lecturas más fructífe-

ras, pocas más agradables : ejerce sobre el lector algo como una fascinación. Hay ahí una mezcla sapientísima del *utile cum dulci*.

Por lo demás, el libro entero está salpicado de juicios atrevidos, de observaciones profundas. La superficialidad aparente es rebuscada : el autor, sin quererlo, se olvida con frecuencia de que se ha prometido ser tan sólo un jovial á la vez que quejumbroso compañero de viaje. Al correr de la pluma, ha emitido juicios de una precisión y exactitud admirables. Otras veces ha lanzado ideas que van contra la corriente general. El lector no se detiene mucho en los capítulos sobre París y Londres, cuando en la rápida lectura encuentra tal ó cual opinión sobre Francia ó Inglaterra. Pero poco á poco comprende que hay allí intención preconcebida, y cuando llega á los capítulos sobre Colombia, se encuentra insensiblemente engolfado en un análisis sútil de aquella constitución, que, según el dicho de Castelar, "ha realizado todos los milagros del individualismo moderno". Entonces se refriega los ojos, vuelve á leer, y con asombro halla que el autor critica — y critica con fuerza — el régimen federal de gobierno. Y no es la única página en que el libro ejerce una influencia sugestiva, forzando á meditar. Hay párrafos al tratar del canal de Panamá y de los Estados-

Unidos, que hacen abrir tamaños ojos de asombro.

Pero sobre algunas cuestiones tuvo ya el autor un cambio de cartas con el Sr. Pedro S. Lamas, como puede verse en la *Revue Sud-Americaine*. No volveré, pues, sobre ello, siquiera por el vulgarísimo precepto de *non bis in idem*.

Imposible me sería analizar con detención todas y cada una de las partes de este libro. Y ya que he dicho con franqueza cuál es la opinión que sobre él he formado, séame permitido ocuparme de algunos de los variadísimos tópicos que han merecido la atención del autor.

*
* *

Corto es el capítulo que dedica á su estadía en París el Sr. Cané. Y es lástima. En esas breves páginas, hay dos ó tres cuadros verdaderamente de mano maestra. Pero el autor ha sido demasiado parco: su pluma apenas se detiene — la Cámara, el Senado, la Academia: he ahí lo único que ha merecido su particular atención.

Los párrafos dedicados á las Cámaras, son bellísimos: los retratos de Gambetta, de Julio Simon y de Pelletan, perfectamente hechos.

Es, en efecto, en sumo grado interesante asistir á los debates de las Cámaras francesas. Cuando aún

estudiaba el que esto escribe en París (1879-1880), acostumbraba asistir con la religiosidad que le era posible, á las discusiones parlamentarias.

Entonces era necesario ir expresamente por ferrocarril hasta Versalles, donde aún funcionaba el Poder Legislativo.

Gracias á la nunca desmentida amabilidad del Sr. Balcarce, nuestro digno Ministro en París, conseguía con frecuencia entradas para la tribuna diplomática, donde, entonces como hoy, era necesario — son palabras del Dr. Cané — "llegar temprano para obtener un buen sitio".

La sala de sesiones de la Cámara de Diputados era realmente espléndida. Hace parte del gran palacio de Luis XIV, y es cuadrilonga. El presidente estaba en frente de la tribuna diplomática, en un pupitre elevado, teniendo á la misma altura, pero á su espalda, de un lado á varios escribientes, de otro á varios ordenanzas. Una escalera conducía á su asiento. Más abajo la celebrada tribuna parlamentaria, á la que se sube por dos escaleras laterales. Detrás de esta, y á ambos lados, una serie de secretarios escribiendo ó consultando libros ó papeles, sea para recordar al presidente qué es lo que se hizo en tal circunstancia, ó los antecedentes del asunto, ó cualquier dato necesario.

Al pié de la tribuna parlamentaria estaba el cuerpo de taquígrafos. Entre ellos y el resto de la sala existía un espacio por donde circulaba un mundo de diputados, ugieres, ordenanzas, etc.

En seguida, formando un anfiteatro en semicírculo, están los asientos de los diputados, con pequeñas calles de trecho en trecho. Cada diputado tiene un sillón rojo y en el respaldo del sillón que se encuentra adelante, hay una mesita saliente para colocar la carpeta en la que lleva sus papeles, apuntes, etc.

La derecha entonces, como hoy, era minoría ; el centro y la izquierda, la gran mayoría.

Frente al cuerpo de taquígrafos encontrábanse los asientos ministeriales y para los sub-secretarios de Estado.

Las fracciones parlamentarias, perfectamente organizadas, tienen sus espadas como sus soldados en lugares adecuados, los unos más cerca, los otros más alejados del medio. El primero con quien tropezaba al entrar por la puerta de la derecha, era... M. Paul de Cassagnac. El primero con quien se encontraba uno al entrar por la puerta de la izquierda, era el gran orador M. Clemenceau. El duelista de la derecha: M. de Cassagnac; el de la izquierda : M. Perrin.

La tribuna de la prensa estaba debajo de la del cuerpo diplomático. En la misma fila están las destinadas á la presidencia de la República, á los presidentes de la Cámara y Senado, á los miembros del Parlamento, etc: todos los dignatarios tienen su tribuna especial. Más arriba estaban las llamadas galerías, donde es admitido el público, siempre que presente sus tarjetas especiales.

Las sesiones son tumultuosísimas. Se camina, se habla, se grita, se gesticula, se ríe, se golpea, se vocifera, mientras habla el orador, al unísono. En presencia de semejante mar desencadenado, se comprende que el orador no sólo debe tener talento sino sangre fría, golpe de vista y audacia á toda prueba. La mímica le es indispensable, y la voz tiene que ser tonante y poderosa para dominar aquella vociferación infernal. Tiene que apostrofar con viveza, que conmover, que hacerse escuchar.

He asistido á sesiones agitadísimas, á la del incidente Cassagnac-Goblet, á la de la interpelación Brame, y á la de la interpelación Lockroy, que tanto conmovió á París en mayo del 79. Tiempo hace de esto, pero mis recuerdos son tan frescos que podría describir aquellos debates como si recién los presenciara.

He oído, ó más bien dicho: visto, oradores que no pudieron hacerse escuchar y que bajaron de la tribu-

na entre los silbidos de los contrarios y las protestas de los amigos; otros, como el bonapartista Brame, en su fogosa interpelación contra el Ministro del Interior, M. Lepère, dominaban el tumulto; M. Lepère en la tribuna estuvo durante un cuarto de hora sin poder imponer silencio, en medio de una desordenada vociferación de la derecha, y de los aplausos y aprobación de la izquierda, hasta que haciendo un esfuerzo poderoso, gritando como un energúmeno, acalló momentáneamente el tumulto, para apostrofar á la derecha, diciendo: "vociferad, gritad, puesto que las interpelaciones no son para vosotros sino pretexto de ruídos y exclamaciones. No bajaré de la tribuna hasta que os calléis!..."

¡Qué tumulto espantoso! Presidía M. Senard, el viejo atleta del foro y del parlamento francés, pero tan viejo ya que su voz débil y sus movimientos penosos eran impotentes: agitaba continuamente una enorme campana (pues no es aquéllo una campanilla) de plata con una mano, y con la otra golpeaba la mesa con una regla. Los ugieres con gritos estentores de "un poco de silencio, señores — *s'il vous plzit, du silence*" no lograban tampoco dominar la agitación. La derecha vociferaba y hacía un ruído ensordecedor con los piés, la izquierda pedía á gritos: "la censura, la censura". Fué preciso amonestar seria-

mente á un imperialista, el barón Dufour, para que se restableciese el silencio...

Concluye el ministro su discurso, y salta (materialmente: salta) sobre la tribuna el interpelante; vuelve á constestar el ministro, y torna de nuevo el interpelante... ¡qué vida la de un ministro con semejantes parlamentos! El día entero lo pasa en esas batallas parlamentarias... supongo que el verdadero ministro es el sub-secretario.

Gambetta, el tan llorado y popular tribuno, presidía cuando M. de Cassagnac desafió en plena Cámara á M. Goblet, sub-secretario de Estado. Estaba yo presente ese día. ¡Qué escándalo mayúsculo! Pero Gambetta dominó el tumulto, hizo bajar de la tribuna á Cassagnac, lo censuró, y calmó la agitación.

He oído varias veces á M. Clemenceau, el gran orador radical. Le oí defendiendo á Blanqui, el condenado comunista, que había sido electo diputado por Burdeos. Es uno de los oradores que mejor habla y que posee dotes más notables. Como uno de los contrarios (hay que advertir que la izquierda estaba en ese caso en contra de la extrema izquierda) le gritara: "basta!", él contestó sin inmutarse: "Mi querido colega, cuando vos nos fastidiáis, os oímos con paciencia. Nadie es juez en saber si he concluído, salvo yo mismo", y después de este apóstrofe tranquilo,

continuó su discurso...! Esa interpelación dió origen á una respuesta sumamente enérgica por parte de M. Le Royer, entonces Ministro de Justicia.

La organización administrativa es además admirable. Las Cámaras se reunen diariamente de 2 á 6 1/2, y el cuerpo de taquígrafos da los originales de la traducción estenográfica á las 8 p. m. A las 12 p. m. se reparten las pruebas de la impresión y á las 6 de la mañana siguiente "todo París" puede leer *integra* la sesión de la tarde anterior en el *Journal Officiel.* Y todo esto sin contratos especiales, sin que cueste un solo céntimo más, sin que las Cámaras voten remuneraciones especiales al cuerpo de taquígrafos, y sin ninguna de esas demostraciones ridículas para aquellos que están habituados á la vida europea. Recuérdese lo que pasó en 1877 entre nosotros, cuando se debatió la "cuestión Corrientes": *La Tribuna* publicó las sesiones al día siguiente, y todos creyeron que era un... milagro.

Con el régimen parlamentario francés, la tarea es pesadísima para los diputados (no tanto para los senadores), pero insostenible para los oradores. Y los ministros, que tienen que despachar los asuntos de ministerios centralizados, que atender á lo que pasa en la Francia entera, que proyectar reformas, que estudiar leyes, que contestar interpelaciones, que

preparar y corregir discursos: ¿cómo pueden hacer todo esto? A un hombre solo le es materialmente imposible, y añádase á eso que tiene la obligación de dar reuniones periódicas, bailes oficiales, etc. ¡Qué vida! Se comprende que sería ella imposible sin una numerosa legión de consejeros de Estado, de sub-secretarios, de secretarios, de directores, etc., que no cambian con los Ministros, sino que están adscriptos á los ministerios. ¡Qué diferencia con nuestro modo de ser! Entre nosotros, por regla general, los ministros están solos, pues los empleados en vez de ser cooperadores de confianza son meros escribientes, salvo, bien entendido, honrosas excepciones. Cuando se reflexiona sobre la existencia que lleva un ministro en países de aquella vida parlamentaria, parece difícil explicarse cómo pueden atender, despachar, contestar todo; y al mismo tiempo pensar y realizar grandes cosas.

*
* *

En el libro que motiva estas páginas, el autor, según lo declara, ha procurado contar, y contar ligeramente, "sin bagajes pesados". Este propósito probablemente ha hecho que no profundice nada de lo que observa, sino que se contente con rozar la superficie.

Uno de los rasgos más característicos de Colombia, es su poderosa literatura. La raza colombiana es raza de literatos, de sabios, de profundos conocedores del idioma: allí la literatura es un culto verdadero, y no se sacrifican en su altar sino producciones castizas, pulidas, perfectas casi. El señor Cané, á pesar de su malhadado propósito de "marchar con paso igual y suelto", y de su afectado desdén por los estudios serios y concienzudos, llegando hasta decir "que nada resiste en el día á la perseverante consulta de las enciclopedias", no ha podido resistir, sin embargo, al deseo ó á la necesidad de ocuparse de la faz literaria de Colombia. Condensa en 24 páginas un capítulo que modestamente titula... *la inteligencia*, y en el cual, protestando que no es tal su intención, el autor trata de perfilar á los primeros literatos colombianos contemporáneos, en párrafos de redacción suelta, *á la diable*, para usar su propia expresión.

Habla de la facilidad peligrosa del numen poético en los colombianos; se ocupa de don Diego Pombo, de Gutiérrez, González, de Diego Fallón, de José M. Marroquín, de Ricardo Carrasquilla, de José M. Samper, de Miguel A. Caro, y por último de Rufino Cuervo. Tal es el contenido de ese capítulo, interesantísimo sin duda, pero incompleto y demasiado á *vuelo de pájaro*. Leí con avidez esa parte del libro: creí

encontrar mucho nuevo: los recuerdos de un hombre que ha estado en contacto con la flor y nata de los literatos de aquella nación privilegiada; las picantes observaciones que presagiaba el sostenido prurito de excepticismo y cierta sal andaluza que campea con galana finura en muchos pasajes de este libro.

Mi curiosidad, sin embargo, no fué del todo satisfecha. La *Nueva Revista* había publicado ya (1881) un interesante artículo de D. José Caicedo Rojas, sobre la *poesía épica americana* y sobre todo colombiana (1); un importante y eruditísimo (1882) estudio de D. Salvador Camacho Roldán, sobre la *poesía colombiana*, á propósito de Gregorio Gutiérrez González (2); y finalmente (1883) un notable juicio de D. Adriano Páez, sobre José David Guarin (3). En esos artículos se entrevé la riquísima y fecunda vida intelectual de aquel pueblo; pasan ante los ojos atónitos del lector centenares de poetas, literatos, historiadores, críticos, etc.; se descubre una producción asombrosa, una plétora verdadera de diarios, periódicos, folletos y libros.

Y el que está algo al cabo de las letras en Colombia, aunque resida en Buenos Aires, conoce su nu-

(1) Véase: primera serie, tomo III, pág. 350-377.
(2) Véase: primera serie, tomo IV, pàg. 225-290.
(3) Véase: primera serie, tomo VI, pág. 161-181.

merosísima prensa, sus periódicos, sus revistas, sus escuelas literarias; la lucha entre conservadores y liberales, entre los grupos respectivamente encabezados por el *Repertorio Colombiano* y *La Patria*. Y por poco numerosas que sean las relaciones que se cultiven con gente bogotana, á poco el bufete se llena con *El Pasatiempo*, *El Papel periódico ilustrado*, etc.

Nada de eso se encuentra en el libro de Cané. Él, periodista, ha olvidado á la prensa. Y eso que la prensa de Colombia es especial, distinta bajo todos conceptos de la nuestra.

Pero se busca en vano el rastro de Julio Arboleda, de José E. Caro, de Madiedo, de Lázaro María Pérez, de... en una palabra, de todos los que sobreviven de la exhuberante generación de 1844 y 1846: Restrepo, y tantos otros. Y si esa época parece ya muy echada en olvido, queda la de 1855 á 1858, en que tanto florecieron las letras colombianas: de esa época datan José Joaquín Ortiz, Camacho Roldán, Ancizar, Ricardo Silva, Salgar, Vergara y tantos otros...! Verdad es que el Sr. Cané declara que "no es su propósito hacer un resumen de la historia literaria de Colombia". Bien está, pero cuando se dedica un capítulo á la *inteligencia* de un país, preciso es presentarla bajo todas sus faces, mostrar su

filiación, recordar sus más ilustres representantes...

El autor de *En Viaje* añade, sin embargo, á renglón seguido: "si he consignado algunos nombres, si me he detenido en el de algunas de las personalidades más notables en la actualidad, es porque, habiendo tenido la suerte de tratarlas, entran en mi cuadro de recuerdos". Valga como escusa, pero es lástima, y grande, que no se haya decidido á examinar con mayor detención tema tan rico como interesante.

En ese capítulo falta, pues, una exposición metódica, no digo de la historia literaria de Colombia, sino del estado actual de la literatura en aquel país; ni se mencionan nombres como los de Borda, Arrieta, Isaacs, Obeso y tantos otros descollantes; nada sobre la Academia, sus trabajos, y, sobre todo, ese inexplicable silencio acerca del periodismo bogotano!

Quizá haya tenido el Sr. Cané alguna razón para incurrir en esas omisiones: sea, pero confieso que no alcanzo cuál puede ser. Lo deploro tanto más cuanto que por las páginas escritas, se deduce con qué *humour* — para emplear esa intraducible locución — se habría ocupado de toda aquella literatura. Hay, pues, que contentarse con los rápidos bocetos que nos traza.

Pero el Sr. Cané, con esa redacción *á la diable* —

como él mismo la califica — se deja arrastrar de su predilección : acaba de decirnos que sólo se ocupa de las personalidades "que ha tenido la suerte de tratar", y sin embargo, su entusiasmo lo lleva á dedicar gran parte del capítulo á Gutiérrez González, poeta notabilísimo, es cierto, pero que murió en Medellin, el 6 de Julio de 1872...

Se ocupa largamente de Rafael Pombo, el famoso autor del canto de *Edda*, que dió la vuelta á América, y que mereció, entre la avalancha de contestaciones, una hermosísima de Cárlos Guido y Spano, "Pombo — según el Sr. Cané— es feo, atrozmente feo. Una cabecita pequeña, boca gruesa, bigote y perilla rubia, ojos saltones y miopes, trás unas enormes gafas... Feo, muy feo. Él lo sabe y le importa un pito." Refiere el autor una aventura de la Sra. Eduarda Mansilla de García con Pombo, y á fe, que lo hace con chiste y oportunidad.

Dice el Sr. Cané que Rafael Pombo, á pesar de las reiteradas instancias de sus amigos y de ventajosas propuestas de editores, nunca ha querido publicar sus versos coleccionados. Y hace con este motivo una observación, que por cierto ha de causar alguna extrañeza entre nosotros, porque la costumbre que se observa es diametralmente opuesta. He aquí esa curiosa observación: "Cuántas reputaciones poéti-

cas ha muerto la manía del volumen, y cuantos arrepentimientos para el porvenir se crean los jóvenes que, cediendo á una vanidad pueril, se apresuran á coleccionar prematuramente las primeras é insípidas florecencias del espíritu, *ensayos* en prosa ó verso..."

Pero el Sr. Cané es, á la verdad, un espiritual observador. Véase sino el siguiente chispeante retrato de Diego Fallón, cuyos cantos *A las ruinas de Suesca* y *A la luna* son de tan extraordinario mérito. "Figuraos una cabeza correcta, con dos grandes ojos negros, *deux trous qui lui vont jusqu'à l'âme*, pelo negro, largo, echado hacia atrás, nariz y labios finos, un rostro de aquellos tantas veces reproducidos por el pincel de Van Dyck. Un cuerpo delgado, siempre en movimiento, saltando sobre la silla en sus rápidos momentos de descanso. Oidlo, porque es difícil hablar con él, y bien tonto es el que lo pretende, cuando tiene la incomparable suerte de ver desenvolverse en la charla del poeta el más maravilloso kaleidoscopio que los ojos de la inteligencia puedan contemplar... hasta que el reloj dá la hora y el visionario, el poeta, el inimitable colorista, baja de un salto de la nube dorada donde estaba á punto de creerse rey, y toma lastimosamente su Ollendorff para ir á dar su clase de inglés, en la Universidad, en tres ó cuatro colegios y qué sé yo donde más..."

El que eso ha escrito no es sólo un estilista, un Vanderbilt del idioma : es más aún, es un *humorista*, legítimo discípulo de Sterne, lector asiduo quizá del *Tristam Shandy*. Esa fácil ironía, ese buen humor inagotable, esa fuerza superior de sarcasmo ; por momentos alegre, sonriente, burlón, en una palabra " esa rapidez de impresiones y esos contrastes siempre nuevos, son el secreto del *humorista* ".

Y cuando pinta á Rufino Cuervo, el sapientísimo autor de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, "trabajando con tranquilidad, sin interrumpirse sino para despachar un cajón de cerveza... ", — porque Cuervo no es ni más ni menos que cervecero. " Yo mismo he embotellado y tapado, me decía Rufino" agrega el Sr. Cané...

Hablando de Cárlos Holguin, dice que "... y esto sea dicho aquí entre nosotros, Holguin fué uno de los *cachacos* más queridos de Bogotá, que le ha conservado siempre el viejo cariño". Ahora bien, ¿quiere saberse lo que es un *cachaco*? El autor se encarga de explicarlo, y lo hace con exquisita claridad. "El *cachaco* es el calavera de buen tono, alegre, decidor, con entusiasmo comunicativo, capaz de hacer bailar á diez esfinges egipcias, organizador de las cuadrillas de á caballo en la plaza, el día nacional, dispuesto á hacer trepar su caballo á un balcón para alcanzar una son-

risa, jugador de altura, dejando hasta el último peso en una mesa de juego, á propósito de una rifa; pronto á tomarse á tiros con el que le busque, bravo hasta la temeridad... " Y aplíquese ese retrato al respetable señor Holguin !

De don José María Samper, trae un rápido boceto: "ha escrito, dice, 6 ú 8 tomos de historia, 3 ó 4 de versos, 10 ó 12 de novelas, otros tantos de viajes, de discursos, estudios políticos, memorias, polémicas... qué se yo!... Naturalmente en esa mole de libros sería inútil buscar el pulimento del artista, la corrección de líneas y de tonos. Es un río americano que corre tumultuoso, arrastrando troncos, detritus, arenas y peñascos... "

En fin, largo sería seguir al autor en estos retratos, género literario en que evidentemente descuella. Me he detenido en este punto, porque parece que allí se revela una nueva faz del talento del señor Cané. Tiene el dón de daguerreotipar á una personalidad en pocas líneas, presenta la luz, la sombra, el claro obscuro que iluminan el retrato, poniendo de relieve su lado serio y su lado cómico. Busca siempre el efecto del contraste. Y esto es lo que me mueve á decir que tiene tendencias á ser un verdadero *humorista*.

¿Qué es efectivamente el *humour?* Un crítico céle-

bre lo ha definido magistralmente. Es, dice, el ímpetu de un espíritu dotado de la aptitud más esquisita para sentir, comprender y explicar todo: es el movimiento libre, irregular y audaz de un pensamiento siempre dispuesto, que ama esas trampas tan temidas de los retóricos: las digresiones, y que se abandona con gracia á ellas cuando por casualidad encuentra un misterio del corazón para aclararlo, una contradicción de nuestra naturaleza para estudiarla, una verdad despreciada para enaltecerla: un pensamiento al cual atrae lo desconocido por un secreto magnetismo, y que bajo apariencias ligeras penetra en las más obscuras sinuosidades del mundo moral, da á todo lo que inventa, á todo lo que reproduce, el colorido del capricho, y crea por el poder de la fantasía, una imagen móvil de la realidad más móvil aún.

Ahora bien; léase con atención el último libro del señor Cané y se encontrará confirmada la exactitud de esa pintura en muchos y repetidos pasajes. Y casi me atrevería á asegurar que es justamente en los pasajes en que el autor se ha abandonado con más naturalidad á esa tendencia, que el lector con más justicia se complace.

Edmundo De Amicis en algunos de sus libros afortunados ha hablado de la página magistral, la página

clásica, la página estupenda que todo escritor debe tener conciencia de haber escrito ó poder escribir, para poder así llegar á la posteridad. Una de esas páginas, por ejemplo, es la que se refiere á la "riña de gallos" en el libro sobre *España*. En aquellas 5 ó 6 páginas, dice un crítico, se hallan reunidas, amalgamadas hasta la cuarta potencia, todas las cualidades de De Amicis: la sutileza del observador, el vigor del colorido, la elegancia del estilista, y, junto con todo esto, aquella variedad, abundancia y riqueza archimillonaria del idioma, por lo cual es verdaderamente descollante.

¿Pueden aplicarse estas palabras de Barrili al señor Cané? ¿El autor de *En Viaje* ha condensado ya todas sus cualidades, ha dado su nota más alta? En cada libro que escribe el señor Cané, se revela una faz distinta de su espíritu: esto hace difícil en extremo la tarea del crítico severo, fácil á lo sumo la del benévolo, pues en justicia hay tanto que alabar!

Por eso, una crítica justa — á pesar de que el señor Cané ha dicho que es la "que más difícilmente se perdona, como los palos que más se sienten son los que caen donde duele" — en este caso, puede con leal imparcialidad tributar cumplido elogio al escritor que se ha revelado *humorista* de buena ley, confirmando su vieja reputación de estilista brillante.

*
* *

Y es lástima grande que con tan brillantes cualidades, no sea el señor Cané más que un *dilettante* en las letras. Se nota que aquel autor no siente en sí la vocación del escritor; escribe como un *pis aller*. Dotado como pocos para ello, jamás ha considerado á las letras sino como un accesorio, y en el fondo se me ocurre que es el hombre más desprovisto de vanidad literaria. Las letras son para él queridas pasajeras, que se toman y se dejan rehuyendo compromisos, y á las que no se pide sino el placer del momento, sin la preocupación del mañana. Su temperamento, sus más vehementes inclinaciones lo llevan á la vida política, á la acción: es hombre de parlamento, orador nato, á quien el ejercicio del poder, sea en ministerios ó á la cabeza de cualquier administración, parece producir una satisfacción que degenera en dulce embriaguez. Es un literato que desdeña las letras, y á quien la política, como Minotauro implacable, ha devorado sin remedio. Escribirá aún de vez en cuando, quizá, pero lo hará con la sonrisa de escepticismo en los labios, y como calaverada de gran señor.

La política es la gran culpable en la vida americana: fascina á los talentos jóvenes, los seduce y los esteriliza para la producción intelectual serena y eleva-

da; los embriaga con la acción efímera, los gasta y los deja desencantados, imposibilitándolos para volver al culto de las letras, y esclavizados por la fascinación de la vida pública. Sacrifican así, esos espíritus escogidos, una gloria seria y permanente, por una gloria inconsistente y del momento.

Cané principió por dejarse seducir por el diarismo político y derrochó un espléndido talento en escribir artículos de combate que, deslumbradores fuegos de artificio, vivieron lo que viven las rosas, el espacio de unas horas. ¿Quién se acuerda hoy de ellos? Su propio autor los ha olvidado quizá, y con razón, porque son producciones condenadas de antemano á muerte prematura.

Pero, si bien se explica que un hombre de ese temple sacrifique las letras por la política, no se comprende cómo sacrifica la vida pública activa por la tranquilidad del ocio diplomático. Puede que el temperamento un tanto epicúreo del autor de *En viaje* algo haya influído en este súbito cambio de frente, pero renunciar á la vida parlamentaria, á la prensa política, al gobierno activo, para refugiarse en un retiro diplomático, cuando se encontraba en plena juventud, sin haber llegado siquiera á la mitad de la vida, lleno de vigor, de aspiraciones, de sangre bullidora...! Misterio! La vida diplomática tiene, es cierto, nobi-

lísima esfera de acción, pero para un hombre de esas condiciones se asemeja á un suicidio moral. Porque si las funciones diplomáticas permiten disponer de ocios, es preciso llenarlos, y si no se les llena con la labor literaria, un temperamento demasiado activo corre peligro de emplearlos en apurar hasta las heces el cáliz de Capua,—y ese cáliz es fatal.

Me hace acordar el señor Cané á la figura tan simpática y tan análoga de aquel brillantísimo espíritu francés que se llamó Prevost-Paradol; también fué un escritor que pudo haber fácilmente traspuesto las más altas cumbres: dotes, preparación, ambición, todo poseía. El éxito le sonrió siempre... Pero abandonó las letras por la política, y cambió la lucha activa por el reposo diplomático. Aquel bello talento se esterilizó por completo.

Se me viene á la memoria un incidente verdaderamente gráfico en la vida de Prevost-Paradol. Un día, un amigo le decía: "¿Por qué no escribe usted la historia de las ideas parlamentarias? Hay ahí un libro interesante y digno de tentar su talento. Y él respondió: Qué feliz es usted de creer todavía en los libros, en las frases, y de encariñarse con todos esos juguetes inútiles que sirven de pasatiempo á los desocupados!... Y añadió: Sólo el poder es verdadero. Conducir á los hombres, dirigir sus destinos, lle-

varlos á la grandeza por caminos que no se les indica, preparar los acontecimientos, dominar á los hechos, forzar á la fortuna á obedecer—he ahí el objetivo que es preciso tener y que sólo alcanzan las voluntades fuertes y las inteligencias elevadas!"

Se me figura que el diplomático Cané más de una vez pensará con melancolía en esas palabras. Si es cierto que el epicureísmo le ha hecho desertar de la lucha ardiente, se ha vengado de tal cobardía moral ahogándolo en ese fastidio que eternamente pone de manifiesto el autor de *En Viaje*. Aún es tiempo, sin embargo, de que reaccione; y si la voz aislada de un extraño pudiera servir de suficiente profecía, que no la considere como viniendo de una Casandra de aldea, sino que trate de no justificar aquel verso famoso:

L'armure qu'il portait n'allait pas á sa taille.
Elle était bonne au plus pour un jour de bataille
Et ce jour-la fut court comme une nuit d'été.

Mayo de 1884.

VIII

MARTÍN GARCÍA MÉROU

SUS "ESTUDIOS LITERARIOS" (1)

HACE poco que llegó al Río de la Plata este libro, y anúnciase ya otra nueva producción de tan fecundo cuanto amable poeta. Antes, sin embargo, de leer sus *Impresiones*, que tratan del mismísimo asunto que sirvió de tema al reciente libro de Cané — *En Viaje*, — la *Nueva Revista*, tardía aunque segura, tiene el deber de ocuparse de un volumen, para ella tanto más simpático, cuanto que en sus páginas se publicó uno de los más interesantes capítulos: *El alma de don Juan* (2).

(1) 1 volumen en 18º de 112 páginas elegantemente impreso en Madrid. (Librería de Murillo).

(2) Véase el tomo V, pág. 3-14.

Es, entre nosotros, universalmente conocido Martín García Mérou. Perteneciente á la más joven generación, su carrera literaria es tan reciente como rápida. Sus *Poesías* (1) fueron para el público una revelación, y la opinión imparcial le saludó poeta, pero poeta de buena ley, de inspiración, de espontaneidad. Sus *Nuevas poesías* (2) confirmaron con brillo su merecida y no impugnada fama. Sus *Reflejos* (3) y sus *Varias poesías* (4) no hicieron sino acrecentar su reputación. Martín García Mérou es, efectivamente, poeta, pero no versificador; sus estrofas son verdaderas poesías y no trabajados versos; en sus producciones poéticas fluye la inspiración que no se adquiere con el rebuscamiento de rimas forzadas, ni con el pregonamiento de tesis liberalescas ó de teorías pretendidamente filosóficas. En las producciones de García Mérou la poesía habla al corazón y á la inteligencia: jamás en sus versos se entrevé una prosa laboriosamente rimada; sus poesías son sencillas, porque son verdaderas: para cautivar al lector sólo ha menester decir lo que siente, sin jamás entrar en el terreno vedado de excesos *naturalistas*.

(1) 1879-1880. Buenos Aires, 1880, 1 volumen.

(2) 1880-1881. Buenos Aires, 1881.

(3) Un folleto. Buenos Aires, 1881.

(4) *La sombra de Naná, Mimí, El Payaso, Cuadros de la conquista del Perú, En dos albums*. Buenos Aires, 1882.

García Mérou pertenece á la raza de los "afortunados", de esos *pauci sed selecti* de que habla el poeta antiguo. En alguno de los bellos capítulos de su último libro, el poeta — porque lo es, aun cuando emplea la prosa — habla de las hadas y semi-dioses de las leyendas del Norte: pues bien, en su destino parece como si alguna de esas poéticas á la par que poderosas divinidades hubiera decidido velar por su felicidad. Su vida hasta ahora ha sido una marcha por sobre rosas, cosechando triunfos y conquistando simpatías. Véase sino. Sus primeros pasos en la difícil senda literaria fueron protegidos por la previsora égida fraternal, especie de antiguo penate, cuyo severo buen gusto y sólidas cualidades se han sepultado más tarde en inexplicable mutismo. En el momento crítico en que, abandonados los estudios académicos, se encontraba indeciso acerca del rumbo que debía elegir, la hada que seguramente preside sus destinos, le deparó la fortuna singular de recorrer el viejo y el nuevo mundo bajo la dirección de un maestro tan experimentado como hábil; conoció el mundo, llevado de la mano por aquel seguro guía con cuya carrera tiene tanto parecido. El gobierno de su país lo inviste, á su temprana edad, de un alto cargo diplomático, y en tal carácter frecuenta sociedades cultísimas en Europa y América. Y sin

embargo... García Mérou en este libro, estudiando á los *desesperados* en la contemporánea literatura, se lamenta y habla del dolor, como si durante su vida hubiera experimentado cruentas desgracias!

García Mérou ha hablado del *mal del siglo*, recordando las páginas que su poeta favorito—Musset—le dedica en sus bellísimas *Confesiones*, pero ha olvidado distinguir entre las diversas categorías que representan Werther, René, Adolphe, Obermann y otros tipos legendarios: ha prescindido de esa falange dolorida (en literatura) de los que sufren el extraño mal denominado *hastío de la felicidad*. Él, que hasta ahora no ha cosechado sino aplausos y felicitaciones; que ignora las crueles asechanzas de la envidia, los despreciables manejos del odio ciego, las míseras cábalas de banderías literarias, el indiferentismo de los dispensadores del ruído momentáneo y de la fama callejera!...

Para él, poeta, "las hadas son las musas que lo inspiran y las reinas del mundo en que se agita", según sus propias palabras. Quiera el Destino que esas hadas lo protejan siempre! Pero le falta esa nota del dolor que como poeta admira en Leopardi, y que le hace repetir el verso famoso:

L'homme est un apprenti; la douleur est son maître
Et nul ne s'y connaît, tant qu'il n'a pas souffert!...

Es probable; es casi seguro que no le faltará en su carrera esa nota terrible. Abunda en este mundo la pequeñez, y ¡ ay de los odios de los pequeños! Son tanto más terribles cuanto mayor la pequeñez. Si eso le sucede, consuélese el poeta: — no se odia á los mediocres. Y la carencia de enemigos demuestra muchas veces tan sólo falta de superioridad.

*
* *

Un joven crítico argentino, cuya palabra debe tener especialísimo valor para el autor de este libro, ha dicho con suma razón en ocasión análoga: " Entiendo que una palabra desapasionada, que no se puede suponer hija de la envidia ni de la adulación, debe agradar á un joven autor que ve sonriente el porvenir, y creo que aunque no le agrade, es la única que debe pronunciarse en sus oídos. De otra manera, la crítica, por modesta que sea, se convierte en un incensario ó en una diatriba: incensario, cuando coloca en frentes sin arrugas los laureles de los que han envejecido cultivando con éxito un ingenio poderoso; y diatriba, cuando desconoce los méritos verdaderos, dando rienda suelta á las pasiones innobles que suelen agitar el corazón humano... "

Es, pues, siguiendo tan sano consejo que voy á emitir una opinión acerca de este libro.

García Mérou, en el elegantísimo volumen de sus *Estudios literarios*, principia por una introducción acerca de la tendencia de la moderna crítica literaria, é inserta en seguida una serie de artículos, ya publicados en revistas ó en periódicos ; 1° *El alma de Don Juan ;* 2° *Los cuentos* ; 3° *Las baladas* ; 4° *Mujeres y autores* ; 5° *Forma é idea ;* 6° *Naná y el naturalismo* ; 7° *Notas sobre un poema* ; 8° *Dos novelas* ; 9° *Los desesperados.* Esos artículos, segun él mismo lo declara en el *Prefacio*, tratan de ser más bien "una conversación divagadora, amena é instructiva, en que las cosas, los hombres, las obras y los hechos son recibidos, barajados y vueltos á arrojar con habilidad y destreza : algo como un *lawn-tennis* intelectual ".

El autor pertenece, como su ex-jefe diplomático, á la escuela reducida de los estilistas : tiene siempre presentes á Gautier y Saint-Victor, repite con fruición que el ideal del primero fué "cincelar la frase, pintar con la palabra, hacernos palpar la idea trasparente y alada, como se pueden palpar los contornos voluptuosos de una estátua, y por eso, todas sus estrofas están construidas con estos tres únicos materiales : el oro, el mármol y la púrpura ; es decir, brillo, solidez y color ".

Su introducción caracteriza las diversas escuelas de crítica literaria. Y es esta una cuestión que merece especialísima atención.

En un artículo anterior he tenido ocasión de hablar sobre los diversos métodos de la crítica literaria. No volveré, pues, sobre lo dicho. Baste á mi objeto recordar que hasta Sainte-Beuve la crítica era puramente estética: consideraba á la obra literaria en sí misma, con prescindencia del autor y del mundo, y la comparaba á los modelos clásicos, según las reglas de Horacio y Boileau: la obra maestra de esa escuela es la *Histoire de la littérature française*, por Nisard.

Los progresos de la historia y de las ciencias auxiliares han cambiado completamente la faz de la cuestión. El ilustre crítico de *Chateaubriand et son groupe* revolucionó el mundo literario con su método analítico: las obras, para él, eran verdaderas emanaciones del autor; de ahí que para analizar y disecar la obra en su misma naturaleza, le sea necesario analizar y disecar al escritor. Nada resiste á la mirada penetrante y escrutadora de Sainte-Beuve: su riguroso análisis, su lógica férrea le permiten arribar siempre á conclusiones definidas. Después de él, Scherer ha sido su mejor discípulo; pero Taine es, sin duda, quien ha reformado, mejor dicho, transformado su método. El sistema de Taine es conoci-

do: para él no hay distinción entre fisiología y psicología: las leyes biológicas se aplican á la literatura como á la naturaleza. El método científico, desde entonces, se ha entronizado totalmente en la crítica literaria, y Zola, al proclamar su aparente reforma, el experimentalismo, no trepida en invocar el nombre venerado de Claudio Bernard y sus doctrinas científicas.

García Mérou, en las páginas que dedica á tratar esta grave cuestión, llega á inclinarse á la escuela de Julio Janin y Paul de Saint-Victor — ¡ siempre la adoración de estilista ! — y se alista en sus filas con palabras calurosas y elocuentes.

Sin embargo, la alta crítica literaria de nuestra época está lejos de ser el patrimonio de aquellos admirables cinceladores de frases, mágicos adoradores de la forma, sacerdotes del culto embriagador de la maestría de la palabra. La moderna crítica literaria está, puede decirse, en manos del naturalismo de Taine y del experimentalismo de Zola, con Edmond Scherer en Francia; Hillebrand y Lotheisen, en Alemania; Morley y Saintsbury, en Inglaterra; De Sanctis, en Italia. Sin embargo, la reforma del renombrado autor de la *Histoire de la Littérature anglaise* ha sufrido á su vez una nueva transformación, que no ha repercutido aún en los pueblos de raza la-

tina, pero que es ya innegable en los de raza germánica. El nuevo reformador es un dinamarqués cuyo nombre hace años viene provocando tempestades en su patria : Georges Brandes. Su doctrina ha sido formulada en su monumental obra sobre las corrientes literarias del siglo actual : *Die Hauptströmungen der Literatur des neunzenten Jahrhunderts* (1). Brandes, con todo, como él mismo lo reconoce, es tan sólo el continuador de Hettner, quien, en su celebrada *Historia de la literatura del siglo* XVIII, describe en forma verdaderamente épica las grandes batallas por las ideas reformadoras de aquel siglo. Brandes, transformando ese método, considera á la obra literaria no sólo como el producto de su autor y de su país, sino del conjunto de la civilización de la época, por la acción recíproca que las ideas y escuelas de una nación ejercen sobre las demás. Estudia la atmósfera intelectual de la época, la deduce de la comparación de las diversas naciones y muestra la relación recíproca más ó menos involuntaria en que están todas las literaturas, y juzga entonces á la obra literaria

(1) Traducción de Adolf Strodtmann. Berlin (Duncker, 1872-1876) tomos I-IV. El V acaba de aparecer traducido al alemán por su mismo autor. Sólo conozco de él lo que dice Charles Simond en su reciente artículo sobre Brandes en la *Revue Internationale*, que dirige con universal aplauso en Florencia el notable crítico italiano De Gubernatis, adepto de la nueva escuela.

según la corriente intelectual á que pertenece. Y como el autor es producto de su nación, ésta de la época, y cada época de las anteriores, resulta que la obra literaria es una imagen fiel del período que la produce. De ahí que Brandes divida el siglo XIX en seis grandes grupos: el primero, inspirado por Rousseau, es francés, y lo denomina *literatura de los emigrantes*, y bajo él comienza la reacción á las ideas avanzadas del 89 y de los enciclopedistas; el segundo es *la escuela romántica en Alemania*, y en él la reacción se acentúa, divorciándose de las tendencias liberales y progresistas del siglo; el tercero, *la reacción en Francia*, representa la reacción triunfante, y comprende escritores como De Maistre, Lammenais (en su período ortodoxo), Lamartine y Victor Hugo (bajo la Restauración); cuarto, *el naturalismo en Inglaterra*, lo compone Byron y sus coetáneos; el quinto, *la escuela romántica en Francia*, movimiento representado por Hugo, Musset, y toda la pléyade de 1830; el sexto, *la joven Alemania*, compuesto de Heine, Borne, Auerbach y otros. Y como después de 1848 se ha producido un nuevo movimiento, es de creerse que Brandes agregue un séptimo período.

Las teorías literarias de Brandes no circulan sino entre el público de habla alemana, porque sus libros aún no han sido traducidos á un idioma latino. Pero

entre sus adeptos, cuenta no sólo alemanes y dinamarqueses como W. Scherer, Rodenberg, Heyse, Leixner, Ahnfeld, sino que ha inspirado al ilustre escritor De Gubernatis, en su *Storia della letteratura universale*, actualmente en curso de publicación (1). Más aún: en Alemania, el editor W. Friedrich, de Leipzig, ha emprendido, bajo la dirección de eminentes especialistas, una historia de la literatura universal *(Geschichte der Weltliteratur in Einzeldarstellungen)* de la cual han aparecido ya los tomos relativos á Francia, Italia, Inglaterra, Polonia y en parte á Alemania. Esta empresa grandiosa y verdadero monumento de crítica literaria, está inspirado en su plan y en su ejecución por las teorías de Georges Brandes. Puede, pues, con justicia asegurarse que en la crítica literaria contemporánea la escuela reinante es la de Brandes.

... García Mérou, sin embargo, como lo dije antes, se detiene en su *Prólogo*, en la escuela de Janin y Saint-Victor.

*
* *

En los diversos capítulos de este libro, despliega el

(1) Aunque indirectamente, un reciente crítico francés, Mr. Paul Bourget (en sus *Essais de Psychologie contemporaine*) se ha afiliado à la escuela de Brandes.

autor una erudición que á primera vista fascina, porque lo hace aparecer, transformarse, asumir mil formas, desaparecer, volver de nuevo á aparecer : en una palabra, produce la ilusión de un kaleidoscopio fantasmagórico, concluyendo por marear al lector. Su estilo es muchísimo más castizo que el de sus primeros escritos en prosa, si bien no lo es bastante aún, al decir de los exigentes críticos madrileños.

Pero, para un discípulo de Saint-Victor, es intachable un párrafo como el siguiente: "... Ellos quieren mezclar el análisis á la inspiración, y cuando tropiezan con la poesía, en vez de apresurar el paso como un moralista escandalizado, tienen para ella sonrisas estudiantiles, la arrullan y la contemplan con la adoración de un paje por una reina, le abren sus brazos cariñosos, la visten con los encajes más diáfanos del estilo, y la adornan con esas palabras que llegan hasta todas las almas, que tienen el brillo de los diamantes, la blanca tersura del marfil, y ese sonido metálico y armonioso de perlas que se derraman en una copa de oro!... "

García Mérou, aspira, pues, á ser un Benvenuto Cellini de la frase.

De ahí justamente proviene la dificultad con que se tropieza al querer analizar este libro. Parece como si el autor quisiera introducir en asuntos literarios

el método de esos pianistas celebrados por sus variaciones brillantísimas, su agilidad incomparable en el teclado, el enlace é íntima conexión de los sonidos, lo que demuestra poseen una ejecución admirable. Es como el bellísimo colorido de las alas de las mariposas: es preciso contemplarlo cuando, revoloteando éstas á la luz, los rayos se quiebran, multiplican y transforman, formando un efecto deslumbrante. Pero... imposible observar á la mariposa de cerca, prisionera entre los dedos: á poco andar, de tanto brillo, queda tan sólo un polvo informe, inútil. El mismo poeta lo ha dicho: "Nos pasa lo que al árabe de la leyenda; levantó un pedazo cristalino de hielo, creyéndolo un diamante, y lo guardó cuidadosamente. ¡Ay! á la mañana siguiente aquel trozo de facetas luminosas, estaba convertido en unas miserables gotas de agua que se evaporan á los rayos del sol!..."

Hablando seriamente, el libro de García Mérou no es de aquellos destinados al análisis detenido y severo: él mismo lo advierte en su *Prefacio*.

Pero en cambio ¡qué de joyas engarzadas al acaso, sin orden ni método, pero todas de buena ley, piedras preciosas de primera agua, cuya luz es vivísima!

Todos los capítulos de este libro merecen ser leídos con verdadero placer: hay en los *Cuentos*, en las

Baladas, en *Mujeres y autores*, escenas y párrafos dulcísimos y encantadores. En *Dos novelas*, hay cuadros trazados por mano maestra, pero siempre según el mismo método, — método que recuerda el colibrí deteniéndose apenas en cada flor lo necesario para libar una gota de miel... Así, por ejemplo, habla el autor de *Pablo y Virginia,* la deliciosa y clásica novela de todos conocida; evoca los recuerdos de la primera lectura, y refiriéndose á la escena tiernísima del naufragio, dice:

"Y cuando las últimas olas enfurecidas y azotadas por el huracán, han doblado sus crestas espumosas, y, enronquecidas todavía del largo combate, azotan con un sordo murmullo las rocas de la playa, — se siente que la esperanza se ha hundido también en ella, como los restos del bajel que conducía á Virginia."

Ahora bien, compárese un pasaje similar que contiene el reciente libro póstumo de Michelet: *Ma jeunesse*, y léanse los párrafos elegantes y profundos en que habla el autor del valor moral de aquella escena, cuando Virginia rehusa despojarse de sus ropas, y prefiere la muerte al sacrificio de su pudor...

Por otra parte, es curioso ver en las *Notas sobre un poema* cómo el autor, nutrido con la lectura de los adalides de 1830, tiene el coraje de juzgar uno de

los últimos poemas que Víctor Hugo, para su desgracia, se empeña en producir en una edad destinada tan sólo para recordar. Pero el romántico se revela con toda su fuerza al tratar de *Nana y del naturalismo.*

Parece García Mérou haber renunciado á su lira. Como poeta adquirió justa fama; pero al desdeñar el alado verso por la prosa vil, parece exclamar con su maestro Gautier :

O poètes divins! je ne suis plus des vôtres !
On m'a fait une niche ou je veille, tapi
Dans le bas d'un journal, comme un dogue accrupi,

si sustituimos el folletín del diario por la poltrona diplomática.

Es verdaderamente sensible. Hasta me atrevería á decir criminal, pues no se puede matar así al huésped divino que la naturaleza ha puesto en el alma del poeta. Es casi inconcebible que en plena juventud, sintiendo extremecerse el alma al contacto de la inspiración, se prefiera encauzar ese torrente en forma de esos mil artículos de un día, sobre temas más ó menos elegantes, empleando así una savia extraordinaria en coquetear con la frase y en tejer frágiles coronas de palabras. En ese juguete literario hay, es cierto, la emoción de costear perpetuamente el abismo

de lo retórico, salvando de caer en él gracias á increibles ejercicios de equilibrio literario, pero todo ello por brillante, por seductor, por fascinador que sea, qué vale al lado de una estrofa, una sola estrofa, que arrancada de una fibra del alma, vuela á la inmortalidad, porque

... Le peintre et le poète
Laissent en expirant, d'inmortels héritiers;
Jamais l'affreuse nuit ne les prend tout entiers.

No ha dicho acaso el poeta con razón hablando de la inspiración divina:

Sur sa toile en mourant, Raphaël l'a laissée;
Et pour que le néant ne touche point à lui,
C'est assez d'un enfant sur sa mère endormi.

Y García Mérou desdeña ese dón celeste, y lo ahoga, y lo rechaza, y corre á cubrirse con el manto de filigrana de una prosa, poética es cierto, pero de una prosa que difícilmente reemplazará á la dorada estrofa, para desempeñar el papel asignado por el vate al niño dormido en los brazos de la incomparable *Madonna* rafaelesca!

El escritor en prosa tropieza con insuperables inconvenientes para llegar á la altura á que se encuentra el poeta, aún antes de haber producido un solo

verso. La forma rítmica del pensamiento es un dón precioso que coloca desde un principio al agraciado á las puertas de la inmortalidad, que le atrae las más vivas simpatías, la más calurosa admiración de sus contemporáneos. Y tener esa riqueza, y desdeñarla! Es verdaderamente ejecutar un *tour de force*, pues significa renunciar á la ventaja inicial en esta ruda carrera hacia la gloria, y venir á confundirse en las filas del común de los aspirantes. Hay quizá en esto más altivez si se quiere, pero qué de riesgos se corren!, y quien sabe si los dioses del Olimpo, celosos como pocos, no castigan tamaño atrevimiento!

García Mérou, por lo menos, nada quiere dejar al hado en esta noble lid. Obrero infatigable de la pluma, jamás está ocioso y sus libros se multiplican, y unos á los otros tratan de sobrepujarse, y con la nobleza del que tiene conciencia del propio valer, despliega sus títulos á ser declarado vencedor, é infatigable prosigue su carrera, seguro de llegar á la deseada meta. El éxito hasta ahora ha coronado sus esfuerzos, y la legítima satisfacción que ello le produce, lejos de aminorar su ardor, lo espolonea por el contrario, y con su armadura reluciente, visera levantada y plumacho al viento, sigue gallardo su camino, entre el murmullo de aprobación y el ruído de los aplausos...

Por de pronto, es indudable que García Mérou es

ante todo un escritor amable, fácil, más bien optimista, y su estilo que parece una tenue filigrana, jamás produce impresión desagradable. Es uno de esos escritores destinados á ser populares en países de raza latina, en los cuales predomina el elemento meridional.

De un afamado estilista italiano, escritor popular, si los hay, en su país, se ha dicho que era el más á propósito para satisfacer los gustos literarios de sus compatriotas, apoyándose en una razón singular: que los italianos son ante todo dilettantes, puesto que cuando van á la ópera, en sus teatros organizados más en vista de la conversación que de la representación, no es para seguir de parte á otra el desarrollo de una sabia obra de arte, sino para oir el trozo favorito, ó un cantor á la moda, el aire de bravura del tenor ó la cavatina de la prima donna. Algo de eso sucede en Buenos Aires. Por eso podría aplicarse á García Mérou las siguientes palabras: "sus libros no exigen aplicación alguna; no está uno obligado á principiarlos en la primer página y seguirlos hasta el fin; se les puede abrir en cualquier parte, en la seguridad de encontrar siempre una bonita descripción, una anécdota entretenida, una fina miniatura de una línea".

Por otra parte, el poeta exclama en uno de los ca-

pítulos de este libro: "¿En qué paleta encontraremos aquellos colores, en qué visiones veremos cruzar el comendador, escucharemos el galope del cazador negro y del rey de los Aulnos, presenciaremos los amores de Harald Harfagar en el fondo del océano, apuraremos la copa del rey de Thule, ó veremos trabajar al aprendiz de brujo, escucharemos los estertores de Schubert, el coro de las ondinas, las elfas, las nixis y las willis, la coquetería de los espectros descarnados que giran en rápido torbellino, la fuente gimiendo con acento moribundo, la soledad con todos sus misterios y la sombra con todos sus repliegues, la nereida pálida como un cadáver coronándose con las algas del lago y abriendo sus ojos verdes entre las ramas pendientes, la luz desfallecida de la luna, el ruiseñor cantando sobre la rama de un árbol, los nenúfares llenos de curiosidad escuchando su acento, y, velada por el manto de la noche, la esfinge que nos contempla atónita, con su mirada de fiera y su sonrisa de mujer?..."

Pues bien, todo eso y algo más, se encuentra en el libro de García Mérou.

Junio de 1884.

IX

ADOLFO MITRE

SUS POESÍAS

Arreglando últimamente algunos paquetes de impresos, quiso la casualidad que cayera en mis manos un diario de los últimos días de octubre de 1884, en que se hablaba de la reciente muerte de Adolfo Mitre. Un mundo de recuerdos provocó aquel hallazgo fortuito, representándose á mi mente, como si fuera ayer, la explosión de dolor que aquel suceso produjo y con cuyo motivo se vió rivalizar en el llanto á muchos que revelaron entonces un cariño cuya intensidad no habían sospechado aún. Se iniciaron suscriciones para levantar un monumento sobre su sepulcro, y fué grande la actividad de viejos y de jóvenes en cooperar á honrar así la memoria del poeta.

Y á pesar de los años transcurridos, su mismo recuerdo se conserva todavía con calor en el corazón de los que tuvieron la dicha de conocerle y de amarle, y que, para no olvidar su memoria la cultivan, — según el símil del poeta, — con el fervor piadoso de aquellas vírgenes hebreas que, al atravesar el atrio sagrado del templo, protegían con la mano la temblorosa luz de sus lámparas de oro! Sin embargo, más de uno habrá que pueda repetir en este caso con el pensador moderno: "los amigos que yacen en la tumba agitan nuestro espíritu como si estuvieran vivos, porque si bien no se les ve con los ojos del cuerpo, en cambio el *agua-fuerte* de su fisonomía se incrusta más hondamente en el corazón por el recuerdo".

... Antes, con todo, que el correr del tiempo pueda borrar en algo ese recuerdo, parécenos útil rememorar no sólo lo que constituye la personalidad característica de Mitre, sino la diversa índole de su talento poético, analizando la atmósfera intelectual en que pasó su juventud. De esa manera se verá que las poesías que de él nos quedan, cualesquiera que sean sus defectos ó sus deficiencias, le hacen acreedor por sus singulares cualidades á un lugar propio en la literatura argentina.

I

¿ Qué queda, en definitiva, de Adolfo Mitre? Salvo el cariño vivísimo que de su memoria guardarán siempre los suyos, y de los que no olvidarán al amigo, su temprana muerte le impidió dejar un rastro profundo en su época, y los que han venido después sólo por el pequeño volumen de *Poesías* pueden juzgar al que ya no existe.

Y, sin embargo, para quien le conoció, ese libro, por modesto que parezca, exhala un perfume penetrante, porque revela la intensa personalidad del poeta, demasiado altivo para no ser sincero, demasiado artista para no distinguirse del número infinito de los adoradores de la rima. Adolfo Mitre ocupará siempre un lugar distinguido en la historia de las letras argentinas, y sus *Poesías* no serán por cierto clasificadas como "una de tantas" entre las numerosísimas que el numen fecundo de nuestra raza ha producido.

La lectura de su libro hace pensar, y permite reconstituir con la fuerza de la vida una figura que fué á la vez esencialmente simpática y de una corrección singular.

Murió demasiado joven. Recién cerraba, por decirlo así, su período juvenil. Su vida de estudiante, sus ideales de los veinte años, fueron casi al mismo tiempo coronados por su diploma de abogado y por la publicación de sus *Poesías*. El tiempo que desde aquel entonces transcurrió hasta su muerte pertenece á su vida privada, porque durante él realizó su soñado viaje á Europa y su casamiento, preocupándose á su vuelta con cimentar su hogar por el trabajo. Cuando ya esta faz de su existencia iba á entrar en la vía normal y que sus deberes de padre exigían de su espíritu una aplicación seria y fecunda á las necesidades de la vida, la muerte lo arrebató implacable en el dintel del *mezzo del camin di nostra vita*, en el momento mismo en que iban á realizarse las esperanzas que su carácter, su talento y preparación justificaban con usura.

Y aun cuando su modestia lo hiciera exclamar:

Yo no sueño alcanzar con mis estrofas
para mi frente la difícil palma,
ni en la onda perpetua de la historia
dejar la vibración de mi palabra,

no es justo que su personalidad, eminentemente subjetiva, se confunda con la *turba multa*. Deber sagrado de los que tuvieron la fortuna de amarle es el fijar los rasgos de su fisonomía moral, antes que el tiempo

torne confuso su recuerdo en una época en la cual, más que nunca, los humanos parecen hacer más vertiginosa aún la "rápida carrera hacia la muerte", como se ha llamado á la existencia, trasmitiéndose de mano en mano la antorcha siempre encendida de la vida!

Las *Poesías* fueron publicadas en 1882. Aquella época, en efecto, fué culminante en la vida de Adolfo Mitre. Tenía apenas un poco más de veinte años, pero su personalidad se adivinaba completa.

Esbelto y elegante sin afectación, su figura respiraba un cierto aire de melancolía que le grangeaba en el instante mismo las simpatías de los que le veían. Unía á su envidiable posición social, la estimación de caballeros y de damas, y el cariño de sus compañeros. Su felicidad era, puede decirse, completa, porque amaba "con amor del alma" á la que más tarde fué su esposa.

Su tiempo lo dividía entre el estudio técnico del Derecho, el ardoroso culto de las letras — en lo que empleaba sus mejores horas, — y la conversación con sus amigos. Aparte de aquellas ocupaciones y de su colaboración más ó menos frecuente en *La Nación*, cuando no estaba con su familia, á la que profesaba profundo cariño, — sobre todo á su señora madre, tan querida de todos cuantos tuvieron la dicha de tratar-

la, — se entregaba con encanto á una *rêverie* sin fin, dejando vagar su rica imaginación, un tantuelo perezosa, por los dominios de la poesía y de los ensueños juveniles.

Dotado de un temperamento verdaderamente artístico, correcto por naturaleza y por educación, tenía el culto tiránico de la belleza perfecta, y la buscaba sin cesar hasta en las trivialidades más insignificantes. Hombre de mundo más por intuición que por experiencia, era fino en su trato, teniendo el raro dón de una conversación subyugadora. No se le conocían enemigos, porque su comportación no ofrecía angulosidad alguna. La singular apatía de su carácter que tanto le envidiaban muchos, era más bien un tranquilo estoicismo producido por el dominio seguro de una voluntad asombrosamente enérgica, en un hombre cuyo aspecto físico le hacía parecer casi enfermizo.

Cuenta Taine, tratando de explicar la índole particularísima de Merimée, que éste, cuando tenía diez ó doce años, cometió alguna falta en la sala de su casa : fué reprendido muy severamente y arrojado de la sala ; lloroso, arrepentido, acababa de cerrar la puerta, cuando oyó una carcajada y que alguien decía : "Este niño candoroso nos cree muy encolerizados ! ". La idea de haber sido engañado, lo sublevó, y

juró reprimir una sensibilidad tan humillante. Cumplió Merimée su palabra: — "estar siempre en guardia contra la expansión, el entusiasmo y la seducción, jamás entregarse por entero, reservar siempre una parte de sí mismo, no ser engañado ni por otros ni por sí, obrar y escribir como si perpétuamente se encontrara en presencia de un espectador indiferente y burlón, ser él mismo ese espectador: he ahí el rasgo que cada vez se grabó más y más en su carácter, hasta dejar una marca indeleble en todas partes de su vida, de su obra y de su talento". ¿Hasta qué punto serán exactas estas palabras aplicándolas á Mitre?...

Poeta escrupuloso, amaba demasiado la forma para permitirse el lujo de la facilidad, y su severo criterio le hacía tocar y retocar sus versos, porque ambicionaba dejarlos pulidos y brillantes, como esas encantadoras figurinas del Cellini, tan estupendamente cinceladas.

Discreto hasta en sus momentos de mayor expansión, era escéptico al juzgar al mundo, porque Musset fué su lectura favorita, y el escepticismo del "hijo del siglo" constituía para él un evangelio, aunque nebuloso. Miraba la vida con ojos de filósofo, y contenía por ello en sus justos límites todo arranque extremo de pasiones ó de juvenil entu-

siasmo. Sectario del romanticismo del año 30, era sin embargo admirador de las costumbres pundonorosas de esa época inolvidable en que se juraba " por Dios, el Honor y la Dama", siendo en su vida un cumplido caballero, esclavo de su palabra, capaz de cualquier sacrificio en aras del deber bien entendido.

Hasta en esto se revela su fascinación "hugólatra" por la antítesis. Al mismo tiempo que se conmovía su alma por la lectura de esas páginas terribles de Musset, en que Franck hace sus confesiones horripilantemente cínicas, ó en que Octavio se complace en marchitar una á una las ilusiones más puras y más respetables de la vida, y en que la singular y aterradora experiencia del autor de *Rolla* nos hace rodar por el abismo más repugnante de la depravación, su inteligencia se embriagaba con la perfección sublime de la forma, y sólo veía al poeta que supo como pocos hacer vibrar las cuerdas más recónditas del alma. De ahí que á pesar de su culto excesivo por Musset, su filosofía fuera diametralmente opuesta, y á la fácil relajación de aquel poeta infortunado, opusiera el inflexible pundonor de una conducta intachable, y la pureza de una conciencia jamás ofendida ni por la sombra siquiera de una máxima incorrecta!

Su precoz experiencia de la vida la había bebido más en los libros que en los dolores de la existencia diaria, y la serena concepción del deber daba á su conducta un cierto tinte de olímpica serenidad.

Los que al tratarle y apreciarle presentían el futuro, se complacían en ver en él una influencia moderadora en las luchas políticas del porvenir. Era uno de esos caracteres poco frecuentes, que son de un valor inmenso en países de vida febriciente y donde las pasiones turbulentas de la raza meridional se hacen un honor en no sufrir freno alguno. De toda su generación, era Mitre de los pocos que tuvieran aquella cualidad; su buen criterio nunca lo abandonaba, porque era imperturbable la sangre fría de su carácter. Voltaire ha dicho en alguna parte que *pour faire de bons vers, il faut avoir le diable au corps*. No era, sin embargo, Mitre de los que tuvieran el *diable au corps*, pero ¿ lo tuvo acaso Rubens para llegar á ser un gran pintor ? El famoso flamenco era el hombre más correctamente flemático que es dable imaginar, y con todo sus cuadros son verdaderamente admirables.

Aun en los momentos de mayor expansión, juzgaba Mitre á hombres y cosas con perfecta serenidad, casi diría : *objetivamente*, con una imparcialidad que hacía creer se tratara de algo extraño al mundo

en que vivía. No era, pues, de esos hombres que flotan indecisos á todos los vientos, y que la opinión pública hace pasar sin cesar de un extremo á otro. Jamás habría capitulado con la popularidad, si para ello hubiera sido necesario menoscabar su carácter. Y en los tiempos que corren eso no es, por cierto, elogio baladí!

La "armonía" que proclamara en sus versos diciendo que es

> ... la ley universal, eterna
> que rige lo creado...

era para él, hasta en los menores detalles, una exigencia absoluta.

Así, las piezas mismas que habitaba debían estar en consonancia con su espíritu. La pequeña salita en que recibía á sus amigos era de ello elocuentísima prueba. El mueble chino que satisfacía sus gustos de artista, le permitía reposar su vista después de haber recorrido alguno de esos incomparables volúmenes con encuadernaciones refinadas de *amateur*; el par de floretes de flexible hoja y hermosa empuñadura que se ostentaban en la testera del fondo, revelaban su maestría en el arte esencialmente favorito de todo gentil-hombre; y en la misma pared provocaban la melancólica divagación un cierto fantástico

grabado de las hadas, cerca del cual brillaban los héroes griegos de un bajo-relieve de bronce. Hasta su mismo escritorio, en el que se destacaba su pequeño y poético candelero — Luzbel aplastado por la luz, — y sus estantes cargados de libros de estudio, todo demostraba que Mitre era un hombre de espíritu y superior cultura.

Y vino á desaparecer cuando recién podía pensar en sus deberes para con su patria y para con su nombre!

II

Muy poco es lo que ha dejado en prosa, aparte de algunos trabajos universitarios, como sus *Apuntes de Derecho Internacional Privado,* y otros, pero si el tiempo le hubiera permitido dejar una obra de mayor aliento habría sido uno de los escritores más característicos de su generación. Tenía dotes singulares de concentración y de fuerza, en la manera de concebir y de expresar las cosas. Su pluma habría sido un cincel, pero un cincel afilado en la escuela de Saint-Victor. Con todo, si se exceptúa algún corto folletín, como *En el Circo*, y otros, la prosa literaria de Mitre se reduce á uno que otro artículo, por ma-

nera que en las letras de su patria será recordado tan sólo como poeta.

No ha dejado empero sino un volumen de *Poesías*, reuniendo en esas páginas todas sus mejores producciones publicadas antes en diarios ó folletos, como las *Armonías*, el *Albertus* y *El alma de un artista*.

Su libro no es quizá de aquellos que gozan de una bulliciosa popularidad, ni aun de los que á su aparición obtienen éxitos ruidosos, aunque momentáneos. La admiración más ó menos convencional del mayor número ha consagrado sus páginas, pero no es esa la más segura prueba de su mérito. Puede que no sea grande el número de los que le han leído con *diletto amore* y han penetrado las bellezas que encierra, pero mil veces más valioso es el éxito discreto entre espíritus literarios,— los *pauci sed selecti* del poeta clásico, — que la fama banal de los que antes de leer saben ya que deben aplaudir. El libro tuvo el éxito invidiable que deseaba el autor: sus más delicados sentimientos se hubieran sublevado al saber que la fama callejera, ruidosa y un tantico vulgar, había mancillado unos versos que eran hijos predilectos de su espíritu, concebidos en esos momentos psicológicos en que produce el alma bajo el imperio de una emoción profunda.

" Él conocía — ha dicho un crítico ilustre — los serios deberes del literato, y sabía practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribía para halagar preocupaciones vulgares y alcanzar las victorias estruendosas, pero efímeras, obtenidas por los que dicen á gritos las necedades que el vulgo ama como á sus hijos ; y sacrificaba siempre el efecto inmediato á las reglas del criterio artístico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen un gusto refinado... Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigilias, y la invisible confidente bajó á su alma con una frecuencia y una amabilidad de que pocos puedan jactarse, á pesar de haberla invocado muchas veces. "

La estrofa con que se abre el volumen es la expresión verdadera del espíritu del poeta y caracteriza la nota dominante de su personalidad : la ausencia de ambiciones agresivas, el estoico escepticismo de una experiencia precoz,

> Ah! me repugna este combate diario
> donde el más fuerte al débil pone el yugo,
> donde el hombre del hombre es adversario,
> donde á veces el premio es un mendrugo.

¿ Por qué ? Lo ha dicho con encantadora sinceridad en otra parte :

A otros dejo una gloria en que no se halla
la dulce paz del cuerpo y de la mente,
prefiriendo con ánimo indolente
los blandos linos á la férrea malla.

A pesar de ello, y de que hasta entonces el amor había sido su culto dominante, como se ve en sus sentidas *Íntimas*, su mente se alzaba á grandes alturas en aquel magnífico canto filosófico que tituló *Armonías*, dedicándolo á Carlos Encina. Pero fiel al estado de su alma, aún en medio del análisis estricto de las fuentes del arte, su corazón le dictaba la solución final, exclamando:

Amor, tú solamente
Puedes dar alma y forma á tus ideales,
Darles un rayo de la luz divina,
La divina armonía,
Y formas que en la mente
Dibujó la creadora fantasía.

Amor, tú eres el arte verdadero,
La suprema verdad que el alma anhela,
Y la nota sensible
Que la armonía universal revela.

En toda esa primera parte del libro, sus *himnos y clamores* revelan á un espíritu filosófico y no común. La expresión misma se eleva á la altura del pensamiento, y si bien no podría decirse que el autor poseía el *os magna sonaturum*, sin embargo el crítico más exigente poco tiene que observar.

Así, en una notable composición destinada á explicar el suicidio, dice con profunda verdad:

Sufrió, dudó. ¡Quién sabe qué amarguras,
Qué indecibles angustias sufriría!
Tal vez, tal vez veia
Las horas del futuro aún más obscuras
Sin la estrella polar de la esperanza!

agregando esta otra estrofa verdaderamente shakesperiana:

Pensar! dudar! ¿Sabéis qué tempestades
se agitan en el cerebro enfermizo,
cuando la densa sombra de la duda
se cierne ante la luz de las verdades?
¿Sabéis que el resignado "Dios lo quiso"
No basta muchas veces
cuando la suerte tórnase sañuda?
Porque la fe del hombre se desquicia
y al apurar la copa hasta las heces,
también tiene el dolor sus embriagueces
que hacen dudar de Dios y su justicia!

Cierto es que para él semejante tema tenía una atracción singular, á causa del respeto profundo por una memoria para él querida, y cuya desgracia explicara otro poeta amigo en esta bella estrofa:

No vivió con su edad: causó fastidio
todo à su fatigado pensamiento...
y cantó la sirena del suicidio
en la hora sin luz del desaliento!

A pesar de sus predilecciones por la pléyade romántica ultra, el tipo literario de Mitre se acercaba

más á la serenidad de Chateaubriand. Pero bajo el estoicismo que imitaba del autor de *René*, vibraba una alma calurosa y entusiasta. Su misantropía no era real sino literaria; nunca llegó su aparente indiferencia hasta convertirlo en tranquilo espectador del escenario del mundo, á la manera del *Monsieur de Camors* de las 50 primeras páginas del libro de Feuillet; su actitud provenía más bien de reminiscencias de *René*, *Werther* y *Rolla*, aún cuando comprendía perfectamente que esas obras habían hecho su tiempo.

Una de sus composiciones de mayor aliento, como acabamos de decir, fué la titulada *Armonias*, reflejo de las teorías literarias del autor del *Canto al arte*. Allí hace su profesión de fe en estas vibrantes estrofas:

Pero la ciencia humana tiene un límite.
No encontrarà jamàs el escalpelo
Dónde es que el alma anida:
El hombre busca en vano ante un cadàver,
Entre las fibras de la carne inerte,
Cuál ha sido el secreto de la vida
Y cuàl el secreto de la muerte.

Problemas insondables!
La razón no pretende analizarlos,
El pensamiento sólo los admira,
Y la postrer palabra de la ciencia
Es un himno al Creador de la conciencia!

Esta repercusión del famoso *ignorabimus* lanzado

en esa época por el profesor Du Bois-Reymond, en la Universidad de Berlín, muestra en el poeta un creyente ilustrado, cuya religión depurada caracteriza él en su *Ecce Homo* :

> ... Oh Jesús! Ante mis ojos
> Sé mi eterna enseñanza y pensamiento:
> Aunque no caiga ante el altar de hinojos
> Tu religión dentro de mi alma siento.

Los versos de Mitre no son el producto directo de una inspiración caprichosa. La elegancia de su versificación demuestra, por el contrario, que el poeta ha pulido la forma para que siempre esté en consonancia con el fondo, pero sin jamás sacrificar á éste. Así es que á pesar del culto que tenía por el autor de *Emaux et Camées,* jamás llegó hasta el amaneramiento forzado de la forma, que sostituye al nervio del fondo el colorido de la frase, materializando las ideas hasta sacrificar á lo pintoresco de un estilo, sonoro pero vacío, la sencillez que es cualidad ingénita de toda belleza.

Sólo una vez no fué el poeta consecuente con su criterio literario, y lo que entonces produjo es quizá lo más débil de su libro. La fantasía *El alma de un artista* fué desgraciada, no por su fondo, inspirado por la leyenda célebre de Pigmalión y Galatea, sino por la forma, pues habiendo querido ser en ella *na-*

turalista, al estilo del moderno autor de la *Chanson des Gueux*, descendió á prosaismos anti-literarios é indignos de su musa. No le hago cargo alguno porque intentara desviarse de la eterna cuerda del romanticismo, algo fatigada ya á causa de las vibraciones que de ella arranca cuanto cabalgante del Pegaso existe, sino que esa reacción en vez de encaminarse en los rumbos sanos de la poesía *verista* de un Carducci, se perdiera en el ciénago literario de los colaboradores del *Gil Blas*.

Sin embargo, aun en esa misma composición hay cuartetos inmaculados, como cuando dice:

La Venús que David habia concluido
era el supremo esfuerzo de su arte,
y al concluirla exclamaba enardecido:
"¡Por qué no puedo, mármol, animarte!"

"¡Qué esfuerzo de mi espiritu indeciso
podrà infundirte el fuego que me exalta!
¡Qué golpe de cincel serà preciso
para incrustarte el alma que te falta!"

Esos versos nos lo pintan á lo vivo. El poeta jamás estuvo satisfecho ni con sus mejores producciones; tenía el anhelo de la perfección, y en su prosecución era tenaz é inflexible.

Su lirismo era esencialmente personal y sus poesías parecen buscar sólo los sufragios de los escogidos, desdeñando dirigirse á la gran masa del público.

Cultivada así la poesía, se convierte en un verdadero refinamiento del espíritu. Acaso por eso los iniciados encuentran tanto que les interesa en este volumen.

Una vez sola hizo el poeta excepción á esta regla de conducta, y debe decirse que obtuvo un éxito ruidoso, siendo aplaudidas sus estrofas por millares de oyentes. Se celebraba en el "Jardín Florida" el aniversario del 14 de Julio, fiesta patriótica y popular entre los franceses. Mitre era entusiasta admirador de la Francia, á la que aún no conocía, pero en cuyos libros había bebido la mayor parte de sus conocimientos, y al calor de cuya literatura había vibrado su alma de poeta.

Por eso exclamó entusiasmado:

Francia, el crisol vivífico y fecundo,
Donde la idea hierve y se difunde
Con su palabra que en la tierra cunde...

Y más adelante:

El orbe, el orbe entero es su palestra
Y la bandera augusta que tremola,
Habla á todos los hombres y flamea
Al soplo poderoso de la idea.

En esa composición supo ponerse en contacto directo con el público, é interpretar valientemente el

sentimiento y las ideas de todos. Por eso encontró un auditorio preparado á escuchar y admirar la expresión de lo que todos sentían. Hizo en ello acto de poeta, porque tomando al vuelo la idea que flotaba vagamente en todos los espíritus, su imaginación y su talento la dieron la forma, el colorido, el acento y la vida.

Ese acorde entre el alma del poeta y la nación á que pertenece, ha sido bastante á cimentar la gloria de los grandes poetas. Cierto es que tales *poetas enteros*, como los llama en alguna parte Heine, son muy contados, y pertenecen á esas épocas poco frecuentes, en que los pueblos mantienen aún viva la conciencia nacional por razón de su estado político y social, como sucedió en tiempo de Homero y de Dante. Pero hoy todo es sentimiento y fantasía individual, pues tanto los grandes poetas de la época moderna (sin excluir al mismo incomparable Goethe) como los numerosos *dii minores* de todas las literaturas, han cultivado la poesía lírica personal, género que caracteriza al siglo actual. No quiere esto decir que sea menos que otros, pues — como se ha dicho con tanta elocuencia como verdad, — á pesar de la honda división que producen las escuelas filosóficas y sociales y los sistemas políticos en incesante lucha, todavía el placer y el dolor son len-

gua universal é inteligible para todos; sólo que cada poeta habla esta lengua con las inflexiones de su propio dialecto!

Este es el caso en Adolfo Mitre. Aun cuando se encontraba en la edad dorada de las ilusiones generosas y de los ideales grandilocuentes, su espíritu estaba dominado por una razón fría y severa, por la *Razón*, que eleva casi al rango de deidad, cuando, rememorando la revolución del 93, exclama:

> Ah! la Razón! Su resplandor sublime
> Corona aquella obra que redime
> Los hombres, el trabajo y la conciencia.
> Sí! la razón es Dios. La inteligencia
> Es caos envuelto en la penumbra.

Cuando un hombre concibe de esa manera á la razón, nada extraño tiene que esta avasalle tiránicamente á las otras formas del espíritu. Pero la razón es análisis severo que se apoya en la experiencia, y cuando tal sucede no tarda, como se ha dicho alguna vez, en deshojar poco á poco de la frente inspirada del poeta, esas encantadoras pero frágiles coronas que juguetonamente habían colocado sobre ella las dulces hadas de la juventud!

Acaso por ello no sería aventurado suponer que si Mitre hubiera vivido, no habría cultivado la poesía sino en el retrete más inaccesible de su casa, guar-

dando para sí sus versos, cuyo perfume, mejor que nadie comprendía, se hubiera evaporado al lanzarlos á la atmósfera letal de un público entregado con febriciente ardor á la tarea de su desarrollo material y á la acumulación de la riqueza. Pero aún cuando el pensador hubiera absorbido al poeta, ciertamente su poderoso temperamento poético no le hubiera abandonado jamás, manifestándose al través de las disquisiciones más serias de cualesquiera otros estudios.

Por otra parte, dado el carácter de exigencia imprescindible que tienen en nuestra época los estudios científicos, el caso de Mitre es el de todos los jóvenes llegados á cierta altura, pues el numen poético es una deidad caprichosa y delicada, cuyo pudor no puede soportar el hálito desapiadado del análisis y de la ciencia.

Además, puede quizá aseverarse que el lirismo en nuestra época es sólo un período de transición en la vida de los poetas. Cantar á la amada, á la flor, á las estrellas, á los bosques y al mar, es cosa que viene la humanidad oyendo en variaciones infinitamente repetidas y fatalmente similares desde el comienzo de los siglos. La difusión maravillosa del libro en este siglo ha hecho penetrar en todas las capas sociales esas modulaciones siempre iguales, y el lector con-

temporáneo se encuentra asediado, perseguido, desesperado, por esa nota eternamente semejante que se repite con cruel persistencia todos los días, porque todos los jóvenes se creen obligados á participar á los demás, en versos más ó menos sonoros, lo que en su alma sienten. "Haber amado, haber sufrido de su amor, y referirlo de una manera tolerable, ser sensible á las armonías de los prados, de los montes y de los bosques, al encanto de oír el agua mansa saliendo de las fuentes, ó de contemplar el gracioso trabajo de los nidos, y expresarlo con un tinte de delicadeza: es mucho, en efecto, para uno mismo, pero es fuera de duda poco para el público, al que tanto se ha mareado con esas sencilleces del corazón, y con las emociones campestres". Tal es la opinión de un pensador de nuestros días, y sin suscribirla por entero, no se puede menos de reconocer que mucho hay en ella de verdad. Y quizá en el fondo todo ello es cuestión de temperamento. El *poeta nascitur* será eternamente verdadero, y el que sienta el fuego de la divina llama, aun en medio de la atmósfera más prosaica y de las mayores contrariedades, ha de exclamar:

J'aime surtout les vers, — cette langue immortelle...
...Elle a cela pour elle
Que les sots d'aucun temps n'en ont su faire cas,
Que le monde l'entend et ne la parle pas.

De ahí también que hoy los verscs más expontáneos como los más elaborados, son apreciados por un público reducido que forma algo como la cohorte de fieles de una de las tantas pequeñas iglesias, que nacen y prosperan cuando la religión general pierde su autoridad y su influencia.

A ese género pertenece especialmente la parte del libro que Mitre denomina *Intimas* y *Cuerdas flojas*. En ese himno dedicado al amor que absorbió su juventud, el poeta ha encontrado sus acentos más dulces y más tiernos. Su inspiración es eminentemente subjetiva, pero hace vibrar el alma del lector, sobre todo cuando éste se encuentra en esa época encantadora de la vida, en la cual ama el corazón con toda la plenitud de las fuerzas juveniles; el poeta ha expresado con rara elocuencia ese estado de espíritu, y dado forma gráfica á sus esperanzas ó á sus presentimientos. La historia de ese amor, reflejada en aquellas páginas, forma un conjunto tan armónico pero tan íntimo, que la crítica trepida en analizar una á una las diversas composiciones. En ellas, por otra parte, no se canta á la Venus Citérea, sino se deifica á Eros: no se busque allí los acentos de la pasión desordenada y terrible de los habituados de la *rue du Doyenné*, sino el amor casto y puro. Cosa rara! Es en esta parte de su obra que el poeta parece obedecer

á una inspiración no francesa. Se diría como si Heine hubiera sido en alguna parte su modelo, á pesar de que no era entonces conocida la magistral traducción de Pérez Bonalde.

Su amor está expresado en la forma sencilla y armoniosa que aleja la afectación y la retórica; se siente que palpita allí un corazón y que no es la cabeza la que declama. El alma del poeta habla al alma del lector. Y en esto está implicado uno de los mayores méritos de Mitre. Jamás descendió á la escuela de "la forma por la forma", á pesar de que gustaba hacer gala de teorías paradojales; aun cuando sostenía que "de la forma nace la idea", jamás se atrevió á

Jongler dans un sonnet avec une rime d'or;

adoraba el sentimiento y la idea, y se esforzaba en que el ropaje fuera digno de ella, poseyendo el raro don *di parlar largo fiume*. Sin embargo, al oirle hubiérase creído lo contrario, porque su espíritu sútil se complacía á veces en la paradoja, y en celebrar la sonora *virtuosité* de un Banville, escuela que tan virilmente fustigó Leopardi en aquel verso:

Sdegno il verso che suona e che non crea.

Su espíritu, nutrido con sólida y abundante pre-

paración, se entusiasmaba ante los grandes problemas, y devoraba entusiasta las páginas de la Historia, en que están grabadas las mil vicisitudes que han precedido á las conquistas gloriosas del pensamiento humano. Entonces exclamaba:

Oh Giordano! eres grande, eres atleta;
La Libertad te inspira, te respeta
El mundo, que condena á tus verdugos,
Tu nombre vivirà como tu idea.
Tu idea ya triunfó, ¡salve Giordano!

Lutero, tú mostraste sin sus yugos
La eterna libertad de las conciencias,
Y levantaste el látigo, severo,
Sobre los traficantes de indulgencias:
También triunfaste tú, ¡salve, Lutero!

Eres grande Juan Hus, como Giordano,
También debe à tu inmenso sacrificio
Un triunfo más el pensamiento humano,
Y tu idea y tu nombre se levantan
Mas grandes del crisol de tu suplicio.

Allá también levantan la conciencia
Nestorius y Carpócrates, que enseñan
En medio del error en que se empeñan
La grandeza de Dios y de la ciencia!...

III

Se ha afirmado alguna vez con plena razón que para apreciar á un poeta no hay más que tomar sus

obras y leerlas: pero que para juzgarlo, para comprenderlo, es menester, además, transportarse á la época en que vivió, indagar las influencias bajo las cuales se formó y las que ejerció á su turno. No de otra manera, en las lineas generales á lo menos, comprendió la tarea de juzgar á Mitre cuando aparecieron las *Poesías*, uno de los miembros más discretos y sobresalientes de aquella generación, publicando su análisis crítico en una de nuestras Revistas de mayor renombre. Sólo el hecho de poder hablar del mismo asunto del punto de vista puramente subjetivo, me impulsa á recordar el estado literario, especial entonces, de los miembros de aquella brillante generación, *quorum pars parva fui.*

Hemos insistido tanto en la admiración de Mitre (casi diría adoración), por la pléyade — si á *pléyade* alcanzó su número — de los románticos franceses del año 30, porque en esa atmósfera literaria educó su gusto, escogió sus lecturas, y alimentó su imaginación. Musset por un lado y Víctor Hugo por otro, eran para él dos pontífices indestronables; vivía intelectualmente mareado con la doctrina del romanticismo, y se expresaba á veces como si fuera uno de los satélites de Gautier en la noche famosa de la célebre contramarca *Hierro.* Con ese criterio literario juzgaba al movimien-

to intelectual tanto del pasado como del presente.

Pues bien, en ese orden de ideas abundaba la mayoría de los de aquella generación, agrupada bajo el nombre de *Círculo Literario*, cuyas reuniones semanales en casa de su presidente Julio E. Mitre, no olvidarán por cierto los que en ella tomaron parte activa. Las más ardientes discusiones versaban justamente sobre el romanticismo, y aquel *Círculo* presentaba el curioso fenómeno de asemejarse algunas veces á algún *cenáculo* parisiense del año 30, trasplantado por arte de magia á través del tiempo y del espacio. Todos casi eran neófitos ardorosos de la escuela romántica, demolían sin piedad los viejos ideales clásicos del "Apolo de peluquín con polvos", y declamaban de memoria los más atrevidos pasajes del poeta de los *Cuentos* y de las *Baladas*. El famoso

... point sur un i

los hacía estremecerse nerviosamente de placer, y lo repetían entusiastas como buscando quien se atreviera á contradecirles.

La época de intensa sobrexcitación intelectual que se desarrolló en Francia bajo Luis Felipe, con su cortejo de entusiasmo indescriptible, de miserias cruentas, y de las mil vicisitudes de aquella "bohemia literaria" popularizada por Mürger, era el ideal de la

juventud que se reunía en el *Circulo*. Todas sus lecturas se concentraban en aquel período, y devoraban no sólo las clásicas *Scènes de la vie de bohême*, sino los *jeunes France*, y todos los libros que de aquella época memorable tratan. Se les oía hablar de los cenáculos de entonces con una precisión asombrosa, y el mismo Arsenio Houssaye no ha descrito con mayor lujo de detalles aquellas reuniones famosas de la *rue du Doyenné*, en las cuales pasaban sus días y sus noches poetas y pintores, entregados á una absoluta holgazanería material, pero espiando los vuelos atrevidos de su imaginación para concebir la obra que pensaban los haría inmortales! Juntos conversaban y comían, juntos hacían sempiternas irrupciones en la legendaria Chaumière. En aquella estrecha habitación, Gautier trabajaba en un rincón su *Mademoiselle de Maupin*, Houssaye escribía en otro su *Pécheresse*, Gerardo de Nerval su *Reine de Sabá*, y cada cual trabajaba, reía y cantaba á la vez.

Considerada bajo ese aspecto, aquella cruzada literaria era encantadora y su recuerdo fascina: era la lucha decidida y llena de fe de una juventud de talento contra una sociedad semi-aletargada y casi indiferente.

Hermoso espectáculo!... pero peligroso é infecundo. Peligroso, porque tiende á distraer al hombre de

la acción, elemento *sine qua non* de la vida, arrojándolo en brazos de una indolencia absoluta so pretexto de adorar tan sólo la inspiración; infecundo, porque tras los inevitables desencantos que á los primeros pasos se experimentan, entra el desaliento, y la mayoría de aquellos fogosos cruzados de antes se convierte en seres sin ilusiones, sin profesión, completamente estériles. ¿Cuál ha sido el resultado práctico de aquel ponderado cenáculo? ¿Cuántos nombres quedan? Musset mismo concluye por inutilizarse; Nerval se ahorca en un farol; Mürger muere en un hospital!... *et sic de cœteris.*

Y sin embargo, los miembros del *Círculo* se embanderaban con ardor, con fuego, en aquella cruzada, y respiraban la atmósfera de entonces... hasta una parte de ellos, agrupada en banderías, quizo hacer revivir materialmente las reuniones del *cenáculo*, y se entregaba á orgías y báquicos excesos, para imitar esa particularidad de la existencia parisiense de 1830!

Pero aquellas teorías literarias, con su cortejo de extravagancias y exageraciones, representaban á sus ojos la libertad, y por eso se enceguecían en su defensa con asombroso entusiasmo.

Matienzo, en el artículo sobre Mitre á que antes se aludió, refiere una de aquellas formidables batallas

literarias, que se ha hecho casi legendaria entre nosotros. Mitre tradujo admirablemente un fragmento del *Albertus* de Gautier y otro del *Rolla* de Musset, y otros miembros del *Círculo* prepararon y leyeron sendos trabajos en prosa y verso, amen de las acaloradísimas discusiones que se repetían de sesión en sesión. Tiempos felices aquellos en que el espíritu se apasionaba por ideales literarios, y se trabajaba con ardor por su triunfo!

Recuerdo aquí ese incidente, porque sirve para mostrar cuál era el espíritu literario de la generación de Adolfo Mitre, cuál la atmósfera intelectual en que vivía, y cuán al unísono resonaban las composiciones del poeta en medio de una juventud que pensaba como él y como él sentía.

Indudablemente ese fenómeno necesita explicación. Cincuenta años después de haberse realizado aquel movimiento literario en Francia, todavía repercutía con toda su fuerza entre nosotros, y se veía el singularísimo espectáculo de apasionarse toda una generación por una lucha que hacía medio siglo había cesado, reemplazada por mil otras evoluciones.

La razón de ello está quizá en que, en un país de escasos ó ningunos antecedentes de escuelas literarias, como es el nuestro, debido sin duda á su corta historia, la cultura intelectual por razones locales se ha

bebido casi exclusivamente en las fuentes francesas, y no hay duda que la literatura de este siglo en Francia ha sido en general precursora del romanticismo primero, cuando con Mme de Stäel se empapó en el romanticismo germánico de los Schlegel: romántica después en todos los grados y exageraciones, como lo fué con Chateaubriand, Lamartine, Hugo y Musset; y por último, pasado ya el período de secta militante del romanticismo de 1830, romántica transformada y mitigada, tentando nuevas evoluciones, *realistas* unas veces, *naturalistas* otras, y sin haber encontrado aún la nueva vía en que se encarrilarán las letras de la Francia.

Pero al mismo tiempo que todo ello, el mundo literario —que no se compone exclusivamente de la Francia — presenta otros fenómenos no menos interesantes, estrellas de mayor magnitud, derivaciones de escuela de mayor trascendencia. La sola presencia de Byron en Inglaterra y de Leopardi en Italia, bastan para demostrar que el dicho movimiento francés no tiene importancia exclusiva, sin haber menester recordar que al propio tiempo brillaba el incomparable Goethe en Alemania.

El romanticismo francés de 1830 tomó de reflejo al gran movimiento á la vez patriótico y literario de Alemania, cuya fórmula sintetizaron los Schlegel;

pero lo tomó Mme Stäel dando igual valor á lo importante y á lo mediocre.

De lo demás, del movimiento inglés é italiano, apenas se perciben rastros sin importancia. Además, ese mismo romanticismo francés trasmitido á España, y engendrando á Rivas, Zorrilla y Espronceda — para no mencionar sino lo más sobresaliente — parece natural que desde antes del año 40 hubiera debido tener repercusión inmensa en el mundo de habla castellana.

Pues bien, — nada de eso había repercutido sériamente, en su faz literaria pura, en la ciudad que ha dado en llamarse la Atenas del Plata. Porque, cuando Echeverría regresó de Francia á Buenos Aires, á mediados del año 30, la doctrina romántica que él dió á conocer y en cuyo espíritu escribió sus versos, repercutió en esta sociedad más por razones político-sociales que de escuela y teoría literarias. Echeverría era un pensador notable: se había formado en largos años de residencia en París, estudiando las ciencias físico-naturales y las sociales; su generoso ideal era el de reformador social, nutrido de las ideas de la escuela liberal francesa de aquella época. Su obra capital es el *Dogma Socialista*, y su transformación en el "dulce ruiseñor de los *Consuelos*" se debió al estado anómalo en que encontró á

su país. Él mismo lo ha dicho: "sólo la deplorable situación de nuestro país ha podido compelerme á malgastar en rimas estériles la substancia del cráneo". Sus *Consuelos* produjeron profunda sensación, porque estaban al unísono con el estado del país, desalentado, y en el dintel de la anarquía que lo sumió en la barbarie 20 años. ¿Tuvo influencia literaria la obra romántica de Echeverría? ¿Produjo acaso verdadera renovación de escuelas y discusión de teorías? El tiempo faltó para ello: la emigración y la lucha constante contra la tiranía embargaron la actividad de aquellas generaciones, y cuando los emigrados, formados en el destierro, volvieron á su patria, la tarea de la reconstrucción nacional absorbió de nuevo toda su atención.

Por eso es que la generación de 1882 se apasionó de aquellos ideales, como si fueran verdaderas novedades.

Hasta nosotros habían llegado los libros franceses, y eso lentamente, mientras que los españoles recién ahora logran penetrar, que en cuanto á los ingleses ó italianos aún hoy día son relativamente escasos. De ahí esa singular anomalía: ver á toda una generación en 1882 vivir de la vida intelectual de un país extraño en 1830, sin cuidarse de lo que pasó antes ni después, ni menos en los demás paí-

ses! Eso explica la influencia de la pléyade del año 30, y la casi indiferencia con que nuestra generación se ocupó de los otros movimientos literarios, como si tratara de cosas de escaso interés ó de lejana importancia. En ese medio, con esos ideales y ese criterio, se desenvolvió Adolfo Mitre.

Sin duda que sería error craso creer que esa generación no conoció á los grandes poetas nombrados antes; pero lo que hay de cierto es que no los supo ó quiso apreciar, y que no pudo ó quiso admirar nada fuera del círculo de Hugo y compañía.

Los poetas de ese grupo podrían repetir con el bardo argentino:

Tú, numen de infelices, dios de olvido,
Que á la nada presides misterioso,
Encubre con tus alas silencioso
El sepulcro de un sér no comprendido.

¿Podría aplicárseles las palabras de un crítico americano relativas á esos versos? "El autor, á pesar de haber superado un tanto la influencia que sobre él ejerció la escuela literaria que dominaba en Francia en la época de la Restauración y que se arraigó más en la época de la revolución de Julio, no dejó por ello de ser llorón ni de mostrarse acosado por la melancolía, fingida más bien que sentida. Era esa la moda."

Cumple, sin embargo, hacer una observación. La doctrina estética de Mitre, con ser calcada sobre la de esos ilustres maestros, no se ataba con las estrechas ligaduras de escuela, sino que haciendo uso de la omnímoda libertad proclamada en el prefacio de *Cromwell*, aspiraba á lo Bello, pero sin reconocer prototipos ni cánones fijos fuera de su libérrimo criterio. Por temperamento y por educación, era romántico y contrario á los clásicos. Y sin embargo ¡ con qué fervor quemaba incienso en los altares del poeta que ha dicho en un arranque de entusiasmo :

Et la jeune Venus, fille de Praxitèle,
Sourit encore, debout dans sa divinité
Aux siècles impuissants, qu'a vaincus sa beauté !

Y aquella fué lástima grande, sino en el sentir común de la generalidad, por lo menos en el de algunos, que hubieran deseado verle convertirse en uno de esos *pauci quos equus Jupiter amavit*, es decir, no clásico por el hecho sólo de conocer y estudiar á los antiguos y en alguna manera aspirar á imitarlos, sino — usando las palabras de un prodigioso estético moderno — por el de lograr asimilarse su forma más íntima, substancial y velada á ojos profanos ; robando al mármol antiguo la fecunda, imperatoria y alta serenidad, y el plácido reposo con que reina la Idea, soberana señora del mármol ; por el de procu-

rar bañar su espíritu en la severa á la par que armoniosa, robusta y sana concepción de la vida; logrando enamorar, vencer y aprisionar con abrazo viril esa sombra indócil evocada del reino de las sombras, como la Elena del *Fausto*; y hacer brotar de su seno eternamente fecundo frutos de perfecta madurez y hermosura, que no sólo regalan y deleitan sino que nutren y vigorizan el espíritu, imponiéndole rítmica y ordenada disciplina!

IV

El rasgo principal de Mitre fué, sin duda, su preclaro amor del arte, en su acepción más absoluta: era en esto un verdadero sectario, y esta calificación honrosa le corresponde tanto más cuanto que es la piedra de toque de los verdaderamente iniciados.

Su educación literaria, metódica y profunda, requería, para ser completa, la contemplación de las obras maestras de otras edades, y que sólo había podido apreciar al través de reproducciones siempre pálidas. Su supremo deseo era, pues, completar esa faz de su espíritu, — é hizo el viaje de Italia como

se hace una peregrinación! Su inteligencia, sin duda, se elevó entonces á las más inaccesibles regiones de lo Bello, en presencia de los cuadros, de los mármoles y de los bronces de los grandes maestros.

Pero... de esto no se puede juzgar, porque murió antes de revelarnos nada acerca de esa segunda etapa de su vida.

¿Cuál fué el fruto de su experiencia de la vida, de la enseñanza de los viajes, y del comercio con libros ú hombres? Es lástima no conocer esa transformación de su espíritu, porque se ha dicho con verdad que se comienza la vida con sentimientos calurosos, con perspectivas soberbias, pero que el tiempo va desnudándonos de nuestras ilusiones, privándolas de su colorido, y, como la serpiente, todos los años alguna causa nueva hace cambiar del todo la piel...!

Todos esos versos se resienten de la edad juvenil en que fueron escritos. Nació Mitre con el dón de la palabra alada como se nace con el dón del canto. Joven desapareció; escapó al cruel suplicio de Mezencio, de que nos hablaba la autora de *Corina*: de la unión de una alma viva aún y un cuerpo arruinado, enemigos irreconciliables ambos! Sólo tuvo *l'air ecossais*, la melodía brillante del debut: le faltó el himno grave, austero, de la plena madurez. Por eso

sus versos deben ser juzgados con el criterio de esa edad, en la cual "todo es simple, riguroso, en política como en amor, y lleno de resoluciones solemnes: en la cual, al mismo tiempo que se cree uno el más desgraciado de los seres, se sueña ardientemente con el progreso y la felicidad del mundo; en esa edad que día á día se echa de menos con amargura creciente, y en la cual el exceso de confusas esperanzas, de pasiones desconcertadoras, se disimula tras un estoicismo que se cree eterno, y se renuncia tan fácilmente á todo en razón misma de estar en la víspera de sentirlo todo!"

Sus *Poesías* quedan como el recuerdo de una época de preparación, de lecturas diseminadas, de aspiraciones vagas, y de esas mil incertidumbres del espíritu que reconoce encontrarse en el dintel que separa la juventud de la edad madura. Para el alma de Mitre, durante ese período de su vida, la poesía había sido, — para decirlo con las palabras de un grande escritor — semejante á aquella ninfa de la leyenda eslava, aérea al princio é invisible, hija de la tierra luego, y cuya presencia se manifiesta sólo por una larga mirada de vida y de amor!

El volumen de *Poesías* es, pues, el testamento literario de su juventud: de ahí que se le lea y juzgue con el cariño y el respeto con que se aprecia lo único

que nos queda de los seres queridos. La nota dominante allí es la perfecta sinceridad del poeta; siente el lector que en esos versos palpita el alma de un hombre que ha amado, creído, dudado. Y cuando eso sólo fuera

... el oro fino extremado,
en sus profundas venas escondido,

sería lo suficiente para demostrar que ese poeta fué *alguno*, con personalidad propia, distinta de los demás.

Adolfo Mitre, desgraciadamente, perteneció al corto número de mortales raros que, como dijo el poeta, parece haberlos dado Dios á la tierra para que desaparezcan al punto. Y si es cierto que el espíritu de los muertos, según el sentir de los antiguos, vaga siempre cerca de sus despojos terrenales, hagámosle extremecerse de gozo al notar que la memoria de su fugaz existencia vive en nuestro recuerdo, en débil prueba de lo cual apresurémonos solícitos á arrojar flores á manos llenas sobre su tumba.

... Manibus date lilia plenis.

Octubre 21 de 1887.

X

UNA NOVELA ARGENTINA

(Carlos María Ocantos, *León Saldivar.* —Madrid, 1888, in 8° de 321 páginas)

Acaba de llegar de Madrid este nuevo libro del secretario de la Legación Argentina en aquella Corte, y su lectura ha sido una verdadera y gratísima sorpresa para muchos de sus compatriotas. No hace aún un lustro que en esta Capital publicó el joven autor su primer obra, *La cruz de la falta,* que fué acogida con aplausos aunque con reservas por la crítica sincera; con aplausos, porque siendo la primera vez que ante el público se presentaba el autor, miembro de la novísima generación, era justo estimular un esfuerzo que denotaba cualidades poco comunes; con reservas, porque era natural que en un ensayo de esa naturaleza hubiesen muchos vacíos y no pocos de-

fectos, no conviniendo engañar al autor impulsándole así en una vía errada. De esa manera se hacía al joven escritor un doble servicio: se le reconocía *fuego sacro,* pero se le arrojaba á la faz el viril grito que oían los triunfadores en la antigua Roma: *cave ne cadas.*

Fortuna es, y no pequeña, para un escritor cuando en sus comienzos encuentra alguna voz independiente que le hable la verdad, si bien muchos, mareados quizá por el aplauso banal é hiperbólico de los que creen así practicar una falsa indulgencia, se consideran de buenas á primeras ungidos ya por el oleo santo, y rechazan como envidia ó injuria la más mínima amonestación subsiguiente. Es la eterna historia de tanto talento lleno de promesas y que, debido á ese atronador y peligroso aplauso, se esteriliza al poco andar y se entrega en brazos de un desaliento terrible, porque seca por completo las fuentes de la inspiración. Sólo los pocos que sienten en su alma la legítima ambición de llegar algún día á la meta, se sobreponen á la impresión del momento, y, escuchando las advertencias de amigos y más aún si vienen de enemigos, tratan de corregir los defectos señalados y de perfeccionar las cualidades que se les reconocen. Estos son los que á la postre triunfan, porque nada resiste en este mundo á la perseverancia y á la

voluntad, cuando se posee la inteligencia necesaria.

Y bien, he ahí la razón por qué la sorpresa que ha producido *León Saldivar* ha sido verdadera y gratísima; verdadera, porque el progreso visible entre éste y el primer libro es inmenso; gratísima, porque se nota el esfuerzo inteligente del escritor por aprovechar, en la medida que juzga opurtuna, de las indicaciones que la crítica le hiciera entonces. Esto sólo justificaría hoy la aseveración de que el autor llegará á ser un novelista de primera fuerza, y de que puede saludársele ya como á un escritor nacional, que ilustrará las letras de su patria.

Y si esto constituye en nuestro leal entender un alto honor, no es menos cierto que, considerándolo entre "los fuertes", la crítica se encuentre obligada á usar de menos miramientos, y á señalar dónde se encuentran los defectos, segura de que el autor es de la raza de aquellos que consideran que en la milicia de esta vida, el hombre es un soldado obligado á retemplar continuamente sus armas, so pena de ser vencido en la primera oportunidad, si se permite el más leve descuido.

I

El argumento de este libro puede resumirse en pocas palabras.

El protagonista, León Saldivar, es un joven de familia acomodada, huérfano de padre, y que vive modestamente en una casita en el barrio del sud, junto con su madre, una señora ya de años y de ideas á la antigua, y una joven recogida por caridad y educada como hija de la casa. El servicio de ésta, detalle característico, es hecho por un mulatillo. Por lo demás, León es estudioso, serio, independiente y con bellas prendas de carácter y de inteligencia. Como es rico, pues su padre le dejó la *estancia*, tiene faetón y va á Palermo los domingos, y al Club del Progreso con frecuencia, haciendo parte de la *jeunesse dorée*, si bien no de la *haute* ni de la *petite gomme*.

En Colón, — como se ve, estamos en plena elegancia bonaerense: Palermo, Progreso, Colón, — vió en el invierno anterior al comienzo de esta historia, á Lucía Guerra, preciosa hija de D. Javier y doña Ventura. D. Javier es el tipo del antiguo estanciero criollo, semi-gaucho, que pasa seis meses en el campo, y

á quien los botines hacen mal, porque extraña la bota de potro; doña Ventura es el tipo de esas matronas archi-criollas, un tántico *guarangas*, exhuberante de formas, *metementodo*, chismosa, una de esas suegras de las que Dios nos libre. Servicio de la familia: la negra *ña* Pancha, el mulatillo Juan y la china Dolores. Por supuesto, casa en la calle Florida y quinta en el Tigre.

El carácter de Lucía es algo complicado, como veremos más adelante. A veces parece ser el tipo de la joven frívola, hermosa pero sin seso, elegante pero sin corazón, vanidosa pero sólo con prendas artificiales. Por lo menos tal se nos presenta en los primeros episodios de esta novela.

El *festejo* de León con Lucía había sido, según se colige, eminentemente criollo: *de ojito*, de paseos por la calle, estando ella en el balcón, dejando caer él alguna vez con estrépito el bastón en la vereda para atraer su atención y cambiar una sonrisa al levantarlo: de seguimiento en los paseos, escoltando con su faetón el landó de don Javier en el camino de Palermo, y de anteojo permanente en el indispensable Colón.

Cierto es que en tertulias y bailes habían conversado y cruzado galanteos y coqueterías. Pero en definitiva, si León estaba prendadísimo de la esquiva

Lucía, ésta no parecía dar mayor importancia á nuestro festejante.

Casi son estos los personajes principales de la novela, girando á su derredor muchos otros azás bien analizados, entre ellos la amiga de Lucía, la juguetona Amalia Ramírez, el *círculo* de su hermano Manolo, sobre todo el de Pepe Gómez, personaje pintado *sur le vif*.

Se presenta después un francés, Louis-Hector de Cantillac, barón con *b*, aventurero, elegantón, de maneras refinadas, y que á las cansadas resulta ser el más redomado de los pillos. Dicho señor se deja convertir en festejante de Lucía, gracias á la pueril é intemperante vanidad de la buena de Doña Venturita.

Tales son los personajes. La historia ya se adivina. Busca León en el primer baile — en un baile de carnaval — una explicación definitiva de parte de Lucía, que ésta, por supuesto, elude ; se confirma el festejo del francés, y en la temporada del Tigre las cosas van tomando cuerpo. A Lucía tanto le importa León ó Cantillac como el gran turco, pero doña Venturita la obliga casi á aceptar al Louis-Hector, lo que trae por consecuencia una violenta explicación con León y consiguiente rompimiento. Vuelta á la ciudad, é inmediata celebración de la boda; lo que

produce en León un efecto desastroso, teniéndolo entre la vida y la muerte durante largo tiempo. Entre tanto la noche de boda se consuma — entre una borrachera del francés y una transformación radical del carácter de Lucía. Principia para ésta una vida dura: casada con un ebrio consuetudinario, su vanidad dá á su voluntad una energía singular, y aguza su ingenio, gracias á su orgullo, para ocultar á los ojos del mundo su desastre. Sigue la vida social con elegancia redoblada, y pretexta los negocios del marido para explicar su continuada ausencia.

Vive con lujo europeo y rodeada del confort moderno: su casa es elegantísima, su servicio, á la última moda, y, para colmo de *pschutt,* recibe un día de la semana. Como se vé — es el contraste más completo con el criollismo de la casa paterna.

Por supuesto, tal situación se termina por un fracaso singular, quizá melodramático. Candillac era un presidario escapado de Tolón, ya casado en Marsella, y cuya mujer — á la manera de la inolvidable Vanda, de las *Memorias de Rocambole* — sigue y persigue á su ingrato consorte, le descubre; y, ayudada por la policía, cae como bomba una noche en casa del barón, y mientras lo apostrofa y aparece Lucía, que por sospechas estaba escuchando trás de la

cortina, se escapa nuestro Louis-Hector en compañía de un su cómplice...

Mientras tanto León ha ido mejorando, pero está en vísperas de hacer un viaje á Europa para olvidar, por consejo de médico. Su madre, doña María, está desesperada, y la huérfana, Cruzita, llora siempre, aunque en silencio. León vá á despedirse de la tumba de su padre en la Recoleta, y al salir se detiene en el paseo cercano viendo regresar la concurrencia elegante de Palermo. De un cupé baja Lucía, á quien no reconoce aunque adivina, y la casualidad los pone frente á frente al doblar una calle. Síguese una singularísima conversación: Lucía, coma si nada hubiera acaecido, lo saluda como á un amigo á quien no se ha visto hace tiempo, y le dice que igualmente vá á Europa á juntarse con su marido, que había debido ausentarse precipitadamente, pues su vieja madre estaba á la muerte. Aquello convence á León de que Lucía no fué jamás sino una coqueta frívola y vacía, — y se cura de su antiguo amor.

De vuelta á su casa, en presencia del dolor de su madre por su anunciado viaje, y del llanto de Cruzita, abre los ojos, vé que esta es la que le quiere... y se casa con ella — "y fué feliz, dice el autor, que el corazón es como el árbol que cambia año por año de corteza, y los sentimientos se modifican, renue-

van ó transforman, como las hojas y las flores ".

II

Abramos aquí un paréntesis y detengámonos un momento en lo que hemos llamado "el fondo del cuadro". *León Saldivar* traza de Buenos Aires, y del Buenos Aires nocturno, pinturas verdaderamente inolvidables. Se va perdiendo ya la memoria de lo que es esta ciudad en tal ó cual época, porque sus transformaciones son tan radicales y tan rápidas, que sorprenden al más prevenido.

¿Cuál era, pues, el Buenos Aires en que se desarrolla esta novela?

Que Buenos Aires es una ciudad grande, fuera de duda está, pero tampoco niega nadie que no es, por cierto, una gran ciudad. Contemplada desde el rio, sobre todo cuando se aproxima el observador viniendo de balizas exteriores, presenta Buenos Aires un aspecto, no ya hermoso, sino verdaderamente espléndido. Situada la ciudad en una extensión increible de la costa, tanto que para el observador sus confines se pierden en las brumas del horizonte, se extiende tan desmesuradamente tierra adentro, que no

es dable abarcar con la simple vista la última línea divisoria de sus suburbios.

Las torres de sus numerosas inglesias, las del Cabildo y Aduana, sus muelles, el viaducto magnífico del Ferro-carril del Sud; todo esto influye mucho en el espléndido golpe de vista que desde el agua presenta.

Pero, si se exceptúan los barrios centrales, las casas altas sólo por romper la especial monotonía del caserío de azotea parece que existieran, pues en la inmensa extensión de la ciudad dominan de una manera desconsoladora las casas bajas, permitiendo esa original combinación de *azoteas corridas*, que duplica el suelo transitable, dejando al superior interrumpido tan sólo por esos enormes patios embaldosados que, cuando carecen de plantas, parecen pequeñas plazoletas de cuartel. El carácter hispano-americano es, pues, dominante en la construcción de la ciudad, y á pesar del número inmenso de extranjeros que han afluído, àfluyen y siguen afluyendo contínuamente á ella, el sistema de construcción de casas continúa invariablemente lo mismo: sólo los favorecidos de la fortuna rompen el fastidio de una monotonía, aún más insoportable á causa de las horribles calles que á guisa de canutos dividen á cordel esta ciudad, con la misma regula-

ridad que si se tratara de un tablero de ajedrez.

El extranjero habituado á la vida ardientemente sobrexcitada en las grandes ciudades de Europa y Estados Unidos, en las cuales el movimiento jamás cesa, siendo tan activo de noche como de día, si bien ofrece caracteres diversos, se queda asombrado cuando, á la una de la noche, la casualidad ó alguna ocupación le hacen atravesar las calles de Buenos Aires. Ni una alma se vé por ellas á esas horas: sólo el imperturbable vigilante parado en la bocacalle escudriña las puertas en una ú otra dirección.

Los porteños se retiran demasiado temprano á sus casas: no hay, propiamente, vida nocturna en Buenos Aires. Que los mismos que durante el día se afanan y trabajan, no malgasten de noche su tiempo, claro está que á más de sensato es necesario, pero que Buenos Aires carezca de todo ese mundo social curioso que hace de la noche día, es también cosa que no es fácil explicarse. Salvo uno que otro rezagado, y algún par de esos que creen imitar la vida ultramarina, cenando á deshoras de la noche en el único café abierto entonces — la popular *Rôtisserie*; — no se notan ni esas características parejas que se retiran unas furtivamente, encubriendo en el misterio de la hora amores más ó menos puros, otras bu-

lliciosamente, celebrando con alegres carcajadas bromas de carácter más ó menos picante.

Todo el mundo, entre nosotros, parece vivir contínuamente preocupado: el país entero *querit opes*, como diría el viejo Horacio — busca la fortuna! no ríe, pues, ni canta. Entra en la edad madura, en la edad de los negocios, sin haber pasado por la alocada juventud, por la edad de los placeres; — viejo después de ser niño, sin haber sido joven, nuestro país carece de vida alegre. Todo en la vida diaria del porteño está previsto y conocido de antemano: no hay ni tiempo ni gusto para correr tras esos deliciosos placeres, que deben sólo rozarse ligeramente para conservar la ilusión, sin la cual no existe la alegría.

La vida se ha hecho para nosotros demasiado positiva; el mercantilismo nos ahoga. El dios Dinero tiene cada día más adoradores, y su templo — la Bolsa — se llena contínuamente de sacerdotes, más ó menos ardorosos. En la atmósfera de las finanzas — ¿y quién no está en algo complicado en ella hoy día? — no hay placer, ni alegría: la risa misma es estridente, seca, lúgubre. La comedia de nuestro tiempo, para usar una frase célebre, es alegre como una autopsia.

Las gentes se retiran al anochecer á sus casas con

la cabeza ardiendo de los asuntos del día. ¿Qué vida alegre puede haber?

Pero, ni coches hay siquiera!

Porque lo curioso del caso es que en esta Santísima Trinidad del Puerto de Buenos Aires, los cocheros son seres que se acuestan con los gallos, por manera que no se les pesca exactamente en el momento en que son más necesarios. Si un acontecimiento imprescindible cualquiera lo obliga á uno á ir al otro extremo de la ciudad pasada media noche, no hay, por más dinero que se gaste, más coche disponible que el de San Francisco: pase si la noche es buena, pero si es lluviosa, maldita la gracia que tan original habitud causa!

Aquí se cree que los tranvías han hecho inútiles á los coches, llamados curiosamente *de plaza*, tanto que se sostiene — y con alguna razón práctica — que éstos sólo viven gracias á los entierros y bautismos. Pero aparte de que esto es perfectamente inexacto, parece que por lo menos es insostenible en lo que á las horas en que no andan los tranvías se refiere.

Claro es, por otra parte, que es imposible la coexistencia de "coches de plaza" y tranvías, desde que aquellos, por lo general, calesas de construcción ante-diluviana, ostentan como cocheros á esos jóvenes flemáticos de pantalón obscuro, chaqueta clara, cor-

bata celeste, sombrero chambergo, y melena aceitada.

Ser conducido por semejante automedonte en tal vehículo es ya un martirio que no se hace, por cierto, más soportable por el pago de la exorbitante suma de 25 pesos por viaje... 5 francos, lo que en cualquier ciudadeja europea vale 1 franco 50 céntimos! — Concédase, por lo menos, que el abuso es incalificable. Omito hablar acerca del caso de los rocines, que para ello parecen transformados en pacíficos bueyes. Pero á la noche ni eso: hay que ir á pié, sin remedio, por más enormes que sean las distancias.

Si no fuera indudable que eso que en otros países se llama *el medio mundo* no existe propiamente aquí, los que de noche se encuentran envueltos en alguna galante aventura — lo que puede suceder á cualquier hijo de vecino — hacen el papel más ridículo de este mundo, si la cosa se les presenta tan de súbito que no han podido retener con tiempo alguno de los descalabrados volantones *de plaza*.

Nada más curioso que las grandes fiestas mundanas que se dan en Buenos Aires, cuando se observa la concurrencia en el instante de retirarse. Salvo algunas familias acomodadas que tienen carruaje propio, los demás, fatigados, deshechos por una noche de baile continuado, se retiran, sin embargo, tran-

quilamente á pié. Verdad es que algunos observan con melancólica resignación que el malísimo empedrado de Buenos Aires hace que el andar en coche por sus calles sea un martirio insoportable; lo cual explicaría por qué todos prefieren ó ir en tranvía ó simplemente á pie.

Aun en las épocas más animadas del año, — en la *season* de Buenos Aires — sólo hay movimiento hasta media noche. Los teatros, por regla general, concluyen cuando más tarde á esa hora, y á la salida de ellos es que se puede notar recién algo como un reflejo de esa vida animadísima y en extremo interesante de las noches madrileñas. Los porteños son apasionados por el teatro; las capas superiores, la *high-life* y la *gomme* — ya que se ha dado la manía de usar nombres extranjeros — se dan cita en Colón; la gente tranquila, en la Ópera; la decente, en la Alegría; la bulliciosa y los pocos miembros del *medio mundo*, en Variedades y en el Politeama.

Colón es el teatro clásico de la alta sociedad porteña, y al cual están vinculadas las tradiciones más caras. Allí se ha formado el gusto por la ópera italiana, y durante la época de las *temporadas*, no hay nadie que de elegante se precie que allí no acuda, cueste lo que cueste. Los menos van por la música ó el canto; los más, por mirarse recíprocamente. ¡Cuán-

tos noviazgos no han comenzado allí! Mucho podría revelar al respecto la histórica *cazuela*.

La Ópera, á pesar de ser más elegante y más cómodo como teatro, no puede competir con Colón, porque no hay número suficiente de familias para ello. Se ha hecho el asiento del drama y de la comedia italiana, puesto que ahora ha dado á los porteños el furor de ensalzar todo lo italiano.

La Alegría es el teatro clásico de esas venerables compañías "de la legua", que dan zarzuelas con esa sal gruesa, esas risotadas francas y esos chistes como balas de á ochenta, que tanto divierten á la gente *criolla* que allí asiste.

Variedades ha caído en completo descrédito, porque jamás ha tenido un empresario hábil, ni buenas compañías. El público aquí es loco por la ligera opereta ó el picante *vaudeville* francés, y lo demuestra protegiendo á ese teatro, aun cuando representen unos cuantos actores venidos de los cuatro vientos y unidos por casualidad, hasta que el cajero se fugue con la actriz más bonita y los deje con un palmo de narices.

El Politeama tiene su época de esplendor en el verano, cuando sus compañías de circo atraen concurrencia masculina. Los jóvenes que se precian de ser *bien*, han dado en la costumbre de entrar á las caba-

llerizas y hacerse notables por aplausos y regalos á alguna de las amazonas.

En cuanto al Teatro Nacional, aún nada puede decirse sobre él, puesto que no se ha inaugurado. El Coliseum sólo se abre para fiestas ó conciertos.

Antes de entrada completamente la noche, hay su público especial en los diversos locales conocidos. El Gimnasio tiene los antiguos jugadores de dominó y tresillo que van á hacer su consabida partida, mecidos por las armonías del piano que ora baila alegremente con Celestino, ora gime románticamente con Costa. El Skating-Rink, con su concurrencia infaltable de patinadores, reune los jueves y domingos cantidad de bellezas suburbanas: allí van los que á la caza del *medio-pelo* se dedican. El Jardín Florida, lugar delicioso, en los mismos días reune una concurrencia bastante distinguida, pero demasiado grave para semejante lugar, pues se pasean contemplándose como si estuvieran en la *avenida de las palmeras* de Palermo.

Los suburbios ostentan sus curiosos y característicos *Pasatiempos*, y multitud de teatros de segundo orden, que, junto con las canchas, reunen á los habitantes de la parroquia que no son atraídos por peringundines ó algo peor.

Pero, ¿qué hace el paseante que ha asistido al ridí-

culo desfile de todo el porteñismo, por esa tabla angosta que se llama la "acera de la izquierda" de la calle Florida? Le queda las confiterías ó cafés. En las primeras sólo pueden mencionarse aquellas, como las del Gas y del Águila, que ofrecen á sus clientes las apetecibles comodidades, pues afortunadamente poco á poco los suburbios van atrayendo á sí las tradicionales de simple mostrador y con despacho de bebidas.

En cuanto á los cafés, recién últimamente hemos dado un paso adelante; el de los billares de la calle Piedad es un café verdaderamente europeo, por el movimiento que en él se nota, el ruído, la actividad, la vida misma que allí reina — el parisiense que extrañe su café de la Magdalena podrá, saboreando el típico *mazagran*, pensar por un momento que se encuentra en el *[illegible]ren* ó *Vachette.*

Pero todo esto concluye — ¿ qué queda? Los altares de Vénus Citerea... pero hay que detenerse: se pisa la *arena candente*, según una expresión clásica.

Sabido es que la vida social tiene lugar principalmente de noche, ¿ pero, existe entre nosotros realmente esa vida especialísima? Aquí se necesitaría la pluma de algún *high lifeur*, para poder resolver tan gravísimo punto: algo en ese sentido puede colegirse ateniéndose á lo que por los diarios suele entreverse.

Nuestra alta sociedad no tiene *salones*, en el sentido europeo dela palabra, es decir, familias que reciban con regularidad la flor y nata en la gente distinguida, para pasar un par de horas de agradable é instrutiva conversación. Lo único que hay es que las familias *sequedan* en sus casas determinados días de la semana, durante los meses de invierno. Pero los porteños — viejos y jóvenes — no tienen la habitud de visitar, y es curioso recoger los rumores de esos *días* de la *high-life* bonaerense: seis señoras, cuatro niñas, dos, á veces tres jóvenes — nada más. ¿Los señores? jugando al *bezigue* ó al tresillo. ¿Son éstos, hábitos sociales?...

Las seis ó nueve familias pudientes que entre nosotros forman ese núcleo especial de la alta sociedad que dá fiestas, sólo abren sus salones cinco ó seis veces en el año. ¿Cuántos grandes bailes se dan aquí anualmente? Cinco ó seis, nada más. Verdad es que en ellos se despliega gran lujo, que se hace todo como los porteños saben hacerlo, con rumboso despilfarro. Pero eso no constituye una alta sociedad con vida propia. No se venga, pues, á hablar de *high-life* —en el sentido europeo de la palabra— en una sociedad que no tiene *salones* verdaderos, ni vida social activa.

Y sin embargo, el grupo social que asume ese

carácter debería justificarlo, implantando las habitudes que fueran convenientes. Apenas si de tiempo en tiempo se dán comidas, como son tan frecuentes en otras partes. Durante la temporada lírica en Colon, sólo excepcionalmente se visitan en los palcos, no recibiendo tampoco en sus casas. No conocen entre nosotros ni el distinguido té de las 5 de la tarde, ni la elegante tertulia después del teatro.

Nuestras niñas, sin haber tomado esa adorable libertad de la señorita inglesa de alto tono, tienen los inconvenientes de la joven francesa de educación conventual, conservando un recato y una frialdad extraordinarios, hasta pasado cierto tiempo. Hay en esto demasiada convención.

En otras partes de la ciudad, los que frecuentan las amables tertulias del barrio de la Concepción, pueden notar el abandono, la alegría, la felicidad que en semejantes reuniones reinan. Y no quiere esto decir que considere á unas mejor que á otras, sino que esta es observación oída á más de un extranjero, de esos privilegiados á quienes es permitido visitar cuantas veces quieran en una casa, sin que le atribuyan novia por el hecho de tocar al llamador!

En resumen, Buenos Aires no es una ciudad de diversiones, ni una gran ciudad. Es una ciudad de mucha extensión, pero con todos los defectos de

las pequeñas agrupaciones. Aquí todo el mundo se conoce, se espía y se critica recíprocamente. Las visitas, abandonadas por los hombres—que no por eso frecuentan los clubs, pues en estos apenas se ven dos ó tres mesas de juego,—son mantenidas únicamente por las mujeres, gracias á la chismografía social, especie de Bolsa terrible donde se cotizan hasta las reputaciones más seguras.

Tiene Buenos Aires hasta los defectos materiales de las ciudades pequeñas; no tiene esa vida flotante y alegre de las grandes ciudades, y carece de sus comodidades más indispensables, como ser medios de transporte en ciertas horas.

Bajo este punto de vista, Buenos Aires, para llegar á ser el París del Plata, tiene aún mucho que andar:—siendo ciudad grande, tiene que dejar de ser aldea para ser gran ciudad.

... Tal es el Buenos Aires donde se desarrolla la historia que nos refiere el autor de *Leon Saldivar*.

III

Ciertamente podrán variar las opiniones acerca del argumento de *León Saldivar* y encontrarle tal ó cual

faz más ó menos tachable, ó que revele una pluma más ó menos experta. Igual cosa sucede con todos los argumentos posibles, y no es quizá, en nuestro entender, la intriga la parte más completa de este libro.

Pero el fondo del cuadro está admirablemente esbozado, y el colorido de las pinceladas revela en el acto una mano maestra, un observador sagaz, un analista fino y un criterio seguro. Hay vida en esta novela, sus cuadros son un espejo de la realidad, y al través de sus páginas se ve agitarse un mundo social, algunos de cuyos lados débiles han sido ligera pero certeramente puestos en relieve, con una ironía que raya en legítimo *humour*.

Abre el libro en pleno carnaval, en el carnaval porteño de 1873, de inolvidable recuerdo, en una de cuyas noches "cabizbajo, las manos á la espalda, el sombrero sobre los ojos, con un gesto de contrariedad que alteraba la simpática expresión de su fisonomía, iba León Saldivar camino de su casa". Era esa hora vespertina en que "las campanas de Santo Domingo, como viejas soñolentas que, entre bostezo y bostezo, salmodian una oración", se echaban á tocar ánimas, como "nota de duelo en medio de la orgía á que estaba entregada la ciudad". Iba León preocupado con la ausencia de Lucía, que permanecía en el Tigre "sin lucir en el corso su fino perfil de cama

feo antiguo", cuando de repente sin decir oste ni moste recibe encima un balde de agua, "que habían olvidado de perfumar" — dice el autor — lo que damos por muy cierto, pues á esas horas y por la calle Defensa, sólo á alguna morruda china se le pudo ocurrir una broma tan pesada aunque tan genuinamente porteña.

Quisiera poder transcribir todo lo que el autor dice al describir en el capítulo segundo la noche del lunes de carnaval. Ni una línea hay allí que suprimir ó que agregar, y comparando esas páginas con las que á igual tema dedicó el *Vago* de aquellos *Silbidos* que hicieron tanto ruído, no sé cuál de las dos es preferible, aunque la observación es hecha de diverso punto de vista. El corso clásico de nuestros carnavales está allí majestuosamente representado. La tertulia en casa de don Javier, con las máscaras que entran y salen, y las intrigas consiguientes, son escenas tan reales, tan llenas de vida, que el más exigente crítico nada podría tacharles. Palpita allí el carnaval porteño, como igualmente en el baile del club del Progreso, que refiere el capítulo tercero. La más estricta justicia obliga á reconocer que el que ha escrito esas páginas es un novelista de temperamento, y que sabe caracterizar perfectamente las cosas de aspecto más difíciles de analizar.

En general, en todo el libro sobresalen las descripciones, pues los capítulos referentes al Tigre, á sus paseos en bote, y á la vida de las familias que allí veranean, corren parejas con las páginas que dedica al carnaval.

No se trata empero de esas descripciones minuciosas, pero formalistas á estilo de inventario judicial de escribano, sino que domina la nota del *humour* y un sano realismo, sin caer jamás en la vulgaridad de un naturalismo de convención. Las costumbres criollas no pasan desapercibidas para el analista escritor, y ya sea que se refiera á *las temporadas* en los bailes, ó algún infeliz *encamotado*, ó que pinte — como en la soberbia escena que sirve de postdata al baile del Club — alguna borrachera del *círculo de la trufa*, y deje adivinar á uno de sus miembros *caloteando* una que otra botella, se ve que el autor ha *cortado en carne viva*, y que ha sabido fustigar las ridiculeces á su paso con cierta chispa que no excluye el gracejo.

IV

No podría pasar por alto esta faz del libro, pues tendrá pronto un sabor arqueológico. La vida social

de Buenos Aires durante el verano es, efectivamente, típica, y pronto quizá no quedará ni recuerdo de lo que hoy nos parece tan encantador.

Cierto es que hablar de ello en este momento es como llevar agua al mar, en el sentido de que todo el mundo está tan al corriente de las costumbres de ayer, que parece banalidad el describirlas.

Pero pasa tan pronto la vida en esta parte del mundo! Ha hecho bien el autor de *León Saldivar* en describirnos esa faz de nuestra vida social, y de seguro más adelante más de uno ha de releer esas páginas con la curiosidad de recordar los tiempos felices de la primera juventud.

Cedamos, pues, á la tentación de contemplar un momento lo que es el verano porteño.

... Ha existido en todo tiempo una inexplicable conjuración de poetas — conjuración en la cual, como en la de *Madama Angot*, entran pecadores y pecadoras — para enzalsar las ventajas, los goces y la infinita felicidad que á los míseros mortales procura la canícula. Todos á una declaman contra el invierno frío, lluvioso, sucio, desagradable, incómodo: el verano es vivífico, alegre, hermoso y florido.

Aun, en la hipérbole del entusiasmo, ha llegado á decirse:

¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
...Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido, atrevido,
Mirando sin cesar los fijaría.

Pase como licencia poética, pero el que esos versos escribiera — sin duda en un acceso heliománico — se habría quedado de seguro ciego, si intentara su descabellado propósito.

El sol! — Nada más vivificante que el dulce calor que esparce, ¿verdad? ¡Oh! Buenos Aires parece hermosísimo un dia de verano — ¡qué agradables emanaciones hace el calor que de nuestro higiénico y mal empedrado suelo se desprendan!

Aun los adoradores más fanáticos del sol no se extasían sino ante la aurora y el crepúsculo vespertino, es decir, en los momentos mismos en que todavía no brilla ó cuando ya desaparece. Y creo que tienen en ello perfecta razón. Ver á las gentes por las calles en esos tiempos de verano, es lamentabilísimo espectáculo: ocupados los más, caminan con paso rápido, con el sombrero en la mano, enjugándose la sudorosa frente, jadeantes, mal humorados y con unas fachas!...

¡Qué épocas para negocios! Por la mañana temprano, en nuestras plazas de frutos, en el Once ó Constitución, los barraqueros, corredores, comisio-

nistas y todos los que de lanas, cueros y cosas semejantes se ocupan, discuten, vociferan, se enojan, se arreglan, y se retiran á sus casas en el mismísimo estado que esas figuras de cera, á las cuales el calor ha hecho correr los colores, produciendo combinaciones realmente maravillosas.

Durante el dia, los bolsistas gritan y disputan más que los de por la mañana, y sin disimular las contracciones súbitas de sus rostros lívidos, emocionados, en los cuales brillan unos ojos que parecen desconfiar de todo el mundo, y mirar con angustia alguna desastrosa liquidación! Sólo estos son insensibles al calor. El juego, en efecto, es quizá la única pasión capaz de hacer completa abstracción de la personalidad humana.

Los demás seres vivientes cruzan las calles sólo cuando á ello están inevitablemente compelidos, y lo hacen de una manera que traiciona á la legua el poquísimo placer que aquello les procura.

A la tarde, las caras, si bien más reposadas, no por eso aparecen menos disgustadas. Han cesado los negocios, es verdad, pero viene la noche y aquellos á quienes el dia ha fatigado hasta lo imposible, quisieran divertirse algo antes de descansar.

Vano propósito! Bien saben que el calor impide diversiones como descanso, y miran con angustia

avanzar las horas que les anuncian tormentos de nueva especie, no menos horribles que los otros.

Ni el *dandysmo* es posible... como que la elegancia y el calor son cosas que andan reñidas. ¿Quién puede aspirar á la corrección del *dandy* ó la frescura de la *toilette*, cuando el calor, obligándolo á *sudar á mares*, para emplear la expresión consagrada, deshace los pliegues más artísticos, y le hace maldecir mil veces á Febo?

Cuando más, caida la tarde, se ven en los cafés ó en los jardines públicos, paseantes desembarazados, con la corbata apenas anudada, la mirada un tanto voluptuosa, los labios embriagados por el perfume del sempiterno cigarro, y que, echados cómodamente en alguna silla, afectan dilatarse como si aspiraran las brisas eternamente suaves del país de los poetas.

Las familias un tanto acomodadas abandonan la ciudad para inundar los pueblecillos de campo, llenar las quintas ó fastidiarse en las estancias. Van de la ciudad huyendo del calor, de la tierra, de la falta de aire y de la etiqueta citadina ; — y en los pueblitos de campo — edificados al estilo de la ciudad, con calles tiradas á cordel y casas sobre la calle misma, pegadas unas al lado de otras, — se ven contínuamente envueltos en nubes de polvo, peor todavía que el de Buenos Aires, se visten con arreglo á la misma

etiqueta que aquí y hacen la mismísima vida, teniendo todos los inconvenientes del campo sin ninguna de sus ventajas.

Cuando se va de paseo á San Fernando, centro de los pueblos de campo donde reside la parte más aristocrática de esta democrática sociedad, se compadece el visitante del martirio de las familias que llegan por la tarde al tonto, pero tradicional paseo de la plaza; —han debido venir por caminos cubiertos por una espesa capa de tierra fina, que durante una hora los ha envuelto, cambiando el color de sus trajes, haciendo dudosa la blancura de su tez, é infiltrándose en los pulmones. ¡Vaya una diversión!

Si se prefiere el Oeste, y se vá á Flores ó Almagro, de las lindas quintas que á uno y otro lado del camino se hallan, se ven salir familias ahogadas por el calor y la tierra, sempiternos durante el dia como durante la noche, y sin que haya esperanza de la más ligera brisa. Verdad es que es un campo, donde todo hay excepto campo: casas, casas y más casas, como si aquello fuera un suburbio de la ciudad grande.

Por el Sud, Barracas se enorgullece de su ancha avenida, la cuál —fuera de la época de las tradicionales fiestas de la patrona —se extiende melancólica, en un abandono y una soledad encantadoras.

Las estancias en el verano son el refugio más curioso de los bonaerenses incautos. Los pobres creen ir á respirar aire puro. ¡Qué aire ni qué berengenas! El que no se levanta temprano está condenado á una reclusión completa durante el dia, si no quiere asarse vivo; y, si no lo encierran en esas características jaulas que simula el enrejado de muchísimas casas de estancia, las moscas lo aturden, lo fastidian, y son capaces de acabar con la paciencia del mismísimo Job.

¿Por qué se apresuran las familias á salir al campo? No es tan sólo por el calor; es también por temor á las epidemias, que, cuando nos han visitado lo han hecho en verano.

Nadie se explica esto, que, sin embargo, es sencillo. La ciudad está edificada sobre un suelo compuesto de basuras, sobre las cuales hay *pro-forma* una capa de piedras, malísimamente colocadas, y que parecen destinadas á convertir á los porteños en equilibristas japoneses. Las casas son casi todas bajas, edificadas á flor de tierra, y las cloacas aún no funcionan. Se levanta una grita general contra la idea de elevar la altura de los edificios, porque se quitará el sol á las angostas calles, olvidando que las calles en ninguna parte del mundo están destinadas para vivir en ellas, sino simplemente para por ellas transitar. Y

justamente la elevación de la altura de los edificios permitirá que las familias vivan en altos, y abandonen el malsano *parterre*. En Europa, el *rez-de-chaussé* está destinado á casas de negocio, y cuando está elevado sobre el nivel del suelo, reposando sobre sótanos, sólo así es habitado por familias.

Aquí, sobre un suelo de basuras, se duerme y se vive á flor de tierra. ¡Y se quejan de que haya epidemias! Lo extraño es que, en semejantes condiciones, los veranos no sean contínuamente epidémicos.

El verano es el tiempo de los perezosos, y hay alguien que ha sostenido que la holgazanería es un beneficio, el resumen de todos los goces solemnes. Triste consuelo! Pues ni esos gozan en el verano. En estos días del Señor, en que sólo se concibe la vida *en el agua*, ni el más resignado perezoso aguanta el más fresco cuarto, si es que prefiere no morir de asfixia.

Lo que es el verano es simplemente el desorganizador de la vida social, el desanimador constante del más laborioso trabajador.

En esta época del año todos se vuelven huraños, anti-sociales, esquivan las visitas, evitan ser amables, se vuelven egoístas: en una palabra, el hombre cesa de ser hombre, para convertirse en lo que Zola califica enérgicamente de bestia humana.

¿Qué diversiones trae consigo el verano? Ningu-

na. Pone término á la vida verdadera, á la vida agradable y distinguida del invierno, para reemplazar el todo por un par de docenas de funciones de circo, en que noche á noche se repiten las mismas piruetas á caballo, las mismas gracias estereotipadas de los payasos, las mismas pruebas de los gimnastas ó de los equilibristas. A la tercer noche, el público toma aquello como pretexto, y se ríe, se fuma y se charla durante la función con la misma libertad que si se estuviera en la plaza pública. Y la gente pretende que se divierte así!

El Jardín Florida, bellísimo local, con una orquesta de primer orden, parece ser uno de esos lugares poéticamente misteriosos donde los soñadores pudieran refugiarse á meditar en alta voz. Nadie les interrumpe: hay un par de alemanes que escuchan embebidos algún aire de *Fidelio*, ó una sonata de Mozart, pero público abundante: — damas, niñas, señores, jóvenes — quiá! Esos son *domingueros;* sólo los días de fiesta van allí. Y el resto de la semana prefieren aburrirse míseramente en sus casas, ó en algún café, á ir á gozar de la música y del fresco del Jardín Florida. Panurgo reina entre nosotros con demasiada omnipotencia.

Verdad es que á la misma hora nuestras plazas públicas ofrecen un raro espectáculo. Por entre las

tupidas calles de la plaza del Parque, ó del Retiro, vése dibujar de trecho en trecho la silueta de alguna que otra pareja misteriosa, que viene á sepultar sus amores, más ó menos poéticos, en la sombra espesa y el silencio imponente de aquellas plazas semi-solitarias. Las maritornes reivindican con orgullo la vanidad de ser reinas de la noche — ¡ magas complacientes, cuyo misterioso poder facilita la conquista de las modernas *belles aux bois dormantes !*

Queda el muelle.

El muelle, cuyos clásicos agujeros ya por fortuna no existen, sirve — ¡ cosa rara ! — de refugio también á los amantes, que no son, por cierto, siempre como los de Teruel. La magestad de la noche, el silencio imponente que reina, el calor relativamente menor que allí se siente, todo habla á las almas románticas... ó despierta simplemente á los adormecidos sentidos. El hecho es que aquel es un *refugium peccatorum.*

Añádanse los jardinillos con restaurant y gabinetes particulares, situados en los suburbios para el servicio del centro, y se habrá terminado este catálogo.

¿ Qué más queda ? He ahí todo, todo ! Esos son los encantos que ofrece el verano bonaerense. Y cántense después tiernas endechas al verano y diríjanse ar-

dientes madrigales á ese gordo astro con ojos de carbunclo, y cuya fisonomía, para usar una expresión que no es poética, parece estar encuadrada en una aureola de cerillas fosfóricas en combustión!

¡Pero la noche! He ahí el terror. La noche de verano es absolutamente insuprimible. El día sofocante puede evitarse durmiendo, pero la noche, ¿quién duerme en las noches de verano? No me refiero, por cierto, al tranquilo mortal que vive de ilusiones y contempla embebido la luz de la luna, á que ha dado en llamarse pálida. Y no existiendo vida física, la intelectual se encuentra aniquilada. ¿Quién puede pensar cuando reina el calor? Ni se tienen ideas ni se tiene apetito. El cuerpo, como el espíritu, se siente anonadado.

Ni el dulce refugio de los desencantados es posible. El verano suprime la gastronomía. Los verdaderos entendidos — y este es un consejo de Roqueplan, el émulo de Brillat Savarin — es á luz de las bugías que celebran sus festines: nada es efectivamente más feo que una salsa vista al sol. Pero, ¿quién se solaza al derredor de una mesa cargada de manjares suculentos, en un salón profusamente iluminado, cuando la naturaleza entera parece aplastada por esa capa de plomo que se llama calor?

Alguien que había observado detenidamente la na-

turaleza humana, dice con razón: en medio de los calores de enero, cuando cada uno de vuestros poros filtra lentamente y restituye á una devorante atmósfera las limonadas heladas que habéis bebido de un solo trago, ¿habéis sentido jamás ese foco de coraje, ese vigor del pensamiento, esa energía completa que hacían vuestra existencia tan fácil y tan dulce algunos meses antes? El argumento no admite réplica: la influencia que el medio atmosférico ejerce sobre el hombre mejor templado es indiscutible, y el verano es realmente enervante.

Oh! El invierno es la única época en que vive el hombre; es recién entonces que su físico adquiere ese vigor y esa virilidad que lo caracterizan, y sólo entonces también su espíritu se desenvuelve satisfecho, y brilla y produce, por lo menos, con el *grand' amore*, que tanto ha proclamado el poeta.

... Y bien! Ocantos ha descrito con notas justísimas el encanto *sui-generis* del verano bonaerense, y esas páginas de *León Saldivar* son de las más interesantes del libro.

V

Al leer el capítulo cuarto parece, efectivamente, que se vive en pleno Tigre. El jardín ante-diluviano, con sus rosadas *santa ritas*, su *flor de la pasión* y su infaltable *campanilla*; la antigua casa con sus habitaciones blanqueadas y encuadradas, sus muebles de caoba lustrada, su mesa de mármol como centro de sala, con coloreados floreros que encierran flores de pluma, conchitas y escamas; los ensayos de dibujo de la *niña*, las planas caligráficas del *niño*, y aquellos retratos de las tías abuelas peinadas de *banana* y *castaña*, escotadas, "con la mano en el estómago bien abierta, y caído el brazo izquierdo, teniendo el abanico ó el pañuelo", — todo eso es simplemente irreprochable y demuestra en el autor condiciones sobresalientes en el género, á tal punto que es difícil llegar á esa altura recién en la segunda producción. Porque todo ello está dicho con tal sencillez y elegancia, en un estilo de buena compañía, fácil, distinguido, sin insistir demasiado, contentándose con dejar entrever al lector las cosas, de manera que éste se vuelve su casi-colaborador en la lectura, lo que aumenta el interés de

ella y redunda por cierto en beneficio de uno y otro.

Es verdad que el autor ha querido pintarnos una faz archi-criolla de nuestra sociedad, y que quizá á ojos extraños pase por lo que la representa, pero tomando en su valor relativo la faz estudiada, nada hay que observar en cuanto á la exactitud de los detalles. Y tiempo era de daguerreotipar esa sociedad que va ya relegándose á los barrios extremos de esta Santísima Trinidad de Buenos Aires, cuyo mundo elegante — de memoria de hombre por lo menos — tiene otro carácter, que si bien es más cosmopolita, también es más distinguido, de educación, gustos y costumbres más refinadas que las de D. Javier y doña Venturita. Pero ésta, cómo está descrita! El servicio doméstico de negros, chinos y mulatillos, *coscorroneados* contínuamente por la dueña de casa; ésta, " sin corsé, en bata, con el pelo enredado ó suelto, chanclos y media calada "; tomando *amargos* con yerba paraguaya, pero sin cáscaras de naranja; habituada á la *carbonada*, al *puchero*, á la *humita*, y aún á la *carne con cuero;* todo ello existe, vive, palpita — lo encontramos al doblar cada esquina de ciertos barrios, donde á la noche las ventanas quedan abiertas, caídas las persianas, sin luz la sala á pesar de las visitas; y en la larga fila de cuartos, dormitorios, *ed altri*, todos con las puertas abiertas de par en

par, sólo allá en el fondo un pico de gas permite al curioso viandante observar los blancos cortinados y el característico mueblaje de la casa. Doña Venturita es genuina habitante de esos barrios donde, á las horas antes aludidas, tras de las siempre caídas persianas, se entretiene en *tijeretear* á sus relaciones, si bien no garantiría que siempre se encuentre vestida "con un vestido muy hueco á ramos verdes, las mangas abuchadas y un *sigueme pollo* del mejor efecto", como perjura el autor haberla visto — hace 20 años!

Insensiblemente nos arrastra el autor á referir su libro página por página: quisiéramos no hacerlo, y en la necesidad de abreviar, cómo dejar en el tintero la descripción de los *soi-disants* "domingos aristocráticos" de San Fernando, — con los coches abiertos y blanqueados de polvo caras y toilettes; — la misa de nueve en Las Conchas, el infaltable paseo á las Islas, las casillas de baño sobre el río, en el cual "los tristes sauces mojan sus largas guedejas y, desmayados, agobiado el tronco, parecen llorar la ausencia de alguien que llevó la corriente ó buscar en el fondo su ignorada tumba!..." y tantas, tantas otras escenas! Y las visitas obligadas y oficiales del festejante convertido en novio, en los meses antes de la boda, — en las salas solitarias, sentados en una ex-

tremidad novio y novia, cuchicheando, diciéndose mútuamente esas mil y mil cosas tan dulces de decir como de repetir, mientras que en algún sofá la respetable mamá, profundamente aburrida, tiene que pasar las horas en el mayor mutismo ó parapetarse trás la lectura de algún libro ilustrado, para sostener con el sueño que la invade una descomunal cuanto desigual batalla! Friamente considerado, tal como el autor nos deja entrever su pensamiento — hay una cierta dósis de ridículo en todo esto... pero qué encantador parece, cuando se pasa recién por ello!

Nos lleva el autor á la casa que será de la novia después, y si bien la coloca en la calle Piedras, (¿ por qué la calle Piedras, tratándose de una mansión del último buen gusto?), nos pasea por el salón Luís XVI, el comedor Enrique II, el *fumoir* chinesco, pisando alfombras de Bruselas y tropezando con jarrones de Sèvres. Quizá el señor barón no dió en ello muestras de muy distinguido buen gusto, y un elegante de genuina nobleza puede que hubiera evitado mezclar en una misma casa estilos tan distintos, épocas tan diversas y países tan diferentes, pero ya se vé, Cantillac no era en el fondo sino una pseudo-imitación del *viveur* del *Bois* y del *boulevard des Italiens*.

Las bodas de Lucía dánle margen al autor para una animada pintura. Sin duda Doña Venturita pudo en tan solemne ocasión haber prescindido de sus fatales mulatillos, chinos, etc., y ya que empleaba á la Confitería del Gas, haberle pedido un servicio á la altura de las circunstancias. En cambio, mucho le salió *frangollado*, pues las amigas que desde temprano llegaban *para ayudar*, en realidad era sólo para *comadrear*, y Doña Venturita, "en bata y zapatillas, su trenza de color de ratón suelta á la espalda, andaba de cuarto en cuarto dando plumerazos á los muebles y coscorrones á los mulatos". Pero toda esa escena merece leerse íntegra.

La primera noche de bodas, — tema escabroso si los hubo, — da márgen al autor para efectuar un cambio radical en el escenario, como ya se insinuó antes. Toda esa escena primorosamente tratada, perdería si fuera analizada. Verdad es que la idea de hacer emborracharse al marido en tan psicológico momento es, afuer de arriesgada, un tantuelo... singular, pero el autor ha querido con ello demostrar el imperio del feo vicio sobre aquel hombre, y ha aprovechado la oportunidad para analizar el efecto moral que todo eso produce en la recién casada.

Casi puede asegurarse que allí termina la primera parte de la novela y que sigue la segunda; quizá

podría agregarse que hasta aquí el autor ha escrito con *amore* y con cierta burlona sonrisa. En adelante puede decirse que abandona bruscamente su vena descriptiva y se engolfa de lleno en la parte psicológica de su libro, en pleno dominio de las pasiones, y de qué pasiones...!

VI

Hagamos, pues, párrafo aparte. Pisamos aquí la *arena candente*: entramos á la parte más difícil de esta novela, pues se trata del análisis de caracteres, del estudio de las pasiones y de la observación del corazón humano. Pero justamente en ésto es que más necesaria es la experiencia, y ésta sólo se adquiere en propia carne, cuando la vida nos ha hecho sufrir esas pasiones tremendas que desgarran las túnicas del alma, y que la dejan expuesta á los dolores más terribles sin defensa alguna.

Hay ciertas páginas que sólo pueden escribirse con la sangre propia, y es un tristísimo privilegio del dolor el ser la única puerta que dé acceso al escritor á los dominios de las pasiones que suelen agostar el corazón del hombre. Es preciso haber sufrido mucho para poder escribir sobre ciertos temas, y quizá

es necesario haber sufrido también para juzgar y comprender ciertas páginas que pasan desapercibidas á los ojos de la generalidad. Los años traen consigo esa ventaja dolorosa, pero á veces el sufrimiento se antepone á la edad.

Fortuna grande es no adelantarse al tiempo en estas materias, y gozar de la juventud antes que venga la edad madura, con su cortejo de pasiones y de dolores.

El autor de este libro se encuentra ahora en plena primavera de la vida y goza de los mil privilegios de la edad florida, que desaparece demasiado pronto. Que prolongue su feliz juventud largos años todavía! que su corazón lata generoso al calor de los más nobles sentimientos, y que su alma no se marchite al soplo de las pasiones malsanas y al contacto abrasador de los dolores y pesares de este mundo!

De ahí que en esta novela se nota con cuánta fruición nos inicia en el estado de espíritu de León, desde que "se hizo hombre, asumiendo la responsabilidad de sus deberes como hijo de viuda, que envejece mucho antes que los otros", entregándose de lleno al estudio severo: era sin embargo "un corazón sencillo, con sus visos de indiferente y sus ribetes de romántico, una amalgama curiosa de bondad y de fiereza, de cándida credulidad y de obcecada

duda". Sin duda, pronto "comenzó la dura tarea de cortejar hermosas, que en unos es un móvil, en otros una distracción y en muchos un oficio; ese diario espionaje, condimentado con posturas sentimentales, miradas de través, suspiros de pesadumbre, saludos de inteligencia y sonrisas de esperanza, duelo galante de dos almas que las conveniencias alejan y la simpatía aproxima y estrecha; trotó calles y plazas, quedó de facción en las esquinas y pasó bajo sus balcones, mirando estúpidamente á las estrellas". En semejante estado de espíritu no es extraño que perdiera un poco su ponderado buen criterio, — pues de este no parece quedarle nada, ni de bueno ni de malo — y se empeña en adorar y perseguir á Lucía, exigiendo de ella explicaciones en la ciudad y en el campo, por doquier la encuentra, hasta donde la más caprichosa de las casualidades los lleva, como en la isla!

El autor mismo se asombra un poco de este su héroe que procede tan singularmente, "él, tan serio, tan meticuloso, envuelto en una atmósfera de gravedad, de hablar reposado, de genio sombrío". De ahí que, á renglón seguido, ante semejante conducta, exclame el novelista: "¿es, pues, necesario, indispensable en la vida, pagar tributo al amor?". Pardiez! y no á tontas y locas pintó la antigua poesía al

amor bajo la forma atrayente y juguetona del caprichoso Cupido. ¿Y para cuántos es un verdadero dios?

Pero el hecho es que nuestro León cambió completamente desde que se vió deshauciado. "Hubo días que no quiso comer, pasando de la mañana á la noche y de la noche á la mañana tendido en la cama, de cara á la pared, sin hablar; otros, paseando á lo largo de su cuarto, en un taconeo que no cesaba". Se adivina, por supuesto, el efecto que debió causarle el casamiento de Lucía.

El autor describe aquella escena y analiza aquel corazón en ese momento, con una maestría y una mano tan segura, que admira en sus pocos años. Casi, casi se diría que el que tal ha escrito, ha sabido arrancar virilmente parte de sus propias entrañas en análogas circunstancias — pero qué! tantos misterios encierra la existencia!... ¿Cómo es que ha podido el autor, cuya pluma al analizar las pasiones es generalmente rápida, hacer un análisis tan profundo, tan completo, tan emocionado, del alma de León en aquel trance?

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que esas páginas viven con vida propia, y merecen sincero y caluroso aplauso.

La enfermedad de León, sus alternativas de mejo-

ría y de recaídas, su convalescencia todo ello — que ocupa una tercera parte de este libro — está notablemente estudiado y perfectamente expresado. Allí se revela el autor novelista verdadero: no sólo sabe observar y describir lo que sus ojos ven, sino que su espíritu sagaz sabe analizar y expresar los fenómenos psíquicos, sólo visibles á los ojos del alma.

Quien tal ha hecho es un novelista, cualesquiera que sean las debilidades de su libro.

Cuando se tienen esas cualidades y que se da de ello innegable prueba, no es disculpable cierta pereza de espíritu que justifica el uso de las *ficelles*, para ahorrar mayor trabajo. Del que puede, la crítica debe exigir. Por cierto que se adivina á lo que nos referimos. El episodio de Cantillac, la intervención de su mujer Aline y su cómplice Martín, habría quizá requerido mayor estudio, y es por cierto parte débil en el libro.

El carácter de Lucía, por el contrario, ha sido bien observado, aun cuando parezca que el autor ha tenido en vista dos tipos distintos según se refiera á antes ó después del casamiento. Nos la pinta al principio "demasiado alta quizá, algo delgada también, defecto que roba la gracia del andar y el encanto del busto, pero hermosa sin contradicción, por sus ojos, su boca y las líneas armoniosas de su rostro". Es

cierto que nos dice que "leía á tropezones, escribía á saltos, embadurnaba lienzos, golpeaba el piano, rascaba el violín y arañaba el arpa: sabía decir *gui* en francés, *yes* en inglés, *ya* en alemán..." En cuanto á su coquetería, baste saber que, examinada su conciencia al ser festejada por el barón, sólo le "colocó en el número de sus adoradores, sin darle preferencia, porque su corazoncito de avellana se estaba tan callado á este respecto como un muerto". Su casamiento se aproximaba, había dicho *sí*, "viendo venir indiferente los acontecimientos, sin precipitar su desenlace".

Así casó. Pero, apenas su marido le dió el primer abrazo... "el tufillo á vino que le tomara un día, subía hasta su olfato". Y el tal tufillo obliga al marido apenas llegados á la casa nueva, después de la inspección de ordenanza, á invitar á su mujer... á cenar con él hasta que... "tambáleandose, una copa llena en la diestra, que temblaba haciendo correr el líquido, se dirigió á Lucía incitándola á que bebiera; ella, espantada, le rechazó, cayendo la copa sobre el mantel, donde se hizo trizas..." Y á poco andar, después de horrible lucha, "el velo quedó en girones sobre la alfombra y su blanco traje de desposada manchado por el vómito vinoso del desgraciado!"

... Pero "tenía Lucía demasiado orgullo para con-

fesar que era desgraciada en su nuevo estado", de ahí que "su actitud de lánguida indiferencia no se alteró, y cuando se la vió por primera vez en el público, todos notaron su aire tranquilo de felicidad satisfecha". "Cada cual se replegó en sí mismo, abandonándose á sus gustos, preocupados de guardar las apariencias".

Y he ahí cómo Lucía se transforma radicalmente: en *tête-à-tête* permanente con un ebrio, lo oculta á todo el mundo, simula felicidad, viste elegantemente y corre tras el renombre mundanal de ser la *belle of the season*. Qué voluntad, qué perseverancia, qué energía, tan difícilmente sospechables en la joven del "corazoncito de avellana"!

Huye el marido perseguido por Aline, y Lucía refugiada en casa de sus padres, sigue como tal cosa, siempre con su "lánguida indiferencia"...

Hemos visto ya, por otra parte, cómo curó León de su pasión.

VII

Tal es el cuadro principal de la novela. Como episodios secundarios hay muchísimos notables y de perfecta ley.

La pintura del *circulo* de Manolo es completa, pudiendo decir que el comienzo del capítulo tercero caracteriza una especialidad de la vida porteña que merece analizarse. Ese cuadro está tomado tan del natural, que se ve moverse á los personajes y se adivina cómo piensan y cómo deben expresarse. Es aquella una pequeña pintura hecha *al lente*, con la perfección de detalles de esos cuadros preciosos de la escuela holandesa, uno de esos interiores de casa pintados por Teniers.

El retrato de Pepe Gómez es soberbio. Cuando el autor nos refiere la declaración de Gómez á Amalia; él, de elegante *ulster á la dernière*, y usando el idioma francés para tan delicado trance, nos hace sonreir involuntariamente la respuesta de Amalia, después de dejarle pronunciar su largo y estudiado discurso. *No musiú*, le dice la bromista niña, y lo deja allí plantado boquiabierto!

... Pero son muchos los incidentes que merecerían especial mención.

El único consejo es de leerlo íntegro y se reconocerá que este libro es una novela llena de agradable sabor local, con interesantes pinturas de costumbres porteñas, y con algunas picantes críticas de ciertos resabios criollos.

Es, en una palabra, una verdadera novela argenti-

na, y en este concepto merece ser saludada con aplauso, y pedir al autor dé pronto una nueva muestra de su ingenio, pues si la distancia entre *León Saldivar* y *La cruz de la falta* es inmensa, lógico es suponer que este progreso constante se irá acentuando, y que la literatura argentina tendrá esa *rara avis* de que por tanto tiempo ha carecido: un *genuino* novelista nacional.

En este concepto y sin incurrir en la exageración, podrían tenderse al novelista con ambas manos los lirios de que hablaba el poeta antiguo. Echeverría, en alguno de sus escritos, ha dicho con profunda verdad: "La poesía entre nosotros aún no ha llegado á adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad y que hoy goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea á la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros intereses sociales, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará á ostentarse sublime como los Andes; peregrina, her-

mosa y varía en sus ornamentos, como la fecunda tierra que la produzca". Tal podría decirse hoy de la novela. Realizar ese ideal: — *hic est labor, hoc est opus*.

Marzo de 1888.

XI

"APARIENCIAS"

(Federico Gamboa, C. de la Real Academia Española. — *Apariencias*, Buenos Aires, Peuser, 1892. 1 vol. en 8º de 602 páginas.)

I

He comenzado á leer con verdadero encanto el libro tan anunciado del literato mexicano, que dignamente representa ante la nuestra á su querida patria; y he terminado con verdadera angustia aquella lectura. Me fué imposible coordinar mis impresiones sobre la marcha: sólo conservaba el recuerdo de una sensación dolorosa, como cuando contra nuestra voluntad se nos obliga á contemplar un abismo que nos causa vértigo.

Fuera de duda, es éste un libro que no se confun-

de con la turba-multa de las producciones de su género. Es una novela sobre el eterno tema del adulterio, tan gastado y malgastado por la avalancha fastidiosa de los libros que hace tiempo viene produciendo la literatura erótica francesa. Pero por banal que sea el tema, por estudiadas y archiestudiadas que estén todas sus faces posibles é imposibles—tanto que en pocos asuntos se ha llegado más á la perfección en materia de fabricación literaria, con reglas y muletillas de *cliché,* — con todo, el libro de Gamboa es una nota personal que, buena ó mala, se destaca de la sinfonía general.

Verdad es que el carácter de miembro de la Real Academia Española impone al autor deberes y acuerda á la crítica derechos, que quizá no se hubieran mencionado siquiera al saber que estamos en presencia del segundo libro de un joven, que no ha llegado aún á los 30 años.

El autor, además, es una figura extraordinariamente simpática. A su gran juventud une la dicha de haber tenido una existencia de flores, de gozar de los encantos de la vida diplomática, y de no presentarsele por ende el mundo sino bajo una faz seductora. Todo le sonríe ; nada turba su placidez ; su porvenir es brillante, y en ese perfecto y feliz equilibrio de la vida, cultiva con un fervor, que inspira

respeto, á la Musa, severa y exigente, pero agradecida, porque retribuye con creces todo lo que por ella se hace.

De ahí que no debe juzgársele como una esperanza de las letras, sino como á una realidad.

II

El argumento del libro es sencillo.

En la época del imperio maximiliáneo, durante la invasión francesa, viene á ser ocupada por las fuerzas extranjeras una aldea de provincia. Un chicuelo, Pedro, es tomado prisionero por creerlo espía: lo someten á la corte marcial, ante la cual lo defiende un abogado del lugar. Su defensor lo recoge á tiempo para que reciba la bendición de su padre moribundo. Abreviando: queda Pedro á cargo de D. Luis, quien lo lleva á México, y lo hace estudiar allí, para confiarle su bufete más tarde. Lo adopta, pues, por completo, resultando Pedro un excelente joven.

Don Luis es un caballero ejemplar y que ha pasado ya de los 50 años. Pero es el caso que al estar por recibirse su hijo adoptivo como abogado—licenciado, diríamos á la mexicana—emprende Pedro un

viaje de vacaciones con un su íntimo amigo á Veracruz, donde para en casa de dicho amigo. Resumamos: se enamora perdida y románticamente de Magdalena, la hermana de su amigo, y se compromete con ella. En el interín, su padre adoptivo pasaba por análogo trance en México: se enamora prosaica pero locamente de Elena, la hija de una clienta, y la pide en matrimonio. Vuelve Pedro; se comunican con D. Luis sus recíprocas aventuras, y como su padre adoptivo se casara en seguida, llévalo á presentar en casa de la futura. Se realiza el casamiento, produciendo para D. Luis y para los suyos una felicidad completa; y continuando Pedro en la intimidad y confianza que exigían su carácter de hijo adoptivo y sus revelantes prendas.

Hé ahí la intriga que ya se adivina. La joven esposa y el hijo adoptivo se enamoran; rompe éste su compromiso con Magdalena; y tras la lucha consiguiente, se olvida de la gratitud y del cariño que debe á su constante protector y padre adoptivo—y el adulterio se consuma. Un buen día los sorprende el marido—y el desenlace de tan trágica historia es: condenar á los culpables á que sigan viviendo como castigo...

Nos encontramos, pues, en presencia de una novela psicológica de tesis. El autor ha querido estudiar

el adulterio en un caso especial: de un lado las circunstancias atenuantes — la juventud de los culpables, la desproporción de edades en el matrimonio, la ceguera del marido ilusionado; del otro lado, los vínculos estrechos que ligan al marido, respetado y respetable, con el adúltero, su hechura, su hijo adoptivo, y con la esposa, joven sacada de la obscuridad y rodeada de mimos y adoraciones. El interés grande del libro está en el análisis psicológico de la pasión naciente, de la resistencia que le oponen ambos protagonistas, y de los efectos que en los mismos produce el adulterio consumado en esas condiciones. Esa es la médula del libro, ese es el *caso*.

Lo demás, — *hors-d'œuvre* espléndido, pero *hors-d'œuvre* al fin — forma en realidad otro libro distinto, unido á éste porque las páginas se siguen, pero que podría prescindirse de ello sin que la intriga, sin que la novela propiamente dicha, sufra en lo mínimo. La primera parte íntegra, cerca del tercio del volumen, podría compendiarse en pocas páginas, no sólo sin que con ello pierda la novela, sino ganando quizá en su carácter de tal. Hay además en el resto del libro fragmentos descriptivos de la vida de México, que igualmente distraen más bien la atención del estudio del *caso*.

III

Detengámonos un momento ante lo que, por falta de término más adecuado, hemos creído poder llamar *hors-d'œuvre.*

La primera parte del libro es simplemente una joya cincelada por mano maestra. La pintura de la situación de los espíritus en una aldea del interior, ocupada sólo por mujeres, por ancianos y por niños, ya que los hombres válidos estaban alistados en las guerrillas republicanas,—esa pintura, hecha *con amore*, nos interesa vivamente, nos hace compartir las emociones de aquellas gentes sencillas, en momento en que el ejército invasor procede á la ocupación sistemática del territorio. Hay allí un incidente dramático, intensamente dramático, en su sencillez misma—el estéril sacrificio del chiflado tio Lucas. La retirada del ejército francés es realmente una obra maestra: no es posible pedir mayor sobriedad en los detalles, mayor perfección en el conjunto, efecto más patético en el cuadro. Esas páginas están escritas con profundo patriotismo y tienen una vida tal, que al lector se le antoja oir aquel matinal llamado de clarines, los ecos marciales de la banda

reforzada, y el brillante desfile, con banderas desplegadas, de aquellas tropas que evacuaban por orden superior una tierra generosa, á donde habían ido á llevar la invasión más inícua y más inexcusable que recuerde la historia de este siglo.

Hay en esa parte páginas que recuerdan la intensidad de descripción que caracteriza al ya famoso libro de Zola, *La Debâcle*, y, como éste, esos cuadros hacen sufrir. Y si esta impresión producen en un lector extranjero, ¿qué eco no evocarán en el alma dolorida de un mexicano, al recordarle tan á lo vivo esos dias negros para el patriotismo? Sobre todo, el capítulo en que describe el funcionamiento fatalmente sumario y abusivo de los tribunales militares, aquella farsa de procesos, en los cuales jueces y acusados hablaban idiomas diferentes, sin acertar á comprenderse!

Paso por alto mil detalles. Así, la muerte del padre de Pedro, recuerda á esos cuadros admirablemente perfectos de la escuela holandesa, cuando retrata alguna escena de interior. Lo mismo diríase de las visitas al cementerio.

En la segunda parte hay trozos notables y que permiten arrojar una mirada escrutadora hasta el fondo del alma mexicana, en alguna de sus clases sociales. Así, aquella partida de tresillo en plena capi-

tal. El viaje á Veracruz; la pintura de la familia de Antonio, el amigo íntimo de Pedro; el retrato de Magdalena — la figura más fascinadoramente simpática del libro; el relato de los amoríos de Magdalena y Pedro, su subsiguiente compromiso: todo ello forma un todo acabado, que habría podido figurar con honor entre los *Esbozos contemporáneos* que el autor publicara en Guatemala, que le valieron el nombramiento de la Real Academia, y que entre nosotros está ahora popularizando la *Revista Nacional* de Vega Belgrano.

En la misma tercera parte, ya en pleno desarrollo de la intriga, íntimamente unidos á ésta, hay incidentes que permiten al autor desplegar un talento descriptivo admirable. La celebración del matrimonio en la Profesa; el capítulo íntegro del México noctámbulo y alegre; hasta aquella singularísima costumbre del almuerzo en sociedad con otros en un café alegrón, como imagino será el *Tívoli* de marras, á raíz de la ceremonia nupcial en la iglesia por la mañana, y cuando todavía, como dicen los viejos casuistas, el matrimonio está *rato sed non consumato*, — original costubre mexicana! — todo ello y muchas otras, son páginas primorosas en puridad de verdad.

IV

Tiempo es ya de que abordemos el fondo del asunto. Descartados los incidentes, nos encontramos, pues, con un *caso* estudiado á la manera de Bourget, analizado con esa minuciosidad cruel que no perdona un detalle, que parece querer ensañarse en el dolor, que clava el puñal en la herida y lo mueve y lo remueve para destrozar hasta los últimos ligamentos!

Pero Gamboa olvida á Bourget cuando se complace en seguir y perseguir hasta las emociones más incidentales, y dejándose llevar de la pasión del análisis, todo lo quiere aclarar, lo incluye todo, lo principal como lo secundario; tanto, que á las veces esto hace perder un poco de vista á aquello. Tal sucede en una selva tropical en la cual las lianas trepadoras y vistosas, los helechos brillantes é invasores, la vegetación parasitaria no igualada aún en la tierra, cubre á la postre los árboles mismos, y hace desaparecer, por lo menos empequeñecer, á los gigantes de las selvas.

Ciertamente el autor tiene derecho á rechazar esta observación, por lo menos en su tendencia crítica, porque á la postre, ¿qué otra cosa ha hecho el grande, el incomparable Balzac, en su legendario *Lys dans*

la vallée, que tantas lágrimas nos ha hecho derramar en cierta época de la vida? Es ésto muy exacto, y de seguro que implica un elogio, y no un elogio baladí, el reconocer en Gamboa algunos rasgos típicamente característicos del profundo novelista francés, del escritor que quizá ha analizado más á fondo el corazón humano.

Nada ha sido más trillado en la literatura moderna, que el problema del amor; nada se ha escrutado, nada se ha analizado con mayor lujo de detalles, sea en la novela, en la filosofía, en una palabra, en su aspecto literario y en su faz didáctica. Desde que Goethe desnudó el alma de Werther y de Lotte, hasta Mantegazza, que pretende descubrir las reglas para clasificar al amor, los escritores de todos los países no han hecho sino ahondar, ahondar el eterno problema. Y como al árabe de la leyenda, que había llegado á la vejez estudiando las tretas de las mujeres y sobre ello había escrito sendos libros, siendo el juguete casual de la última con quien estuvo en contacto, así el estudio del problema amatorio se impone como esfinje muda, cuando más parece desmenuzado y descubierto. Es la Isis antigua, sempiternamente cubierta con un velo que mortal alguno había sido bastante osado á levantar, y que pasará á los siglos de los siglos, velada siempre, con inquebrantable tenacidad perseguida

por sus fieles, que cuando creen por fin haber logrado levantar una punta del velo, notan sólo que han tocado únicamente la sombra del mismo!

Pues bien, el autor de *Apariencias* plantea el problema sin ambajes, y se muestra resuelto á arrinconarle sin piedad, hasta en su más recóndito refugio, para que se rinda al fin. Es como un médico que extiende sobre la mesa de anfiteatro el cuerpo de una mujer otrora perseguida, y, escalpelo en mano, procede á una autopsia implacable, sin perdonar nada, sin descuidar detalle alguno—quiere encontrar la razón de ser del encanto que poseía aquella mujer; y, rabioso, perseverante, corta y recorta, despedaza, seguro de llegar por fin al descubrimiento anhelado. Vano intento! Hay cosas evidentemente rebeldes al análisis. El encanto que produce una mujer no puede descubrirse en la autopsia de su cuerpo, como la pasión que provoca se escapa de las mallas más finas del silogismo analítico. Ambas cosas son como esas mariposas de colores deslumbradores: por Dios, no intentemos palpar de cerca color por color! Sólo polvo informe quedará en nuestros dedos; y el encanto, desvanecido por siempre.

Algo análogo pasa con el amor, rebelde por su esencia misma al análisis frío y meticuloso. Porque, digámoslo de una vez, ¿es concebible acaso en un

hombre enamorado, más aún, apasionado, el analizar tranquilamente su pasión, pesar el pró y el contra, desmenuzarla, calcular metódicamente sus consecuencias, estudiar qué rumbos convenga darla, *et sic de cœteris*? Eh! no hagamos juego de palabras; sólo los franceses, que hacen profesión de tener respuesta á todo, justifican la teología del caso, diciendo que hay "amor de cabeza" y "amor de corazón"; que unos son "cerebrales", así como otros son "sentimentales"; para distinguir á ambos de los puramente "sensuales".

Porque, precisando la cuestión y haciendo el debido honor á la sinceridad del realismo del autor — *realismo*, para no confundirlo con el naturalismo de pega, que recurre al gastado incitante pornográfico para atraer la *turba multa* de lectores más ó menos mal acostumbrados, — la crítica leal no puede menos de convenir en que aquella sinceridad es esencialmente literaria, vale decir, que arranca del comercio de los libros y de las consiguientes elucubraciones, y no de la experiencia amarga, pero personal, de la vida misma. Sin duda, no á todos es dado repetir el célebre símil del pelícano y servir el propio corazón en el festín divino, pero eso no quita que para que sea exacto el verso inmortal

Les plus desespérés sont les chants les plus beaux
Et j'en sais d'inmortels qui sont de purs sanglots,

es indispensable haber vivido, esto es, haber sufrido aquel duro martirio, del cual, como dice el poeta

... le moins que j'en pourrais dire
Si je l'essayais sur ma lire
La briserait comme un roseau.

Y bien! he ahí justamente el reproche fundamental de *Apariencias:* es una obra con todos los ribetes naturalistas posibles, pero en el fondo es de un acabado romanticismo; es el sollozo literario de la precoz experiencia de un adolescente, que ha vivido la vida del mundo en las páginas inflamadas de un ossianismo retórico. Porque justamente, el autor al elejir por tema el adulterio y al escoger su forma pasional, ha querido de antemano presentarnos la faz más simpática del antipático asunto, en el sentido de que los futuros adúlteros aparecen como víctimas votivas en el altar del hado implacable, que sopla en corazones nobilísimos el huracán desenfrenado de una pasión irresistible, los hace olvidar poco á poco todo, los enceguece y los conduce friamente al precipicio, que no pueden, que no está en su mano evitar. La culpabilidad de los adúlteros queda así tan aminorada en esta tesis fatalista, que casi estamos por

encontrar natural su actitud, y por asombrarnos si ocurre á algún ingénuo lector mentar la grave responsabilidad de los actores del manoseado drama. Pero para ello sería menester, por lo menos, que los avasallara una pasión irresistible, de esas que embargan, matan toda reflexión, subyugan... y explican, aun cuando no excusen.

Pero en *Apariencias* no hay tal.

El problema planteado por el novelista es sencillamente aterrador. No hay sofisma bastante á excusar lo inexcusable.

Se trata de un anciano, que ha sido la encarnación misma del caballero, y un joven que le debe la vida, su carrera, todo. Es el vínculo filial perfecto, salvo el accidente del nacimiento. Y ese hijo adoptivo, en esas condiciones, comete adulterio con su propia madrastra, escarneciendo el hogar de su protector con un incesto inmoral que clama al cielo venganza. Y ese hijo adoptivo durante meses enteros se dá cuenta del resultado fatal, prevé el adulterio incestuoso, analiza su situación, y, hábil abogado, emplea todas las chicanas forenses en disculpar la falta futura. Y durante esa larga elaboración, la pasión de aquel hombre le permite darse lúcida cuenta de sus ventajas y desventajas, y estudiar el punto como estudia un pleito en su bufete de abogado. Y durante ese largo tiempo,

sigue demostrando el mismo cariño filial de antes á su padre adoptivo, víctima segura que él veía interiormente acercarse al precipicio y que, á pesar de una que otra veleidad, no trepidaba en empujar suavemente para que cayera al abismo!

La mujer adúltera es uno de los caracteres más poco simpáticos del libro: también es otra *cerebral:* también analiza y vuelve á analizar su pasión naciente y sus progresos, y al mismo tiempo que acaricia á su marido legítimo, pesa la consecuencias de su falta próxima, que está dispuesta á cometer y para lo cual aguarda sólo el momento oportuno.

Tiene un marido que la adora, una digna madre que la mima; hasta un confesor para aconsejarla; tiene la singular lucidez de comprender con la anticipación de medio año que va á ser adúltera con el hijo adoptivo de su marido... y, sin embargo, continúa analizando y analizando siempre, hasta que llega el instante fatal—y, sin una palabra, sin un gesto, como la cosa más natural del mundo, pasa de los brazos del padre á los del hijo, de los de su marido á los del amante!

No! El espíritu se subleva ante semejante *caso*. No es posible que una persecusión que permite tal lujo de reflexión y análisis, pueda excusar una acción tan repugnante á la naturaleza. Hay un rebuscamiento

enfermizo en buscar problemas tan sútiles, dignos sólo de épocas bizantinas, durante las cuales se pervierte el sentido moral y se eclipsa el sentido común. Hay un peligro grave en estudiar en detalles parciales y sofísticos los estragos de una pasión, cuyos efectos serían en la vida real pervertidores de lo más santo y de lo más fundamental de la existencia humana. Pues á ser verdaderos los argumentos capciosos con los cuales el autor va poquito á poco inficionando el ánimo del lector (ó de la lectora, lo que sería infinitamente lamentable!) y preparándole, sino á justificar, por lo menos á excusar, el desenlace como cosa fatal, inevitable, en la cual los protagonistas no tienen culpa, sino que ésta incumbe por entero al Hado, al acaso—á ser exactos esos argumentos, dado que se trata de un caso especialísimo, de un incesto en cierto modo, ¿qué queda para el común de los casos, qué para los adulterios generales, en los cuales el amante no conoce al marido, ó es éste un mónstruo humano, ó cosa parecida? Pues, ¡ que sería lo más natural de este mundo !...

Y la víctima! Aquel cumplido caballero, dechado de perfecciones, traicionado así por su propia mujer, y su hijo adoptivo ! El autor al parecer le ha tratado con piedad, pero al insistir en la persistente ceguera del Sganarelle mexicano, sin quererlo hace inclinar la

balanza en su contra, perfílase una sonrisa un tantico irónica en los lábios del lector y, convencido éste de que es inevitable el cornúpeto sacrificio, principia á ver tan sólo el ridículo que cae, cae, y sin cesar sigue cayendo sobre las canas de aquel malhadado anciano!

Ah! libro terrible y doloroso, pero por suerte sofístico! El lector se vé obligado á pensar ante esas páginas escritas con calor, y tiene que estar muy sobre alerta para no tomar por exactos aquellos dorados sofismas con que se nos quiere disculpar al vicio y con los cuales se quiere protejer á la virtud, pero con una protección tal, que se concluye por clamar porque la abandonen más bien, porque la ataquen, porque la escarnezcan, ya que todo ello sería preferible á esa defensa terrible!

Injusto sería, sin embargo, no reconocer que el autor caracteriza con una amargura implacable las consecuencias de aquel monstruoso adulterio, mostrando á los culpables como penados atados á la cadena del presidario, amantes sin los goces del amor, ya que la satisfacción material del capricho no puede entrar en cuenta de tal — presa de vivísimos remordimientos, viviendo en un martirio de todas las horas, en un verdadero infierno. Pero á pesar de todo, los hace perseverar en tan falsa situación durante más de un

año, garantiéndoles que durante tan largo lapso de tiempo nadie llegará á advinar siquiera sus criminales relaciones, ni tampoco el servicio, á pesar de que aquellos singulares amantes se entregan á Venus Citerea con puertas y ventanas abiertas, obedeciendo á los impulsos rabiosos de la carne.

¿Dónde está en todo esto el amor, aún cuando sea el amor culpable? Será la pasión sensual, el brutal impulso del *rut*, — pero amor, amor en esas condiciones!... Parece que con esa pintura de una relación que repugna, hubiera querido el autor hacer perdonar la atención cariñosa con que ha seguido antes la marcha de la pasión.

Porque, á ser verdad que el adulterio sólo proporciona las míseras satisfacciones que nos pinta el autor, ¿vale entonces la pena de cometerlo? — No ha querido el novelista que sus protagonistas gocen un día de felicidad criminal, diferenciándose en esto de la generalidad de los escritores que han dado en juzgar ese caso enfermizo de nuestra existencia social con tan tradicional benevolencia, que el lector casi estará tentado de creer que en ello residía la verdadera felicidad, y no en el matrimonio puro y honesto.

Algo tarde ha reaccionado el autor y toda esa condenación del adulterio, á manera de moraleja de cuento, parece puesta allí para justificar la extraña

solución del marido ultrajado, al sorprender á los criminales *infraganti delicto :* - - que vivan como castigo!

Singular resolución; inopinada, que sorprende, porque nada la justifica ni la prepara. Pues qué, un hombre que no ha tenido empacho en portarse como un verdadero *lagartijo* de arrabal, sacrificando sin escrúpulos la vida purísima de su novia Magdalena, ¿acaso tendrá mayor inconveniente en arrojar el recuerdo de Elena al saco sin fondo del pasado? Bah! lanzado en ese camino, para el don Juan mexicano aquella mujer es sólo una de las famosas *mille e tre* á que se refería Leporello, cuando decía con admirable frescura: *Madamina, il catalogo é questo...!*

La vida como castigo! Y ¿á quién? A un hombre que no trepida en violar los vínculos más sagrados que existen, y que, en medio de su pasión, en su noctámbulo paseo al barrio de las *irredentas* de México, se le ocurre sin repugnancia que algún día Elena podría convertirse en vulgar *hetaira*, y volverse *araña*, —para usar un mexicanismo,— sin que tan monstruosa idea le haga mayormente cosquillas!

La solución del libro es en realidad sofística, y es ello lástima grande, pues corona así una tesis desarrollada con tan desgraciada lógica, aún cuando con un talento tan sútil é innegable.

Cabría aquí, sin duda, hacer al autor una pequeña, aunque sincera observación. Respira su libro por todos los poros tal prurito de imitación naturalista, á la manera de Zola, que está tentado el lector por tomar á lo serio la teoría de aquella escuela, y buscar en esta novela la parte *documentaria*. Salta á la vista lo retórico del desenlace, y confirma así que estamos en presencia de un caso de Academia, pero no de un drama real y verdadero. Para disecar la vida, es necesario por lo menos haber vivido, y aun cuando no escudaran al autor sus pocos años para demostrar que está aún en el prólogo de la vida, la feliz existencia diplomática que lleva, invirtiendo sus ocios en cultivar su ideal literario y la amistad de los que forman el mundo de las letras, no le ha dado aún ocasión para experimentar *in anima vili* esos dramas crueles que marchitan el corazón y hastían el alma. Feliz mil veces por ello; pero si le llega el día cruel, y si en alguno de sus libros posteriores nos convida al terrible festín del poeta, y nos sirve en él su corazón, como lo observamos un instante hace, se convencerá entonces de que *Apariencias* es un libro pálido y enfermizo, porque es artificial. Entonces brotarán espontáneas y vibrantes esas notas profundamente conmovedoras que arranca del alma la amarga experiencia de la vida; notas terribles

que se imponen al lector más prevenido, que acongojan su espíritu, que le dejan un sedimento cruel, pero justo, desde que se trata de la realidad, de la verdad, de lo que acontece. Considerado así el naturalismo, no es sino el verismo de los clásicos, que huyen de lo artificial, de lo rebuscado, de lo amanerado, casi diría de lo decadente, para ponerme al nivel de la novísima evolución literaria. Pero en literatura "la bandera no cubre la mercancía", para usar el aforismo jurídico, y no basta imitar las exterioridades de un naturalismo más ó menos exagerado, para producir una obra realista. No basta tampoco *ver* la realidad: es menester *saberla ver* — el secreto de la inmortalidad está sencillamente en eso.

Nadie se asusta de una novela "naturalista", por más que principie á pasar de moda, pero se exige por lo menos que la cosa exista, y sea bien observada; que la imaginación del novelista — cuya sinceridad está fuera de cuestión, porque es en ello víctima de un exceso natural de *la loca de la casa*, en su período exhuberante — no reemplaze á la realidad de la vida. No quiere ello decir que un libro en esas condiciones haya forzosamente de ponerse en todas las manos, pues la vida tiene períodos de encantadora inocencia que sería inhumano profanar abriendo los ojos antes de tiempo, pero al que ya

se ha iniciado en las vicisitudes de la existencia no huelgan hipocresías pretendidas: si condena, es porque usando en ello del mismísimo derecho del autor, dice lo que su sinceridad le impone.

El procedimiento de escuela, llamado "naturalista", está hoy anticuado: la tendencia *fin de siècle* es, por el contrario, idealista, y la nebulosa evolución literaria actual, con sus banderías de *simbolistas* y *decadentes*, presagian una reacción indudable y que la exageración de los imitadores de Zola ha contribuído á precipitar. Gamboa tiene la felicidad de vivir en la atmósfera literaria de una década atrás, y de ahí que su novela esté trabajada según todas las reglas del gran pontífice del naturalismo. El realismo será eterno, como lo será el idealismo, pero las exageraciones de una ú otra de ambas tendencias sólo tienen vida efímera. *Apariencias* es la obra sincera de un discípulo de Zola y de Flaubert: que se apresure el autor á ensanchar su horizonte y libertar su espíritu de las estrechas ligaduras de escuela, si no quiere exponerse á producir obras que pronto tendrán sólo sabor arcáico! Pero, concluyamos con esta amistosa chicana: esos defectillos, naturalmente explicables en una obra de la primera juventud, desaparecerán en las producciones de una madurez que se anuncia de manera tan brillante.

V

Jamás título alguno fué más exacto que el de este libro. *Apariencias!* No hay que fiarse en las apariencias de sus raciocinios: estamos ante un abismo artísticamente oculto con rosas y flores fragantes. Cuidado con el sofisma; cuidado con las apariencias!

Y qué apariencias! Pocos libros he leído con mayor encanto gracias á su estilo fácil, á sus descripciones brillantes, al talento innegable con que están pintadas sus diversas situaciones. Se puede disentir del autor en cuanto á su argumentación, pero no es posible desconocer que se encuentra uno en presencia de una personalidad literaria acentuada, de un estudioso del corazón humano. Ese libro es eminentemente sugerente, fuerza á pensar, retiene al lector, y sea que este simpatize ó no con la tesis expuesta y con sus conclusiones, terminada la lectura, no se arroja el volumen al fondo de un estante —como sucede con la inmensa generalidad de los libros — sino que, por el contrario, se reflexiona sobre él, se le discute, se le vuelve á leer, se encara su texto y se toma uno cuerpo á cuerpo con la lógica del autor.

¿De cuántos libros puede decirse lo mismo? Los

libros banales nacen y mueren sin dejar recuerdo siquiera de su fugitiva existencia, por grande que sea la boga momentánea que sus cualidades más ó menos brillantes hayan podido producir. ¿Quién se acuerda hoy de los libros del vizconde de Arlincourt, el autor más popular de su época? Y ¿quién dejará de leer por los años de los años el Werther de Goethe? Y eso que el Werther ha perdido la razón de ser de su popularidad de origen, pero queda en pie el problema eterno del alma, desgarradas sus túnicas por mano maestra. Sólo viven en la posteridad los libros que hablan al alma misma, que fuerzan á pensar, que obligan á encarar problemas, acerca de los cuales el común de los mortales prefiere contentarse con las soluciones banales que hay siempre *ad usum delphini*.

El libro de Gamboa tiende á entrar en la segunda categoría, y en ello consiste, paréceme, su elogio más sincero y más profundo.

Agosto de 1892.

XII

LA ÓPERA ITALIANA EN BUENOS AIRES

Puesto que en estos últimos tiempos se ha dado en tomar á lo serio las críticas musicales, la pasión de nuestra sociedad por la ópera italiana y la importancia que, en el mundo del arte, va tomando el cantar en Buenos Aires, — no se reprochará, quizá, que se analicen las causas de tal estado de cosas.

Ha llegado á aceptarse sin discusión -- ignoro cómo — que entre nosotros no hay verdaderos críticos de arte y menos de música, que las crónicas técnicas que de las representaciones líricas se hacen, son meras alabanzas ú observaciones nimias. Se ha necesitado la presencia de un periodista extranjero, tan distinguido crítico musical como elegante escritor, para que recibiéramos esta lección, no sospechada por cierto en quienes, hace muchos años, el amor á la

ópera es más bien una pasión intransigente, ayudada por un oído educado, cantores afamados y por audiciones clásicas en sociedades reservadas.

Verdad es que se ha dicho que de todas las bellas artes, la música es, sin duda, la mejor y más generalmente apreciada; pero no es, por cierto, la mejor comprendida por todo el mundo, porque la música es á la vez un arte y una ciencia: como arte, obra espontáneamente sobre todo sér bien organizado; como ciencia, impone la iniciación á los que quieren profundizar sus misterios.

Resulta, pues, que se ha descubierto que si somos sensibles al arte musical, debemos probablemente ignorar la ciencia de la música!

A observar, sin embargo, la marcadísima afición de nuestra sociedad por Colón, la atracción irresistible que este teatro ejerce sobre los porteños, á pesar de tener precios exageradamente exorbitantes — más elevados que los de la grande Opera de París! — la constancia con que, sin perder una función, asisten todos á sus localidades durante la temporada teatral; — al reflexionar sobre esto, un observador estaría tentado de creer que era éste un público de diletantes distinguidos.

En pocos teatros del mundo, puede decirse sin hipérbole, se representan óperas tan diversas en la

misma temporada, como tampoco óperas de tan desigual valor, las unas sublimes, como *Hugonotes,* las otras archivadas ya, como *Ernani.* No frecuentemente se encuentran compañías tan completas como la de Ferrari, como tampoco tan desiguales, con partes muy buenas y partes muy malas. En fin, para concluir, podrá asegurarse que la orquesta y los coros no solamente son muy buenos, sino, lo que es una felicidad, extraordinariamente bien dirigidos.

Se asegura, con todo, que la sociedad bonaerense frecuenta á Colón en mucha parte por tradición, porque allí tienen sus palcos las principales familias, ó porque hay en el fondo una cuestión de moda. Se cita el teatro de la Opera, mil veces más elegante, más cómodo, más apropiado que Colón, pero que no ha podido mantener la competencia; se señala ahora al teatro Nacional, imitación de Colón con sus incomodidades, salvo algunos defectos corregidos, y que actualmente lucha por derribar al ya viejo rival.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que la gente va á Colón, sea porque así lo quiere la caprichosa moda, ó la tiránica costumbre, ó porque la compañía lírica es realmente buena.

Mundanamente hablando, debo confesar que siempre me ha sido difícil comprender cómo la sociedad

de Buenos Aires se ha esclavizado de tal modo para con el teatro Colón.

La llegada es algo desagradable, por ser estrecha la calle, angostas las veredas y grande la agrupación de gente; convirtiéndose en pésima en un día lluvioso ó húmedo, pues es preciso empaparse ó embarrarse, por falta de esas indispensables galerías de cristales que ostenta cualquier teatro europeo. El vestíbulo de la entrada siempre se encuentra atestado de gente, hombres en su mayor parte, que se ocupan en formar angostas calles para poder ver desfilar á las bellezas del día, mirándolas de cerca con un desenfado curiosamente original. Es una especie de bautismo de fuego que reciben nuestras damas y niñas antes de alinearse en filas de batalla en los palcos, tertulias y cazuela, donde se convierten en el foco de los anteojos de todo hijo de vecino que concurre al teatro.

El que frecuenta á Colón cree observar que la concurrencia es siempre la misma, sabiendo de antemano qué familias ocuparán los palcos, quiénes estarán en las tertulias, á quiénes se podrá mirar en la cazuela. Son las mismísimas gentes que se conocen personalmente ó de vista, que saben recíprocamente quiénes son, cuáles sus familias y sus medios; que van, con todo, á mirarse con el interés con que se

contemplan por vez primera los desconocidos. Y sin embargo, durante los largos entreactos no se visitan, no se mueven casi de sus asientos, á no ser los caballeros para fumar un cigarro en el vestíbulo, las niñas para cambiar de posición. A todo trance parece querer guardarse una tirantez á la verdad exagerada.

Cualquiera diría que las gentes á la moda — Dios sabe si es elástico el epíteto! — no van nunca al teatro sino para llegar á mediados del segundo acto, á fin de atraer las miradas de la concurrencia entera, sea por el ruído de las puertas de los palcos, sea por la reclamación del asiento en la platea. Las mismas personas creerían perder su elegante renombre si aguardaran el final de la ópera para retirarse, por cuya razón lo hacen en el último intermedio, ó á la mitad del último acto. De ahí que el teatro está casi solo al comenzar ó finalizar una ópera, aunque sea esta *la Semiramis* de Rossini, *Hugonotes* de Meyerbeer, ó *Aida* de Verdi.

Los verdaderos aficionados llegan con anticipación y se retiran con retardo, pero no les es posible escuchar con precisión las oberturas, aunque sean espléndidas como la del *Profeta*, ó atender á los finales, á pesar de tratarse de *Don Juan*. En esos momentos el ruído es tal, las gentes se mueven de tal manera, que es imposible gozar de la música.

La iluminación del teatro, las *toilettes* vistosas, la conversación animada, la costumbre, en fin, hace que aun durante los actos las gentes se ocupen en mirarse ó en hablar.

En Alemania, país donde se ama en realidad la música por la música, los teatros quedan débilmente iluminados durante la representación, por manera que los concurrentes, no pudiendo verse entre sí lo bastante, concentran su atención en la escena. Así es que reina uno de esos clásicos silencios que permiten oír el zumbido de un insecto ; y que no perdiendo ni una nota, se goza con la partitura y se aprecia verdaderamente la ópera. Durante los entreactos, la iluminación se torna deslumbradora, la conversación se vuelve animada, y el placer mundano de la eterna *flirtation*, sucede al placer delicado de la música.

Entre nosotros, el teatro no es verdaderamente un teatro en el sentido clásico de la palabra; es en realidad un simple lugar de paseo.

Colón, á estar á apreciaciones competentes, es un teatro que, bajo el punto de vista del arte, tiene defectos que son hoy reconocidos. Se le acusa de ser demasiado grande, lo que lo convierte en poco acústico; se pretende que es únicamente agradable porque estamos habituados á verlo lleno de gente conocida. La

falta de antepalcos es, sin duda, una incomodidad reconocida; la estrechez de la platea un inconveniente deplorable; y las dimensiones del teatro, la causa de que la impresión que las óperas producen sea diversa según sea el asiento que se tiene.

La música sólo se goza íntimamente cuando se está en el medio del teatro; esto es, se goza con verdadera emoción. Cuando uno se encuentra en el extremo opuesto, se oye bien, no se pierden las notas, pero no es la misma emoción la que se experimenta: parece que nos encontrara fríos y quizá difíciles. Los verdaderos aficionados porteños, que asisten á las audiciones de la sociedad del Cuarteto, habrán seguramente podido notar la diferencia considerable que existe, entre el mismo trozo ejecutado en la sala de aquella sociedad y el tocado en el teatro Colón.

Los cantores mismos se ven obligados á esforzar su voz para hacerla llegar á todos los ámbitos del teatro, y el público acostumbrado á oír bien sólo lo que se exagera, aplaude con furor cuando se fuerza la voz, aunque se llegue al grito, y permanece indiferente cuando se canta con la voz natural. De ahí que Gayarre, cuando recién llegó, se quejara amargamente de que el público no lo aplaudía lo bastante: — cantaba, pero no gritaba, y la mitad de la concurrencia no podía, por lo tanto, apreciar su voz. Por

eso Tamagno es el ídolo actual del público: — parece gritar frecuentemente en vez de cantar, y los concurrentes se conmueven ante la extraordinaria sonoridad de su voz.

Por otra parte, salvo en esta última época, únicamente pocos concurrentes conocían el argumento de las óperas que escuchaban; no pudiendo, tampoco, comprenderlo al oír cantar, sea por la dificultad del idioma, sea por la defectuosa articulación de los artistas. Verdad es que la mayor parte de las óperas tienen por base argumentos realmente ridículos por su falta de sentido, y que á pocas partituras contemporáneas se las pueda llamar dramas musicales, es decir, texto y música dramáticas. Sucede que — como en el famoso 4° acto del *Profeta* — cuando el interés dramático es tan grande como el musical, si el espectador se encuentra demasiado lejos del proscenio, no puede apreciar bien el uno ni el otro, porque se le escapa la expresión de la fisonomía, y las modulaciones delicadas: la expresión musical misma es preciso exagerarla para hacerla perceptible á tan gran distancia, y de ahí que se falsea notablemente el grado de intensidad de los sonidos, convirtiendo ideas dulcísimas en frases monstruosas.

Por estas razones, los diletantes porteños se han acostumbrado involuntariamente á provocar dos de-

fectos capitales en sus artistas favoritos. No pudiendo gozar bien á la distancia de la mímica fisionómica, aplauden los gestos extremados, entusiasmándose cuando la Borghi-Mamô exagera tan extrañamente la Valentina del 4° acto de *Hugonotes*, ó la Margarita del 2° acto de *Mefistófeles*. No siéndoles posible oír con exactitud las notas rápidas y dulces, obligan á Tamagno á sostener extraordinariamente las notas sonoras de pecho; convirtiendo, por ejemplo, la famosa súplica de Raul en un ejercicio de canto, lo que falsea de una manera desastrosa el pensamiento de Meyerbeer.

En otros países estas exageraciones están completamente proscriptas, y quien haya escuchado á Gayarre en el famoso Covent-Garden, después de haberle oído forzar la voz en su última época de Colón, reconocerá que el celebrado tenor se había corregido del todo de semejante defecto.

Este es tanto más grave, cuanto que así se gasta la voz de los cantores y se la pierde para siempre: — es conocido lo que con Lelmi pasó entre nosotros.

Los entendidos en la materia — el maestro Bassi debe ser, por cierto, de esta opinión — aseguran que el público aplaude aquí sólo las notas exageradas, y que escucha arrobado trozos enteros en que la expresión está falseada.

Los tenores y las soprano absoluto son los artistas más expuestos á esta verdadera mistificación. El público los pervierte. Cierto es que ellos contribuyen en algo, pues por regla general retacean implacablemente las óperas, haciendo suprimir trozos, cambiarlos de un tono á otro, permitiéndose abreviar ó prolongar las notas, á su buen placer. Es así como no se oyen, por regla general, las partituras completas.

Eso explica cómo recién puede decirse que la Scalchi-Lolli nos ha hecho conocer el bellísimo trozo de la contralto en el 2° acto de *Hugonotes*.

Además, las personas entendidas pretenden que el defecto de construcción del teatro Colón explica, quizá, otro fenómeno raro. Mientras que los dilettantes bonaerenses son muy exigentes respecto de las partes primeras, son algo indulgentes con relación á los coros y orquesta. Y en general sería posible asegurar que lo que más gusta de las óperas entre nosotros, no son las árias ni las cavatinas, sino los duos, cuartetos, coros y finales.

Verdad es que casi todas las óperas modernas abusan de ese medio, que es más cómodo y fácil para compositores y ejecutantes, pero es tal vez debido á las dimensiones de los teatros italianos y franceses. Los grandes maestros, cuyas óperas se dan en Co-

lón, las han compuesto sea en Italia ó en Francia : — pues bien, los teatros de la Scala de Milán, y de San Carlos de Nápoles, y el de la Grande Ópera, de París, son tan desmesuradamente grandes, que necesitan cautivar la atención del público por medio de esos efectos combinados. De ahí las bandas y los coros en el proscenio. Quizá por eso no se dan en Colón las óperas alemanas, ni el *Fidelio* de Beethoven, ni *Orfeo* de Gluck, ni *Freyschütz* de Weber, ni *Martha* de Flotow, ni *Don Juan* de Mozart: todas ellas están, sin embargo, adaptadas al italiano. ¿ Por qué nos gusta tanto aquí la bellísima ópera *Dinorah?* Debe ser por la misma razón, porque es fama que el cisne de Pessaro cuando fué á residir á París, notó el mismo efecto en cuanto á sus primeras óperas, y, atribuyéndolo también á idéntica causa, compuso dos de sus partituras francesas — *Moisés* y el *Sitio de Corinto,* — en un sentido completamente opuesto.

Entre nosotros el gusto por la ópera es antiguo y decidido. Con sumarazón se ha dicho que "la ópera es la obra musical por excelencia, y exige, para su ejecución, el concurso de todo lo que hay de más exquisito en las otras ramas de las bellas artes ; hace acompañar á la música de la poesía, que desenvuelve la acción dramática; la pintura, que la encuadra

con sus decoraciones: el baile, que es frecuentemente su obligado complemento, y la mecánica aparece con todos sus perfeccionamientos en las maravillas de los cambios instantáneos y de los efectos de óptica y otros, que constituyen la ciencia complicada del maquinista".

Wagner ha trazado de la "ópera del porvenir" un cuadro que bien pudiera aplicarse á la ópera contemporánea. Busca primeramente el poema para que la música se desarrolle sobre él, y no se contenta con insulsos libretos. Tras del poema aspira á la emancipación de la orquesta, dotándola de vida y arte propios, siguiendo las huellas de Beethoven. Recurre despuésal coro, emancipándolo asimismo de su triste papel secundario, para elevarlo á la categoría de elemento representante de las multitudes más ó menos tumultuosas. Quiere que concurra también el baile, como en lo antiguo concurría á todas las solemnidades. Por último, la arquitectura, la pintura, la escultura y la mecánica, con más todos los adherentes artísticos que en el día produce la ciencia, deben ser llamados, según su opinión, á enriquecer y regenerar la ópera.

Desde luego es evidente que la ópera no consiste en la simple armonía de la música y de la voz humana, sino en cantar para expresar un sentimiento

dramático ó cómico. Al par que cantor es, pues, preciso ser artista.

Desgraciadamente, se ha observado en casi todas partes que las ejecuciones correctas son raras. No basta que los artistas sean buenos cantores; deben ser también buenos actores. Deben comenzar por aprender sus papeles como si fueran á representar un drama sin música; y el estudio musical no debe principiar hasta que el significado psicológico del papel se comprenda y la declamación se halle perfectamente ensayada: y sobre todo es nesesario un director que simpatice con la obra, y la comprenda hasta en sus más mínimos detalles. Una representación correcta revela la inmensa ventaja que lleva el músico al poeta dramático; porque si bien los efectos del recitado dramático se dejan necesariamente al discernimiento del actor, el arte musical consigue fijar positivamente cada acento y cada inflexión.

Estos preceptos de un maestro distinguido se comprueban fácilmente, analizando cualquier compañía.

Un tenor con una voz poderosa, de un registro extenso, puede abusar de las notas de pecho, llenar con la sonoridad y el timbre de su órgano los ámbitos de un teatro, pero si no tiene la conciencia y el sentimiento estético del arte, le falta la inspiración,

ese tacto exquisito que da vida á la idea y expresión á la frase; — los pasajes más bellos serán interpretados materialmente, pero sin *amore,* ni la debida entonación de voz. Se dejarán oír notas poderosísimas, pero se convertirán las escenas más intencionadas en simples declamaciones de concierto.

El defecto contrario es también deplorable. Un bajo, sumamente artista, posesionado de las *tablas*, pero cuya voz esté debilitada por el cansancio, á pesar de todos sus esfuerzos, no logrará jamás interpretar debidamente la idea del compositor. Y aún los que tienen el privilegio de poseer esa voz que toca á la de bajo y á la de tenor, los barítonos mismos, se ven obligados á redoblar sus esfuerzos, porque el público es con ellos doblemente exigente.

Lo mismo relativamente puede decirse de las cantatrices, de las soprano absoluto, mezzo-soprano y contraltos. Aquellas tienen siempre registros más extensos que éstas, pero nada iguala al timbre agradablemente simpático de las últimas.

Como la más leve indisposición en cualquiera de estas primeras partes es lo suficiente para modificar de una octava tales ó cuales trozos, alterando por ese hecho el efecto del conjunto, resulta que sólo se puede apreciar verdaderamente y en conciencia una ópera, cuando se ha asistido á ella repetidas veces.

Es también probablemente la razón por qué los ensayos generales pocas veces satisfacen ni permiten formarse exacta idea de la partitura.

Pero el público de Colón parece contribuir á falsear bajo este punto de vista la recta apreciación de las óperas. Es fácil observar que se deja arrebatar con demasiada frecuencia por entusiasmos inconsiderados; aplaude con exageración, exalta al cantor y lo obliga á pesar suyo á forzar las notas para arrancar nuevos aplausos. Nuestro público, según opiniones competentes, aplaude los extremos del registro, las notas demasiado elevadas y las demasiado graves.

No quiere esto decir que participe de la opinión pesimista de los que creen que en nuestros días el "arte del canto" se ha convertido en el "arte del grito", como dice Berlioz, pero no puedo menos de reconocer que el frenesí de los espectadores llega á su paroxismo ante las notas agudas de Tamagno ó de Battistini, y las graves de la Borghi-Mamô ó de la Scalchi-Lolli.

Nadie puede negar que la voz de Tamagno es de una fuerza extraordinaria, y que si le falta sentimiento y quizá escuela, le sobra desprendimiento, pues usa y abusa de un órgano realmente privilegiado. La Borghi-Mamô, consumada artista como

lo es, y con una voz notable si bien no muy extensa, abusa quizá de los gestos dramáticos, pero no de las notas agudas, complaciéndose más bien en las graves. Battistini, artista simpático en extremo, tiene una voz extraordinariamente agradable, y hay en su manera de cantar tal delicadeza y distinción, que es de sentirse tan sólo no sea su órgano más poderoso. En cuanto á la Scalchi-Lolli, es ésta un contralto tan eximia, una artista tan completa, que sólo después de haberla oído en *Semiramis*, puede decirse que se ha podido apreciar una ópera para la cual, en su época, no encontró Rossini contralto bastante poderosa.

Por otra parte, se pretende que el público bonaerense está también algo pervertido en sus gustos musicales. La música italiana — en general, con sus lindas melodías, pero siempre melodías; la música francesa — la común — tan incitante por sus bailes, pero música de los sentidos; la música española, en que predomina la alegría de las coplas: ópera italiana, opereta francesa, zarzuela española. — Colón, Variedades, Alegría, — esos son los teatros para solazar el espíritu, recrear la fatigada imaginación, instruir la ávida inteligencia! En los países germánicos sucede todo lo contrario. Sin hablar de la escuela wagneriana, la ópera italiana

poco es al lado de la profunda música alemana: — alguien ha pretendido que la profusión de arias y de cavatinas denota sólo la melodía superficial, pues la dificultad máxima está en expresar los huracanes tremendos de las pasiones desencadenadas, como los tiernísimos sentimientos idílicos del alma, por medio de esas admirables combinaciones de instrumentos que hacen pensar involuntariamente en el cielo, cuando se escuchan sus acentos desgarradores á veces, conmovedores siempre. Así, sin mencionar *Tanhäuser* ó á *Tristan und Isolde* del gran revolucionario musical, cuando se ha conocido y apreciado el teatro clásico alemán, aparecen descoloridos y confusos los recuerdos de *Norma* ó de *Ruy Blas*; los valses de *Giroflé-Giroflá* ó las canciones de la *Marina*.

De ahí que se explique cómo diletantes porteños, admirando extraordinariamente á Meyerbeer, prefieren el *Roberto el Diablo* al *Profeta*; en esta última ópera, hay realmente falta de arias y de cavatinas: apenas si admiran el sublime *arioso* de Fides.

La ópera italiana que tanto seduce al dilentantismo bonaerense, es decir, la de Rossini, Bellini y Donizetti, está á punto de ser preferida por la de Verdi, Meyerbeer ó Gounod. Estos son los compositores cuyas obras se suceden siempre en Cólon: los otros, lo ocupan sólo por intervalos.

Y bien! justamente Rossini, Bellini y Donizetti son los más á propósito para producir un diletantismo enfermizo. El fondo se encuentra, en sus óperas, sacrificado á la forma. La melodía absorbe toda la idea musical; el canto predomina, y la orquesta parece sólo acompañarle de lejos. Sus óperas no son sino variaciones sobre el tema eterno del amor; apasionado, ardiente, sublime, que llega hasta la desesperación — como en *Norma*; "pasión terrestre, con sus desórdenes y sus retornos, sus desesperaciones y sus delicias", como en la declaración de amor de *Lucrecia Borgia*, el 4° acto de *Favorita*, ó en *Lucía*, etc. La imaginación se encuentra sobrexcitada, arrullada, los sentidos se adormecen voluptuosamente, y se goza de una manera inconsciente y arrobadora. Pero los argumentos!... los hay tan disparatados, que si las niñas ó mátronas que tan conmovidas escuchan ciertas óperas, los comprendieran bien, se cubrirían pudorosas su rostro! La melodía es para los compositores italianos un fin, nunca un medio: se quiere pasar el momento, jamás producir un efecto verdadero. Quizá por esto los teatros en Italia son más bien un lugar de reunión, donde se visita en sus palcos á las familias conocidas, se conversa y se habla de negocios.

De ahí que no se comprendan — ni se quiera com-

prender — las palabras del canto : lo que se desea es retener el aire, la tonada. Los cantores, en efecto, ejecutan únicamente variaciones de la voz; no se proponen encarnar pasiones más ó menos dramáticas.

Afortunadamente esa música ha pasado al dominio de los organillos, y á fuerza de vulgarizarse, ha caído algo en descrédito. Hoy día, los mejores trozos — como el famoso *miserere* del *Trovador* — se han hecho tan comunes, que nadie quiere recordarlos.

Esta evolución en nuestros gustos musicales se ha acentuado extraordinariamente desde que hemos podido apreciar la música meyerbeeriana, y entusiasmarnos por *Roberto el Diablo, Hugonotes, Profeta* y *Africana*. Hoy se escucha con fastidio ó, por lo menos, con indiferencia las antiguas óperas de los maestros que en otra época hicieron las delicias de nuestros padres. Esta evolución lógica no parece haber sido aún del todo comprendida por el empresario señor Ferrari, á juzgar por la persistencia con que vuelve á poner en escena óperas como *Ernani* y *Traviata*, que hicieron ya su época. Estas y otras óperas semejantes — debe convencerse de ello — eran buenas para aquel tiempo en que, como dice un crítico distinguido, "las exigencias del público estaban complacidas con ver á una artista lucir sus

facultades vocales, su agilidad de garganta, sus intrincadas y laberínticas *fermatas*, sin fijarse en otra multitud de detalles y circuntancias que necesariamente exigen la índole y naturaleza del drama lírico, según lo comprenden la estética y el arte, y así lo han realizado los grandes compositores de nuestros días. Una ópera valía entonces tanto como un concierto, donde el cantor iba á exhibir toda su *virtuosité*, como dicen los franceses, en una aria, una romanza, ó una cavatina, que el compositor ya le había dispuesto para mayor lucimiento. La acción dramática realizada por medio de los recursos de la orquesta, coros y demás elementos que entran en la formación de la ópera moderna, era una cosa secundaria que debía subordinarse en un todo al fin capital, al canto y á la melodía seca, desnuda, y estemporánea siempre, mejor dicho, al cantor, cuya tiranía para el compositor era irresistible é inevitable, si no quería hacer fiasco en sus obras".

Por eso he encontrado justa la observación del distinguido periodista brasilero señor Camarate, que se quejaba de que hubiera entre nosotros carencia de críticos musicales, porque no se señalaban los defectos que á los artistas impone este público, ni se corrige ó encamina el buen gusto de los diletantes asíduos.

Entre tanto, se asiste en estos momentos entre nosotros á un espectáculo original. Hasta ahora las óperas que se representaban habían apasionado á esta sociedad más por la melodía y el canto, que por la trama dramática ó la idea desarrollada; lo que se buscaba era pasar un rato de solaz, recrear agradablemente el oído y entretener el espíritu. De ahí que las crónicas musicales se redujeran á las modestas proporciones de meras gacetillas, más ó menos chispeantes, y en las que sólo por vía de excepción se deslizaban algunas notas técnicas sobre el mérito de la voz ó la belleza de algún pasaje.

Hoy parece que esto cambia: se desea algo más, se trata de apreciar debidamente la partitura, de profundizar el pensamiento del compositor; se estudian los argumentos y se juzga el drama á la vez que la música. De ahí que de un tiempo á esta parte haya un verdadero interés en discutir los variados problemas de estética, de crítica artística, de historia musical y de desarrollo dramático que las óperas suscitan.

Sin embargo, los concurrentes á la ópera oyen aquí buenamente lo que el empresario quiere hacerles oír, y éste á veces ignora qué es lo que debe poner en escena, siendo tan vasto el repertorio lírico. Ahora bien, cuando se pagan los precios elevadísi-

mos de Colón, cuando hay familias á quienes el palco les cuesta 75.000 pesos moneda corriente, y caballeros que pagan 12.000 pesos por su tertulia, parece que hay un verdadero derecho para ser exigentes, y para refinar el gusto, variando el repertorio, oyendo las óperas contemporáneas, exigiendo que se traigan compañías para las óperas y no que se arreglen óperas para las compañías.

¿Quién es el culpable de este estado de cosas? La gran masa del público no está en aptitud de juzgar tan delicada cuestión; el empresario, aún teniendo buena voluntad, sigue sus inclinaciones cuando no sus intereses;—la culpa la tiene esa falta de críticos verdaderos, que sepan encaminar la opinión musical y refinarla; contener ó dirigir á los empresarios, y hacer que, si pagamos bien caro nuestro teatro, tengamos á lo menos lo que nuestro dinero nos permite exigir.

Agosto de 1882.

XIII

EL PRIMER "SALÓN" ARGENTINO

Asistimos en estos momentos á un espectáculo verdaderamente interesante. Puede decirse sin exageración que se acaba de dar un paso decisivo en el camino de nuestra evolución social. Y ese paso debe saludarse con tanta mayor satisfacción, cuanto que se debe al esfuerzo individual, sin sombra de protección oficial, más aún, sin que las autoridades cortesmente invitadas á cooperar con su sola presencia, hayan creído que la más elemental cortesía imponía, en defecto de su presencia, siquiera la fórmula banal de un acuse de recibo.

La institución anual del *Salón* del Ateneo, para celebrar allí periódicamente exposiciones de pinturas, dibujos y esculturas, es un acontecimiento de bulto en un país esencialmente mercante y en el cual todo

en este instante se encuentra en plena transformación, hasta la misma raza nacional, que está recién elaborando su tipo definitivo. El hecho sólo de que en un centro de más de medio millón de almas, que se distingue especialmente por su carácter de factoría ultramarina, haya sido posible formar una agrupación exclusivamente intelectual como es el Ateneo, y éste á su vez se haya sentido bastante autorizado como para crear el *Salón* anual de Bellas Artes, es un signo halagüeño de progreso que no puede tratarse de modo baladí y que merece fijar nuestra atención. Lo que ello significa para nuestra sociabilidad en formación, es lo que desearíamos dejar aquí sentado, siquiera en la forma somera que permite un artículo de diario.

I

En estos países nuevos, á los que desborda la población exuberante de las viejas naciones europeas, tiene forzosamente que predominar por sobre todas las cosas la actividad material que se afana en procura de riquezas, soñadas con acendradísimo amor por todos los que abandonan su hogar natal, para expatriarse á países lejanos en busca de la ciega fortuna.

Es ésta la diosa que preside tiránica la vida de países semejantes: absorbe toda la actividad de nativos y extraños, los aguijonea, los fascina, los precipita en esa carrera locamente desesperada tras el bíblico becerro, y no les permite instante de reposo para pensar en otras cosas, ni da cabida á necesidades de otro orden, cuya satisfacción no sea la incesante acumulación de la riqueza material. Mientras haya tierra inculta que aprovechar y siga inundando esta región virgen el torrente de gentes y capitales que arroja del Viejo Mundo la superabundancia de las cosas, ese fenómeno seguirá constante, sin que haya dique alguno bastante poderoso para contener aquél y sin que convenga tampoco que se modifique tal corriente. Para que llegue un momento de reposo, es necesario que la ley fatal se cumpla, que se pueblen primero los territorios desiertos, que se normalice la actividad desordenada que caracteriza ese primer período, y recién entonces se dibujen las clases sociales, se especialicen las tendencias y pueda pensarse en otro orden de necesidades.

Tal ha pasado en todos los países nuevos: tal acontece hoy en la Argentina.

Nuestro país, afortunadamente, no ha perdido su tiempo. Medio siglo de sangrientas discordias civiles le ha permitido realizar su revolución social, formar

una verdadera democracia y preparar así una base admirable para recibir la avalancha fecundante de gentes y capitales, y fundir el todo en un producto homogéneo. No ha terminado aún esta segunda evolución: priman todavía las preocupaciones y las ocupaciones materiales, y es el ambiente ingrato para necesidades de orden intelectual, como son las artísticas, que presuponen cierta cultura refinada de que sólo pueden gozar aquellas clases sociales que se encuentran independizadas de la materialidad de la lucha diaria por la vida. El gusto artístico y el criterio correspondiente que lo forma y depura, no se aviene con la existencia sudorosa sobre el yunque constante, sin apartar la vista de la labor que se realiza. Los que en medio de una sociedad semejante se entregan á las nobles especulaciones del espíritu ó corren tras la forma tangible, tan esquiva siempre, de la belleza eterna, son individuos trasplantados en un medio para ellos imposible, existencias del todo artificiales que se forman al calor de una cultura bebida en los países viejos, y que al poco tiempo de radicarse en estas regiones nuevas, por fuerza languidecen y concluyen por renunciar poco á poco á lucha tan desigual, faltos de estímulo, del ambiente necesario que fomenta y estimula la producción que la juzga y la valora.

Cultivar las artes en condiciones semejantes, es pretender desviar con el simple brazo el cauce de los ríos, es marchar conscientemente al más penoso de los sacrificios, al suicidio moral que implica para el que siente en su pecho la luz divina, tener que dejarla apagarse y presenciar impasible las oscilaciones desesperantes de una llama que se extingue y que pugna por iluminar.

¿Quién tiene tiempo de más en nuestra vida tan ocupada, para detenerse ante una obra de arte, es decir, para apreciarla y comprenderla? Porque para ello no basta ni la fortuna adquirida ni el ocio momentáneo: se necesita el criterio y el gusto, y estos no se improvisan ni en una ni en dos generaciones, ni adquieren vida propia cuando no existe tradición, y menos en sociedades que cambian incesantemente, como la superficie del mar perpétuamente movida por las olas eternas, que se suceden unas á las otras sin que hayan dos que se parezcan.

De ahí que, olvidando el viejo dicho de que nada hace la naturaleza á saltos, escollen las tentativas, repetidas sin cesar, de formar entre nosotros escuelas artísticas. Los gobiernos han sido más ó menos pródigos en enviar á Europa á los jóvenes que demostraban decididas inclinaciones artísticas, les han dado los medios para formarse allí, para producir, y

cuando los han creído con alas para volar por sí solos, los han hecho regresar para que prediquen entre nosotros la buena nueva. Pero se ha repetido el sempiterno axioma de la voz que clama en el desierto, y después de luchar en el vacío, comienzan á desesperar, obligados á convertir su arte en industria, ya que el artista sin medios propios de fortuna, de su arte debe vivir; y esos "profesionales" tienen que ponerse al unísono con el nivel general, para satisfacer la demanda de clientes más ó menos *rara avis*, que siempre créen retribuir demasiado pródigamente semejantes trabajos, que parecen valoraran por sus dimensiones y no por su contenido.

Es evidente que estamos hablando en tesis general, y es más que sabido que no hay regla sin excepción y que, entre nosotros, las hay muy honrosas en ese sentido.

Más aún: los pintores ó escultores que á pesar de tan desfavórables circunstancias perseveran aún en su profesión, concluyen por perder hasta el deseo de hacer algo que salga de la banalidad, porque ni saben dónde dar á conocer sus trabajos ni siquiera si habrá público suficientemente preparado para apreciar y juzgarlos. De ahí que trabajen como si fueran simples obreros, á la tarea, á tanto por retrato, y en esto mismo sabiendo que el interesado jamás vendrá á darles

una sola sesión en el taller, porque ¿de dónde sacar tiempo para cosa tan inútil?, sino que se contentará con darles una fotografía más ó menos buena, y que trabaje sobre ella el artesano que en mala hora se metió á artista! Si semejante existencia no es causa bastante á sofocar los bríos más impetuosos, debe decirse que nos encontraríamos en presencia de un genio verdadero, y asimismo ¿podría acaso revelarse un genio en ambiente tan antipático, como si fuera una aparición misteriosa, sin antecedentes y sin coadyuvantes? Tal acontecimiento sería una verdadera novedad en la historia, y habría que creer en los milagros para admitir tal excepción á la lógica y á la experiencia de los siglos.

Entonces, pues, con mayor razón no es posible esperar que, necesitando de su trabajo para vivir, esterilizando sus facultades en la banalidad de una tarea semi-mecánica, los artistas encuentren musa y tiempo y medios para crear obras de arte, para trabajarlas con *il lungo studio ed il grand'amore* que exigía el poeta, y todo ello para arrumbarlas en un rincón de su taller, á la espera de que las generaciones venideras les hagan justicia, emitiendo un fallo del que se siente incapaz la generación contemporánea.

Y de ese estado de cosas no hay que culpar á nadie, ni menos pretender hacer cargos injustos á las

actuales generaciones. A éstas les toca su tarea histórica: tienen que poblar la tierra, que desenvolver las industrias y el comercio, que acumular las riquezas, que formar la sociedad definitiva y normal que vendrá más adelante. A esa otra sociedad, ya más desahogada de la abrumadora tarea material, le tocará ocuparse de las artes, de la inteligencia y de tantas otras cosas que no son las materiales, ya que es igualmente ley providencial que el hombre no vive sólo de pan.

Querer invertir el orden, pedir á la generación actual un esfuerzo que corresponde á la siguiente, es desconocer las leyes, que no son sino las relaciones naturales de las cosas, y es acometer la tarea mitológica de Sísifo, porque todo lo artificial es enfermizo y momentáneo, y para darle un falso aspecto de permanente, hay que volver á crearlo á cada instante, y nada bueno se obtiene, sino por el contrario mucho pernicioso, al querer forzar á sabiendas lo que no puede forzarse.

II

Dadas esas ideas, fácil es comprender con cuán profundo interés hemos seguido esta nueva tentativa que se traduce por la formación del Ateneo y la crea-

ción del *Salón* anual. ¿Tiene este hecho los caracteres de verdad y estabilidad que permitan considerarlo como un signo precursor de que nuestra sociedad entra en un nuevo período de evolución, ó se trata tan sólo de un esfuerzo, noble y generoso sin duda, pero artificial y por lo tanto falso y condenado á lánguida vida?

Tal es la cuestión interesante que provoca la apertura del *Salón* de Pinturas y Esculturas. ¿Podemos resolverla sin más trámite, vale decir, ha sido la prueba suficientemente elocuente para permitir un juicio claro en un sentido ú otro?

Nos parece que el nuevo esfuerzo aún no ha durado lo bastante como para distinguir si se trata de algo real, ó simplemente de una tentativa artificial. Todas las apariencias hasta ahora inclinan la balanza en el primer sentido.

El Ateneo se ha formado en medio una balumba de críticas, de *lazzi* y de chistes burlescos más ó menos bien imaginados.

Este hecho demuestra que la institución nace vigorosa, enérgica y triunfante: ha respondido, pues, á una verdadera necesidad social; ha encontrado el eterno grupo de hombres de fe que la ha dado vida y ambición de ir adelante siempre: su marcha serena, pero firme, prueba que siente que tiene una misión

social que cumplir, y que está resuelta á ello. En sus actos ha dominado hasta ahora la mayor generosidad y amplitud de miras.

Resuelta la creación del *Salón* anual de Bellas Artes, ha creído que el primero debía abrirse sin demora, para mostrar lo que existía, sorprendiendo á los artistas y al público mismo; á los primeros, porque no dándoles tiempo para hacer nada *ad hoc*, muestra cuál es su fuerza con arreglo á lo que silenciosamente producen; al segundo, porque no tenía hasta ahora cómo formarse idea de lo que aquí se trabaja en arte, y ni siquiera de si algo se hace.

Bajo este punto de vista, reviste el presente *Salón* una importancia de que carecerán los sucesivos, ya que á éstos se enviarán obras especialmente preparadas para ello, y de que, de hoy en adelante, los artistas trabajarán con nuevo estímulo y con mayor *amore*, pues saben que sus obras serán sometidas al juicio de muchos. Hoy, la apertura del *Salón* á renglón seguido del anuncio de su creación, los obliga á exhibirse tal como son, sin artificio posible; algunos, apasionados de su arte aun cuando sea en el silencio del taller; otros, más descorazonados, produciendo sólo obras de encargo, hechas un poco *à la diable*, ó por lo menos sin ese sello amoroso que imprime á

una obra el alma misma del artista, cuando trabaja á la par de la mano.

Juzgar este *Salón* con el criterio de los críticos de arte que aprecian un *Salón* de París, es caer en un grosero contrasentido, porque es equiparar dos sociedades en polos opuestos, suponer idénticó el ambiente intelectual de ambos centros, tan afinado y refinado el gusto y el criterio en uno como en otro punto.

Si para el par de millones de almas que viven en París, veinte mil pintores trabajan con afán, y en cada *Salón* al aceptar unos tres mil cuadros, hay que rechazar siete mil, ¿qué se dirá de Buenos Aires, cuyo medio millón de habitantes encierra apenas una cincuentena de pintores, y en cuyo incipiente *Salón* apenas se ha reunido un centenar de telas, muchas de ellas ya de algunos años de existencia?

Y para esto mismo el *Salón* del Ateneo ha tenido que desplegar una amplia tolerancia: ha aceptado no sólo obras viejas á la par que nuevas, sin contar con que entre ellas hay buenas y bastante malas, sino que ha aceptado artistas profesionales y simples aficionados, sin contar con los artistas dilettantes que forman una categoría intermedia.

Cuando hablábamos antes de la condición de los artistas entre nosotros, es entendido que nos referi-

mos á los profesionales y á los dilettantes, pero no á los pseudo-aficionados. Porque estos tales aficionados se ocupan del *pastiche* del arte, lo profanan, lo vilipendian, haciéndolo servir como uno de los tantos adornos de cultura social, y ocupándose de él de paso, en el lugar secundario y en la proporción estrictamente necesaria para contribuir con ese barniz al brillo de una educación más ó menos de oropel, dándole un carácter falso, sin base, verdadero sacrilegio artístico.

Esos tales aficionados, sin amor por el arte, sin criterio para apreciarlo, que se contentan con lo superficial y que aspiran á ser coloristas sin haber sido dibujantes, constituyen la peor plaga, la más perniciosa, porque falsea el gusto, lo corrompe y dá la más triste idea de esa misma cultura que pretende realzar.

En esa falange de aficionados se vé á la legua que el maestro hace las cuatro quintas partes del cuadro, porque cuando diversos discípulos mandan telas con composiciones análogas, con los mismos defectos, el mismo colorido, la misma estereotipía, sube á las mejillas el rubor ante tal sacrilegio de arte, y no se explica cómo haya falsos sacerdotes que desnaturalicen de tal modo su culto y que se presten á una farsa tan triste como ingénua.

Jamás será suficientemente enérgica la condenación de un proceder semejante: si el discípulo tiene amor al arte, enséñele el maestro á estudiar la *técnica* y á encaminar sus tendencias; si no tiene tal amor, hágale el servicio de no fomentarlo en una vía estéril y en la cual lo engaña miserablemente. Se dirá que el profesor está sometido á la *dura lex, sed lex* de la necesidad, y que no puede escoger sus discípulos ni reaccionar contra la corriente que exige producir de golpe algo, aún cuando tenga que hacerlo todo él. Tal sucede, por ejemplo, con esos maestros de piano que tienen discípulos que exigen se les enseñe piezas más ó menos fáciles, sin conocer la música y sin haber ejercitado escalas.

Así se fomentan las mediocridades que ya pululan demasiado.

Pero si hemos sido enérgicos en estigmatizar esa plaga de "aficionados", saquémonos el sombrero ante los artistas dilettantes, es decir, ante aquellos que no hacen profesión ni medio de vivir del arte, sino que, poseídos de amoroso culto por él, lo cultivan con fervor, con pasión; trabajan, viven y se ensimisman en su estudio, y brilla en sus obras ese sello característico que, aún á los trabajos más defectuosos, imprime la sinceridad y la pasión.

Esos artistas dilettantes han tenido que hacer el

estudio técnico á la par de los artistas profesionales, y sólo después de pasar largos años, — para tomar el caso de la pintura, — en el estudio del dibujo, en el yeso, en el modelo, y de haber trabajado en el taller de los maestros, se permiten cultivar ese divino arte con la deliciosa fruición de los iniciados y con esa fiebre especial de los iluminados, olvidándose de las horas cuando trabaja el pincel sobre el lienzo en presencia del modelo vivo, ó de la naturaleza, tratando de sorprender infatigables el secreto mismo de la vida, — para trasladarlo á la tela, y á veces con un punto, con una pincelada imperceptible, reflejar el alma misma!

De todo ello hay en el *Salón*, y esos elementos, un tantico heterogéneos, se irán armonizando á la larga, depurándose á las veces en los *Salones* sucesivos.

III

Toca á los críticos de arte analizar debidamente las obras expuestas en el *Salón*. Aun apreciando con benevolencia las del grupo de aficionados, y con la debida deferencia las de los dilettantes, queda todavía el conjunto de artistas profesionales, cuyas

obras llenas de interés provocan un juicio técnico que debemos desear no se haga esperar.

Ver y sentir: parece ser esa la norma que acertadamente siguen los artistas que, en el caso presente, llamaré profesionales. Pues bien: ante ese rasgo, que implica la máxima sinceridad en el pintor — para concretar la cuestión á la pintura — deben callar las críticas de detalle, buscadas quizá para comprobar que no existe cosa perfecta. Lejos, pues, de la mente de este artículo entrar en semejante chicana del oficio.

¿Qué se adelantaría, por ejemplo, con buscar si en tal cuadro, en el conjunto la perspectiva es un tantico defectuosa, no diremos en las proporciones, por la disminución de los tamaños; pero quizá en la coloración, que está en tan íntimo consorcio con la distancia? La misma proporción entre las figuras del primer plano y de los otros sucesivos, pudiera no responder exactamente á las exigencias de la percepción visual. Verdad es que á las veces la culpa es exclusiva del espectador, según sepa colocarse en el justo punto de mira que todo cuadro exige, y según se aleje de aquél en una ú otra dirección.

¿Podría acaso decirse que los juegos de luz empleados, producen la ilusión del relieve de las figuras mismas en tal otro cuadro? Para lograr ese *trompe-*

l'œil, según el lenguaje de taller, aquel artista no ha querido usar del procedimiento peligroso que provoca la ilusión del relieve de ciertas facciones, gracias al uso del *empaste*. Tal otro artista, por el contrario, ha obtenido por ese procedimiento un éxito lisonjero en cierta pequeña tela.

Una de las telas más simpáticas nos sugiere la duda de si el artista ha usado acaso, con la discreción debida, del *valor* de los colores, ya que en ciertas figuras salientes ha preferido los tonos secundarios de la escala cromática. Quizá el uso del color azul en el primer plano quita en algo la ilusión de lo lejanos que deben representarse los grupos de ginetes, ó la masa de casas en el fondo de la tela. Los ginetes á galope... si es cierto que la representación del movimiento es la ambición, y á veces la desesperación, de la pintura — ¿no ha sacrificado un poco el artista las actitudes verdaderas, tal cual las percibe el ojo común, á las convencionales que las Academias hasta hace poco han tenido en tanto honor? La impresión de conjunto produce, sin embargo, la sensación de que en realidad están corriendo los caballos, pero las actitudes de éstos son tan aisladas, que es preciso un verdadero esfuerzo del espíritu para buscar la armonía general, pues la vista sólo se encuentra solicitada por figuras parcia-

les. Cierto es que el artista se ha dado cuenta de la dificultad y, en lugar de atacarla de frente, ha adoptado el medio más fácil — y que es á la vez el más común — de preferir los movimientos oblicuos, que presentan así las figuras de tres cuartos.

Según el temperamento de los espectadores, le es más simpático á uno el cuadro pintado con grandes y vigorosas pinceladas, y á otro aquél en el cual no se alcanza á distinguir entre sí las pinceladas mismas. Tela hay en el *Salón* que es notable de este último punto de vista: hay, es cierto, más conclusión en ese género, pero falta quizá la inspiración nerviosa que guía la mano del artista y que á su turno se apodera del espectador, sugestionándolo hasta el punto de que no para mientes en lo inconcluso de ciertos detalles, en cambio de la ilusión general de la escena.

En cambio, contémplese tal retrato en el *Salón*, y se vé cómo el artista, con líneas quizá inconclusas, ha logrado trasmitir la expresión del sentimiento mismo de la fisonomía, deteniéndose en el límite peligroso que separa esa representación de verdadero arte, del meticuloso anhelo de completar todas las líneas, todos los rasgos, todos los detalles — lo que, aun cuando sea exacto, es infiel, porque no es en realidad lo que el ojo percibe.

¿A qué seguir? Nada parece más sencillo á un profano que la pintura, en el sentido de que sabe que sólo debe emplear el color mismo que tienen las cosas al verlas. Pero ahí está la dificultad. La técnica misma del arte contribuye á aumentarla, ya que obliga á los artistas, al familiarizarlos con la preparación de los colores de la paleta, á disasociar los colores que se ven en la naturaleza, y en esa operación á veces no es el ojo el que domina, sino la imaginación. De ahí que á las veces los artistas, obedeciendo á sugestiones de escuela, vean los colores bajo un prisma determinado, como si sufrieran de cierto daltonismo. A eso quizá deben responder esas coloraciones uniformes que en algunas telas del *Salón* se aplican indistintamente á la figura, á los accesorios, al fondo.

Paisajes hay que son encantadores: uno sobre todo, en que la sensación misma de la escena representada se trasmite al espectador, porque el artista sin duda se había connaturalizado por completo con ella, produciendo así sin esfuerzo alguno una ilusión complementaria...

Tiempo es de cerrar este paréntesis; un observador profano—en el sentido de que no es artista ni crítico profesional—sólo puede expresar lo que siente, y no le es dado examinar las telas del punto de

vista técnico, vale decir, estudiando la factura y el procedimiento. Preferimos por nuestra parte conservar la ilusión y gozar de lo bello, aplaudiendo de corazón á los que así saben interpretarlo.

IV

La actual Exposición de Pinturas, Dibujos y Esculturas con que inaugura el Ateneo la institución anual del *Salón* argentino, tiene una importancia singular, y probablemente será recordada más adelante como el primer paso dado en una nueva evolución de la cultura nacional.

Cierto es que antes de ahora han habido aquí exposiciones parciales de cuadros, pero no lo es menos que ninguna ha revestido los caracteres de solemnidad de la presente, ya que es también la vez primera que se ha formado un centro intelectual como el Ateneo, en el que estén representados los elementos nacionales de cultura literaria, científica y artística.

En el presente *Salón* se encuentran telas de todos los pintores argentinos, por lo menos sólo uno no ha podido concurrir por causas ajenas á su deseo. Ex-

ceptuado, pues, á Mendilaharzu, tenemos en el *Salón* á Ballerini, Caraffa, Della Valle, Rodríguez Etchart, Schiaffino y Sivori. Es la verdadera pléyade artística argentina y puede decirse que, salvo contadas excepciones, muchos de ellos han merecido recibir del Gobierno estipendios para ayudar á costear su educación técnica en Europa. Pero esa intervención oficial ha parado ahí, dejando la obra á mitad de camino, y mereciendo que se censure tal sistema de estipendios si no ha de obedecer á un plan lógico, porque de lo contrario sería un milagro que no se convirtiera en un simple favoritismo, más ó menos inteligente, pero no por eso más justificado.

El método de los estipendios no es el conveniente, por lo menos en su forma absoluta y exclusiva: puede servir para perfeccionar, pero no debe emplearse para formar. Ciertamente, principio quieren las cosas y cuando se trata de echar las bases de una pintura nacional, no había otro temperamento sino el de los estipendios para poder obtener un núcleo de artistas argentinos. Pero hoy que dicho núcleo existe es indispensable utilizarlo, y proseguir la obra iniciada ya con tanto éxito. Si queremos tener pintura nacional — para concretar una cuestión que en realidad es la del arte nacional y de la educación artística correlativa — es el momento de que nos ocu-

pemos de ello, so pena de esterilizar el resultado obtenido.

El núcleo de artistas nacionales, al regresar á la patria, ha sido al parecer sistemáticamente ignorado por los gobiernos mismos que habían contribuído á formarlo, costeando su educación en Europa. Se ha hecho caso omiso de ellos, se ha afectado no reconocer sus méritos, y en todos aquellos casos en que el Estado está virtualmente obligado á proteger el arte nacional — cuando existe, como en el caso actual — se ha ido á buscar artistas extranjeros, á veces de mérito, no pocas, simples *fatticoni*, según la vigorosa locución italiana. ¿ Se le ocurre al Gobierno decorar tal ó cual salón de sus Palacios con cuadros que representen tal ó cual hecho histórico, ó con retratos de tal ó cual personaje, ó con pinturas murales ? No se escatima el dinero : se paga con munificencia, pero se recurre generalmente á algún *fatticone* cosmopolita, como si no existieran artistas nacionales ! Pues bien, ese vergonzoso estado de cosas debe cesar.

Esa es justamente la cuestión que plantea elocuente el *Salón* del Ateneo. Es tiempo de que demos su lugar en la vida nacional al arte argentino ; es preciso organizar la enseñanza artística de una manera formal. ¿ Cómo ? He ahí la cuestión que debe preocupar á los que, por su participación en el go-

bierno, están en actitud de realizar esa reforma.

¿Es el núcleo de artistas argentinos suficiente para basar sobre él toda la organización de la enseñanza técnica, á fin de dar á la misma un carácter marcada y exclusivamente nacional? ¿Deben establecerse Academias locales de dibujo en algunas provincias, ó es suficiente la creación de una Escuela Central de Bellas Artes? ¿No sería preferible fomentar más bien, suvencionándolos, talleres libres en que cada artista pudiera tener un número determinado de discípulos, que estarían así en más íntimo consorcio con el maestro? ¿No será indispensable crear Museos escogidos para contribuir á dicha enseñanza y para formar el gusto general? ¿No exige la índole misma de este país nuevo y ultramarino que se conserve el sistema de estipendios, pero de estipendios generosos, para coronar la enseñanza artística premiando á los más meritorios entre los alumnos? Es preciso solucionar el problema en una ú otra forma.

Fuera de duda está que ni el genio ni el talento, ni las aptitudes artísticas por lo tanto, son patrimonio exclusivo de determinadas naciones ó razas de climas señalados. Cierto es que el atavismo da la apariencia engañosa de regla al hecho de madurar principalmente en las sociedades viejas y normalizadas, esos

talentos especiales. Pero eso no implica que no puedan aparecer á su vez en cualquier rincón de la tierra, aun cuando sólo fuera en mérito de la misteriosa reacción atávica, que hace reaparecer en un descendiente cualquiera las cualidades ó tendencias de algún antepasado cuyo recuerdo se había ya borrado. Puede, pues, suceder eso: mas ello no bastaría sólo para que pudiera revelarse ese talento en germen. Necesitaría que el ambiente fuera favorable siquiera en el sentido de que sus inclinaciones ó su vocación no fueran contrariadas.

Para ello, ateniéndonos al caso de la pintura, que es lo que en estos momentos nos preocupa, sería indispensable que aun en los centros más secundarios las escuelas generales tuvieran cursos de dibujo, y que en el país hubiera por lo menos una Escuela Central, donde los maestros locales que hubieran encontrado decidida vocación artística en cualquier educando, pudieran enviarlo, á fin de hacer estudios especiales y detenidos de la técnica del arte.

De lo contrario, sólo la Providencia sabe cuántos artistas de genio sucumben en su albor, por no poder dar á conocer su vocación ó perfeccionarla después.

Y bien ¿existe algo de eso entre nosotros? La enseñanza del dibujo en los colegios generales no puede ser más deficiente, y en cuanto á Escuela Central ¿puede darse ese nombre á la titulada Academia de Be-

llas Artes, sostenida por una sociedad privada, luchando contínuamente con escasez de recurso? El mismo Congreso así parece considerarlo cuando hasta le retiró la mísera subvención que, á guisa de limosna artística, le acordaba antes. Meritorio esfuerzo de los maestros que en dicha Academia persisten en enseñar; noble y generoso empeño de parte de los miembros de la sociedad que trata de sostener aquel lánguido Instituto; todo ello merece el más profundo respeto, pero desgraciadamente no nos impide reconocer que carecemos de una verdadera Escuela Central de Bellas Artes.

Sería menester organizar debidamente una Escuela semejante, y cuidar en ella de la parte práctica y teórica, vale decir, de las clases de dibujo, de yeso y demás cursos, y de la enseñanza del alma misma del Arte, es decir, de su filosofía, de su estética. De lo contrario sería como organizar una Escuela de Música en la cual sólo se enseñara la ejecución mecánica y el dominio material de los instrumentos, sin idea de la composición, del contrapunto, ni de la teoría misma de la música.

Pero eso sólo no basta. Para formar el gusto la teoría sola es insuficiente, sobre todo en materia de pintura. Los mejores tratadistas tropiezan con ese inconveniente, pues la más fiel reproducción de un

cuadro—á pesar de la extraordinaria perfección que en la epoca contemporánea han alcanzado las artes gráficas—no llega sino á dar una pálida, muy pálida idea del original, ya que escapa el colorido y las suavísimas caricias del pincel; sólo queda el dibujo y la tonalidad de las masas generales. Es, pues, necesario ver y ver obras maestras.

He ahí el *quid* insuperable en países como el nuestro.

En el Viejo Mundo, donde las distancias son relativamente cortas y donde los tesoros artísticos están profusamente repartidos en múltiples lugares, tanto que casi, y sin casi, obligan al cultor del arte á largas peregrinaciones por todo el continente para poder apreciar bien las maravillas de otras edades, —allí, aun cuando se tropieza con la misma dificultad en tal ó cual lugar relativamente secundario, es más fácil subsanar el mal con escursiones frecuentes á los museos vecinos. Pero en esta región del mundo la dificultad apuntada reviste caracteres casi insuperables. Hay material imposibilidad de formar nuevos museos de ese género, aun cuando para ello se dispusiera de torrentes de oro. Las naciones viejas son celosas hasta lo increible en la guarda de sus tesoros artísticos, y ni aun permiten que las reliquias de esa naturaleza en poder de los particulares emi-

gren al extranjero: ¡bastará sólo recordar el reciente caso de Italia con motivo de la venta de la galería Borghese, de Roma.

Los Estados Unidos, que se encuentran en análoga situación á la nuestra, y que ya se han preocupado hondamente de obviar esa dificultad, han tenido que recurrir al temperamento de formar vastos y metódicos museos de reproducciones y de copias, y han empleado para ello á los más meritorios artistas de esa legión secundaria que llena de caballetes las salas de los museos europeos, copiando y volviendo sin cesar á copiar las obras maestras, sea para encarnarse hasta lo posible la *manera* venerada, sea para satisfacer la exigencia de los que desean poseer en sus casas siquiera el reflejo de la obra que más íntimamente hiciera vibrar las fibras de su alma. No se escapa, sin duda, que tal temperamento es tan sólo un *pis aller*, pero ¿qué hacerle? ¿existe acaso otro mejor?

Museos de ese género servirán para despertar el gusto y esbozar el criterio, pero no bastarán para formar al artista, como no han sido bastantes las esplendidísimas colecciones de ese género que encierra el *South Kensington Museum* en Londres, á impedir que los pintores ingleses emprendan la peregrinación de Flandes ó de Italia, ó corran á los museos continentales, á empaparse en la muda y ávida con-

templación de las obras de arte allí guardadas.

De ahí que, más que en parte alguna, fuera indispensable mantener el sistema de los estipendios, como coronamiento de la educación artística en nuestro país, pero acordándolos como premio á las aptitudes demostradas y á los esfuerzos hechos durante largos años de cursos metódicos.

Se comprende en rigor que se acuerden estipendios á ciegas cuando no existe otro procedimiento y se quiere formar un núcleo de maestros para entregarles la enseñanza técnica. Pero una vez que ese núcleo existe, es ilógico seguir con el sistema viejo. No sólo tiene ello todos los inconvenientes de que adolece lo que tan sólo del favor depende, sino que quizá su resultado fuera contraproducente, como lo ha sido en varias ocasiones, sin que sea menester citar nombres propios.

De una vez por todas es preciso aprovechar la oportunidad, y así como se preocupan los poderes públicos de la educación general, de la misma enseñanza técnica, con Escuelas de comercio, etc., debe hacerlo con la educación artística, y organizar á ésta de una manera seria. Una vez establecida la Escuela Central de Bellas Artes, los estipendios que se determinaran serían acordados en concursos anuales ó en forma análoga.

Sería desconocer la cuestión misma no adelantarse al argumento que flota en los labios del lector: ¿cuál es el resultado que han producido los famosos *prix de Rome* franceses, y los estudios en la *Villa Medicis?* ¿No están acaso plagados los museos galos de obras de aquellos laureados, y no son ellas telas frías, convencionales y sin interés?

Ello es exacto en tesis general. Pero el mal no está en el *prix de Rome*, sino en la institución misma de la *Villa Medicis*, si es que no reside en el carácter estrechamente académico, y por lo tanto un algo convencional, de la enseñanza en los diversos talleres de la Escuela de Bellas Artes de París. El estipendio, como premio á estudios terminados, es excelente en cualquier parte, indispensable en nuestro país, pero á condición de que los que gozen, trabajen libremente en los talleres de los maestros cuyo estilo más seduzca su espíritu.

Porque también es preciso evitar el caer en el error cometido en otras partes, donde las Academias oficiales sirven sólo á un arte, por decirlo así, oficial, esto es convencional y alejado de las corrientes de la vida actual. Ese es el defecto en que fatalmente incurren todas las clases de Academias y que parece residir en la esencia misma de la institución.

Pero entonces ¿volveríamos al sistema clásico de

la *bottega* medieval, en la cual los discípulos de los pintores eran á la vez aprendices del oficio? Revivir esa institución sería quizá anacrónico, por más hermosos que hayan sido los frutos que diera entonces.

Y los talleres libres contemporáneos sólo pueden tener vida propia, cuando hay un gran número de discípulos que se congregan al rededor de famas reconocidas. Este es, sin duda, el mejor sistema, pero ¿sería acaso aplicable entre nosotros, sobre todo en el momento presente?...

V

¿Puede apreciarse ya el éxito del *Salón*? Creemos que sería prematura la respuesta.

Nuestro público no está habituado á esa clase de espectáculos, ni nuestra prensa cuenta en su cuerpo de redacción con los críticos profesionales que guían, ilustran é interpretan el gusto y el criterio del público. De ahí que en estos primeros días se note algo como una sorpresa en el público que puede interesarse por ello, y que se haya visto la gestación laboriosa de críticos de arte en formación, en casi todos nuestros diarios.

No es esto una crítica, sino simplemente la exposición de los hechos. Ni ello podría dar mérito á formular reproche alguno contra el público ó la prensa. Porque, siendo este espectáculo, con el carácter que tiene, una verdadera novedad aquí, ¿cómo habrían podido existir críticos de arte, cuando nada han tenido que juzgar antes, ni ocasión siquiera de formar el propio criterio con la contemplación de obras maestras de otras edades, ya que en este país se carece en absoluto de museo de ese género? Ha sido, pues, menester improvisar, y se ha visto acontecer lo de siempre, que en algunos casos el talento ha suplido á la experiencia, y que la intuición y la cultura general han permitido realizar tal *tour de force*, que, á primera vista, el lector profano ha podido creer que leía el juicio de un crítico profesional.

Verdad es que á las veces esa misma improvisación ha obligado al incipiente crítico á usar de una severidad feroz, para sentar plaza de un gusto difícil hasta lo amanerado, en vez de exponerse á alabar en falso alguna obra que pudiera resultar más ó menos detestable.

De ahí los fallos en estilo de oráculo que han envuelto en la misma condena á tirios y troyanos. Y todo ello á raíz de una sola y rápida visita al *Salón*, exactamente como los que, contando docenas de años

de ejercer el oficio de críticos profesionales, tienen al dedillo todos los detalles, conocen de antemano y de memoria á todos los artistas, con sus cualidades, sus defectos y sus *trucs*, y así en una sola visita pueden juzgar con más ó menos acierto y emitir sobre la marcha su opinión.

Imitar ese procedimiento en el caso nuestro, era exponerse á un fracaso, y más de uno ha caído envuelto en las propias redes tendidas involuntariamente.

Pero el año próximo será otra cosa, y así como la exposición del *Salón* tendrá un carácter más armónico, así la crítica estará más preparada y podrá ser más equitativa. Excusado es repetir el eterno estribillo de las excepciones honrosas, etc., etc.

Todo ello representa, pues, un verdadero movimiento intelectual, pues fuerza al espíritu á ocuparse de la Belleza, del Arte y de todo lo que hay de más noble, provocando la aparición de nuevos talentos que encuentren en la crítica artística una actividad apropiada á las tendencias de su espíritu.

Y si tal sucede con lo que á la prensa se refiere, ¿qué puede decirse del público? Tiene forzosamente que estar algo desconcertado.

Sin duda entre nosotros se cuentan por centenares los que en sus viajes han estudiado los museos artís-

ticos al visitarlos, como pueden apreciarse por decenas los que de esos mismos viajes han traido colecciones, más ó menos escogidas, de obras de arte, que adornan sus mansiones, que las convierten á las veces en museos en miniatura, y que en algunas de ellas permiten tributar cumplídisimo elogio al buen gusto del Mecenas. Pero esos grupos no forman sino una escasa minoría en este medio millón de citadinos.

El resto del públicо, la inmensa y abrumadora mayoría, sólo aprecia lo que se llama Arte por las exhibiciones industriales de pinturerías y bazares, en que los cuadros están entre surtidos de felpudos ó de instrumentos de mecánica, ó las esculturas entre el oropel del *article de Paris*.

En el *Salón*, ese público se encuentra ante obras originales, en el sentido de que no hay copias, y ante un esfuerzo propio nacional, que no ha llegado importado al país con el juicio hecho ya en Europa y con la eterna admiración de *cliché*. Hay que juzgar, y el espíritu, habituado á apreciar el mérito de lo importado por la firma del autor y por la *réclame* más ó menos interesada de allende los mares y que á veces es fabricada tan sólo *pour l'exportation*, se encuentra en figurillas ante obras nuevas, de autores nuevos, sin existir el juicio previo de

otros. De ahí que no sepa qué hacer, y es curioso observar esas indecisiones en los concurrentes al *Salón:* no están convencidos de si algo es bueno ó malo, admiran ó critican un poco al azar, mirando precaucionalmente al rededor para ver, por el efecto causado, si están en la buena ó en la mala vía. Es el criterio naciente que se arrastra gateando, aún inseguro, pero que se fortificará poco á poco.

Por este lado también es evidente que el *Salón* del año próximo tendrá ya un público más "hecho" y que experimentará mayor placer en concurrir, porque tendrá más formado su criterio y podrá apreciar mejor las obras expuestas.

Todas estas razones contribuyen, pues, á robustecer la opinión de que el presente *Salón* será un éxito, y que producirá resultados benéficos para la cultura intelectual del país.

El Ateneo, pues, se ha hecho acreedor al aplauso de todos los que se interesan en el adelanto nacional, y sin duda acrecentará sus méritos en este sentido si sigue realizando, con la misma prudencia y discreción que hasta ahora, el resto de su programa conocido este año: las audiciones de música clásica en *matinées* todos los primeros domingos del mes, y las conferencias sobre temas generales durante el invierno. Hay en el Ateneo vida y vida robusta:

justo es, pues, reconocerlo y desearle el mayor éxito en su campaña.

¿Será ésta efímera como muchos lo suponen? ¿Fracasará á la larga por el desaliento de los unos ante la indiferencia de los más? Preguntas son estas que sería aventurado contestar ahora: demos al tiempo lo que del tiempo es. Los antiguos acostumbraban decir: *oremus et laboremus* — ese lema debería igualmente ser el del Ateneo.

Mayo de 1893.

XIV

LA CIENCIA JURÍDICA ARGENTINA

EL DOCTOR MANUEL OBARRIO

Su comentario al Código de Comercio (1)

La ciencia jurídica argentina está recién en embrión: los juriconsultos, puede decirse, aún no se han asimilado el derecho novísimo. Vamos recién á entrar en el período brillante de las grandes producciones, á las que se deberá la formación laboriosa de nuestra jurisprudencia y la renovación de la ciencia argentina.

(1) *El Código de Comercio argentino concordado y comentado*, por Manuel Obarrio, catedrático de Derecho Comercial y Penal en la Universidad de Buenos Aires, tomo I, Buenos Aires, 1877. 1 v. en 8º de 698-VII páginas; tomo II, Buenos Aires, 1882 (principió á imprimirse en 1880, cuya fecha lleva el volumen). 1 volumen en 8º de 388 páginas.

Hace tiempo, sin embargo, que se viene anunciando este movimiento y los precursores de él han dejado jalones duraderos en el difícil camino recorrido. Sin remontar al libro del doctor Somellera sobre *Derecho Civil;* el doctor don Carlos Tejedor ha dejado dos obras importantes sobre nuestro *Derecho Comercial y Criminal;* el doctor don Vicente F. López, sobre el *Romano;* el doctor don Carlos Alvárez, sobre el *Canónico;* el doctor don Luis V. Varela, sobre *Derecho Civil;* los doctores Zavaleta y Lamarca, sobre *Economía Política;* el doctor don Amancio Alcorta, sobre *Derecho internacional* y *Economía política;* el doctor don Antonio E. Malaver, sobre *Procedimientos;* el doctor don J. J. Montes de Oca, sobre *Enciclopedia jurídica;* el doctor Obarrio sobre, *Derecho penal y comercial;* el doctor Pérez Gomar, sobre *Derecho natural y mercantil;* el doctor Ferreyra, sobre *Derecho administrativo;* el señor don José M. Estrada, sobre *Derecho constitucional;* el doctor Onésimo Leguizamón, sobre *Derecho internacional;* el doctor Vélez Sarsfield, sobre *Derecho eclesiástico* y tantos otros que han dejado tras sí obras acabadas ó simples conferencias de cursos universitarios. Hay, además, una serie de monografías sueltas debidas á jurisconsultos notables, otros trabajos forenses de indisputable mérito, y entre las numerosas tesis pre-

sentadas en nuestra Facultad de Derecho hay muchas que han hecho, con justicia, época en la literatura jurídica argentina: largo sería citar nombres, que abundan en estas materias, bastaráme recordar como modelo de monografías la del doctor don José M. Moreno, sobre *Quiebras;* de trabajos forenses, el del doctor don Antonio E. Malaver sobre el *pleito Basavilbaso;* de tesis, la del doctor Pedro Goyena sobre *Posesión*.

Hay, pues, una verdadera literatura jurídica argentina. La legislación patria ha sido ya casi completamente reformada por Códigos que son ley, ó Proyectos de Códigos que están en vísperas de ser sancionados. Puede, por lo tanto, hablarse con justicia de una ciencia jurídica argentina.

Pero recién entramos en el período de los verdaderos *Comentarios*, de las obras fundamentalmente sólidas que sólo pueden venir cuando existe una jurisprudencia y una literatura jurídica nacional.

El doctor don Lisandro Segovia ha llevado á cabo el primer *Comentario* completo del Código Civil Argentino: la ciencia del autor y el mérito de la ejecución responden, sin duda, á la magnitud de la tarea; pero su obra, por ser la primera, es imperfecta y será sin duda sobrepasada por otras de mérito supe-

rior, lo que, repito, no hace desmerecer en nada la importancia del trabajo.

El doctor Obarrio ha emprendido su obra con plan más vasto y materiales más sólidos. El trabajo del doctor Segovia es más sintético, el del doctor Obarrio más analítico. El primero se compone de una serie de anotaciones, el segundo es un verdadero comentario. El primero es un trabajo de consulta, el segundo de estudio.

Para examinar detenidamente la obra del doctor Obarrio, conviene recordar su origen y su alcance. Preciso es conocer las vicisitudes porque ha pasado nuestra legislación comercial, y los materiales de que podía disponer el autor, tanto bajo el punto de vista de la jurisprudencia como de la literatura jurídica, para poder asignar á su obra el lugar que le corresponde. Hecho esto, podrá examinarse el trabajo bajo el punto de vista del método que lo domina, de la manera que ha sido ejecutado y de las doctrinas que sostiene. Recién entonces será llegado el momento de clasificar los méritos como los defectos de una obra, que merece, á la verdad, muy detenido estudio.

Las páginas que siguen serán, sin embargo, más de bibliografía que de crítica.

I

Ante todo: ¿quién es el doctor Obarrio? ¿se halla preparado para desempeñar la tarea del comentador?

No es mi ánimo trazar la biografía del doctor Obarrio, ni analizar menudamente sus buenas como sus malas cualidades. Confieso que procedo un poco sin el debido método, agolpando datos y recordando detalles que servirán más tarde al verdadero crítico.

El doctor don Manuel Obarrio es de aquellos que, según el poeta, han pasado el clásico *mezzo dal camin di nostra vita;* nació el 27 de marzo de 1836, graduándose á los 20 años, si bien se recibió de abogado recién en 1859, en aquella memorable sesión de la extinguida Academia que tanto ruído hizo, á juzgar por el encomiástico artículo que al respecto publicara entonces *El Foro*. Había pronunciado el discurso de apertura de las sesiones de la Academia en 1858, entre el del doctor don Manuel Quintana (1857) y el del doctor don Nicolás Avellaneda (1859).

Los abogados de la época recuerdan con agrado la benéfica influencia de la *Academia teórico-práctica de Jurisprudencia* y del *Colegio de Abogados:* el

doctor Obarrio fué secretario de la primera y celador fiscal de la segunda, junto con los doctores Vélez Sarsfield, Acevedo, Pérez, etc.

En nuestro país las inteligencias que descuellan están obligadas á pasar fatalmente por la arena política; desde 1860, en que el doctor Obarrio fué secretario de la Convención reformadora, ha sido varias veces diputado y senador, y formó parte de la Convención de 1873.

Juez del Crímen durante la administración de Saavedra, es desde 1872 catedrático de Derecho Penal y Comercial de nuestra Universidad, formando parte de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales después de la reorganización universitaria de 1874.

Estos datos son siempre útiles para poder apreciar las aptitudes de un escritor en tanto cuanto demuestran la preparación que ha tenido. Los artículos de *El Foro* á que he hecho referencia, le muestran como profundamente versado en las antiguas leyes romanas que forman aún hoy día la base fundamental de nuestro derecho.

En una época en que las ilustraciones universitarias se distinguían por la rapidez con que, á la indicación de las primeras palabras que encabezan una ley cualquiera de las Partidas ó del Digesto, repetían incontinenti y sin variar punto ni coma las intermi-

nables disposiciones escritas en la fabla antigua del Rey Sabio ó en el latín bizantino del clásico Justiniano; el doctor Obarrio se hizo notable por la precisión con que conociera esas venerables legislaciones, cualidad que hasta el día de hoy conserva. Y á fe que esto no es, en la intención del que estas líneas escribe, un verdadero elogio: la novísima legislación argentina, codificado ya en leyes ó en proyectos, ha tomado á los abogados de la antigua escuela un tanto desprevenidos, por cuya razón los que han estudiado los nuevos códigos se han visto obligados á especializarse en alguno de ellos. De ahí que el doctor Obarrio, si bien sea autoridad en materia comercial y criminal, deje traslucir, tanto en sus conferencias universitarias como en lo que ha publicado, algunas ligeras deficiencias en otros ramos de las ciencias sociales, como ser — para no citar sino al acaso — en lo que al Derecho Internacional Privado, y á la Economía Política se refiere.

Es el doctor Obarrio un hombre relativamente joven, que goza de esa buena salud que influye tan extraordinariamente en el carácter. Cualquiera al verle creería que se encuentra ante uno de esos hombres violentos y arrebatados, en los cuales domina la pasión difícil á veces de moderar: y es con asombro que al poco tiempo se convence el más incrédulo, que

tiene que habérselas con una bondad y una benevolencia singulares. El doctor Obarrio no es quizá uno de esos trabajadores fuertes, que haciendo abstracción de lo que le rodea, pueda seguir un plan con energía imperturbable; por el contrario, los asuntos de la profesión, las mil ocupaciones de la vida diaria distraen demasiado su espíritu, que necesita, para producir, la tranquilidad y la calma.

Tiempo es ya, sin embargo, que entre á pecisar los antecedentes que precedieron la obra de que voy á ocuparme, señalando las cualidades ó defectos de que adolece.

Acaba de publicarse el tomo II de la obra. Y conviene ante todo decir con franqueza que si algún reproche merece es sin duda la lentitud con que se publica, lo que forzosamente traerá por consecuencia que el tomo I no esté absolutamente al corriente de la ciencia y de la jurisprudencia cuando el último — probablemente tomo VIII ó X — salga á luz. Efectivamente, el tomo I fué impreso en 1877 (1) y si cada volumen requiere cuatro años de intervalo para aparecer, el último se publicará recién en 1909, es decir, de aquí 32 años. Como se vé, el autor necesita proceder con mayor rapidez, tanto más cuanto

(1) Debo observar que habiéndose impreso ambos volúmenes en imprentas distintas, se nota alguna diferencia tipográfica entre ellos.

que estando tan empapado en la materia, su trabajo se halla ciertamente muy adelantado y requiere sólo un poco de buena voluntad para llegar pronto á su término.

En estos tiempos en que, según una conocida expresión, no sin razón se reprocha la demasiada precipitación y el anhelante correr tras un objetivo con febril actividad, buscando antes que todo el beneficio fácil, no podría decirse que el doctor Obarrio es de los que descuidan el saludable precepto: *festina lente*, que hacía que los antiguos sacrificaran con frecuencia á la perfección la abundancia. Pero sea de ello lo que fuere, 32 años para una obra, es mucho en las condiciones de la vida moderna;—el inconveniente es, á la verdad, indiscutible.

Hecha esta ligera observación, se puede entrar de lleno al examen de esta obra que ha conquistado la legítima fama de que goza, debido á su propio mérito, pues no ha sido saludada con esos juicios de diario, á estilo de *golpe de bombo* equivalente á la *réclame* francesa. Verdad es que se ha observado con justicia que dada la índole de nuestro diarismo, que corre únicamente tras la noticia del día, llenando siempre, sin embargo, un par de columnas de editoriales que sólo los viejos partidarios leen y que únicamente para ellos se escriben—resulta que no hay lu-

gar alguno para la literatura ni para la crítica. De vez en cuando aparecen como *Variedades* artículos ligeros, cortados de periódicos extranjeros, y como *folletín* alguna novela cuyo mérito consiste en lo complicado de la intriga, y que apasiona á cierta clase de lectores sin dejar tras sí rastro alguno. Casi nunca aparecen verdaderos artículos literarios, y raro es el diario que se ocupe de dar cuenta de los nuevos libros que se publican: – cuando esto sucede, lo hacen de carrera, habiendo tomado el trabajo de hojear el libro para pescar una que otra opinión, y con ese motivo escriben un artículo á propósito del libro, donde hablan *de onini re scibili et quibusdam aliis*, elogiando desmesuradamente al autor. El público apenas lee semejantes artículos y, si los lee, queda tan enterado como antes acerca del mérito del libro nuevo. Resulta, pues, que no hay verdadera crítica literaria. El diarismo se ha transformado en receptáculo de noticias. De ahí que la obra del doctor Obarrio no haya sido apreciada como es debido por la prensa.

El doctor Obarrio se ha propuesto escribir un verdadero *Comentario* á nuestro Código de Comercio, concordándolo con la legislación y la doctrina de otros países. La obra tiene actualmente tanta mayor importancia cuanto que hace años se trata de refor-

mar dicho Código reconocido deficiente en muchas materias.

II

Los territorios que hoy componen la actual República Argentina estaban gobernados en los tiempos coloniales, en cuanto al régimen comercial, por las famosas *Ordenanzas de Bilbao.* En 1794 principió á regir la célebre *cédula ereccional del consulado*, bajo la cual vivieron los estados del Plata muchas décadas. La época revolucionaria—tomando esta palabra en su más lata acepción—reformó poco el fondo de aquella legislación, dictando es cierto, multitud de medidas dispersas en los *Registros oficiales*, pero casi todas de carácter fiscal. Además, en algunas provincias de la República fué adoptado el *Código de Fernando VII* (1). El mismísimo procedimiento, encarnado en el prudente *Tribunal del Consulado*, subsistió también y causas complejas fueron las que contribuyeron á su reforma.

El Estado de Buenos Aires encargó á dos eximios

(1) Encuentro esta aseveración en las *Lecciones sobre el Código de Comercio Argentino* (Córdoba, 1880, tomo I) del doctor Nicéforo Castellano, pàgina 106.

jurisconsultos—glorias ambas de las ciencias jurídicas de estos paises—la redacción de un *Código de Comercio*, con arreglo á los principios más adelantados.

Para comprender el alcance de estas últimas palabras, bastaráme recordar que la legislación comercial respondía entonces á dos tendencias diametralmente opuestas: á la francesa y á la alemana.

No es de este lugar indagar el origen y tendencias del Código francés de 1807, al que siguieron tantas legislaciones europeas y americanas, sobre todo en las naciones de raza latina. Bastará por el momento á mi objeto, decir que el Código de 1807, tan adelantado para su época, nada decía sobre contratos, seguros terrestres y muchas otras materias importantes: era más bien, según las palabras de uno de sus expositores, "un conjunto de encabezamientos de capítulos para un Código futuro". En la época en que los doctores Vélez Sarsfield y Acevedo emprendieran la confección de nuestro Código de Comercio, conviene notar que el francés había sufrido reformas capitales, como la *ley de quiebras* de 1838 y otras. No estará aquí fuera de su lugar decir que en España se había procurado resolver las grandes cuestiones que el derecho mercantil francés había suscitado, tomándolas ora del clásico Pardessus, ora de la rica jurisprudencia hispana:—éste es, en efecto

el carácter generalmente reconocido al Código de 1829, llamado "de Sainz de Andino". Puede decirse, pues, que obedecían y obedecen á la influencia francesa: el Egipto, Bélgica, Santo Domingo, Grecia, Haití, Holanda y sus colonias, el Bajo Canadá, la isla de Malta, la isla Mauricio, Italia, Mónaco, Rumania, la Polonia rusa; en Suiza, los cantones de Berna (nuevo territorio), Friburgo, Ginebra, Neufchâtel, Tesino, Vaud y Valais. Es preciso añadir la Servia, Turquía, España y sus colonias, como así también los Estados que han imitado su legislación: México, Perú, Brasil, Portugal y colonias, etc.

La tendencia alemana proviene de la *ley cambial (Wechselordnung)* y del *Código de Comercio (Handelsgesetzbuch).* En la época de la redacción de nuestro Código, sólo había sido dictada la primera de aquellas leyes en 1848, pero produciendo una verdadera revolución científica. La *ley cambial alemana* ha sido, como se sabe, algo modificada por las *Novelas de Nuremberg.* Elaborada 40 años después de la ley francesa, resuelve claramente las cuestiones que hace nacer aquella, y adopta teorías completamente nuevas respecto de las condiciones esenciales de la letra de cambio, endoso y otras materias. No considero pertinente entrar á su examen detenido ni al del sábio Código de 1861, ni á las reformas últi-

mamente propuestas. Como la legislación alemana es suficientemente conocida, nada nuevo diré al mencionar la *Koncurs-ordnung* de 1877, que establece principios tan adelantados en materia de quiebras.

La tendencia alemana ha ejercido, como es pública fama, grande influencia en la codificación comercial argentina. El doctor Vélez Sarsfield redactó la parte de letras de cambio, siguiendo en un todo las luminosas teorías que aquel profundo Mittermaier expusiera en la *Revista* de Fœlix.

Nuestro Código Comercial está basado principalmente en el brasilero, y era muy adelantado para su época, sobre todo en la parte de letras de cambio. Redactado en menos de un año, se resiente de esa inusitada precipitación, y tiene, además, un carácter original, porque fué preciso legislar multitud de materias de orden civil, merced á la deficiencia de las leyes hispanas. Presentado á la Legislatura oficialmente en 1857, se le quiso someter á una comisión de comerciantes y jurisconsultos. Y más de una vez he oído que el doctor Ugarte — tan pulcro en cuestiones de redacción — se opuso tenazmente á que se votara sin discusión; pero como el tiempo pasara, Sarmiento trabajó activamente hasta que lo hizo sancionar á tapa cerrada. Esto tenía sus inconvenientes,

cuando se sabe la precipitación con que fuera hecho, pero era con todo un verdadero progreso.

En cuanto al procedimiento comercial, es de notarse que el Tribunal del Consulado estaba profundamente desacreditado, no á causa de su organización teórica — que era bastante buena — sino á causa de ciertas cosas que se notaban en la práctica. Hablo ante los contemporáneos, y de hechos demasiado conocidos para que en ellos se insista. El doctor Barros Pazos atacó en *El Plata Literario* al Consulado, y éste fué suprimido y reemplazado por dos jueces letrados de comercio. Eso sucedía por ley de 29 de octubre de 1862, habiendo sido el Código de Comercio promulgado por ley de 17 de octubre de 1859.

Por ley de 10 de septiembre de 1862, fué declarado nacional por el Honorable Congreso, el código Vélez-Acevedo.

Como se sabe, en nuestra organización federal de gobierno, las leyes sustantivas corresponden á la Nación, y las adjetivas á las Provincias. De ahí que el inciso 11, artículo 67 de la Constitución nacional autorice al Congreso para dictar los Códigos generales, quedando reservado á las Provincias los de procedimientos.

En cuanto al procedimiento comercial, la provin-

cia de Buenos Aires siguió con la organización de 1862 hasta 1874, en que fué reorganizada su administración de justicia ; como ley de procedimiento regirá ahora la sancionada por la Legislatura en agosto 21 de 1880, debiendo tenerse presente la ley de enjuiciamiento civil y comercial de 31 de octubre de 1878, la ley de 23 de junio de 1875, y actualmente el *Código de Procedimientos* de 1880 (1).

En cuanto á las demás provincias argentinas, debe observarse que el procedimiento comercial se rige en ellas por la ley de enjuiciamiento civil ó por la *Cédula ereccional* de 1794.

Casi todas las provincias tienen hoy sus leyes de procedimientos.

San Juan, bajo el gobierno de Godoy, sancionó en

(1) No es de este lugar examinar la serie de trabajos presentados con motivo de la ley de agosto 10 de 1867. Por ella se nombró al Dr. José Domínguez para presentar el *Proyecto de ley de enjuiciamiento civil, precedido de otro sobre organización y competencia de los tribunales* (1868, 1 volumen de xxvi-188 páginas). La ley de julio 20 de 1869 sometió dicho trabajo á una comisión compuesta de los doctores Juan Carlos Gómez, Octavio Garrigós y Juan A. García, quienes se expidieron en 1870 (1 volumen de 221 pàg.). La comisión de la Legislatura, compuesta de los abogados Alcorta, Obarrio, Montes de Oca, Carranza Viamont é Insiarte, sustituyó el nuevo trabajo por otro (1873, 1 volumen de xxix-172 pág.). La Suprema Corte de Justicia en 1875 presentó un nuevo Proyecto (1 volumen de 116 pág.), y ese fué el texto, con ligeras alteraciones, de la ley de 1878, que, debido al trabajo posterior del diputado Bermejo (1 volumen de 141 pág.) fué transformado en el Código actual de 1880.

Julio 14 de 1869 su *Ley orgánica del poder judicial* (1). Santa Fé, por ley de junio 7 de 1871, ordenó la confección de un Código de Procedimientos (2). Mendoza, por ley de agosto 14 de 1872, hizo lo mismo, y su ley de diciembre 5 de ese año (3) puede decirse que reformó benéficamente la vigente de 1860; posteriormente, en virtud de la ley de noviembre 15 de 1879 se ha iniciado una reforma (4). Tucumán, por ley de enero 17 de 1872, inició la codificación, y se nombró á los Dres. Benjamín Paz, Arsenio Granillo y Angel M. Gordillo, los que confeccionaron un Código verdaderamente notable (5), convertido en ley en noviembre 27 de 1873, la cual fué reformada en enero 13 de 1875, agregando algunos títulos. Corrientes encargó al Dr. Lisandro

(1) Un volumen de 132 páginas. El articulo 1097 dice: "Quedan adoptadas como doctrinas legales en materia criminal y comercial las obras del doctor Carlos Tejedor, sobre ambas materias". Tiene 1099 articulos.

(2) El gobierno encomendó la tarea à los doctores Severo Basavilbaso, Tomás Puig y Pedro L. Fúnes, quienes se expidieron en Abril de 1872 (Rosario, 1876).

(3) La comisión compuesta de los Dres. Juan C. Albarracin, Nicanor Larrain y Felipe Correas se expidió en octubre 27 de aquel año. El trabajo fué impreso en Santiago de Chile (1873, 1 volumen de 135 páginas).

(4) La comisión (C. S. de la Torre, José V. Zapata, Federico Corvalàn), dió á luz su *Proyecto* en un volumen de 132 páginas.

(5) Tucumàn, 1875, 1 volumen de XXII-526 pàginas. Hay 1301 articulos, 241 notas ilustrativas, formularios, etc.

Segovia su *Proyecto* (1), quien lo basó en el trabajo antes mencionado del Dr. Domínguez. Santiago del Estero encomendó en octubre 11 de 1875 análogo trabajo al Dr. Pedro Rueda (2). Entre Ríos, en 1875, se incorporó al movimiento (3) y sancionó su Código por ley de mayo 9 de 1876. Córdoba, en agosto 2 y octubre 15 de 1875, organizó esa legislación (4), cuya reforma fué encomendada al Dr. Isaias Gil en enero 13 de 1881 (5).

En la Capital Federal, la administración de Justicia fué organizada por ley de diciembre 15 de 1881 : al instante se inició una reforma, y el mismo Dr. Manuel Obarrio ha proyectado una parcial en materia penal, mientras el Dr. Amancio Alcorta está encargado de la reforma en lo civil y comercial.

(1) Impreso en Buenos Aires, 1875. 1 volumen de IX-51 páginas). Tiene 137 artículos.

(2) Rosario, 1875. 1 volumen de LXI-314 pàginas. El Dr. Rueda había confeccionado otro trabajo parecido por encargo de Santa Fe en 1867.

(3) La comisión (Miguel M. Ruiz, Manuel de T. Pinto, Vicente P. Peralta) presentó el *Proyecto* (Concepción del Uruguay, 1876, 1 volumen de XX-278 páginas). Tiene 1000 artículos. Véase al respecto el libro del Dr. Tabossi: *Manual de la prueba en materia civil y mercantil*, Uruguay, 1881, 1 volumen de 121 páginas.

(4) Córdoba, 1875, 1 volumen de 121 páginas. En la edición oficial están incorporadas otras leyes secundarias.

(5) El notable trabajo del Dr. Gil se publicó en Córdoba en 1882. 1 volumen de XXII-215 páginas.

Volviendo al Código de Comercio recordaré, por vía de curiosidad, que atacado el doctor Vélez Sarsfield como si en él nada hubiera trabajado, contestó en *El Nacional* poniendo en la imprenta á disposición de los críticos sus manuscritos sobre letras de cambio y otras materias. Según he sido informado, estos manuscritos deben existir en poder de su familia. El doctor Quintana tenía hasta hace poco algunos, pero parece que se referían á citas de Códigos ó ampliaciones. El doctor Moreno tenía también los manuscritos de Vélez Sarsfield referentes á quiebras.

Desde temprano inició el doctor Domínguez una campaña contra el *Código* en las columnas de aquel curioso *Foro*, hoy casi agotado. Algunas de sus indicaciones eran bastante prácticas, mereciendo que aún hoy día se tengan en cuenta.

Sólo de paso citaré el *Índice ó repertorio alfabético del Código de Comercio*, por el doctor don Angel Navarro, impreso en esta ciudad en 1863 (en 8°, 31 páginas), y la pequeña publicación de P. V. Goyena : *Cuestionario Comercial ó Tabla analítica*, de 1879. En cuanto al procedimiento, publicó en 1879 el doctor don Alberto Navarro-Viola sus *Términos jurídicos* (en 8°, 34 páginas).

En ninguna parte se nota más el movimiento de la crítica científica, ó el reflejo de ella, sobre nuestra

legislación, que en las tesis de nuestra Facultad de Derecho. Examinando sus archivos — no muy completos por cierto — he encontrado que el movimiento crítico en materia comercial va cada día en mayor aumento.

El impulso fué dado por la ley nacional de 30 de septiembre de 1870, ordenando estudiar las reformas que fuera necesario introducir en el Código Comercial, y el decreto de 14 de octubre del mismo año, nombrando para dicho objeto á los doctores don Sixto Villegas y don Vicente G. Quesada. Examinaré brevemente los trabajos de esta Comisión, impresos en 1873, bajo el título de *Proyecto de Reformas al Código de Comercio de la República Argentina.* (Buenos Aires, 1873, en 8° de 601 páginas).

La ley de 27 de septiembre de 1870 estableció que las reformas debían reducirse á las "actuales necesidades del comercio de la República, y á la práctica de los tribunales nacionales y provinciales".

Los doctores Vélez Sarsfield y Acevedo, al remitir en 18 de abril de 1857 su *Proyecto de Código* al Poder Ejecutivo, exponen claramente las razones que les obligan á "suplir todos los títulos del Derecho Civil que á nuestro juicio faltaban para poder componer el Código de Comercio", por cuya razón interpolaron como 30 capítulos de materias exclusivamente

civiles. Promulgado en 29 de septiembre de 1869 el actual *Código Civil* de la República, redactado también por el doctor Vélez Sarsfield, las disposiciones de ese carácter incluídas en el *Código de Comercio* se tornaban inútiles; y como el *Código Civil* estaba mucho más adelantado que el de *Comercio*, resultaba que muchas disposiciones eran contradictorias. En esa situación la jurisprudencia aplicó el *Código Civil*, pero era necesario purgar al de *Comercio* de aquel bagaje inútil. Esta era, pues, la primera tarea de la Comisión revisora, compuesta de los doctores Villegas y Quesada. Estos, en su *Proyecto de Reformas*, armonizan ambas legislaciones, conservando sólo las disposiciones de carácter de excepción, pues llenan objetos especiales, y caen bajo el dominio de jurisdicción distinta. Esto ya era considerable, si se recuerda que cerca de 368 artículos de los 1755 del *Código de Comercio* estaban incluídos en el *Código Civil*.

La Comisión revisora trató de consultar "los intereses del comercio" como la ley lo exigía, llamando á su seno repetidas veces á comerciantes acaudalados, á banqueros poderosos ó á corredores entendidos. Proponíales las reformas que creía convenientes, y allí se discutía la teoría controlada por la práctica diaria del comercio. Así, por ejemplo, fueron re-

dactados los títulos referentes á *cheques*, *Bolsas de comercio*, *cuentas corrientes*, materias no legisladas absolutamente en el Código vigente.

Y en cuanto á las demás disposiciones del *Código*, la Comisión trató siempre de reformarlas, armonizándolas con la legislación comparada, pues, como bien lo dice: "las letras de cambio, sociedades mercantiles, el comercio marítimo, los seguros, las quiebras, etc., no afectan únicamente á los habitantes de la República, puesto que se ligan íntimamente con todos los pueblos con los cuales comercia la Nación". Esta tendencia merece, en efecto, sincero aplauso.

Pero debe criticarse la manera cómo tratara la Comisión la parte referente al comercio marítimo; quizá habría sido allí necesario más detenido estudio. Sin embargo, nada es más facil que criticar reformas proyectadas ya, como nada es más difícil que proyectarlas. El trabajo de la Comisión revisora tiene, imparcialmente hablando, un serio y real mérito, aunque adolezca de bastantes imperfecciones. Los que han venido después, sembrando sobre un terreno arado ya, han tenido simplemente la fácil tarea de perfeccionar y de pulir. De esto debe, con todo, felicitarse el país, pues redunda en provecho común.

No entraré á citar ni menos á analizar las numerosas tesis presentadas ante nuestra Facultad sobre

materias comerciales. Lo he hecho en parte en otro lugar (1), y además habría que hacer á un lado muchas de no gran mérito, y esta clasificacion siempre es odiosa. Me bastará recordar alguna que otra, como la del doctor don Estanislao S. Zeballos (*Apuntes sobre las Quiebras, á propósito del proyecto de Reformas.* Buenos Aires, 1874, 1 v. en 8° de 70 pág.), la del doctor don Miguel Goyena (*Estudios sobre los seguros marítimos.* Buenos Aires, 1872, 1 v. en 8° de 122 pág.) y tantas otras cuyo mérito conocen los que de estas materias se ocupan.

Las obras clásicas de Derecho Comercial argentino no son numerosas. El doctor don Cárlos Tejedor tiene su *Curso de Derecho Mercantil, arreglado al Código de Comercio y concordado con el Código Civil* (Buenos Aires, 1863, 1 vol. en 8° de 445 pág., VI cap.).

El doctor don José María Moreno su interesante monografía expositiva : *Estudio sobre las quiebras, disertación leida en la Academia teórico-práctica de Jurisprudencia* (Buenos Aires, 1864, 1 vol. en 8° de 268 pág.). Ultimamente el doctor don Amancio Alcorta publicó sus *Estudios sobre el Código de Comercio* (Buenos Aires, 1880, 1 vol. en 8° de 211 pági-

(1) En el artículo: "*Una nueva obra de Derecho comercial*" publicado en "*La Nacion*" del 25 de Agosto de 1880.

nas), importante obra sobre la que habrá que volver más de una vez en el curso de este artículo, y que fué objeto del análisis publicado por el que esto escribe, en el diario *La Nación* (1). Y el doctor don Nicéforo Castellano, que ha dado á la *Nueva Revista* su artículo *Estudio sobre la quiebra* (2), tiene sus *Lecciones sobre el Código de Comercio argentino* (Córdoba, 1880, tomo I, 1 vol. en 8° de 357 pág.) (3).

Tales son los antecedentes que existían en el momento de ponerse el doctor Obarrio á la tarea; tal el estado de nuestra legislación comercial y de nuestra literatura jurídica. Sobre esta base debía escribirse el *Comentario*, en cuyo análisis tiempo es ya de entrar.

III

El doctor don Manuel Obarrio, como fruto de su enseñanza en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la Capital, ha venido de largo tiempo atrás elaborando una obra, de la que podría decir, parodiando á Ovidio:—*Exegi monu-*

(1) Artículo citado del 25 de Agosto de 1880.
(2) *Nueva Revista*, tomo II, páginas, 604-625.
(3) *Nueva Revista*, tomo I, página 159.

mentu ære perennius, monumento sí, más duradero que el bronce, porque tendrá que ser forzosamente leído por todas las generaciones argentinas que se dediquen á la noble carrera de la abogacía, perpetuando de esa manera no tan sólo el nombre del autor, sino el recuerdo de una enseñanza cuyos beneficios hemos podido apreciar los contemporáneos.

El método del doctor Obarrio consiste en citar el texto del artículo, transcribir las concordancias de los códigos extranjeros, y comentar en seguida la disposición, discutiendo la doctrina de acuerdo con la jurisprudencia. Esta cuestión del método, tratándose de *Comentarios* á un Código, es de capital importancia, por cuya razón me permitiré avanzar algunas reflexiones.

Como se vé, el método del doctor Obarrio es eminentemente exegético, y si bien el estudio de los textos es indispensable, ya Troplong en uno de sus sabios *prefacios* decía con razón: "si el derecho no fuera sino una ciencia de textos, tendría muchos menos atractivos para las espíritus filosóficos; la exegesis, por más necesaria que sea, no es más que la parte más arida y más circunscrita. Sobre ella se eleva, á una grande altura, la indagación de las verdades naturales sobre las cuales reposan las relaciones de los hombres..." De ahí los magníficos *prefa-*

cios y disertaciones generales de que abunda la obra inmortal de Troplong, y si causas políticas han llegado hasta decir de esta obra: "tenemos ahora la novela del derecho", aquel que haya consultado al eminente jurisconsulto sabrá darle el mérito que en realidad le corresponde.

Merlin ha dicho con razón: "la ciencia del Derecho consiste tanto en la refutación de los falsos principios, cuanto en el conocimiento de los verdaderos"; de ahí que Marcadé y Pont empleen con frecuencia un tono agresivo en la controversia, é inscriban con original satisfacción: *error de Delvincourt, de Duranton*, etc., pero esto no impide reconocer la excelencia del consejo de Merlin: — la obra de Marcadé y Pont goza, en efecto, de grande influencia debido tanto al valor intrínseco y á la solidez de sus principios, cuanto á la forma feliz de la exposición, al giro acerado de la argumentación y á las cualidades del estilo (1). El doctor Obarrio sigue la máxima de Merlin sólo á medias: expone más bien que discute las opiniones contrarias.

El doctor Obarrio ha preferido ceñirse propiamente al Código en la aplicación de su método, lo que obliga á frecuentes repeticiones, y á desar-

(1) Véase *Bibliographie raisonnée du Droit Civil*, por E. Dramard.

rollar en un *articulo* incidental teorías generales.

Fué en vista de ese inconveniente que Demolombe prefirió escribir una serie de tratados separados en vez de un curso exegético puro: —"esa combinación, dice él, me ha permitido, al mismo tiempo que conservaba á mi obra la unidad que me había esforzado por darle, consagrar á cada materia un estudio más detallado y más completo". A pesar de que la obra del doctor Obarrio podría considerarse como una serie de tratados especiales (el tomo I, *Las personas del comercio*, y el II *El mandato y la comisión*); sin embargo, el autor sigue demasiado estrictamente al Código, artículo por artículo, para tener la libertad de desenvolver ámpliamente sus teorías en *prefacios* ó bajo rubros generales.

El *Comentario* del doctor Obarrio está escrito con criterio elevado, revelando en su desarrollo y en sus conclusiones, esa firmeza que sólo da la propia y personal convicción, fruto de larga labor y detenida meditación. Estudia con claridad las cuestiones, y expone con acierto el estado actual de la doctrina, proponiendo todas aquellas perfecciones de detalle ó cambio de fondo que la lógica sugiere. Es un libro cuya lectura enseña, pero con demasiados detalles—y en esto está, quizá, su principal defecto. Delvincourt, como es sabido, tuvo por sistema no

extender ó diluir sus ideas, y no ofrecer á los estudiantes — á los que está principalmente dedicada su obra, como sucede también con la del doctor Obarrio, — un trabajo demasiado fácil, para no fomentar la pereza del espíritu; pero en cambio el ilustrado decano de la Facultad de Paris se vió forzado á añadir á su texto notas y explicaciones mucho más desarrolladas, que forman una verdadera glosa y la parte realmente exegética de su obra. No podría decirse esto por cierto del doctor Obarrio.

Un crítico argentino, inteligencia de las más claras en la joven generación literaria, ha dicho con profunda verdad juzgando una obra de distinta índole: — " No deja el autor trabajo alguno á la imaginación del lector, que sólo aprecia las obras en que se le permite colaborar. Su libro es un teatro en que se ve el escenario desde los bastidores. La inteligencia se cansa de encontrarlo todo hecho. Si los artistas cantaran explicando cómo emiten la voz, asistir á la Opera tendría tres pares de bemoles. Si las poesías se leyesen contando el número de las sílabas, se caerían de las manos hasta los poemas de Ossian. Hay capítulos en que parece vérsele al autor extendiendo la mano hacia su biblioteca. Y es sabido que el arte requiere naturalidad, y que desde el momento en que se nota el esfuerzo y el procedi-

miento empleados, el arte desaparece y no queda sino el taller. Nunca tiene el autor reticencias oportunas, ni pone en su estilo esas medias tintas delicadas que conducen al aticismo. Siempre deja al descubierto los hilos con que ha tejido su asunto, que hacen un efecto análogo al de los andamios en los edificios y las caserolas en los banquetes. El autor, en una palabra, no nos dá nunca la miel sin hacernos pasar por todas las vísceras de la abeja".

Me guardaría bien de decir que el doctor Obarrio ha incurrido en todos esos defectos, pero por lo menos me ha parecido notar algunos de ellos en la lectura de su obra. Y, en mi opinión, esto proviene simplemente del método adoptado, que ha de obligar al autor á incurrir en los mismos inconvenientes por más que quiera obviarlos.

El tomo I de la obra trata *De las personas del comercio*, es decir, de los tres primeros títulos del Código, habiendo agregado un capítulo especial sobre las *Bolsas de comercio*, materia legislada en el *Proyecto de Reformas*. El tomo II trata *De los contratos de comercio*, estudiando el capítulo I del título I, libro IV (artículos 191-208), salteando los capítulos II y III que tratan *Del efecto y de las diversas especies de obligaciones* (artículos 209-294) por ser materia regida por el Código Civil, para comentar después

el capítulo IV *De la interpretación de las convenciones* (artículos 295–298). Entra en seguida á estudiar el título II *Del mandato y de las comisiones* (artículos 335-386) omitiendo por lo tanto los artículos 299-334, pero precediendo la materia de unas *Observaciones generales* perfectamente pertinentes. Como se vé, el doctor Obarrio ha llegado en su *Comentario* hasta el artículo 386, y le faltan aún 1369 para terminar con los 1755 artículos del Código, sin contar los títulos especiales que ha agregado el *Proyecto de Reformas*, como ser los de *Cuentas corrientes y cheques* (39 artículos).

Antes de entrar á examinar especialmente el tomo segundo, conviene hacer notar que en él se ha corregido en parte un defecto gravísimo del primero: el índice deficiente. En materias de Derecho es quizá donde más se necesitan índices copiosos por orden alfabético de materias, de autores y de casos, á fin de facilitar la indagación del que tiene que consultar la obra. Aun cuando se haya leído ésta con detención, pasado un cierto tiempo, se conserva el recuerdo de que tal cuestión ha sido tratada de tal ó cual manera, pero sin saber á punto fijo en qué página: para encontrar ésta, no habiendo índice adecuado, se pierde un tiempo precioso, fatigando inútilmente el espíritu.

En cuanto á la ejecución del trabajo en sí, ha-

bría quizá algunas ligeras observaciones que hacer.

Un maestro en la materia ha expuesto la siguiente regla: "antes de la glosa sobre el texto de la ley, preciso es mencionar los escritos que hacen conocer las bases filosóficas y económicas sobre que reposa; en seguida los precedentes históricos y las faces que el texto de sus disposiciones ha tenido, antes de llegar á la fórmula que nos gobierna actualmente. Por último, las críticas de que es objeto bajo el punto de vista legislativo, al mismo tiempo que los proyectos ó proposiciones de mejoras, de reformas ó de abrogación, que el estudio profundo de sus principios ó la experiencia de la práctica han suscitado desde su promulgación".

¿Cómo procede el doctor Obarrio? Toma el Código, busca una ó dos concordancias, sin señalar las legislaciones con las que difiere y cuál sea la razón de esta divergencia; entra en seguida á la doctrina jurídica pura, y prescindiendo por un instante del texto de la ley, define la materia, busca sus analogías ó divergencias con otros, sobre todo con los similares del Código Civil, y expone las doctrinas jurídicas cuando hay controversia; después procede á explicar la disposición de la ley, y por último á juzgar las modificaciones del *Proyecto de Reformas.* En el tomo II, ya con mayor firmeza en el terreno que pisa,

ensancha algo ese cuadro: critica la ley, expone las opiniones controvertidas y las razones por qué adopta una ú otra; y en algunas partes, como cuando trata del *Mandato*, entra de lleno á un examen tan importante como notable de las relaciones entre el Derecho Comercial y el Civil, pasando en revista las principales autoridades. De ahí la evidente superioridad del tomo II sobre el I. Hay en aquel más seguridad, mayor amplitud de miras, más libertad en la crítica, más riqueza en las fuentes, que en el último. En el I notábase bastante descuidada la legislación comparada; en el II, si bien aún no como debiera, ha sido ya más profundizada.

Verdad es que en el tomo II el autor se encontraba con dos nuevos libros argentinos que sobre la materia que trataba acababan de aparecer: los de los doctores Alcorta y Castellano. Esto lo ha aguijoneado, lo ha obligado á profundizar su crítica y á rebatir ó apoyar las doctrinas de esos autores. El libro del doctor Alcorta ha ejercido considerabilísima influencia en este tomo II, estando el doctor Obarrio casi siempre de acuerdo con él; mientras que casi contínuamente está en desacuerdo con el doctor Castellano, pero tiene en cuenta, sin embargo, sus observaciones. Esto era natural.

El libro del doctor Castellano es una obra de ex-

posición didáctica, en la que se nota no grande abundancia de fuentes, tanto para la legislación comparada cuanto para la doctrina. El libro del doctor Alcorta es una obra admirablemente concisa, en la cual propone reformas originales á casi todos los artículos del Código en la parte que examina, exponiendo el más rico acopio de doctrina y de legislación comparada que pueda exigirse; — con sumo cuidado están compulsadas las principales fuentes, y es así cómo en muchas materias, en lo referente á transporte por ferro-carriles y al mandato, sobre todo, hay teorías que merecen detenido estudio.

El doctor Obarrio con esa escrupulosidad y deseo de no avanzar proposición alguna sin haber agotado las indagaciones á su alcance — cualidades que tanto le caracterizan — háse visto obligado á estudiar propiamente el libro del doctor Alcorta, lo que en muchas partes del tomo II se vé claramente, por el desarrollo exagerado, con relación al plan general del libro, que ha debido dar á ciertas cuestiones que le era imperioso dilucidar en detalle. Es en esas discusiones en que se revela por completo el doctor Obarrio: se vé cuán á fondo posée sus autores favoritos, se entusiasma, gesticula, se enardece en favor de tal ó cual opinión. Parece oírsele hablar cuando se leen ciertas partes de su libro: corre por

éste un soplo de sinceridad que cuando no logra convencer, impone el debido respeto. Cuando el doctor Obarrio trata de Troplong y de Delamarre et Le Poitvin, — sus autores favoritos — sea que disienta ó esté con ellos de acuerdo, se transforma por un instante en dichos autores, expone y comenta su doctrina de tal modo, que cuando cree deber atacarlos — sobre todo á Delamarre et Le Poitvin — parece realizar el clásico dicho de Terencio: *Amantium iræ, amoris integratio!* Se dirá quizá que el jurisconsulto debe revestirse de una capa de estoicismo y examinar la materia *sub judice*, con la misma sangre fría con que el médico hace la autopsia de un cadáver — pero nada reemplazará ese soplo vivífico, esa corriente que levanta, por así decirlo, las páginas que les da animación y vida, y que revela que el corazón ha trabajado á la par de la cabeza. Es verdad que se ha dicho: "tenemos el romance del Derecho", porque Troplong escribió sus libros vaciando en ellos junto con su saber su alma entera; pero hoy día se necesita algo más que la fría glosa de un Gregorio López: se necesita la exposición calurosa y viva.

Por todas estas razones, si bien creo deber alabar ciertos pasajes de la obra del doctor Obarrio, me queda el sentimiento de no poderlo hacer con muchos

otros en los que aún domina el viejo formalismo escolástico.

IV

¿Qué método de crítica emplea el doctor Obarrio? Su curso no es arcaico: se apoya sobre el estado actual de la legislación para remontarse al pasado, tratando de ver las cosas tal cual son, y mostrando — sólo de vez en cuando — cómo el tiempo ha podido aumentar, transformar, y hasta perfeccionar, es decir, reformar mejorando los conocimientos adquiridos, que es lo que constituye el progreso. No pertenece, pues, el doctor Obarrio á esa escuela que los alemanes denominan *hypercritica*, que consiste en desdeñar el sendero trillado, ó según la expresión algo injusta de Guardia: " abandonar la recta vía del sentido común". Verdad es que, para usar una frase famosa: " la erudición marcha constantemente entre la conjetura y la hipótesis, y cuando se detiene encuentra el absurdo en el fin del camino ".

He dicho al comienzo de este artículo que él sería más de bibliografía que de crítica : me veo forzado, en efecto, á detenerme en la parte general, sin poder descender á las cuestiones de detalle, ni exponer

de qué manera el doctor Obarrio ha resuelto tal ó cual controversia, y hasta qué punto sus argumentos son ó no aceptables. Esto me llevaría muy lejos, y debo concretarme. Mi propósito ha sido examinar la importancia de una obra cuyo principio poseemos recién, con relación al estado de la legislación y de la ciencia jurídica entre nosotros. Rastrear así su filiación, permaneciendo dentro de las líneas generales, es la única manera de justificar las exigencias de la crítica moderna que, al afirmar que "un autor es simplemente una frase aislada en una página humana y social", exige que se le relacione con los demás contemporáneos y se aprecie á grandes rasgos la influencia de sus obras.

Me quedan aún algunas críticas de detalles que hacer: nimiedades al parecer, pero que revisten considerable importancia á los ojos de los eruditos.

Ante todo, un erudito tendría mucho que observar relativamente á la manera cómo el doctor Obarrio hace sus citas. La parte bibliográfica está bastante descuidada en este libro, y es preciso haber estudiado concienzudamente una materia cualquiera, para saber qué largo y fastidioso trabajo preparatorio es indispensable hacer antes que nada, para lograr reunir una parte solamente de los materiales

que habrá que poner después á la obra (1). De ahí que se requiera una exactitud escrupulosa de noticias puramente técnicas, como ser el título completo de la obra, el número de ediciones, su fecha y lugar de publicación, indicaciones que cuando están desfiguradas son causa de frecuentes errores, de desengaños ó de indagaciones varias é inútiles. El doctor Obarrio cita sin método bibliográfico: á veces usa una clase de abreviaturas, otras las varía; los nombres salen estropeados, á veces cambian de una página á otra; rara vez se indica ni el lugar ni la fecha de la edición, de modo que cuando cita tal ó cual página, se expone á que el lector se desespere inútilmente si trata de verificar el dato en una edición diversa de la consultada por el autor. Todos estos detalles parecen supérfluos, pero, si se reflexiona, son necesarios: ¿cuál es el objeto de las citas? Que el lector pueda verificarlas, sea para profundizar más la materia, sea para convencerse de que se ha interpretado bien la autoridad que se invoca; pero, ¿cómo podrá hacer esta verificación si los datos bibliográficos son incompletos ó errados? Esto es evidente, y el que ha tenido que compulsar esta clase de obras, sabe perfectamente que la cuestión es ca-

(1) Dramard, *loc. cit.*

pital. Se objetará que esto pertenece á la erudición, pero justamente la importancia que ésta ha adquirido en los últimos tiempos, exige que todo autor sea al mismo tiempo un erudito. El doctor Obarrio que tanto amor profesa á los latinos, no desechará sin duda el famoso dicho: *notitia librorum est dimidium studiorum, et maxima eruditionis pars exactam librorum habere cognitionem.*

Pero debo aún hacer otra observación. Más de una vez se ha criticado lo poco que nuestra jurisprudencia patria — tanto nacional como provincial — es tomada en consideración por los autores argentinos que sobre Derecho escriben. Verdad es que lo mismo ha pasado en otros países: para no citar sino un ejemplo, en Francia, en la época en que la enseñanza de maestros ilustres, como Delvincourt, Pothier, Proudhon, creaba el magnífico cuerpo de doctrina de que ahora se enorgullece aquel país, todos manifestaban un desprecio apenas disimulado, por las decisiones de las Cortes inferiores, y aun de la Suprema; después, algunos magistrados, no menos renombrados por su ciencia que aquellos profesores, emprendieron exponer y desarrollar los principios del Derecho, preocupándose más de lo que lo habían hecho sus rivales; de buscar ejemplos de demostración en los casos diarios más que en las abstracciones

de la doctrina, — y fué así que la jurisprudencia adquirió una influencia preponderante. ¿Cuál es, pues, la razón de que entre nosotros suceda todo lo contrario? ¿Será quizá que las publicaciones técnicas destinadas á recopilar los fallos de nuestros tribunales nacionales y provinciales, son no sólo escandalosamente caras sino bastante deficientes? Todo puede ser: el hecho es que el doctor Obarrio sólo cita, propiamente hablando, una sentencia, que puede el lector ver en el *Apéndice* del tomo II. Hay ahí, evidentemente, un gran vacío que llenar, vacío que se nota, salvo honrosas pero contadas excepciones, en todos nuestros escritores jurídicos.

Si la crítica debe en realidad ser útil para alguna cosa, está forzada entonces á indicar al escritor, que no tiene de ello quizá sino una conciencia confusa, cuáles son sus cualidades más personales y más susceptibles de fácil desenvolvimiento, para alentarle en ese camino. Pues bien, lo que hay el derecho de exigir del doctor Obarrio, es que con la autoridad de su talento apoye decididamente la tendencia de los que estudian nuestra legislación bajo el punto de vista de la crítica científica y de la jurisprudencia de los tribunales. Es verdad que la historia tiene grandes atractivos: *historia delectact* decían ya los

antiguos. Pero lo que se necesita es crítica inteligente, elevada, previsora.

Y esta necesidad es doblemente más imperiosa tratándose de nuestra legislación comercial. "Es sabido —ha dicho hace tiempo la respetable *Revista de Legislación y Jurisprudencia* (1) —que nuestro Código de Comercio se encuentra pésimamente redactado, dando lugar á dudas que generalmente se transforman en litigios. Nuestros codificadores se han olvidado que la claridad de la ley depende de su redacción, manifestando completo desprecio para con las reglas gramaticales y de buen lenguaje." Puede que este reproche sea quizá algo exagerado, pero tiene mucho de verdadero. Y como estamos en vísperas de sancionar la reforma de dicho Código, de ahí que sea más imprescindible la verdadera crítica jurídica.

La cuestión es grave. La legislación — ha dicho sábiamente Bluntschli — debe ser *conservadora*, debe respetar lo que existe, pero restaurándolo y amputando las partes muertas á fin de salvar las partes sanas y viables. Debe también ser *liberal*, teniendo en cuenta á la par del derecho positivo existente, el teórico, sacándolo de la fuente viva de la inteligencia

(1) Tomo V, página 291, 1870.

é inquietándose de las querellas de los sábios: el legislador debe ser *creador* y *soberano.*

Sea de ello lo que fuere, desde que atravesamos en esto una época de crísis, nuestra doctrina — para usar una expresión consagrada — debe inspirarse antes que todo en un conocimiento tan exacto como completo de las soluciones diversas que ha adoptado sucesivamente, y una obra del género de la del doctor Obarrio debe ser un inventario perfecto, para que pueda ser considerada á la vez como testimonio del pasado y como punto de apoyo para el porvenir.

V

Voy, pues, á terminar este largo y enmarañado artículo. Cuando Sainte-Beuve exclamaba: "oh! qué agradable es leer á veces los antiguos", no hacía sino proclamar una vez más su justificada preferencia por el estudio de los muertos. Nada más difícil, en efecto, que juzgar á los contemporáneos. ¿Cómo aplicar con libertad las célebres máximas de Taine? ¿Cómo estudiar el temperamento, las pasiones, los defectos ó las cualidades de un hombre que vive con nosotros, con quien nos encontramos á cada paso y

con quien tenemos que encontrarnos después de juzgarlo? Es evidente que el conocimiento de todos esos antecedentes, relacionados con el espíritu general de la época, con la generación á que se pertenece, con las aspiraciones del autor, influyen poderosamente en la mejor inteligencia de una obra y en su más imparcial juicio. Pero la mejor buena voluntad se estrella muchas veces ante lo imposible. La verdad reside en las medias tintas, y más conviene dejar adivinar una deducción que expresarla, pues la palabra, por más que se la atenúe, es á veces demasiado cruda. De ahí que sea menester detenerse en la mitad del camino, y dejar más bien una impresión de vaguedad que no de violencia, que puede frecuentemente ser errada.

Se ha podido ver en las páginas anteriores el *medium* y el momento en que apareció el *Comentario* del doctor Obarrio, y la razón de ser de sus méritos ó defectos principales. La influencia que ejercerá dicha obra no será tan considerable como debiera, á causa de la lentitud de su publicación. Pero, en vísperas de reformar el Código de Comercio, cuando el H. Congreso tiene en carpeta los correspondientes proyectos, parece de oportunidad estudiar un libro que tanto puede contribuir á ese anhelado resultado.

Únicamente cuando la obra esté terminada, y re-

formada nuestra legislación comercial, podrá recién apreciarse con equidad la importaecia é influencia del trabajo meritorio del doctor Obarrio. Mientras tanto, justo es llamar sobre él la atención pública y tributar al autor el respetuoso elogio á que con razón se ha hecho acreedor.

Febrero de 1882.

XV

UN PUBLICISTA ARGENTINO EN EUROPA

1º *Dictionnaire de Droit international public et privé*, par CHARLES CALVO, Envoyé Extraordinaire et Ministre Plénipotenciaire de la République Argentine auprès de S. M. l'Empereur d'Allemagne, Membre fondateur de l'Institut de Droit international, Correspondant de l'Académie de Sciences morales et politiques de l'Institut de France, de l'Académie d'Histoire de Madrid, etc. Berlin (Puttkammer et Mühlbrecht), 1885. 2 gr. vol. in 8º de VIII-517 y 374 páginas.

2º *Dictionnaire-manuel de Diplomatie et de Droit international public et privé*, par CHARLES CALVO, etc., etc. Berlin (ibid), 1885, 1 vol. in 8º de VII-475 páginas.

No es esta, por cierto, la primera vez que la *Nueva Revista* se ocupa del autor de las dos obras arriba mencionadas y que acaban de llegar á Buenos Aires. Con motivo de la tercera edición de su conocido libro: *Le droit international théorique et pratique* (1),

(1) He aquí el título íntegro de la obra, que es la verdadera base de la alta reputación del autor: *Le Droit international théorique et prati-*

se hizo detenida mención de este publicista (1). El distinguido escritor argentino envió después á la *Nueva Revista* un artículo titulado: *Alianza* (2) que reproduce en la primera de las dos obras recientemente publicadas (3). Además, está fresca aún en la memoria de los lectores de esta *Revista* la polémica que suscitó el detenido artículo crítico (4) del doctor don Amancio Alcorta, sobre la principal de las obras del señor Calvo. Éste replicó con una carta que fué á su vez contestada por el doctor Alcorta (5): en esa interesante polémica ambos publicistas exponían sus divergencias, sobre todo en lo relativo á la parte americana del derecho internacional. La prensa del Río de la Plata reprodujo dichas cartas (6).

que, précédé d'un exposé historique des progrès de la science du droit des gens. París, 1880-81 (*3me édition completée*), 4 vol. gr. in 8°. La primera edición de esta obra había sido publicada en español, con el título de: *El derecho internacional teórico y práctico de Europa y América*. París, 1868. 2 vol. in 8°.

(1) Véase el tomo I, páginas 155-159.

(2) Véase el tomo II, páginas 3-9.

(3) Véase páginas 24-36, tomo I, del *Dictionnaire de Droit international*.

(4) Véase el artículo: *La ciencia del derecho internacional. A propósito de la obra de Calvo*, tomo VII, páginas 464-483. Este artículo fué reproducido por la *Revista de Jurisprudencia*, por *El Nacional* y otros diarios.

(5) Véase ambas cartas en el tomo VIII, páginas 636-658.

(6) Entre otros diarios, *El Nacional*.

El autor de las obras cuyos títulos sirven de epígrafe á estas líneas, ocupa una de las más altas posiciones diplomáticas de nuestro país, pero es de aquellos que "honran á su puesto" y no "á quienes su puesto honra". Como publicista, el señor Calvo es simplemente europeo, y la fama de que es evidente goza se la debe tan sólo á sus escritos. La aparición de un libro suyo no es tan sólo un acontecimiento en nuestras letras patrias, como sucedería en el mejor de los casos con cualquiera otra producción de los argentinos: lo que publica el señor Calvo tiene adquirida carta de ciudadanía en el mundo científico, y en Europa se comenta la opinión de aquel argentino como la de una de las eminencias del saber. En esto no hay exageración: es sencillamente un hecho.

Se puede, pues, juzgar al señor Calvo y á sus obras de la manera más diversa, pero en cualquier caso forzoso es reconocer la existencia de aquel hecho. No deja de ser singular esa posición científica de un argentino: ¿cuál es la explicación de ese fenómeno? ¿Cuáles sus verdaderas proporciones? ¿qué importancia tiene ó puede tener ello para nuestro país? He ahí tres cuestiones que sería no sólo importante, sino necesario dilucidar. Sin renunciar á hacerlo quizá próximamente, por ahora fuerza es atenerse á los límites modestos de una simple noticia bibliográfica.

Pero, sin embargo, no está demás el observar, para los pocos que lo ignoran, que la posición conquistada por nuestro compatriota en Europa, se la debe exclusivamente á sí mismo. Lejos de ser un Rothschild ó un Van der Bildt, — es decir, sin que su fortuna pudiera en nada, ni indirectamente, ayudarle — el señor Calvo, con su trabajo intelectual y ejemplar perseverancia, no sólo ha llegado á las alturas, sino que junto con la fama recoge el provecho, pues las ediciones de sus obras, á pesar de su precio, desaparecen contínuamente, retribuyéndole sus fatigas en *luises* sonoros y contantes. Ahora bien, cuando el público paga de esa manera un libro, no hay necesidad de mejor termómetro para apreciar la sólida reputación de que goza su autor.

La generación que actualmente nos gobierna es coetánea del señor don Carlos Calvo y parece, por lo tanto, supérfluo recordar que nació en esta ciudad allá por 1824. No es de este lugar el hacer una biografía del autor, ni averiguar cuáles han sido ó son sus convicciones políticas, cuál ha sido ó es su posición social respecto á nuestros partidos internos y á nuestra vida nacional. Todos conocen los vínculos que le ligaron al Estado de Buenos Aires, su prolongada residencia en Montevideo, y cómo y en qué circunstancias fué á Europa como representante de López,

distinguiéndose sobre todo en la manera cómo trató la "cuestión Canstatt", servicio diplomático hecho al Paraguay y á la América.

Esa cuestión, una de las tantas formas que asume ó ha asumido el eterno abuso de las intervenciones europeas, de los reclamos diplomáticos, y de las indemnizaciones forzadas, de que está plagada la historia de las naciones latino-americanas, obligó al señor Calvo á hacer un estudio detenido y profundo del Derecho internacional y fué, puede decirse, el origen y causa de su futura carrera de publicista.

En 1862 publicó Calvo una traducción española de la conocida obra de Wheaton (1) y dos años después su libro: *Una página de derecho internacional* (2). Al mismo tiempo había ya emprendido su

(1) En Besançon (1862), 2 vol. in 8°.

(2) He aquí el título de aquella obra, considerada en el momento de su aparición como la más completa sobre la materia: *Histoire du droit des gens en Europe et en Amérique, depuis les temps les plus reculés jusqu'au traité de Washington en 1842* (Leipzig, 1846). Esa obra, como es sabido, era la segunda edición de una monografía escrita por el publicista norte-americano para (1841) el concurso de la Academia de Ciencias Morales y Políticas del "Instituto de Francia", cuyo tema propuesto era: *Historia de los progresos del derecho de gentes desde la paz de Westphalia hasta el Congreso de Viena*. La obra de Wheaton, por otra parte, ha adquirido nuevamente un valor extraordinario con las anotaciones que le hizo Lawrence, y que fueron publicadas bajo el título de *Commentaires à l'Histoire*, etc. (Leipzig, 1868, 1869 y por último en 1873). Pero la fama de Wheaton como publicista se basa principal-

monumental *Colección histórica y completa de los tratados de la América Latina* (1), obra importantísima que fué traducida al francés. La precede una monografía sobre el estado actual de la América entonces, y tiene además una noticia histórica sobre cada uno de los tratados más importantes. Antes de concluir la publicación de aquella obra, emprendió y llevó á cabo otra no menos conocida é importante: sus *Anales de la revolución de la América Latina* (2). Estas dos últimas obras son un tesoro indispensable para el diplomático americano, que encuentra en sus 16 volúmenes el texto de los documentos que le son más necesarios y á los que tiene que recurrir contínuamente.

Dedicado ya por completo á las cuestiones diplomáticas y de Derecho Internacional, publicó en 1868 su obra conocida bajo el título de: *El Derecho Inter-*

mente en sus *Elements of international law*, publicados en 1836 y que cuentan infinitas ediciones, siendo las mejores la americana de Dana (1866) y la inglesa de Boyd (1878).

(1) *Coleccion histórica y completa de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios, cuestiones de límites y otros actos diplomáticos de todos los Estados comprendidos entre el golfo de México y el Cabo de Hornos, desde el año 1493 hasta nuestros dias*, etc. Besançon, 1868-1869. 11 vol. in 8º.

(2) *Anales de la revolución de la América Latina, desde 1808 hasta el reconocimiento por los Estados Unidos de la independencia de ese vasto continente.* Besançon, 1864-1867, 5 vol. in 8º.

nacional teórico y práctico. Esos dos volúmenes fueron la base, por así decirlo, de sus ulteriores trabajos, y si en aquella primera obra se notaban algunas indecisiones y demasiada admiración por los trabajos de otros escritores, en cambio en la segunda edición, escrita en francés, la obra sufrió una transformación completa, adquiriendo proporciones respetables y convirtiéndose en un tesoro de hechos y de doctrina. Pronto el libro de Calvo fué considerado á la altura de las primeras obras de la materia, y las opiniones del autor comenzaron á ser citadas en las decisiones de las Córtes de Justicia como la de uno de los tratadistas más autorizados (1). La tercera edición, por último, ha ensanchado aún más el plan de la obra y la ha convertido *de facto* en la expresión de la última palabra de la ciencia en el momento de su publicación.

Sin duda, á pesar de los juicios críticos favorables y de los calurosos elogios de la prensa europea y americana, no todos creerán perfecta aquella obra, pero ¿qué cosa hay perfecta en este mundo? En la ciencia,

(1) No sólo en las Córtes francesas, como puede verse en diversos lugares del *Dalloz,* sino especialmente en el famoso tribunal inglés del *Queen's Bench,* de lo que da con frecuencia testimonio el conocido *Phillimore.* Igual cosa sucedió con el *Reichsgericht* de Leipzig, como lo asevera el ilustre *Heffter.*

además, son profundas todavía las divergencias de opiniones relativamente á los problemas más importantes; la doctrina misma varía, y justamente en el Derecho Internacional son numerosas las sectas disidentes y las iglesias cismáticas con respecto al culto principal. Pobre elogio sería decir de la obra de Calvo que no tiene defectos que corregir ni deficiencias que subsanar, porque el autor mismo sabe que en la ciencia el trabajo y el estudio son constantes, y que todos los días se encuentra algo que agregar á la obra más completa. Pero, tal como es, la obra de Calvo goza con justicia de altísima reputación no sólo en el mundo científico y académico, sino en las elevadas esferas diplomáticas. Inútil parece citar los numerosos hechos que confirman esa aseveración: bastará recordar la hermosísima carta del conde Sclopis, presidente del famoso tribunal arbitral de Ginebra (1), que expresamente reconoce la influencia que tuvo la obra de Calvo en las decisiones de aquel arbitraje internacional (2); y en cuanto á la consideración de que goza el publicista argentino en el mundo

(1) Esta carta, tan honrosa para el señor Calvo, se publicó en muchos periódicos, y particularmente en Dalloz, *Repertoire Juridique*, cuaderno 9°, 1872, y en la *Revue de droit international*, 1873, página 296.

(2) He aquí las palabras textuales del conde Sclopis: — "... Je ne puis que me rejouir en voyant dans votre livre un examen préalable

científico, además de los innumerables artículos de revistas y periódicos, son decisivas las palabras de Franck en el "Instituto de Francia" (1); y por último, ¿qué mayor prueba del aprecio en que lo tienen las Universidades, que el ser texto oficial de las Facultades de Derecho en Francia el *Manuel de droit international* (2)?

Sin considerar, pues, á esa obra como el escolástico *magister dixit*, y reconociendo sus méritos evidentes y su innegable reputación, es permitido á los que no profesan todas las doctrinas del autor, disen-

des points capitaux que nous avions à juger, qui s'est trouvé parfaitement d'accord avec notre sentence. Il me parait qu'à tout prendre, notre jugement à été bien compris par la partie sage et raisonable des deux nations auxquelles il se réfere. De notre coté, nous avons la conviction de ne pas nous être départis des regles de la justice et de l'équité. Maintenant il nous reste encore à désirer que les fondements sur lesquels se trouve assise notre décision, soient trouvés bons aussi pour les autres nations et puissant servir de point de ralliement aux opinions favorables à quelque progrès dans le droit international. Il faudrait pour cela faire agréer en droit public le système des arbitrages... *Vous qui avez tracé d'avance la ligne sur laquelle, après un mur examen des faits les plus compliqués, nous nous sommes rencontrés, prechez dans ce sens, et vous rendrez service à l'humanité...*"

(1) Las palabras á que se hizo alusión en la noticia inserta en el tomo I, páginas 155-195.

(2) Este libro, que es un compendio sucinto de la grande obra del autor, fué publicado en París en 1881, 1 vol. in 8°, siendo necesario hacer una segunda edición aumentada en 1883. En ese *Manual*, destinado á servir de base à la enseñanza, lós principios de derecho público y privado han sido condensados en una forma metódica y breve.

tir en tal ó cual cosa. Así, algunos quizá no conceptúen aceptables ciegamente las teorías del señor Calvo en muchas cuestiones de derecho internacional privado, y partiendo de principios diversos reresuelvan de una manera distinta la mayor parte de los conflictos de legislación interna entre varios países. Por otra parte, justamente en el derecho internacional privado, como ciencia novísima, reina todavía profunda divergencia en las opiniones de los tratadistas, y pocos son los principios consagrados en tan difícil materia por medio de tratados diplomáticos (1). Esa sección de la obra del señor Calvo es también reciente, pues puede decirse que en la tercera edición es donde la ha expuesto con algún detenimiento, por cuya razón quizá sea conveniente esperar á una próxima (2) para juzgar definitivamente acerca de las doctrinas al respecto, del eminente publicista argentino.

Divergencia más radical y más acentuada es, sin

(1) Véase los articulos que á esas interesantes cuestiones de *derecho internacional privado* ha consagrado el doctor Alcorta en la *Nueva Revista*, tomo III, páginas 163-200; tomo IV, pàginas 14-67 y pàginas 464-483.

(2) La tercera edición hace ya màs de un año que está agotada, siendo dificil encontrar ejemplares en libreria; es, pues, probable que el autor, infatigable en la labor, se ocupe de preparar una cuarta edición, que será seguramente un libro nuevo.

embargo, la que dividía al señor Calvo de muchos en lo relativo á la *ley personal*, porque el señor Calvo acepta y defiende el principio del *origo*, y nosotros los latino-americanos, aparte del valor teórico de la *lex domicilii*, no podemos lógicamente aceptar aquella otra doctrina. Para nosotros es, además, cuestión de legislación positiva, pues nuestros Códigos están basados en el principio de la ciudadanía natural, y siendo además naciones del porvenir y de inmigración, sería suicidarnos en el futuro permitir que los hijos de inmigrantes extranjeros, siguiendo la nacionalidad de sus padres, fueran también extranjeros; en un siglo, la América latina presentaría el extraño fenómeno de estar exclusivamente habitada por una población extranjera, y jamás sería posible constituir una nación seria. En los países de la Europa, habitados por pueblos fundidos en el crisol de determinadas nacionalidades por la obra de los siglos, es indudable que parece más conveniente y lógico el principio de la nacionalidad de origen, gracias al cual, además, tratan de conservar permanente influencia en las tierras lejanas á donde emigran en masa sus súbditos, adquiriendo así especies de colonias ultramarinas sin las cargas de las posesiones nacionales. Pero nosotros recién nos encontramos en el período de formación, época pasada hacen diez siglos para

las naciones europeas, y nuestros publicistas y nuestros hombres de Estado obrán lógica y patrióticamente haciendo de la cuestión de la *lex domicilii*, de la ciudadanía natural, una *conditio sine qua non* de nuestra existencia presente y futura como nación. En este punto, pues, ciertamente la divergencia con el señor Calvo es inconciliable, aunque es indudable que, si en su cargo diplomático tiene que intervenir en alguna cuestión relativa á aquella, pospondrá á la legislación positiva de su país sus doctrinas personales. Pero de esto no se le puede hacer un cargo ni un reproche de falta de patriotismo. Profesa una opinión sostenida por los principales tratadistas, defendida por los más notables hombres de Estado, y que es la base de la legislación de las primeras naciones del mundo. Es, además, perfectamente natural que el señor Calvo, viviendo en el mundo científico europeo y escribiendo sobre todo para la Europa, haya adquirido la convicción de que la doctrina que sostiene es la mejor y la defienda por lo tanto con el debido calor. El hecho de que el señor Calvo sea argentino no le impone la obligación de abrazar tal ó cual doctrina, y justamente en la omnímoda libertad de opiniones que caracteriza á la época actual, sería un grosero contrasentido hacer de eso un reproche al publicista americano. Pero él también, con la amplia

tolerancia que es el rasgo distintivo de la ciencia moderna, comprenderá que otros pueden muy bien tener opiniones contrarias á las suyas y defenderlas con energía, sin por eso querer amenguar su importancia como tratadista ó disminuir el mérito de sus escritos.

La franqueza leal es la mejor norma en las acciones públicas como en las privadas. La *Nueva Revista* hace el debido honor al ilustre publicista, sin abdicar por eso sus propias opiniones. Y justamente la sinceridad con que expone las razones de su divergencia en ciertos puntos, demuestra cuán verdaderos é imparciales son los elogios que tributa al argentino que ha logrado conquistar tan encumbrada posición científica, y cuyas obras merecen el respeto y las alabanzas de los más distinguidos políticos y publicistas de Europa.

La grande obra de Calvo es imprescindible para el diplomático, el estadista, el escritor y el estudioso. Aún los que más disientan con el autor en ciertas doctrinas, no pueden dejar de consultarla contínuamente con provecho extraordinario. Más aún: en la literatura universal, puede afirmarse con tranquilidad, no existe otra obra que reemplace á la de Calvo. Es el repertorio más completo, más metódico, más importante que exista en el Derecho Internacional.

Los hechos, los tratados, las cuestiones, las doctrinas están expuestas con admirable precisión y lucidez: la compulsa de la voluminosa obra, cuatro gruesísimos volumenes, está perfectamente facilitada, y cualquiera que sea el punto más ó menos expuesto de Derecho Internacional que se necesita aclarar, se encuentra al instante una imparcial exposición del origen, historia de diversas opiniones y de las teorías actuales acerca de él. Esto es un hecho que es imposible negar. Por otra parte, el público de los más diversos países, á pesar de tener en cada uno de ellos tratadistas más ó menos célebres, obras más ó menos notables, prefiere el libro de este argentino, que se ha convertido en un verdadero publicista internacional, y cuya palabra es escuchada con respeto en todas las Naciones. Y en esto está la gran gloria y el singular mérito del Excelentísimo señor don Carlos Calvo, nuestro dignísimo Ministro Plenipotenciario en la Córte de Berlín.

Además, se puede hoy día criticar con tanta mayor libertad las obras de este autor, cuanto que, consagrado ya en el mundo científico, no puede atribuirse á un móvil de envidia imposible ó por cualquier concepto indigno, la franqueza de los que exponen su diferente manera de considerar las cosas.

En la polémica que en esta misma *Revista* sostu-

vieron los señores Calvo y Alcorta, con motivo del artículo de este último sobre la obra de aquél (1), el autor de cuyas obras se ocupan estas páginas aclaró algunos puntos de su libro, en que de nuevo la divergencia con las doctrinas sostenidas por la *Nueva Revista* es también manifiesta. El lector que haya leído aquella polémica comprenderá que se trata del derecho internacional y de sus teorías, sea que se ocupe de la Europa, de la América, ó de otro punto del mundo. El Dr. Alcorta defendía la existencia de reglas y decisiones de derecho internacional exclusivas y peculiares á la América, basadas en tratados, congresos, legislaciones y publicistas americanos, respondiendo á necesidades americanas y preconizando soluciones sólo aplicables en América. Ahora bien, la *Nueva Revista*, que fué fundada con el objeto, entre otros, de estudiar el derecho internacional público latino-americano, especialmente examinando las cuestiones pendientes entre las diversas naciones de la América, ha dedicado, en casi todos sus números, varios artículos á esa materia (2), de-

(1) Véase tomo VII, páginas 464-483, y tomo VIII, páginas 636-658.

(2) Entre los diversos artículos dedicados al estudio de las *cuestiones de límites* de los países latino-americanos, es conveniente señalar:

a) Entre España y Portugal, como potencias americanas, tomo I, páginas 99-124; *b*) entre el Brasil y el Rio de la Plata, tomo I, páginas 190-239 y páginas 554-588; tomo II, páginas 49-89, páginas 510-541,

bido los más á su ex-redactor, Dr. Vicente G. Quesada, actualmente nuestro Ministro Plenipotenciario en la Corte de Rio Janeiro (1). La América Latina tiene hoy un derecho internacional *sui generis*, no distinto en cuanto á su naturaleza del Derecho internacional general, sino especialmente afectado á solucionar sus cuestiones especiales, de carácter exclusivamente continental. El Derecho internacional público actual hasta hace poco era sólo llamado "europeo", porque se basaba, según la unánime opinión de los tratadistas: 1° en las prescripciones de carácter positivo provenientes de los tratados firma-

páginas 625-653; tomo III, páginas 46-66; tomo V, páginas 465-532; tomo VI, páginas 107-126, páginas 254-287, páginas 437-449; *c)* entre el Brasil y la República Oriental del Uruguay, tomo III, páginas 216-240, páginas 378-409, páginas 508-582; tomo IV, páginas 68-95; *d)* entre Chile y la República Argentina, tomo II, páginas 275-418; *e)* entre Venezuela y Nueva Granada, tomo VII, páginas 29-61, páginas 513-563; *f)* entre Ecuador y Nueva Granada, tomo VIII, páginas 3-27; *g)* entre la República Argentina y Bolivia, tomo X, páginas 11-53, páginas 192-248, páginas 358-374; tomo XI, páginas 3-16, páginas 185-206; *h)* entre el Brasil y el Paraguay, tomo XI, páginas 408-478; *i)* entre el Brasil y Bolivia, tomo XII, páginas 56-82; *j)* entre el Brasil y el Perú, tomo XII, páginas 266-297; *k)* entre el Brasil y Venezuela, tomo XII, páginas 387-413; *l)* entre el Brasil y la Francia (por la Guayana Francesa), tomo XII, páginas 557-559.

(1) El mismo señor Calvo, en su reciente *Dictionnaire*, hablando del Dr. Quesada (V. G.), dice : " M. Quesada fait autorité en matière de droit public sud-américain qu'il cultive de préférence. Ses travaux relatifs aux questions de frontières et à l'histoire internationale des États de l'Amérique du Sud sont nombreux, etc. (tomo II, página 139).

dos entre diversas potencias de la Europa, para dirimir sus intereses recíprocos; 2° en la legislación de los países europeos que consagraban tales ó cuales principios obligatorios; 3° en las obras de los publicistas europeos que estudiaban las cuestiones *conocidas*, es decir, las referentes á la Europa. Ahora bien, en este mundo nuevo de la América, cuya existencia independiente casi no cuenta un siglo, la lógica de los acontecimientos ha ido formando, *de idéntica manera*, un conjunto de reglas y principios que no tienen atingencia ni aplicación en Europa ó en Oceanía, pero que son simplemente destinados á las necesidades que se han hecho sentir en nuestro continente (1). Los tratados celebrados en Europa, los Congresos y Conferencias internacionales europeos, no se han ocupado ni se han podido ocupar de cosas americanas: *primero*, porque nuestra existencia como nación es de ayer; *segundo*, porque nuestros intereses se mueven en esferas distintas y nada ó poco tienen con aquellos de común. ¿Qué importancia europea tiene el principio del *uti possidetis de*

(1) Para no citar sino los más importantes artículos relativos al *derecho internacional latino-americano*, véase: *a*) sobre los precedentes (congresos de Plenipotenciarios, etc.), tomo IV, páginas 575-620; tomo V, páginas 15-40; *b*) sobre el principio del *uti possidetis*, tomo V, pàginas 240-265; *c*) sobre las reglas del dominio territorial en América, tomo IX, páginas 3-39, y páginas 237-272.

1810? Ninguna, y sin embargo, sin él no podrían solucionarse las múltiples é intrincadas cuestiones de límites de las naciones latino-americanas. ¿Qué influencia han tenido ni pueden tener en el equilibrio ó en la política de la Europa los diversos Congresos latino-americanos, los diversos tratados y proyectos de tratados acerca de los conflictos de la legislación pública y privada de nuestras naciones? Ninguna, y sin embargo no se puede desconocer que debido á nuestro común orígen y á nuestra análoga composición, tengamos en la América latina muchas cuestiones comunes, en las que se necesitan soluciones que en vano se buscarían en el Derecho internacional de la Europa, ni en los tratados ó Congresos europeos, ni en los libros de los publicistas de aquel continente.

Con todo, defendiendo esta opinión, que para la *Nueva Revista* es una convicción inquebrantable, debe respetarse la del señor Calvo, que es al mismo tiempo la de la casi totalidad de los tratadistas. Se comprende perfectamente el por qué de la firmeza del publicista referido en esta materia, pues para él será quizá una convicción tan arraigada como lo es en nuestro ánimo la opinión contraria. Pero respetamos sus ideas, seguros de que él también respetará las nuestras. Creemos estar en la verdad, pero es posible

que erremos; en todo caso, defendemos una sincera convicción con la máxima buena fe.

Tales serían, más ó menos, las principales divergencias con la obra de nuestro distinguido compatriota: prescindimos de los detalles, tanto más cuanto que ésta no es la materia especial de este artículo.

El *Droit international théorique et pratique* de nuestro compatriota tiene, además de sus méritos generales y á los que ya se ha hecho referencia, uno especialísimo y de incalculable importancia para nosotros: es la primera vez que un tratadista célebre se ha ocupado con detención — *cum amore et studio* — de la América, y por su conducto el mundo científico se ha impuesto de las múltiples cuestiones americanas. El señor Calvo tiene en esto un mérito que jamás será bastante ensalzado: es el defensor de América ante la ciencia; es el paladín caluroso de las jóvenes naciones latino-americanas, mal apreciadas, poco conocidas, tratadas como *faramalla*, vejadas por intervenciones monstruosamente injustas, obligadas cobardemente por las grandes naciones á pagar indemnizaciones exorbitantes por pretendidos perjuicios sufridos por especuladores extranjeros. La triste historia de las relaciones de la Europa con la América latina, de las usurpaciones, de los abusos, de las humillaciones sufridas por estos países nuevos,

ha sido expuesta con verdad y energía ante el tribunal de la ciencia por nuestro compatriota. El señor Calvo, por eso sólo, ha merecido bien de su patria y de la América. Su alta autoridad científica ha estado y está á la disposición de estas naciones jóvenes, y puede decirse que en los últimos años no han influído poco las doctrinas de la obra de Calvo en la solución templada de muchas cuestiones con los gabinetes europeos. En el Viejo Mundo las grandes naciones están habituadas á tratar á esta pobre *South America* con un desprecio irritante, y no trepidan en abusar vilmente de su fuerza, mandando poderosas escuadras á naciones pequeñas y débiles para extorcarles sumas fabulosas exigidas por algún extranjero insolente y audaz (1). Se ha visto recientemente á una de las naciones más simpáticas pasar por alto la escandalosa y descabellada intervención de un valiente pero aturdido jefe de una cañonera, en los asuntos internos de un país vecino (2). Pero poco á poco, estos y otros abusos van desapareciendo, porque en las cancillerías europeas encuentra ya eco la exposición imparcial de algunos publicistas. Todavía falta mucho en este sentido, y es necesario que los

(1) Basta recordar el reciente caso de la Alemania y... Guatemala!

(2) Todos recuerdan la injustificable conducta del comandante De Amezaga, de la cañonera italiana *Caracciolo*, en Montevideo.

gobiernos europeos se convenzan de que á las naciones americanas deben enviarse diplomáticos serios, y cónsules instruidos que pierdan la ilusión de que aquí se encuentran como en la Turquía europea ó el Levante. Y esto lo dice con tanto mayor energía la *Nueva Revista* cuanto que la República Argentina es ya uno de los países americanos más considerados en Europa.

Pues bien, el señor Calvo no deja de poner toda su actividad al servicio de los intereses americanos. Y como publicista cada una de sus obras es una nueva prueba de ello.

Prescindiendo, por el momento, de analizar su notable monografía sobre el tratado de Washington (1), por referirse especialmente á cuestiones especiales á la América Sajona, y de mencionar su importante libro sobre inmigración y colonización (2), por salir fuera de los límites de este artículo, basta recorrer las dos últimas obras que acaba de publicar para convencerse una vez más de los títulos que hacen al señor Calvo acreedor á la gratitud de la América latina.

(1) ***Examen des trois règles de droit international proposées dans le traité de Washington.*** Gand, 1874, 1 volumen in 8°. Esta monografía, escrita à pedido del " Instituto de Derecho Internacional ", del que es miembro fundador nuestro compatriota, fué también publicada en la ***Revue de Droit international.***

(2) ***Étude sur l'émigration et la colonisation. Réponse á la première des questions du groupe V, soumises au Congrès international des***

Su *Dictionnaire de Droit international* es una verdadera enciclopedia de la ciencia, falicitando enormemente la compulsa de todo lo que puede interesar en el derecho internacional tanto público como privado. Las cuestiones especiales de la ciencia, como las que con ella tienen una relación inmediata ó mediata, aun cuando pertenezcan á otros ramos del saber, todo está explicado con claridad y concisión. El método empleado en exponer los tratados, las decisiones de congresos ó conferencias, como las cuestiones de doctrina pura, ó las opiniones de los publicistas, es realmente notable. Nada de supérfluo: el autor vá al fondo del asunto, lo define en pocas palabras, da sucintamente las noticias indispensables y trata de hacerlo en lo posible de una manera impersonal, con el objeto de dar á la obra un carácter de imparcialidad que no permita acusarla de ser "el eco ó el órgano de ninguna opinión personal, de ninguna escuela determinada". Además, da las noticias suficientes para conocer todo lo resuelto en la larga serie de tratados que forman una de las fuentes de la ciencia y que, desde la paz de Westphalia, han ejercido una influencia internacional seria. Y por último, contiene

sciences géographiques de 1875. Paris, 1873, 1 volumen in 4°. El señor Calvo era el delegado argentino en dicho Congreso y en ese carácter escribió y publicó ese importante libro.

refundido en el anterior un diccionario bibliográfico, que es una verdadera novedad en la materia.

Ahora bien, en esta obra que se hace imprescindible apenas se habitúa uno á su compulsa, se vé en el acto cuán grande es la parte consagrada á la América latina. No solamente contiene un extracto y á veces parte del texto *in extenso* de las declaraciones de independencia, sino que da detenida cuenta de los principales tratados firmados en Bogotá, Buenos Aires, Chuquisaca, Guadalupe Hidalgo, La Paz, Lima, Río de Janeiro y Santiago de Chile. Además trae substanciales noticias biográficas acerca de los principales publicistas latino-americanos que se han ocupado de Derecho internacional, y da á conocer sus obras sobre la materia, acompañando la indicación bibliográfica con un juicio breve. De la República Argentina menciona: á A. Alcorta (1), F. A. Berra (2), O. Leguizamón (3), Bartolomé (4) y Adolfo Mitre (5),

(1) *Tratado de Derecho internacional,* tomo I. Buenos Aires, 1878, 1 volumen.

(2) *Teoría de las intervenciones.* Buenos Aires, 1882. 1 volumen. Esa monografía fué publicada por primera vez en la *Nueva Revista,* tomo V, pàginas 367-465.

(3) *Discurso sobre el Derecho internacional,* 1872. *Apuntes sobre el programa oficial,* 1874.

(4) Diversos estudios publicados en *La Nación,* principalmente sobre la cuestión *nacionalidades.*

(5) *Derecho internacional privado. Apuntes.* 1878.

A. Navarro Viola (1), F. Pinedo (2), N. Piñero (3), Vicente G. (4) y Ernesto Quesada (5). Del Brasil: á J. A. Pimenta Bueno (6) y A. Pereira Pinto (7). De Bolivia á S. Vaca-Guzmán (8). De Chile: á M. L. Amunátegui (9), D. Barros Arana (10) y M.

(1) Por la parte relativa à las *cuestiones internacionales* del *Anuario Bibliográfico*.

(2) *Derecho de gentes*.

(3) *La letra de cambio ante el Derecho internacional privado*, 1882. 1 volumen.

(4) *La Patagonia y las tierras australes del continente americano*, 1875. 1 volumen. *El vireinato del Rio de la Plata*, 1881. 1 volumen. Y la serie de artículos publicados en la *Nueva Revista* sobre *cuestiones de límites* y sobre el *derecho internacional público latino-americano*. *La cuestión de límites con Chile*, 1881. 1 volumen.

(5) *Apuntes sobre derecho internacional privado*, 1878. 1 volumen. *La quiebra de las sociedades anónimas ante el derecho argentino y extranjero*, 1882. 1 volumen. Publicado también en la *Nueva Revista*, tomo IV, página, 95-156. *La quiebra en el derecho internacional privado según las legislaciones europeas y americanas*, 1882. (Es un capítulo del libro: *Estudios sobre quiebras*, 1882).

(6) *Direito internacional privado*. Rio Janeiro, 1863. 1 volumen.

(7) *Apontamentos para o direito internacional*. Rio Janeiro, 1864-66, 3 volúmenes.

(8) *El derecho de conquista y la teoría del equilibrio en la América latina*. Buenos Aires, 1882. (Véase el juicio crítico publicado en la *Nueva Revista*, tomo V, páginas 144-149).

(9) *Títulos de Chile á la extremidad austral del continente*. Santiago, 1853. *La cuestión de límites con Bolivia*, 1863. (Véase la *Nueva Revista*, tomo II, páginas 577-591).

(10) *Historia de la guerra del Pacífico*. Paris, 1881-82, 2 volúmenes. (Véase el juicio crítico publicado en la *Nueva Revista*, tomo IV, páginas 522-574).

A. Matta (1). De Cuba: á R. M. de Labra (2). De México: á J. M. Barras (3), J. Diaz Covarrubias (4), J. M. Lafragua (5), A. Nuñez Ortega (6), M. de la Peña y Peña (7), I. H. Ramírez (8), J. Sierra (9) y J. Vallarta (10). De Colombia: á J. M. Torres Caicedo (11). Del Perú: á J. M. de Pando (12), L. E. Albertini (13), F. García Calderón (14). De Vene-

(1) *La cuestión de límites con la República Argentina*. Santiago, 1874.

(2) *El derecho internacional y los Estados Unidos de América*. Madrid, 1877. *Derecho internacional público. Introducción histórica*. Madrid, 1878.

(3) *Elementos del derecho internacional*. México, 1855, 3 volúmenes. (Es una traducción aplicada al país, de la obra de Wheaton).

(4) *El derecho internacional codificado*. (Es una traducción de Bluntschli, con notas y apéndices sobre cosas mexicanas).

(5) *Negociaciones pendientes entre España y México*. París, 1859.

(6) *Derecho internacional mexicano*, 3 volúmenes. *Relaciones diplomáticas con la América del Sur*. México, 1878. Y sus trabajos sobre *la cuestión Belice*.

(7) *Lecciones de práctica forense*. México, 1859, 4 volúmenes.

(8) *Código de extranjeros. Diccionario del derecho internacional público y privado de la República Mexicana*, 1870, 2 volúmenes.

(9) *Derecho internacional marítimo*, México, 1854.

(10) *El juicio de amparo y el habeas corpus. México*, 1881. (Véase también *Nueva Revista*, tomo VI, páginas, 672-679).

(11) *Unión latino-americana. Los principios del 89 en América.*

(12) *Elementos del derecho internacional*. Lima, 1884. (De esta obra se han hecho numerosas ediciones en Madrid, Caracas, Santiago de Chile y Lima).

(13) *Tratado de derecho diplomático en sus aplicaciones especiales á las repúblicas sud-americanas*. París, 1866. *Diplomacia sud-americana.*

(14) *Diccionario de legislación peruana*. Lima, 1859-63. *Mediación de los Estados Unidos en la guerra del Pacífico*. Buenos Aires, 1884.

zuela: á A. Bello (1), R. F. Seyas (2). Del Uruguay: á Pérez-Gomar (3). Tal es, más ó menos (s. e. ú o.) la lista de nombres latino-americanos que contiene el *Dictionnaire*. Está muy lejos de ser completa y faltan autores de peso, pero tal como es revela por primera vez á la Europa la actividad intelectual de la América latina. Es el primer ensayo hecho en ese sentido y tiene el mérito de ser debidc á una autoridad en la materia. El autor ha tenido queluchar con toda clase de obstáculos por la falta de fuentes á qué recurrir, y puede decirse que todos los libros de que habla en este sentido los ha tenido que examinar personalmente.

Lo mismo podría decirse de la parte relativa á los tratados latino-americanos. *Ni están todos los que son, ni son todos los que están*. Así, de Bogotá sólo menciona el tratado de alianza entre Colombia y las Provincias Unidas de la América Central (4); de Buenos Aires, los tratados de alianza con Chile (5), con Colombia (6) y de la paz con el Paraguay (7);

(1) *Principios de derecho de gentes*. Santiago de Chile (se han publicado varias ediciones en Santiago, Valparaiso, Madrid y Paris).

(2) *El derecho internacional hispano-americano público y privado*. Caracas, 1884, 4 volúmenes.

(3) *Curso de derecho de gentes*. Montevideo, 1864, 2 volúmenes.

(4) Marzo 17 de 1825.

(5) Enero de 1819.

(6) Marzo 8 de 1823.

(7) Febrero 3 de 1876.

de Chuquisaca, el tratado de federación entre Perú y Bolivia (1), de Guadalupe Hidalgo, el de límites entre México y los Estados Unidos (2); de La Paz, los tratados de alianza entre Bolivia y el Ecuador (3), y entre Bolivia, Chile y Perú (4); de Lima, los de alianza entre el Perú y Colombia (5), de comercio entre Perú y Ecuador (6), de alianza entre Chile y Perú (7); de Río de Janeiro, los de paz entre Portugal y Brasil (8), de alianza contra Rosas (9); de Santiago de Chile, los de alianza entre Colombia y Chile (10), entre Chile y Perú (11), de comercio entre el Río de la Plata y Chile (12). Como se vé, la lista indudablemente no es completa, pues ni contiene *todos* los tratados, ni todos *los más importantes*. El señor Calvo, sin embargo, es demasiado versado en la historia diplomática americana para que se atribuya esa omisión á otra causa que no sea la in-

(1) Noviembre 15 de 1826.
(2) Febrero 2 de 1848.
(3) Mayo 8 de 1842.
(4) Mayo 19 de 1866.
(5) Julio 6 de 1822.
(6) Enero 23 de 1865.
(7) Diciembre 5 de 1865.
(8) 1825.
(9) Octubre 12 de 1851.
(10) Octubre 21 de 1822.
(11) Diciembre 23 de 1822.
(12) Noviembre 20 de 1826.

mensa labor de ordenar semejante cúmulo de datos de tan diversa naturaleza, y en la redacción de los cuales al espíritu más vigilante se le pasan muchas cosas. Así, para no citar sino un ejemplo conocidísimo: las más grandes guerras contemporáneas de la América latina han sido al parecer tenidas en poca cuenta, pues nada se encuentra acerca del tratado de la *triple alianza*, ni de los que ocasionaron el último drama del Pacífico.

Esas y otras pequeñas deficiencias de detalle son inherentes á toda obra de la magnitud de la presente, máxime si se reflexiona que es la primera vez que sobre la ciencia del Derecho Internacional se publica un diccionario enciclopédico. La presente edición se agotará pronto, porque la obra es imprescindible en la biblioteca de todo hombre instruido, y el autor en la próxima reimpresión seguramente empleará todo el material que tiene reunido y que aún no ha podido aprovechar en ésta. El señor Calvo en el prólogo declara que desde 1862 viene preocupándose de esta obra, y agrega: "... los materiales reunidos son tan abundantes que no podrán ser aprovechados sino en las ediciones ulteriores. Querer desde hoy sacar de ellos todo el partido posible sería postergar todavía una publicación cuya utilidad ha sido demostrada al autor, y á la cual crée de su deber no poner

más obstáculos". Por esa razón, pues, la crítica que pueda hacerse al autor por deficiencias más ó menos justificadas, sería prematura para prejuzgar de la bondad de la obra, además de que, como es natural, la selección de materiales está estrictamente subordinada al criterio y al método adoptados en este libro. Tal como es en esta primera edición, aparte de su mérito intrínseco como enciclopedia histórica, diplomática y doctrinaria, y de su valer en general, tiene para la América la muy preciosa cualidad de que todo lo referente á ella ha sido tratado con evidente amor por el distinguido publicista argentino. Más aún: en relación al resto de la obra y á la manera rápida como se ve obligado el autor á tratar de las cuestiones generales y europeas, se nota que la parte americana absorbe un espacio mayor del que, en estricta justicia — dados los límites del libro — le correspondería.

Y si la *Nueva Revista*, al mismo tiempo que se complace en reconocer lealmente los altos méritos del autor, ha creído deber insistir en algunos puntos de detalle, es porque una obra como la presente parece superior á las fuerzas de un hombre solo, y es menester ayudar en lo posible al autor y señalarle tal ó cual deficiencia de detalle, si se quiere tener el derecho de reprocharle determinadas omisiones. Por

más universal que sea el saber de un hombre y por más enciclopédicos que sean sus conocimientos, es imposible que haga un estudio original y detenido sobre todas las cosas, máxime cuando, como en todo lo que se refiere á la América latina, es necesario un trabajo preliminar de benedictino para reunir los elementos dispersos que forman la materia prima que por primera vez se examina. Si en cada país de la América se hiciera un estudio de la obra de Calvo bajo el punto de vista nacional y local, reuniendo los datos indispensables y dando á conocer las fuentes á las que el estudioso puede recurrir, recién entonces podría decirse que hay elementos para hacer un estudio fructífero de las cosas latino-americanas, y para permitir á los grandes publicistas que conozcan y juzguen á este continente nuevo. Pero en la situación caótica actual, en la que es punto menos que imposible procurarse las publicaciones más vulgares de un extremo al otro de la América, en ella misma, no existiendo trabajos especiales que permitan prescindir de los elementos originales, el estudio de las cuestiones y la ciencia en la América latina exige la consagración de muchas inteligencias y tardará mucho antes de que sea hecho. ¿Cómo exigir, pues, á un publicista de la categoría del señor Calvo, una omnisciencia imposible? Sería esto un contrasentido y una injusticia.

De todas maneras, el *Dictionnaire de droit international* pronto se habrá hecho imprescindible en el uso diario de cancillerías, academias y bufetes.

En cuanto á la otra obra, el *Dictionnaire-manuel de Diplomatie,* es, puede decirse, un extracto y un condensamiento de la anterior, omitiendo la parte bibliográfica, y redactando los diversos artículos con distinto método, á fin de hacer una obra doctrinal concisa y práctica. Es más fácil la compulsa de un volumen que las indagaciones de obras diversas ó de mayor extensión. Está destinado principalmente para el uso diario de las legaciones y consulados, como para los cursos académicos.

Esas dos últimas obras han sido publicadas en Berlín, en los meses de febrero y marzo del corriente año, justamente durante la época de la reunión de la famosa Conferencia Africana. Pues bien, la prensa europea, en los extractos que ha dado de las discusiones de la conferencia, revela este hecho singular: en los protocolos oficiales el único nombre citado de tratadista de Derecho Internacional es el del Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República Argentina en Alemania.

Julio de 1885.

XVI

LAS CENIZAS DEL GENERAL SAN MARTÍN

SU TRASLACIÓN DEL HAVRE Á BUENOS AIRES

(RELACIÓN DE UN TESTIGO OCULAR)

HAY ciertos acontecimientos que no deben pasar desapercibidos y la Historia recoge solícita todo lo que tiene relación con los hombres que han ejercido una influencia más ó menos considerable en los destinos de su país ó de su época. El general San Martin es indudablemente uno de esos hombres. De ahí que sea un deber de todos los que poseen un dato importante de cualquier naturaleza que sea, el darlo á conocer para que sirva al historiador que ha de ocuparse de aquel notable personaje.

El señor general Mitre acaba de recorrer personal-

mente los campos de batalla en que figuró San Martín. Lo ha hecho con el propósito de dar la última mano á la historia del héroe, escrita ya y — á estar á informes fidedignos — lista para la publicidad. El nuevo trabajo del autor de la *Historia de Belgrano*, forzosamente ha de ser único en su género, por la rica y copiosa documentación inédita, correspondencias y papeles originales de que ha podido disponer. La solemne apoteósis del general San Martín que tuvo lugar en esta ciudad el 25 de Mayo de 1880, ha de figurar seguramente en aquella obra.

Mi propósito en las líneas que siguen es únicamente referir lo que á la repatriación de los restos del héroe ilustre toca, por haber tenido el honor de venir á bordo del buque de guerra argentino que trajo aquellas cenizas. Al llegar á Buenos Aires, escribí un artículo publicado en *La Nación* (1), consignando algunos datos respecto del viaje. Pero la precipitación con que fueron escritas aquellas líneas me hizo incurrir en omisiones é inexactitudes que es conveniente rectificar, pues de lo contrario aquella versión será considerada como la única exacta.

Es, pues, un dato más para la *Historia del General San Martín.*

(1) Del 25 de Mayo de 1880.

I

Antecedentes

El general San Martín, nacido en Yapeyú el 25 de Febrero de 1798, murió en Boulogne-sur-Mer el 17 de Agosto de 1850. Después de retirarse del ejército de Lima para salvar la independencia de América, evitando un choque con Bolivar, volvió San Martín á Buenos Aires en 12 de Febrero de 1829. La ingratitud de sus conciudadanos le impidió desembarcar. El héroe de América volvió á Europa para morir allí. Al morir legó su corazón á Buenos Aires, demostrando así que su alma era demasiado grande para abrigar móviles estrechos. Treinta años después, por iniciativa del Presidente Avellaneda, se decide la repatriación de aquellas cenizas veneradas, y una suscrición nacional auna á toda la República en este movimiento. En el centenario de su nacimiento, la Capital de la República presenció festividades regias, y toda la Nación se unió de corazón á ellas para tributar á su grande héroe el más espléndido homenaje de que la gratitud póstuma sea capaz.

Estos son hechos. Todos lo conocen, porque han sido actores en ellos los unos, porque su recuerdo está fresco aún en la mente de los otros. No es de este lugar referir en detalle cuáles fueron aquellas pomposas festividades, ni expresar cuáles los méritos del hombre que ha merecido tamaño honor.

Basta á mi objeto decir que el Gobierno Nacional ordenó que los restos mortales del héroe de los Andes fueran transportados á su patria en el primer buque de guerra que bajo bandera argentina y mandado por gefes y oficiales argentinos cruzara el Atlántico. Parecía, pues, como si la patria, en aquel acto solemne de justificación póstuma, hubiera querido acortar las inmensas distancias de los mares, yendo un pedazo del suelo argentino á recibir el sagrado depósito, á las playas mismas de la tierra hospitalaria que albergara al héroe en sus últimos años.

El buque de guerra destinado á ese objeto, fué el transporte *Villarino.*

II

El transporte Villarino

Este hermoso vapor, con aparejo de goleta, mide 180 piés de largo por 30 de ancho, con un calado de

13 piés, conteniendo 775 toneladas, y con una máquina á hélice sistema *Compound*, de 800 caballos.

Fué construido por encargo del doctor don Manuel R. García, nuestro Ministro en Londres, en los talleres de Laird hermanos, Birkenhead, Liverpool, de donde ya han salido para nosotros las cañoneras *República* y *Constitución*, *Paraná* y *Uruguay* y los acorazados *Plata* y *Andes* (1).

Tiene 50 hombres de tripulación y puede transportar un batallón entero, llevando 400 toneladas de carga, y á una velocidad media de 11 nudos por hora. Acerca de la velocidad debe decirse que las máquinas son excelentes, como muy buenas las condiciones marineras del buque, de manera que contratado por 12 millas por hora, dió en la prueba en el *Mercy* mucho más. Durante el viaje ha tenido días de 12 nudos por hora.

Su armamento se compone de 2 cañones de á 20, sistema Armstrong, de retrocarga; de dos ametralladoras sistema Hopkins, y de los remingtons para la tripulación.

(1) Los modelos de estos buques de nuestra Armada han sido regalados por la casa Laird hermanos, al Ministerio de la Guerra. Se encuentran también en el afamado Museo de Marina del "South Kensigton Museum" en Londres.

La oficialidad del buque tal como se compuso definitivamente en el Havre, era:

Comandante: Don Ceferino Ramírez, comandante de *Los Andes.*

Segundo: Don Daniel de Solier, comandante de la *República.*

Oficial: Don Manuel J. García Mansilla, subteniente de la marina argentina, ex-guardia marina de 1ª clase de la marina francesa, donde ha hecho todos sus estudios teóricos y prácticos, y cuyo servicio ha dejado con este motivo.

El *oficial de derrota* era el comandante Solier, quien recién deja el observatorio de Toulon, donde, bajo la excelente dirección de M. Bœuf, ha perfeccionado sus estudios de astronomía náutica.

El buque fué lanzado al agua en Liverpool el 24 de Febrero de 1879, y recibido oficialmente el 7 de Abril por el teniente coronel don Clodomiro Urtubey, jefe de la comisión naval argentina en Inglaterra, y representante en esa circunstancia de nuestro Ministro el doctor García. En seguida fué entregado al comandante Ramírez, y desde ese momento el buque quedó organizado bajo la bandera argentina.

El comandante Solier y el sub-teniente García Mansilla se incorporaron recién en el puerto del

Havre, habiendo sido conducido el *Villarino* de Liverpool á Francia por el comandante Ramírez y los sub-tenientes Picasso, Del Castillo y Barilari. Estos oficiales partieron del Havre á ingresar el primero en la escuadra inglesa y los dos últimos en la italiana.

III

Entrega de los restos

El *Villarino* fondeó á principios de abril de 1880, en el *Bassin du Roi*, en el puerto del Havre.

El Ministro argentino en París, don Mariano Balcarce, decidió entonces que la ceremonia religiosa que debía celebrarse con el cuerpo presente, tuviera lugar en la Catedral del Havre, á fin de trasladarse inmediatamente al buque y efectuar allí con solemnidad la entrega de los restos venerandos.

Este plan ofrecía entre otros inconvenientes el viaje de 5 horas que median entre Paris y Havre. Pero el señor Balcarce puso un tren expreso á la disposición de todos los argentinos y americanos que quisieran concurrir á la ceremonia.

La invitación especial era como sigue:

" Debiendo ser trasladados á Buenos Aires en el

buque de guerra *Villarino*, por orden del Gobierno Argentino, de acuerdo con la Comisión Nacional de repatriación, los restos mortales del ilustre don José de San Martín, Brigadier General de la República Argentina, Capitán General de la de Chile, Generalísimo y fundador de la libertad del Perú, se ruega á V. se sirva asistir á la fúnebre ceremonia que con dicho objeto tendrá lugar el miércoles próximo 21 del corriente en la Catedral del Havre, y al embarque de los restos del General á bordo del citado buque.

"De parte de los señores don Mariano Balcarce, yerno del General San Martin, Ministro Plenipotenciario de la República Argentina en Paris; doctor don Manuel R. García, Ministro Plenipotenciario cerca del gobierno de S. M. B.; doctor don Emilio de Alvear, antiguo Ministro de Relaciones Exteriores; coronel don Manuel del Carril; don Fernando Gutiérrez de Estrada, esposo de la nieta del General San Martín; Presidente y miembros de la Comisión oficial nombrada para esa ceremonia.

"Un tren especial saldrá á las 9 en punto de la mañana de la Gare Saint-Lazare, ferrocarril del Oeste, rue d' Amsterdan, y regresará del Havre á las 5 de la tarde del mismo día. La presentación de esta esquela de invitación bastará para ser admi-

tido, á la ida y á la vuelta, en el referido tren."

Esta invitación litografiada en un pliego con filetes negros fué dirigida á todos los argentinos, cuyo domicilio en Paris pudo averiguar la Legación, y á todos los latino-americanos de cierto renombre. Se tomó especial cuidado en las invitacionos al Ministro y numeroso personal de la Legación chilena; pero por una de esas raras casualidades, aconteció que en la comitiva del tren no se *encontraba* UN SOLO CHILENO!

El dia y hora fijados, se hallaba reunida una numerosa comitiva compuesta de unas 50 personas, en la estación Saint-Lazare. Se veían á los miembros de la Comisión, y á los argentinos más distinguidos de Paris: aquellos que como el señor Carlos Calvo no pudieron concurrir á causa del mal estado de su salud, se hicieron excusar y representar. Como latino-americanos, estaban el señor don José M. Torres Caicedo, Ministro Plenipotenciario del Salvador; doctor don Toribio Sanz, Ministro Plenipotenciario del Perú; don Andrés R. de Santa-María; don J. M. de Rojas, don Miguel de Francisco Martín; Ministros de Colombia, Venezuela y Guatemala; coronel don Juan J. Díaz, Ministro del Uruguay, y muchas otras notabilidades, como por ejemplo, el señor de Pividal, Ministro del Perú en Londres y otros.

Si la comitiva no fué más numerosa, es indudablemente á causa del incómodo viaje de cinco horas en ferrocarril, y porque todos, de frac ó uniforme, debían así pasar el día entero, pues salidos á las 9 de Paris, llegaron á la una y media al Havre, allí hubo no interrumpidas ceremonias de una parte á otra, y á las 5 debían nuevamente tomar el tren, hasta las diez de la noche. Era pedir mucho de personas ocupadas unas, delicadas otras. Se proyectó celebrar la ceremonia en la iglesia de la *Madeleine* en Paris, donde hubieran seguramente asistido no sólo todos los americanos, sino sus numerosas familias, el cuerpo diplomático extranjero, y los representantes del gobierno francés. La ceremonia habría sido de un esplendor inusitado. Pero este brillante proyecto se abandonó á causa de la traslación del féretro en seguida al Havre, conjeturándose, y no sin alguna razón, que serían pocos los que lo acompañarían, causa por la cual la entrega oficial de los restos no tendría toda la solemnidad deseable.

El hecho es que la comitiva llegó al Havre cerca de las dos de la tarde, fatigada en extremo por el viaje, pues sólo en Rouen se detuvieron para tomar un ligero lunch. Algunas legaciones, como la del Uruguay, estaban todas de gran uniforme, en otras,

sólo los ministros. De nuestras legaciones, sólo los ministros vestían uniforme diplomático.

Una serie de coches habían sido preparados por la comisión, para trasportar la comitiva de la Estación á la Catedral. En el trayecto se notaba á la ciudad en un movimiento extraordinario: la gente se apiñaba en las calles, balcones y techos.

En la Estación la comitiva fué recibida por M. Maurant, director general de las *Pompas fúnebres* en Paris, quien había venido con anticipación al Havre con el objeto de organizar la ceremonia. Además se hallaban allí el Estado Mayor y oficialidad del *Villarino*, y las autoridades del Havre.

La iglesia de Nuestra Señora estaba espléndidamente arreglada. La puerta de la basílica había sido adornada con colgaduras negras con franjas de plata, como se encontraba el interior del templo. Sobre un escudo con el monograma del héroe, se veía en medio de la puerta central un trofeo de banderas.

Antes de llegar al coro se elevaba un soberbio catafalco, donde estaba colocado el féretro del general, flotando al rededor las banderas de los Estados sud-americanos. Sobre el ataud se veían los emblemas representando las cualidades del difunto. Un número considerable de cirios ardían en torno del

catafalco, y en sus cuatro costados, de vasos de forma antigua, se elevaban llamas verdes.

En la nave central, á más de la comisión oficial y de la comitiva, se veían á los oficiales del *Villarino*, al sub-prefecto del departamento, M. Henry Desaires, en representación del gobierno francés; al maire del Havre, M. Jules Siegfried, representante de las autoridades municipales; á M. Le Trapeur, comisario general de marina, representando á S. E. el almirante Jaurreguiberry, Ministro de la Marina y de las Colonias; al coronel Nismey, director de la artillería, representando las autoridades militares de la plaza; al cuerpo consular, de gran uniforme; y diversos altos funcionarios de las aduanas y de la marina, todos de gran uniforme.

El batallón número 119 de infantería de línea, mandado por su coronel y con su banda de música, con cajas enlutadas, hacía dentro y fuera de la iglesia los honores fúnebres.

Una numerosa concurrencia llenaba las naves del templo.

La ceremonia religiosa fué muy solemne. Se cantó el *Dies iræ;* y un *Pie Jesu* para tenor, fué ejecutado por M. Tremond; el *Libera* fué cantado por el coro, con acompañamiento de órgano. El grande órgano y la música del 119 ejecutaron diversas marchas fúnebres.

El responso fué dado por el cura Duval, canónigo de la Catedral.

Concluida la ceremonia religiosa, se sacó el féretro á pulso por entre dos hileras de soldados que le presentaron las armas. El carro fúnebre adornado con banderas americanas, tirado por cuatro caballos cubiertos de negro, que eran conducidos de la brida por picadores enlutados.

La comitiva se puso en marcha á pie detrás del féretro, cuyos cordones eran llevados por una comisión compuesta de los Ministros del Salvador, de Venezuela, del Perú y del Uruguay, señores Torres Caicedo, Rojas, Sanz, Díaz, Santa-María y Francisco Martín.

El cortejo era precedido por una compañía del batallón, y el resto formaba en filas á ambos lados. Durante el trayecto la banda ejecutó la célebre marcha de Chopin. El gentío que se apiñaba en las calles del tránsito eran tan grande que el servicio de trenvías fué suspendido en la *rue de Paris*.

Cuando se hubo terminado la marcha de Chopin, los tambores hicieron oír el triste toque fúnebre, alternando con las campanas de todas las iglesias del Havre. Los soldados iban con las armas bajas en señal de duelo.

Todos los edificios públicos y los consulados tenían

la bandera á media asta. Al llegar al *quai de Villecocq*, vimos que los buques de la compañía *Chargeurs Réunis* tenían igualmente la bandera á media asta.

Al llegar al *Bassin du Roi*, el féretro fué descendido á pulso del carro fúnebre á un catafalco provisoriamente levantado sobre el puente del buque. Todos estos detalles habían sido organizados por M. Maurant, quien fué también el que arreglara los funerales de la reina Cristina y el de Víctor Manuel.

Las invitaciones en el Havre habían sido hechas por D. Zenón Sánchez, cónsul de los Estados Unidos de Colombia y encargado provisoriamente del eonsulado de la República Argentina.

El señor Sánchez demostró en esta ocasión el mayor celo, y es grato deber este servicio á un colombiano.

El *Villarino* estaba empavesado, con la tripulación de gala haciendo la guardia militar, y una capilla toda cubierta de negro, erigida en el centro del buque, y destinada á recibir los restos directamente del coche. El comandante y oficialidad, de gala, hacían los honores de ordenanza.

Trasladado el féretro á la capilla ardiente de sobre cubierta, toda la concurrencia subió al puente de

popa, donde iban á pronunciarse los discursos oficiales.

Nuestro Ministro Balcarce, presa de la mayor emoción, leyó una corta alocución en que, trazando á grandes rasgos algunos méritos sobresalientes del ilustre argentino, agradeció conmovido á la República en nombre de la familia del finado, y recordó á los marinos argentinos el grande honor que les tocaba en aquella tardía, pero merecida justicia.

Hé aquí el discurso del señor Balcarce :

"Señores comandante, oficiales y marinos:

"En nombre de la Comisión que tengo el honor de presidir, entrego á la custodia de vuestro patriotismo los restos mortales del general San Martín.

"Nuestro Gobierno os ha confiado la misión de conducirlos á Buenos Aires, donde les espera un monumento conmemorativo, elevado por la gratitud nacional. Estos restos venerandos han reposado largo tiempo en el suelo generoso de la Francia, cuyo gobierno, apreciador equitativo de todas las glorias que han servido á la libertad y á la humanidad, se asocia hoy por la presencia de las autoridades prefectorales, municipales y marítimas de la ciudad del Havre, á los honores que le son tributados.

"Me es muy doloroso separarme de los restos

queridos de mi ilustre padre político, pero me consuelo con la esperanza de que, restituidos á su patria, ellos harán revivir los recuerdos de la época para siempre gloriosa de nuestra independencia, de los ejemplos de abnegación austera y de sacrificios de sus fundadores; y que contribuirán á mantener y á estrechar, por un servicio póstumo, la concordia y la unión de todos los argentinos!

"Así, aún después de su muerte, el general San Martín continuará sirviendo á su patria."

En seguida el Dr. García, nuestro Ministro en Londres, habló en nombre del comandante y oficialidad del *Villarino*, quienes le habían confiado tan honroso encargo, y se extendió en las siguientes consideraciones:

"Señores: El pabellón que ilustró con sus victorias el general San Martin, cubre ya sus restos mortales en una sección del territorio argentino. Bien venidos sean á la patria.

"Pronto se verán cumplidos los últimos votos del que legó á la heroica ciudad, cuna y centro del movimiento de Mayo, un corazón que latió siempre por nuestra fraternidad y engrandecimiento.

"No olvidemos, señores, los serios deberes que ese

depósito nos impone, y los altos ejemplos que nos legó el ilustre libertador. El vencedor de San Lorenzo, de Chacabuco, de Maipo y de Lima, el principal instigador de nuestra independencia en 1816, hecho que fijó á la revolución un norte, afianzado años después por victorias inmortales para nuestra historia, no se mezcló jamás en las discordias civiles ni puso el peso de su prestigiosa espada al servicio de propias ni de ajenas ambiciones de mando.

"Renunciando á la gloria ¡y qué otra podría igualarla! de consumar la independencia del continente hispano-americano, por exigirlo así la concordia entre los ejércitos patriotas, el soldado de los Andes se mostró más grande separándose del teatro de la guerra que como libertador de tres repúblicas.

"Ese ejemplo de abnegación y desprendimiento que bastaría para enaltecer su memoria, es una lección profunda que enseña cómo deben cumplirse los deberes que la patria nos impone, y cómo ninguna gloria es superior á la del dominio sobre nosotros mismos, y á la conservación de la armonía entre los obreros de una noble, justa y generosa causa.

"Otra lección nos ha legado aún nuestro ilustre compatriota. Cuando después de una larga ausencia y de apurar bien amargos desengaños, volvía de Europa á Buenos Aires, despedazábanse en lucha fra-

tricida dos partidos políticos en que se hallaba dividido el país. Uno de ellos ofreció el gobierno al general San Martín: éste, antes de aceptar la oferta, prefirió la expatriación. Desde entonces, ajeno á las agitaciones políticas de la América, aunque jamás á su gloria, terminaron en paz los años de nuestro ilustre compatriota, en el dulce regazo de su familia, donde halló un mundo más afectuoso y reconocido que aquél que le debió su independencia.

" Marinos de la República: Sois los primeros que conducís al través del Océano un bajel de nuestra armada, desde la Europa; él va cargado con el depósito más valioso que ninguno condujera al suelo argentino.

" Grande es vuestra responsabilidad.

" Cuando lo entreguéis á nuestros compatriotas, os ruego unáis vuestros votos á los míos, para desear que mientras guardemos esas reliquias no se despierten en la República los odios y pasiones que tanto han retardado su engrandecimiento.

" Tal fué la ambición suprema y constante del general San Martín, ¿qué mejor culto podemos ofrecer á su memoria?

" Cuando sus cenizas reposen bajo las bóvedas de la Catedral de Buenos Aires, donde ellas faltaban para completar los trofeos de los más gloriosos días

de la patria, desead conmigo que el mausoleo que encierre esos restos, no sólo simbolize un tributo de gratitud hacia un grande hombre sino también la concordia de todos los argentinos, quienes sabrán velar religiosamente el precioso depósito que estáis encargados de entregarles."

El doctor García estaba también en extremo conmovido.

Entonces se adelantó el doctor Don Emilio de Alvear, é inspirado por tan solemne circunstancia, pronunció una brillante improvisación en que abundaron rasgos elocuentes y altos pensamientos.

Recordó la carrera del gigante de los Andes, sus méritos y sus servicios, y él, hijo de un ilustre guerrero, émulo de San Martín, vino á tributar al que fuera rival de su padre, una espléndida y sincera justicia.

El doctor Alvear estuvo oportuno, elocuente.

He aquí su discurso:

"Señores: Permitidme algunas palabras, más como desahogo á mi gratitud, que con la pretensión de haceros un relato de ese grande episodio americano que se llama la historia del general San Martín.

"Fué allá por el año de 1812 y en una de esas

bellas tardes de nuestras comarcas, que desembarcó en la playa de Buenos Aires un grupo de jóvenes alegres y gallardos; el uno se llamaba Zapiola, el otro Alvear y el otro San Martín.

"Notábase en la apostura de estos últimos ese aire marcial y esa mirada penetrante que sólo se adquiere en los campos de batalla y al calor de los combates; era que justamente venían de combatir en defensa de la libertad de la vieja patria, como si antes de comenzar su carrera de argentinos, hubiesen querido pagar su deuda de origen hispano.

"Poco tiempo después, y ya la figura de San Martín aparece en las barrancas de San Lorenzo, á orillas del magestuoso Paraná, iluminando con los destellos de su espada vencedora el derrotero de futuras glorias, y probando que, si bravo había sido al combatir por la patria de sus abuelos, más bravo era aún combatiendo por la patria de su nacimiento.

"Poco tiempo después (oh! en aquella época no había vapores ni telégrafos, pero había genio y este volaba en alas de la gloria); poco tiempo después, repito, y esa misma figura reaparece radiante allá en la cima de los nevados Andes, señalando con su certera mano á los valientes que le siguen el ancho camino de todo un mundo á redimir.

"¿Con qué recursos del arte, con qué auxilios de

la ciencia, ni tesoros, se encontraban allí ese ejército y ese gefe?

"Vosotros sóis americanos y lo sabéis.

"Aquello fué un prodigio! Una visión fantástica! y tenía que ser ó un sueño de patriota ó una de esas acciones extraordinarias que bastan para imprimir el sello de la inmortalidad á un hombre y á un pueblo. Las victorias de Maipo y Chacabuco probaron esto último, y el mundo supo con sorpresa que si laEuropa tenía su coloso de los Alpes, la joven América tenía ya también su coloso de los Andes.

"Destrozados fragmentos de una cadena de tres siglos, diez millones de habitantes elevados á la dignidad de hombres libres, y tres naciones abiertas al comercio del mundo! Ved ahí, señores, el fondo de ese grandioso cuadro americano cuya alma y figura saliente es el general San Martín.

"Qué época aquella! y qué hombres!!

"Para esos gigantes la patria no se estrechaba en los límites de la geografía moderna, era todo un hemisferio, y las brisas de los dos inmensos mares que lo circundan bastaban apenas á la libre respiración de sus pulmones. No eran colombianos, ni peruanos, ni chilenos, ni argentinos: eran americanos.

"Señores: Mi patria ha tardado un tanto en reclamar estos restos de su héroe; es que, tal vez, ahora

se encuentra recién bastante grande y fuerte para guardar tan precioso depósito.

"Loor eterno al general San Martin!!

"Gracias mil al pueblo francés por su generosa y larga hospitalidad. Y, paz, sí, paz entre los pueblos y las naciones que surgieron de tantas hazañas.

"Este es mi más sincero y humilde voto y creedme, señores, sólo á su sombra bienhechora podremos crecer bastante para hacernos dignos de los héroes de nuestra independencia.

"Americanos! Si vuestra historia, tan fértil en hechos heroicos y ejemplos de abnegación y de civismo, no os inspira ya, á fuer de seros familiar, id á la América del Norte y allí aprenderéis cómo se interpreta el patriotismo, cómo la unión da la fuerza, y como sólo acumulando grandezas sobre grandezas es que un gran pueblo honra la memoria de los fundadores de su nacionalidad."

Rara coincidencia! Los tres argentinos que hablaron en la solemne ceremonia en honor del más grande héroe de la independencia, eran todos hijos de compañeros y de contemporáneos del ilustre muerto.

En seguida la concurrencia bajó á la cámara del buque, en cuyo fondo había otra capilla destinada á contener los restos durante el viaje.

Allí se extendió el acta siguiente :

" En el puerto del Havre, á los 21 dias del mes de abril del año de 1880, ante mí el infrascripto secretario de la Legación Argentina en Francia, reunidos á bordo del transporte de guerra argentino *Villarino*, los señores don Mariano Balcarce, yerno del general San Martín y Ministro Plenipotenciario de dicha República, en Francia; doctor don Manuel R. García, Ministro Plenipotenciario de la misma cerca de S. M. B. ; doctor don Emilio de Alvear, ex-ministro de Relaciones Exteriores; coronel don Manuel del Carril; y don Fernando Gutiérrez de Estrada, esposo de la nieta del general San Martín, presidente y miembros de la Comisión encargada del envío á la patria de los restos mortales del ilustre argentino, Brigadier General don José de San Martín, — entregaron solemnemente un féretro conteniendo aquellos restos á la comisión designada por el gobierno argentino para recibirlos y transportarlos á Buenos Aires, la cual se compone de los señores comandante y oficiales de dicho transporte, teniente coronel don Ceferino Ramírez, teniente coronel don Daniel de Solier y sub-teniente don Manuel J. García Mansilla.

" El mencionado féretro está forrado en paño negro, guarnecido con varillas de metal blanco, y

en sus costados tiene aldabones también plateados. Sobre la tapa hay una chapa del mismo metal con la inscripción siguiente : "José de San Martín, guerrero de la Independencia Argentina, Libertador de Chile y del Perú. Nació el 25 de Febrero de 1778 en Yapeyú, provincia de Misiones, República Argentina ; falleció el 17 de Agosto de 1850, en Boulogne-sur-Mer, Pas de Calais, Francia." Cruza dicha chapa una cinta negra de cuatro pulgadas de ancho, cuyas extremidades están fijadas con tres sellos en lacre negro, del timbre oficial de esta Legación.

"En fé de lo cual, y como testimonio de que la entrega de los restos mortales del Brigadier General don José de San Martín fué hecha en debida forma, firman á continuación la presente acta por duplicado, todos los señores antes nombrados, como igualmente el señor subprefecto del Havre, el señor alcalde (maire) de la misma ciudad, y los señores Ministros de las Repúblicas de Venezuela, de San Salvador, del Perú, del Uruguay, Colombia, y de Guatemala.

"*La comisión*: Ministro Argentino en París, M. Balcarce; en Lóndres, M. R. García ; Manuel del Carril ; Emilio de Alvear ; Fernando Gutiérrez Estrada.

"Sub-prefecto del Havre, representante *ad-hoc* del gobierno francés, Henry Desaires.

"Maire del Havre, Jules Siegfried.

" Comisario General de Marina francesa, Le Trapeur.

" Ministro de San Salvador, J. M. Torres Caicedo; idem de Venezuela, J. M. de Rojas; idem del Perú, Toribio Sanz; idem de Uruguay, Juan J. Díaz; idem de Colombia, Andrés R. de Santa María; idem de Guatemala, Miguel de Francisco Martín.

" Coronel de artillería del Havre, Nismey.

" Cónsul de Colombia, encargado interino del Consulado Argentino en el Havre, Zenón Sánchez.

" Comandante del *Villarino*, teniente coronel Ceferino Ramírez.

" Segundo Comandante del *Villarino*, teniente coronel Daniel de Solier.

" Oficial del *Villarino*, sub-teniente Manuel J. García y Mansilla.

" Ante mí:

" *Eduardo Ibarbalz.*
" Secretario de la Legación Argentina.

" P. S. — En el momento de entregar el féretro, se ha constatado que las cintas negras que lo cruzan están cortadas accidentalmente.

" *Eduardo Ibarbalz.*
" Secretario de la Legación Argentina." (1)

(1) Este documento es copia fiel del original, habiéndose sólo añadido la calidad de los firmantes.

En seguida la comitiva pasó á examinar el buque, y poco á poco se fué retirando á la Estación, por aproximarse la hora de partida.

Una vez que se hubo despejado el buque, se procedió á trasladar el féretro de la capilla provisoria á la definitiva, manteniéndose una guardia permanente, con fusil al hombro.

El féretro del general San Martín mide dos metros de largo por 60 centímetros de anchura máxima.

Fué colocado definitivamente en la capilla mortuoria de la cámara de popa, rodeado de banderas argentina, chilena, oriental y paraguaya, y envuelto en la bandera de guerra argentina.

La familia, por intermedio del señor Balcarce, había depositado una gran corona de laureles.

En la parte superior del féretro hay una chapa de plata de 12 centímetros de ancho por 12 de largo, que dice textualmente:

JOSÉ DE SAN MARTIN

GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

Libertador de Chile y del Perú
Nació el 25 de Febrero de 1778 en Yapeyú
Provincia de Misiones, República Argentina
Falleció el 17 de Agosto de 1850, en
Boulogne-sur-Mer, Pas de Calais,
Francia.

Es el mismo féretro con que fué enterrado en Bou-

logne-sur-Mer, y que fué trasladado después á la propiedad de la familia, en Brunoy, cerca de Paris. La familia no quiso poner las cenizas en una urna y se decidió á enviar el féretro mismo, contentándose con forrarlo de nuevo en paño negro con cintas de plata.

Durante todo el resto del día un gran gentío ocupó el muelle, atraído por la ceremonia y con el objeto de ver el buque.

El doctor García se quedó á bordo con el objeto de vigilar los últimos preparativos, y el día siguiente, juéves 22 de abril, á las 9 de la mañana, zarpó el *Villarino* con su preciosa carga.

IV

En el viaje

Antes de esto, se habían embarcado todos los cajones conteniendo las diferentes piezas del monumento á San Martín, construido por el afamado Carrière Belleuze, y que debía levantarse en la capilla especial de la Catedral.

Al salir del muelle, la batería de la plaza saludó al cuerpo del general San Martín con una salva de 21 cañonazos. Se atravesó entonces el *Villarino*,

y se hizo una salva de 21 cañonazos en honor á la Francia.

Un gentío inmenso, atraído por las salvas, ocupaba los docks del noroeste y se extendía por la playa.

El viaje fué muy feliz desde el Havre hasta San Vicente, donde se llegó el 1° de mayo, habiéndose pasado el 27 de abril por la isla de Madera, donde se telegrafió con el faro. Como desde el Havre hasta San Vicente hay 2377 millas, y se necesitó para recorrerlas sólo 9 días, resulta que hacíamos 264 millas diarias, lo que dá una velocidad media de 11 nudos. Este es un excelente resultado.

En San Vicente se tomó el carbón suficiente, recibiéndose á bordo la visita del vice-cónsul argentino, el señor da Ferro, de gran uniforme, pues es al mismo tiempo presidente de la municipalidad.

El 2, á las 2 de la tarde, zarpó el *Villarino* de San Vicente, y siguiendo siempre á una velocidad media de cerca de 11 nudos, iba su rumbo tan perfectamente trazado, que el 6 á las 10 $^1/_2$ a. m. se pasó á una milla del famoso *Pedro de San Pedro*, esas rocas aisladas en medio del Atlántico, con las cuales por lo general se dá muy dificilmente.

Esto era no sólo la prueba patente de la exactitud de la derrota, sino también del perfecto valor de los instrumentos de á bordo, especialmente los crónóme-

tros. Como se vé, en 5 días se había llegado á la línea.

El viaje siguió admirablemente. El tiempo era espléndido: los vientos y las corrientes favorables — parecía que los elementos hubieran querido aunarse para favorecer la repatriación de los restos del libertador americano!

El 13 á la noche se desencadena un fuerte pampero, y la mar se pone embravecida. Era á la altura del cabo de Santa Marta. La lluvia, fuertes vientos de proa y la mar encrespada, ponen á prueba las condiciones marineras del *Villarino*.

Este se comporta valientemente, y con su máquina á media fuerza, logra durante los dos días que duró el mal tiempo, andar de 7 á 5 nudos por hora! La amplitud máxima de los balanceos fué de 32°, la media de 15°, y la altura media de las olas, 5 metros.

El lúnes 17 de mayo, á las 6 de la tarde, fondeábamos en Montevideo.

Ibamos á tomar simplemente carbón para seguir viaje á Buenos Aires, pero nos encontramos con que el gobierno oriental había decretado especiales honores para el caso de nuestro arribo, y los argentinos residentes en aquella ciudad reunidos en comisiones querían hacer también solemnes manifestaciones.

Nuestro rapidísimo viaje del Havre á Montevideo había sin embargo sorprendido á todo el mundo, y

nada estaba preparado. Se esperaba al *Villarino* recién para junio, sin contar con la excelencia del buque.

El arribo inopinado del *Villarino* obligó al gobierno argentino á precipitar los preparativos para la magna fiesta que se iba á celebrar al recibir los restos. El *Villarino* permaneció cerca de una semana en la rada de Montevideo, siendo visitado por numerosas personas, y habiendo sido objeto de honores especiales por parte del gobierno oriental. Éste tiró un decreto poniendo la bandera uruguaya á media asta mientras permaneciese en la rada el *Villarino*, habiendo disparado el primer día de su arribo un cañonazo cada cuarto de hora...

Pocos días después, la ciudad de Buenos Aires, entusiasmada aún con las fiestas del solemne centenario de Rivadavia, celebraba con el mayor esplendor la llegada de los restos del general San Martín. Pero son estos acontecimientos recientes y demasiado conocidos: mi objeto era tan sólo salvar del olvido las peripecias de la traslación de aquellos restos venerados, de Francia á la República Argentina.

El mérito de las líneas anteriores consiste sólo en su completa exactitud, pues son el testimonio de un testigo ocular.

Julio de 1883.

XVII

ENSEÑANZA SECUNDARIA

LA REFORMA

Señor ministro de justicia, culto é instrucción pública, Dr. Juan Carballido.

Distinguido señor:

MUÉVEME á escribir á vd. esta carta la profunda complacencia con que he leído en *La Nación* su magistral circular relativa al nuevo plan de estudios, y creo deber de sinceridad enviar á vd. la expresión del genuino placer con que he leído las valientes frases en que la circular ministerial defiende los últimos girones de humanismo, que mal entendidas reformas habían poco á poco comenzado á desterrar de nuestros estudios secundarios.

Quiso el acaso que á mi vuelta de Alemania me fuera confiada una cátedra en el Colegio Nacional de la Capital, en aquella época en que la inmensa mayoría de los profesores ostentaba la muestra visible de haber pasado ya la clásica " mitad del camino de la vida ", y, en medio de Berg, Rossetti, Lewis, Kyle y tantos otros, casi estoy tentado de creer que era la mía la única cabeza que no peinara canas. Regía entonces el antiguo plan de estudios, bajo la dirección del Sr. Estrada. Y me tocó también, antes de abandonar como profesor aquellos claustros, experimentar la primera radicalísima reforma de la enseñanza secundaria, bajo el impulso del Dr. Alcorta. Posteriormente las corrientes de la vida me han alejado por completo de aquel instituto, al que me considero vinculado por el cariño y el recuerdo de largos años de profesorado.

Vale esto decir — y es esta la razón que á recordar dichos antecedentes me ha movido — que he seguido siempre con interés sumo lo que á nuestra educación secundaria se refiere, excusando decirle con cuánto dolor del alma he visto que, á raíz de una reforma en mi personal entender equivocada y por muchos conceptos peligrosa, se fué haciendo recorrer á los estudios una metamórfosis tan completa y con tan vertiginosa rapidez, que es de asombrar que las

perturbaciones por ello ocasionadas no sean más hondas de lo que aparentan ser y que tan vigorosamente caracteriza su circular de vd.

Cuando se recuerda los hombres de nuestra primera época pública, cuyos rastros en los parlamentos, en la prensa y en las letras revelan un sedimento clásico tan elegante como sólido, y un culto verdadero por el humanismo, — más que causar pena, sube involuntariamente á las mejillas el rubor al considerar que, medio siglo después, teorías pedagógicas exageradas por su exclusivismo y quizá mal asimiladas, indujeron á los hombres á quienes el vaiven de nuestra vida democrática confiara la salud intelectual de las generaciones jóvenes, á renegar de aquella sana é ilustre tradición, y á tratar de implantar un ciego utilitarismo, llevando hasta sus más extremas conclusiones el olvido de que el hombre no sólo de pan se nutre, y de que su espíritu — para hacerle más llevadera la vida y digno de que cuente en ella como algo más que una máquina de producir riqueza — necesita nutrirse también de esos estudios que, en todas las épocas de la historia, han contribuído á fomentar el culto de lo bello y á formar ese tesoro verdaderamente grandioso que las generaciones se trasmiten : el conjunto que ha dado en llamarse con una propiedad que revela su imprescindible importancia : "las humanidades".

Ciertamente que nadie sería bastante osado en nuestros días, no digo á desconocer sino siquiera á apreciar mal la innegable importancia de las ciencias ó á discutir su virtud educatriz. Los progresos asombrosos de las últimas décadas, la grandiosa transformación de la vida moderna, que alcanza día á día una fórmula más perfecta del bienestar, gracias á los incesantes descubrimientos de las ciencias que revolucionan las industrias y las relaciones todas de la existencia, son hechos tan evidentes que no podrían escapar al más superficial observador.

Pero prevalerse de esos hechos para considerar que debe desaparecer la vieja y fuerte cultura clásica, y que el ideal moderno consiste en formar tan sólo generaciones al cabo de los últimos progresos de las ciencias y en aptitud para llenar los talleres de las fábricas ó los laboratorios de los sabios, prescindiendo por completo de la cultura general del espíritu y considerando á las letras como huésped incómodo en vez de compañero fiel, es cometer crasísimo error y producir un mal terrible al pretender sujetar á toda una nación en semejante lecho de Procusto.

Si el escolasticismo medieval y el clasicismo posterior al Renacimiento fueron tendencias exclusivas en la época en que dominaron por completo la ense-

ñanza, débese por cierto á que entonces la cultura científica estaba aún en germen y no podía ofrecer ni base ni punto de apoyo para un plan de estudios general, por carecer de verdadera virtud educacional.

Hoy la ha adquirido sin duda, y más que nadie respeto y acato ese hecho, que á la par que ha revolucionado las ciencias técnicas mismas, ha transformado radicalmente todos los conocimientos humanos, gracias á la implantación de sus métodos admirables y de su severo proceder experimental.

Pero si bien es condenable y aun quizá difícilmente defendible en el día, una educación secundaria que exclusiva y ciegamente siguiera las huellas del clasicismo de otros tiempos, es igualmente inaceptable y doblemente perniciosa la intolerancia de la opinión contraria. En esto, con seguridad podría repetirse el eterno *in medio veritas*.

La enseñanza secundaria, tal cual la fuerza de las cosas la ha establecido entre nosotros, es en el fondo principalmente preparatoria del grupo de carreras liberales, y subsidiariamente destinada á formar la cultura general de la minoría que la aprovecha. No seré yo por cierto de los que condenen el proceder del Estado al costear con las rentas de la comunidad la educación de un grupo relativo. A pesar de nues-

tra vida democrática, y quizá á causa mismo de ello, dadas las condiciones especialísimas de nuestro país, lo que urge es formar hombres de esa alta cultura, que "constituye una parte de la fuerza moral de los pueblos y que concurre por ello mismo á su poderío y engrandecimiento material". No puede, por desgracia, aseverarse que abunden demasiado entre nosotros los hombres de ese temple intelectual.

Pero no es menos cierto que falta aún la enseñanza especial que responde quizá á las aspiraciones del mayor número y que los prepare á las múltiples profesiones de las industrias y del comercio. Porque así como sería funesto una sociedad sin una minoría culta, lo sería la tesis inversa que pugna contra el sentido común, y asiste perfectísima razón al grupo numeroso de familias que pide para sus hijos una instrucción más breve, más práctica, más inmediatamente adaptable á las necesidades materiales de la vida. Absurdo sería forzar á todos á frecuentar universidades, como sería igualmente absurdo suprimirlas por completo y querer hacer de todos comerciantes ó industriales. Son dos tendencias divergentes en la sociedad moderna, y ambas tienen los mismos títulos á la consideración del Estado. Pero querer hacer servir á los colegios nacionales como molde

único para esas dos aspiraciones, es perseguir una utopía, desconocer la naturaleza de nuestras condiciones especiales de país nuevo, y producir una perturbación funesta.

Un sabio ilustre, después de examinar detenidamente estas cuestiones en las páginas aún frescas de una revista europea de universal renombre, ha llegado á esta conclusión que resume todo el problema: "Dos enseñanzas paralelas y dotadas de las mismas prerogativas, la una basada esencialmente en las letras antiguas, pero con cierta cultura científica; la otra apoyada principalmente en las ciencias, pero con cierta cultura literaria moderna, tal me parece ser la fórmula anhelada de nuestra época y á la cual nos conducirá la fuerza de las cosas". Este fallo notable del ilustre Berthelot tiene ya su confirmación entre nosotros, en cuanto á su primera parte, con el nuevo plan de estudios. Falta la segunda parte, que entrará sin duda en el plan de reformas ulteriores á que alude la circular ministerial.

Pero querer hacer de ambas tendencias un amasijo heterogéneo para implantar la escuela única y enciclopédica que representaba el plan de estudios anterior, era destruir la base existente para crear un instituto andrógino, y deformar el espíritu de toda una generación. Bello resultado el de martillar en

cerebros tiernos una masa formidable de los conocimientos más diversos y más indigestamente combinados, á fin de producir una aparente soldadura en el momento del examen, sin fijarse en que la naturaleza misma se vengaba elocuentemente expulsando sobre la marcha aquellos conocimientos confusos y mal asimilados, y dejando á los pocos días de transcurridos los fatales exámenes un verdadero vacío en los cerebros fatigados, y una lasitud general en el organismo, no pocas veces traducida por enfermedades que inquietaban á las familias, atribuyendo á la enseñanza en sí el vicio que sólo existía en los pésimos planes de estudio! Y la causa de todo ello reside quizá en la ingénita manía nuestra de consagrar la reputación de algunos hombres como buenos para todo y confiarles con igual sinceridad una aduana ó un colegio: un pedagogo no se forma de golpe, á la manera como Minerva saliera armada de pies á cabeza del cerebro de Júpiter, y cuando esas singulares encarnaciones que parecen recordar las de los dioses del Ganges, ejercen una influencia decisiva en el bienestar general, conmoviendo, como en el caso presente, las bases mismas de la enseñanza, es lástima que sólo quede á la *turba-multa* que observa y á la vez sufre, el platónico recurso de lamentar en silencio que se juegue así con la vida misma de sus hijos, pues que

se trata de su vida intelectual, mil veces más preciosa que la vida material!

De ahí que merezca un sincero aplauso la circular ministerial, porque es la primera reacción enérgica contra el enervamiento que iba produciendo en nuestro país el tratar de formar á las nuevas generaciones para una estrecha "lucha por la vida", condensándola á ésta en la frenética corrida tras el bíblico becerro. Quiera la suerte que la palabra autorizada del ministro logre no sólo contener sino desviar la corriente misma, y encauzarla poco á poco en el lecho apropiado, para que la reforma iniciada con franqueza tan suma no se esterilice ó periclite.

Por desgracia, la excelencia misma del régimen nuestro de gobierno justifica el clásico *latet anguis in herbâ*, por la constante movilidad de los funcionarios y el continuo mutamiento de las personas que dirigen los públicos oficios, por manera que careciendo de estabilidad y no pudiendo reforma alguna llevar estampado el sello de una relativa permanencia, es en general aplicada con frialdad cuando no con una calculada lentitud, que parecería estar á la espera del próximo cambio de funcionarios, para lograr una anulación ó siquiera alguna desviación en lo recientemente resuelto.

Y á fé que si recordamos lo acaecido entre nosotros

en los últimos años, no hallaremos sino sobrados motivos para confirmarnos en esa creencia. Hoy que, por suerte, se ha iniciado un movimiento saludable, como lo revela la aludida circular, sería lástima grande que fuera á menos y no sacara de él beneficio sensible nuestro país.

Más fácil es destruir que reconstruir. Las últimas reformas en la enseñanza, unidas á la desgraciada y aparente justificación que les prestaba el brillante pero engañoso período porque acaba de atravesar la nación, tienen que haber producido honda impresión, no muy fácil de borrar de la noche á la mañana. Casi todo el profesorado entiendo que ha sido renovado en los últimos años, y ha respirado por lo tanto la atmósfera del enciclopedismo utilitario y superficial de esos planes de estudio.

Pedir que con el mismo ardor con que ha sostenido aquella tendencia, venga hoy el cuerpo docente, casi sin transición, á defender teorías radicalmente opuestas, es pretender, no diré una utopía, sino una especie de sacrificio difícil de realizar, siquiera porque, en la generalidad de los casos, los hombres no acostumbran justificar el dicho célebre de aquel enérgico religioso quien, en su sagrado ardor por el proselitismo, incitaba á "adorar lo que se había incendiado y á incendiar lo que se había adorado".

Pero en esto, como en todas las cosas de la vida, el tiempo es el gran médico que todo lo cura y lo suaviza. De ahí que lo único que sea lícito desear es que el funcionario encargado de controlar y vigilar la aplicación de las reformas, tenga sus ideas vaciadas en el amplio molde de las que estampa la circular ministerial.

Nada hay más pernicioso para la juventud que estos cambios frecuentes en el plan de estudios: la inculca un cierto dejo de pirronismo intelectual que impulsa á dudar de todo, y á considerar las teorías más serias por el lado irónico á que desgraciadamente no escapan las cosas al parecer más invulnerables de la tierra.

Ese "respeto" por el cual clama en tan bellas y apropiadas palabras la circular ministerial, no puede existir cuando se ve en el transcurso de meses cambiar radicalmente las tendencias más fundamentales, y no se sabe á qué atenerse, porque se espera siempre que la reforma de hoy sea á su vez reformada mañana. Esa "cultura moral" en bien de la cual anuncia vd. algunas reformas radicales, se logra sin duda con menos facilidad aún que el respeto, tan difícil de restablecer cuando ha sido una vez zapado por su base.

Los jefes de familia no pueden menos de quedarse

perplejos al ver con qué pasmosa facilidad se juega con la salud intelectual de sus hijos, poniendo y deponiendo planes y programas, con una rapidez y arte dignos de diestrísimos prestidigitadores japoneses. Pues ya que entre nosotros hemos resuelto el problema de la educación secundaria de un modo radicalmente contrario á nuestro modelo constitucional, los Estados Unidos, haciendo que el estado se abrogue la facultad de establecer, dirigir y fomentar casi exclusivamente aquella enseñanza, sometiendo *nolens volens* á las familias á que sus hijos pasen por el molde ministerial, — reflejo la más de las veces de doctrinas más ó menos extremas, — es necesario dar á todo este conjunto cierta fijeza en los rumbos que inspire confianza y desvanezca los justísimos temores con que hoy día entregan muchos sus hijos á los colegios de la nación. Porque es en verdad bien triste cosa para un padre más ó menos inteligente, desear para su hijo una cultura más ó menos avanzada, conformar por último sus deseos al molde existente, y resolver que su hijo se someta á él, para que al poco andar un cambio ministerial acarree una forma radical y tenga el niño que encaminar su espíritu en otra dirección, muy feliz todavía si antes de la conclusión de sus estudios, otro nuevo ministro no implanta una nueva reforma que lo desvíe por otro

sendero. No sólo ésto carece de seriedad, sino que gracias á la ligereza indisculpable con que ha solido procederse, llega hasta constituir un verdadero atentado. ¿Qué cultura metódica y seria puede sacar el joven que en el curso de sus estudios secundarios ha cambiado dos ó tres veces de sistema, pasando con volubilidad de un polo al otro, obedeciendo á las tendencias más opuestas, y siendo la víctima obligada de esos monstruosos ingertos intelectuales que se llevan á cabo entre nosotros con admirable tranquilidad, haciendo que en el tronco apenas formado de una cultura clásica se ingerte la rama de una enseñanza positiva, para ingertar más tarde en esta nueva rama la de un enciclopedismo absurdo, *et sic de cœteris!*

Demasiado conciliadores son los padres de familia en la Argentina que miran resignados este vaiven continuo de los estudios, cuando va en ello la cultura de sus hijos y todo su porvenir, el que se prepara sólo en cierta época de la vida, y si ésta se ha malgastado es casi imposible llenar después ese vacío. El *maximâ debetur puero reverentia* del terrible satírico latino, debería ser la regla sagrada del estado moderno en sus relaciones con la juventud de las escuelas, á cuya inteligencia se considera con el derecho de imponer un molde y con la pretensión de dirigir. La

primera justificación de esa facultad debe residir en el respeto por las generaciones que arranca sin piedad á los hogares familiares.

Siquiera en salvaguardia del arca santa de la instrucción, debería grabarse en letras de oro en muchos despachos ministeriales, el *festina lente* que inspira á los ingleses en sus sesudas reformas.

Emprende vd., señor, una "obra de romanos" — ¿le alcanzarán para ello las fuerzas? ¿el acaso le permitirá realizarla desde el sillón ministerial?

¡Quién lo sabe! Entre tanto, si ello no sucediere, resultaría quizá más perniciosa su actual reforma, pues sería una nueva perturbación pasajera, añadida á las muchas que se han sucedido. La obra comenzada debe llevarse á cabo metódica, enérgica, pero rápidamente. De lo contrario, mejor hubiera sido no derrumbar un muro del edificio, sino esperar á tener reunidos los materiales y los elementos que requiere la reconstrucción del todo, para hacer menos penoso el período de transición, de por sí ya peligroso.

Entiende vd. llevar á cabo con vigor su plan, pues de él hace desprender con sobradísima razón, la formación de "argentinos dignos de ser mañana la cabeza y el alma dirigente del país". Los votos sinceros de todo patriota han de acompañar á vd. en tan noble cruzada.

Pero si, siguiendo las prácticas abusivas actuales, tiene vd. la debilidad de consentir más adelante en mutilaciones parciales del plan de estudios, en supresión de materias ó en disminución de otras, volveremos de nuevo al estado vergonzoso de hoy, en que los estudios universitarios no obedecen á lógica ni á sistema, sino á los girones de un plan cada día retaceado ó alterado por indebidas complacencias ministeriales. Terror causa al padre de familia cuyos hijos están próximos á cursar estudios secundarios, este monstruoso desorden. ¿ Será vd. capaz de hacerlo cesar una vez por todas? Si así fuera, merecería bien de la patria; de contrario, sería un nuevo fracaso unido á la serie ya larga de fracasos anteriores.

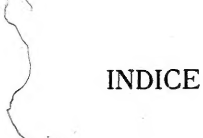
No es nada proyectar: la cuestión es realizar. Quizá, además, el temperamento adoptado es equivocado. El plan de estudios no debe ser una simple medida administrativa, que puede modificarse ó cambiarse por decreto: la única garantía de estabilidad consiste en hacer que el Congreso lo sancione como ley. Así concluirá de una vez esta perpétua tergiversación.

El tiempo, sobre todo, dirá si esta carta de espontánea felicitación es justificada. De todas maneras es sincera, y llenados estarían los deseos que la han

dictado si pudiera contribuir á obtener alguna vez la estabilidad de los estudios secundarios bajo un plan sensato y lógico.

Quedo de V. muy atento compatriota y S.S.

San Rodolfo, abril 26 de 1891.



INDICE

ACABÓSE

DE IMPRIMIR ESTA OBRA

EL 15 DE JULIO

DE 1893